

Francisco Cândido Xavier / ANDRÉ LUIZ



Francisco Cândido Xavier
Por el Espíritu ANDRÉ LUIZ

LOS MENSAJEROS

LA VIDA EN EL MUNDO ESPIRITUAL



FRANCISCO CÂNDIDO XAVIER

Los Mensajeros

POR EL ESPÍRITU ANDRÉ LUIZ

Titulo del original en portugués:
OS MENSAGEIROS

Traducción:

Alipio González Hernández

Revisión:

*Ana María García Asencio
Blanca Flor González Medina
Chelita Fontaina
Guillermo Arrijoja
José Luis Darias
Marina Navarro
Nelson Lifosjoe*

Portada:

César França de Oliveira

Diagramación:

María Isabel Estéfano Rissi



MENSAJE FRATERNAL

Apartado Postal 22 28 Caracas 1010-A - Venezuela.
Calle 12 A, entre Calles 7 y 8, Quinta Mensaje Fraternal.
Urbanización Vista Alegre, Caracas, 1020, Venezuela.
Telfs. (58-2) 472 13 25 - 472 77 46 - 472 92 89.
mensajefraternal@telcel.net.ve

Índice

<i>Los Mensajeros</i>	7
1 - Renovación	13
2 - Aniceto	18
3 - En el Centro de Mensajeros	23
4 - El caso de Vicente	29
5 - Oyendo instrucciones	35
6 - Advertencias profundas	41
7 - La caída de Octavio	47
8 - El desastre de Acelino	53
9 - Oyendo impresiones	58
10 - La experiencia de Joel	63
11 - Belarmino, el adoctrinador	68
12 - La palabra de Monteiro	73
13 - Ponderaciones de Vicente	78
14 - Preparativos	83
15 - El viaje	88
16 - En el Puesto de Socorro	93
17 - El romance de Alfredo	99
18 - Informaciones y esclarecimientos	105
19 - El soplo	111
20 - Defensas contra el mal	116
21 - Espíritus enloquecidos	122
22 - Los que duermen	128
23 - Pesadillas	134

24 - La oración de Ismalia	139
25 - Efectos de la oración	144
26 - Oyendo a servidores	149
27 - El calumniador	154
28 - Vida social	160
29 - Noticias interesantes	166
30 - En conversación afectuosa	171
31 - Cecilia al órgano	176
32 - Sublime melodía	181
33 - Camino a la superficie terrestre	187
34 - Sucursal de <i>Nuestro Hogar</i> , en la Tierra	192
35 - Culto en el Hogar	198
36 - Madre e hijos	203
37 - En el santuario doméstico	209
38 - En plena actividad	214
39 - Trabajo incesante	219
40 - Rumbo al campo	224
41 - Entre árboles	229
42 - Evangelio en el ambiente rural	235
43 - Antes de la reunión	241
44 - Asistencia	246
45 - Mente enferma	251
46 - Aprendiendo siempre	256
47 - En el trabajo activo	261
48 - Pavor de la muerte	266
49 - Máquina divina	272
50 - La desencarnación de Fernando	277
51 - En la despedida	281

Los Mensajeros

Leyendo este libro –que relata algunas experiencias de mensajeros espirituales– ciertamente muchos lectores concluirán, con los viejos conceptos de la Filosofía, que “todo está en el cerebro del hombre”, en virtud de la relativa materialidad de los paisajes, observaciones, servicios y acontecimientos.

Sin embargo, es forzoso reconocer que el cerebro es el aparato de la razón y que el hombre desencarnado, por la simple circunstancia de la muerte física, no penetró los dominios angélicos, permaneciendo ante su propia conciencia, luchando por iluminar el raciocinio y preparándose para la continuidad de su perfeccionamiento en otro campo vibratorio.

Nadie puede traicionar las leyes evolutivas.

Si un chimpancé, colgado a un palacio, encontrase recursos para escribir a sus hermanos de fase evolutiva, casi no encontraría diferencias fundamentales, para relatarles los hechos, dado el sentido de sus semejantes. Daría noticias de una vida animal perfeccionada y tal vez la única zona inaccesible a sus posibilidades de definición estuviese justamente en la aureola de la razón que envuelve al espíritu

humano. En cuanto a las formas de vida, el cambio no sería profundamente sensible. Los pelos rústicos encuentran sucesión en los casimires y sedas modernas. La Naturaleza que rodea el nido agreste es la misma que suministra estabilidad a la morada del hombre. La caverna se habría transformado en la edificación de piedra. El prado verde se enlaza con el jardín civilizado. La continuación de la especie presenta fenómenos casi idénticos. La ley de la herencia continúa, con ligeras modificaciones. La nutrición muestra los mismos procesos. La unión de la familia consanguínea revela los mismos trazos fuertes. Por lo tanto, el chimpancé solamente encontraría dificultades para enumerar los problemas del trabajo, de la responsabilidad, de la memoria ennoblecida, del sentimiento purificado, de la edificación espiritual, en fin, de todo lo relativo a la conquista de la razón.

En vista de eso, no se justifica la extrañeza de los que leen los mensajes del tenor de los que André Luiz dirige a los estudiosos consagrados a la construcción espiritual de sí mismos.

El hombre vulgar acostumbra a estimar las expectativas de manera ansiosa, a la espera de acontecimientos espectaculares, olvidando que la Naturaleza no se turba por satisfacer los puntos de vista de la criatura humana.

La muerte física no es un salto que desequilibra, simplemente es un paso en la evolución.

Del mismo modo que el mono encuentra en el ambiente humano una vida animal ennoblecida, el hombre que, después de la muerte física, mereció el ingreso en los círculos elevados de lo Invisible, encuentra una vida humana sublimada.

Naturalmente, esperan allí a la criatura humana gran número de problemas referentes a la Espiritualidad Superior, desafiando su conocimiento para la sublime ascensión a los dominios iluminados de la vida. El progreso no sufre estancamiento y el alma camina, incesantemente, atraída por la Luz Inmortal.

No obstante, lo que nos lleva a escribir este sencillo prefacio no es la conclusión filosófica, sino la necesidad de evidenciar la santa oportunidad de trabajo del amigo lector en los días que corren.

Felices aquellos que busquen en la nueva revelación el lugar de servicio que les compete en la Tierra, de acuerdo con la Voluntad de Dios.

El Espiritismo Cristiano no ofrece al hombre, tan solo el campo de investigación y consulta, en el cual raros estudiosos consiguen caminar dignamente, sino que adicionalmente le revela el taller de la renovación, donde la conciencia de cada aprendiz debe buscar su justa integración con la vida más elevada, por el esfuerzo interior, por la disciplina de sí misma, por el auto perfeccionamiento.

Al trabajador de buena voluntad no le falta el concurso divino. Y quien observe el noble servicio de un Aniceto, reconocerá que no es fácil prestar asistencia espiritual a los hombres. Traer la colaboración fraterna de los planos superiores a los Espíritus encarnados no es una obra mecánica, encuadrada en principios del menor esfuerzo. Por lo tanto, es obvio que, para recibirla, no podrá el hombre huir a los mismos imperativos. Es indispensable lavar el vaso del corazón para recibir el “agua viva”; abandonar envoltorios inferiores, para vestir los “trajes nupciales” de la luz eterna.

Entregamos, pues, al lector amigo, las nuevas páginas de André Luiz, satisfechos por cumplir un deber. Constituyen el relato incompleto de una semana de trabajo espiritual de los mensajeros del Bien, junto a los hombres, y, por encima de todo, muestran la figura de un emisario consciente y benefactor generoso en Aniceto, destacando las necesidades de orden moral en el cuadro de servicio de los que se consagran a las actividades nobles de la fe.

Si buscas, amigo, la luz espiritual; si la animalidad ya te cansó el corazón, recuerda que, en el Espiritualismo, la investigación conducirá siempre al Infinito, tanto en lo que se refiere al campo infinitesimal, como a la esfera de los astros distantes, y que sólo la transformación de ti mismo, a la luz de la Espiritualidad Superior, te facultará el acceso a las fuentes de la Vida Divina. Y, sobre todo, recuerda que los mensajes edificantes del Más Allá no se destinan tan sólo a la expresión emocional, sino, por encima de todo, a tu sentido de hijo de Dios, para que hagas el inventario de tus propias realizaciones y te integres, de hecho, a la responsabilidad de vivir ante el Señor.

Emmanuel

Pedro Leopoldo, 26 de febrero de 1944.

Renovación

Al desligarme de los lazos inferiores que me prendían a las actividades terrestres, elevado entendimiento regocijó mi Espíritu.

Sin embargo, semejante liberación no se había realizado espontáneamente.

Sabía, en el fondo, cuánto me había costado abandonar el ambiente doméstico, soportar la incomprensión de la esposa y las divergencias de los amados hijos.

Tenía la certeza de que en la gran transición, amigos espirituales abnegados y poderosos me habían auxiliado el alma pobre e imperfecta.

Antes, la inquietud relacionada con mi compañera torturaba mi corazón incesantemente; pero ahora, viéndola profundamente identificada con su segundo esposo, no veía otro recurso que buscar diferentes motivos de interés.

Así, en el curso de los acontecimientos, evidentemente sorprendido, observé mi propia transformación.

Experimentaba el júbilo del descubrimiento de mí mismo. Antes, vivía a la manera del caracol marino, segregado en la concha, arrastrándome en el lodo, impermeable a los grandiosos

espectáculos de la Naturaleza. Ahora, sin embargo, me convencía de que el dolor actuara en mi construcción mental, a manera de un pesado mazo, cuyos golpes, entonces, no había logrado entender. El mazo había quebrado la concha de antiguos vicios del sentimiento. Me liberaba, exponía mi organismo espiritual al sol de la Bondad Infinita, y comencé a ver más alto, alcanzando larga distancia.

Por primera vez, catalogaba a los adversarios en la categoría de benefactores. Comencé a frecuentar de nuevo el nido de la familia terrestre, no ya como señor del círculo doméstico, sino como el operario que ama el trabajo del taller que la vida le designó. No busqué más en la esposa del mundo a la compañera que no me pudo comprender, y sí a la hermana a quien debería auxiliar, en cuanto estuviese al alcance de mis fuerzas. Me abstuve de encarar al segundo esposo como un intruso que había modificado mis propósitos, para ver tan sólo al hermano que necesitaba el concurso de mis experiencias. No volví a considerar a los hijos como una propiedad mía y sí como compañeros muy queridos, a los cuales me competía extender los beneficios del nuevo conocimiento, amparándolos espiritualmente en la medida de mis posibilidades.

Compelido a destruir mis castillos de exclusivismo injusto, sentí que otro amor se instalaba en mi alma.

Huérfano de afectos terrenales y conforme con los designios superiores que habían trazado diverso rumbo a mi destino, comencé a oír la llamada profunda y divina de la Conciencia Universal.

Solamente ahora, percibía cuán distanciado había vivido de las leyes sublimes que rigen la evolución de las criaturas humanas.

La Naturaleza me recibía con arrebatos de amor. Ahora

sus voces eran mucho más elevadas que las de mis intereses aislados. Conquistaba, poco a poco, el júbilo de escucharle las enseñanzas misteriosas en el gran silencio de las cosas. Los elementos más sencillos adquirían, a mis ojos, extraordinaria significación. La colonia espiritual, que me acogía generosamente, revelaba nuevas expresiones de indefinible belleza. El rumor de las alas de un pájaro, el susurro del viento y la luz del Sol parecían dirigirse a mi alma, colmándome el pensamiento de prodigiosa armonía.

La vida espiritual, inexpresable y bella, me abría sus pórticos resplandecientes. Hasta entonces, había vivido en *Nuestro Hogar* como un huésped enfermo en un palacio brillante, tan extremadamente preocupado conmigo mismo, que me tornara incapaz de notar deslumbramientos y maravillas.

La conversación de índole espiritual se me hizo indispensable.

Antiguamente me complacía torturar mi alma con las reminiscencias de la Tierra. Estimaba las narraciones dramáticas de ciertos compañeros de lucha, recordando mi caso personal y embriagándome en las perspectivas de asirme nuevamente a la parentela del mundo, valiéndome para ello de lazos inferiores. Pero ahora... había perdido totalmente la pasión por los asuntos de orden poco dignos. Las mismas descripciones de los enfermos, en las Cámaras de Rectificación, me parecían desprovistas de mayor interés. Ya no deseaba informarme de la procedencia de los infelices; no indagaba sobre sus aventuras en las zonas más bajas. Buscaba a hermanos necesitados. Deseaba saber en qué podía serles útil.

Identificando esa profunda transformación, Narcisa cierto día me dijo:

—André, amigo mío, usted viene haciendo su propia

renovación mental. En tales períodos nos asaltan el corazón extremadas dificultades espirituales. Tenga presente la meditación en el Evangelio de Jesús. Sé que usted experimenta intraducible alegría al contacto de la armonía universal, después del abandono de sus caprichosas creaciones, pero reconozco que, al lado de las rosas del júbilo, enfrentando los nuevos caminos que se abren para su esperanza, hay espinas de tedio en las márgenes de las viejas veredas inferiores que usted va dejando atrás. Su corazón es una copa iluminada por los rayos de la alborada divina, pero vacía de los sentimientos del mundo, que la llenaron por siglos consecutivos.

Yo mismo no podría formular tan exacta definición de mi estado espiritual.

Narcisa tenía razón. Suprema alegría me inundaba el espíritu, al lado de inconmensurable sensación de tedio, en cuanto a las situaciones de naturaleza inferior. Me sentía liberado de pesados grilletes, pero ya no poseía el hogar, la esposa y los amados hijos. Regresaba frecuentemente al círculo doméstico y trabajaba allí por el bienestar de todos, pero sin ningún estímulo. Mi devota amiga había acertado. Mi corazón muy bien era un cáliz luminoso, pero vacío. La definición me había conmovido.

Viendo mis silenciosas lágrimas, Narcisa acentuó:

—Llene su copa en las aguas eternas de Aquél que es el Donador Divino. Además, André, todos nosotros somos portadores de la planta del Cristo, en la tierra del corazón. En períodos como el que usted atraviesa, hay más facilidad para desenvolvernos con éxito, si sabemos aprovechar las oportunidades. Mientras el espíritu del hombre se engolfa en cálculos y raciocinios, el Evangelio de Jesús no le parece más que un conjunto de enseñanzas comunes; pero, cuando se le despiertan los sentimientos superiores, verifica que a medida que

se esfuerza en la edificación de sí mismo, como instrumento del Padre, las lecciones del Maestro tienen vida propia y revelan expresiones desconocidas para su inteligencia, a medida que se esfuerza en la edificación de si mismo, como instrumento del Padre. Cuando crecemos para el Señor, sus enseñanzas crecen igualmente a nuestros ojos. ¡Vamos a hacer el bien, querido mío! Llene su cáliz con el bálsamo del amor divino. Ya que usted presiente los rayos de la nueva alborada, ¡camine confiado hacia el día...!

Y conociendo mi temperamento de hombre amante del servicio activo, agregé generosamente:

–Usted ha trabajado bastante aquí en las Cámaras, donde me preparo –por mi parte– considerando mi futuro próximo en la carne. Por lo tanto, no podré acompañarlo, pero creo que usted debe aprovechar los nuevos cursos de servicio instalados en el Ministerio de Comunicaciones. Muchos compañeros nuestros se habilitan para prestar su concurso en la Tierra, en los campos visibles e invisibles al hombre, acompañados, todos ellos, por nobles instructores. Podría conocer nuevas experiencias, aprender mucho y cooperar con su excelente acción individual. ¿Por qué no lo intenta?

Antes que pudiese agradecer el valioso consejo, Narcisa fue llamada a servir al interior de las Cámaras, dejándome dominado por esperanzas diferentes de cuantas había abrigado hasta entonces, con relación a mis tareas.

A niceto

Comunicando mis nuevos propósitos a Tobías, verifiqué la satisfacción que revelaba su mirada.

–Quédese tranquilo –me dijo, bondadosamente–, usted posee la cantidad necesaria de horas de trabajo para justificar el pedido. Además tenemos gran número de colegas en Comunicaciones. No será difícil ubicarlo con instructores amigos. ¿Conoce a nuestro estimado Aniceto?

–No tengo ese placer.

–Es antiguo compañero de servicio –continuó informando, amable– y estuvo con nosotros en Regeneración, por algún tiempo. Luego, se consagró a sacrificadas tareas en el Ministerio de Auxilio, y hoy es competente instructor en Comunicaciones, donde viene prestando respetable concurso. Conversaré, al respecto, con el Ministro Genesio. No tenga dudas. Su deseo, André, es muy noble a nuestros ojos.

El servicial compañero me dejó en un mar de alegría indefinible.

Comencé a comprender el valor del trabajo. La amistad de Narcisa y Tobías era un tesoro de inapreciable grandeza, que mi corazón había descubierto gracias al espíritu de servicio.

Un nuevo sector de lucha se desdoblaba ante mi alma. No debería perder la oportunidad. *Nuestro Hogar* estaba lleno de entidades ansiosas por adquisiciones de esa naturaleza. ¿No sería justo entregarme de buena voluntad al nuevo aprendizaje? Además, seguro de mi regreso a la vida carnal, en un futuro tal vez no distante, mi buena disposición constituiría una realización de profundo interés para mi aprovechamiento general.

Misteriosa alegría me dominaba totalmente, sublimada esperanza iluminaba mis sentimientos. Aquel deseo ardiente de colaborar en beneficio de otros, que Narcisa había encendido en mi yo interior, parecía llenar, ahora, la copa vacía de mi corazón.

Trabajaría, sí. Conocería la satisfacción de los cooperadores anónimos para felicidad ajena. Buscaría la prodigiosa luz de la fraternidad, a través del servicio a las criaturas humanas.

Por la noche me vino a ver Tobías, siempre generoso, trayéndome el confortante consentimiento del Ministro Genesio.

Con sonrisa afectuosa, me invitó a acompañarlo. Me conduciría a la presencia de Aniceto, para conversar sobre el asunto.

Emocionadísimo lo seguí a la residencia del nuevo personaje que se vincularía profundamente a mi vida espiritual.

Aniceto, al contrario de Tobías, no residía en *Nuestro Hogar*. Vivía con cinco amigos, que habían sido sus discípulos en la Tierra, en un edificio confortable, enclavado entre árboles frondosos y tranquilos, que parecían puestos allí para proteger una extensa y maravillosa rosaleda.

Nos recibió con extremada gentileza, lo que me causó

excelente impresión. Aparentaba la ponderada calma del hombre que llegó a la edad madura, sin las fantasías de la juventud inexperta. Aunque su rostro reflejase mucha energía, revelaba el sano optimismo del corazón lleno de ideales sacrosantos. Muy sereno, recibió todas las explicaciones de mi benefactor, dirigiéndome, de vez en cuando, miradas amistosas e indagadoras.

Tobías habló extensamente, comentando mi posición de ex médico en el plano terrestre, y ahora en reajuste de valores en el plano espiritual.

Después de examinarme con atención, el orientador adujo:

–No hay ningún inconveniente, mi apreciado Tobías. No obstante, es preciso reconocer que la solución depende del candidato. Usted sabe que nos encontramos aquí en la Institución del Hombre Nuevo.

–André está pronto y dispuesto –agregó el amigo cariñosamente.

Aniceto fijó una mirada penetrante en mí, y advirtió:

–Nuestro servicio es variado y riguroso. El departamento de trabajo, bajo nuestra responsabilidad, acepta solamente a cooperadores interesados en el descubrimiento de la felicidad de servir. Nos comprometemos, mutuamente, a callar toda especie de reclamo. Nadie exige que se le reconozcan méritos por sus obras útiles y todos responden por cualquier error cometido. Nos hallamos aquí, en un curso de extinción de las viejas vanidades personales, traídas del mundo carnal. Dentro del mecanismo jerárquico de nuestras obligaciones, tan sólo nos interesamos por el bien divino. Consideramos que toda posibilidad constructiva proviene de nuestro Padre y esta convicción nos

ayuda a olvidar las inconvenientes exigencias de nuestra personalidad inferior.

Notando mi sorpresa, Aniceto esbozó un gesto significativo y continuó:

—En los trabajos de emergencia, destinados a la preparación de colaboradores activos, tengo un cuadro suplementario de auxiliares, que consta de cincuenta plazas para aprendices. En este momento, dispongo de tres vacantes. Hay intensa actividad de instrucción, necesaria a los servidores que cooperarán en la Tierra en socorros urgentes. Existen orientadores que se hacen acompañar, en los servicios en la superficie terrestre, por todo el personal en aprendizaje, pero yo adopto un proceso diferente. Acostumbro a dividir la clase en grupos especializados, para un mejor provecho en la preparación y en la práctica, de acuerdo con la profesión familiar a los estudiantes. De momento tengo, un sacerdote católico romano, un médico, seis ingenieros, cuatro profesores, cuatro enfermeras, dos pintores, once hermanas especializadas en trabajos domésticos y dieciocho operarios diversos. En *Nuestro Hogar*, la acción que nos compete se desarrolla de manera colectiva; pero, en los días de aplicación de la tarea en superficie terrestre, no me hago acompañar por todos. Naturalmente, no se negará al ingeniero, o al operario, la oportunidad de adquirir otros conocimientos que trascienden el panorama de las realizaciones que les son inherentes; pero tales manifestaciones deben constar en el marco de los esfuerzos espontáneos, en el tiempo que cada cual disfruta para el descanso o el entretenimiento. Considerando, pues, el servicio actual, tenemos interés en aprovechar las horas al límite máximo, no sólo en beneficio de los que necesitan nuestro concurso fraternal, sino

también a favor de nosotros mismos, en lo que concierne a la eficiencia.

Ponderé, admirado, el curioso proceso, mientras el orientador hacía una larga pausa.

Después de poner en mí toda su atención, como si desease percibir el efecto de sus palabras, Aniceto continuó:

–Este método, no supone, apenas, crear obligaciones para los otros. Aquí, como en la Tierra, quien alcanza el mayor beneficio en las aulas y con las demostraciones, no es propiamente el discípulo y sí el instructor, que enriquece sus observaciones e intensifica experiencias. Cuando el Ministro Espiridión me llamó para ejercer el cargo, lo acepté bajo la condición de no perder el tiempo en el mejoramiento y educación de mí mismo. Por lo expuesto, no creo necesario extenderme en otras consideraciones. Creo haber dicho lo suficiente. Por lo tanto, si está dispuesto, no puedo negarme a aceptarlo.

–Comprendo sus nobles programas –respondí conmovido–, será una honra, para mí, la posibilidad de acompañarlo y de recibir sus determinaciones para el servicio.

La expresión fisonómica de Aniceto fue de quien alcanza la solución deseada, y concluyó:

–Pues bien; podrá comenzar mañana.

Y dirigiéndose a Tobías, añadió:

–Encamine a nuestro amigo, mañana temprano, al Centro de Mensajeros. Allí estaremos en estudio activo y dispondré que a André se le brinde el reglamento de Comunicaciones.

Agradecemos, satisfechos, y siguiendo a Tobías, me despedí, alimentando nuevas esperanzas.

En el Centro de Mensajeros

Al día siguiente –después de oír extensos consejos de Narcisa– fui al Centro de Mensajeros, en el Ministerio de Comunicaciones. Me acompañaba, a pesar de los inmensos trabajos que le significaban su esfuerzo personal, el atento Tobías.

Deslumbrado, llegué a la serie de majestuosos edificios que componen la sede de la institución. Juzgué encontrarme ante varias universidades reunidas, tal era la enorme extensión de ellos. Amplios patios, poblados de árboles y jardines, invitaban a sublimes meditaciones.

Tobías me arrancó del encantamiento exclamando:

–El Centro es muy vasto. En este departamento de nuestra colonia espiritual se desempeñan complejas actividades. No crea que la institución se compone únicamente de los edificios que están bajo nuestra vista. Tenemos en esta parte, tan sólo la administración y algunos pabellones destinados a la enseñanza y a la preparación en general.

–¿Pero toda esta inmensa organización se restringe al movimiento de transmisión de mensajes? –pregunté curioso.

El compañero sonrió significativamente y aclaró:

–No suponga que se encuentra localizado aquí solamente el servicio de correos. El Centro prepara entidades a fin de que se transformen en cartas vivas de socorro y auxilio a los que sufren en el Umbral, en la Superficie y en las Tinieblas. ¿Cree, por ventura, que tanto trabajo se destine tan sólo a la simple función de noticiario? Amplíe su visión. Este servicio es copia de cuantos se vienen haciendo en las más diversas ciudades espirituales de los planos superiores. Se preparan aquí numerosos compañeros para la difusión de esperanzas y consuelos, instrucciones y avisos, en los diversos sectores de la evolución planetaria. No me refiero tan sólo a emisarios invisibles. Organizamos grupos compactos de aprendizaje para la reencarnación. Cada año, salen de aquí centenares de médiums y adocrinadores. Considerable cantidad de proveedores de consuelo espiritual, habilitados por nuestro Centro de Mensajeros, se encamina hacia los círculos carnales.

–¿Qué me dice? –interrogué sorprendido– ¡Según sus informes, los trabajos de esclarecimiento espiritual deben estar muy adelantados en el mundo...!

Tobías fijó en mí una expresión singular, sonrió tranquilamente y explicó:

–Usted no ponderó todavía, mi querido André, que esta preparación no constituye, aún, la realización propiamente dicha. Salen millares de mensajeros aptos para el servicio, pero son muy pocos los que triunfan. Algunos consiguen una ejecución parcial de la tarea, muchos otros fracasan rotundamente. El servicio legítimo no es fantasía. Es un esfuerzo sin el cual la obra no puede aparecer ni prevalecer. Con las necesarias instrucciones, parten de aquí al mundo carnal, extensas filas de

médiums y adoctrinadores, porque los benefactores de la Espiritualidad Superior, para intensificar la redención humana, precisan de renuncia y de altruismo. Cuando los mensajeros se olvidan del espíritu misionero y de la dedicación a los semejantes, acostumbran a transformarse en instrumentos inútiles. Hay médiums y mediumnidad, adoctrinadores y doctrina, como existen la azada y los trabajadores del campo. La azada puede ser excelente, pero si falta espíritu de servicio en el cultivador, la conquista de la azada inevitablemente será la herrumbre. Así acontece con las facultades psíquicas y con los grandes conocimientos. La expresión mediúmnica puede ser riquísima; pero, si el dueño no consigue mirar más allá de sus propios intereses, fracasará fatalmente en la tarea que le fue conferida. Crea, querido mío, que todo trabajo constructivo tiene sus correspondientes batallas. Son muy escasos los servidores que toleran las dificultades y reveses de las líneas del frente. Abrumador porcentaje permanece a distancia del fuego fuerte. Numerosos trabajadores retroceden cuando la tarea abre sus oportunidades más valiosas.

Algo impresionado, opiné:

—Esto me sorprende sobremanera. No suponía que fuesen preparados, aquí, determinados mensajeros para la vida carnal.

—¡Ah, amigo mío! —dijo Tobías sonriente—, ¿podría usted admitir que las obras del bien estuviesen circunscriptas a simples operaciones automáticas? Nuestra visión, en la Tierra, acostumbra a viciarse en el círculo de los cultos externos, en la actividad religiosa. Creemos, por allá, resolver todos los problemas por la actitud suplicante. Sin embargo, la genuflexión no soluciona cuestiones fundamentales del espíritu, ni la simple

adoración a la Divinidad constituye la máxima edificación. En verdad, todo acto de humildad y amor es respetable y santo, e incontestablemente el Señor nos concederá sus bendiciones; no obstante, es imprescindible considerar que el mantenimiento y limpieza del florero, para mantenerlas, es deber que nos compete. En este Centro no preparamos, pues, a simples mensajeros de postales escritas, sino a espíritus que se transformen en cartas vivas de Jesús para la Humanidad encarnada. Por lo menos este es el programa de nuestra administración espiritual...

Callé, emocionado, ponderando la grandeza de las enseñanzas. Mi compañero, después de una larga pausa, prosiguió observando:

—Raros son los que triunfan, porque casi todos estamos aún ligados a un extenso pretérito de errores criminales, que deformaron nuestra personalidad. En cada nuevo ciclo de tentativas carnales, creemos mucho más en nuestras tendencias inferiores del pasado que en las posibilidades divinas del presente, complicando siempre el futuro. Es de ese modo que seguimos por allá, asidos al mal y olvidados del bien, llegando, a veces, a la disparatada idea de interpretar dificultades como puniciones, cuando todo obstáculo traduce oportunidades verdaderamente preciosas para los que ya tengan “ojos para ver”.

A esa altura, alcanzamos el enorme recinto.

Centenares de entidades penetraban en el vasto edificio, cuyas escaleras subimos en animada conversación.

Los aspectos del maravilloso atrio impresionaban por su imponente belleza. Especies de flores —desconocidas hasta entonces para mí— adornaban columnatas, esparciendo colores vivos y delicioso perfume.

Rompiendo mi embeleso, Tobías explicó:

–Los diversos grupos de aprendices se encaminan a clases. Busquemos a Aniceto en el departamento de instructores.

Atravesamos vastísimas galerías, siempre encontrándonos con verdadera multitud de entidades que buscaban las aulas, en conversaciones vibrantes.

En pequeño grupo que parecía mantener una conversación muy discreta, encontramos al generoso amigo de la víspera, que nos abrazó sonriente y calmo.

–¡Muy bien!, –dijo, alegre y bondadoso– esperaba al nuevo alumno, desde esta mañana temprano.

Y como Tobías mencionase estar muy apresurado, el noble instructor explicó:

–De ahora en adelante, André permanecerá bajo mis cuidados. Puede regresar tranquilo.

Me despedí del compañero, conmovido.

Notando mi natural timidez, Aniceto indicó a un auxiliar de servicio:

–Llame a Vicente en mi nombre.

Y, volviéndose hacia mí, aclaró:

–Hasta ahora, Vicente era mi único aprendiz médico. Ambos se quedarán juntos, en vista de la afinidad profesional.

No habían transcurrido tres minutos y ya teníamos a Vicente ante nosotros.

–Vicente –dijo Aniceto sin afectación–, André Luiz es nuestro nuevo colaborador. Fue también médico en las esferas

carnales. Creo, pues, que ambos se encontrarán a gusto, compartiendo la misma experiencia.

El interpelado me abrazó, demostrando extrema generosidad, y después de darme valor con bellas palabras de estímulo, preguntó a nuestro orientador:

–¿Cuándo debemos buscarlo para los estudios de hoy?

Aniceto pensó un instante y respondió:

–Informe al nuevo candidato cuáles son nuestros reglamentos, y vengan juntos para las instrucciones después de medio día.

El caso de Vicente

Era imposible traducir mi alegría, con la nueva compañía.

Vicente de semblante muy sereno, mirada inteligente y lúcida, irradiaba cariño y bondad, sensatez y comprensión.

Me manifestó su satisfacción por haber encontrado a un compañero médico y me alojó convenientemente junto a él, demostrando extremada generosidad fraternal.

Era el primer colega de profesión también recién llegado de las esferas de la superficie terrestre, a quien me acercaba de modo directo.

Largamente intercambiamos ideas sobre las sorpresas que nos salían al paso. Comentamos las dificultades oriundas de la ilusión terrestre, la miopía de la pequeña ciencia, los profundos y seductores problemas de la medicina espiritual.

Aunque no había hecho aún ninguna visita al plano de los encarnados, en carácter de servicio, Vicente admiraba a Aniceto extraordinariamente y me puso al corriente de los valiosos estudios a que se entregaba junto a él.

Estaba lleno de conceptos entusiastas. En poco más de una hora, nuestra intimidad se semejaba al sentimiento de dos

hermanos unidos, desde mucho, por lazos espirituales. El nuevo compañero había conquistado mi infinita confianza.

Evidenciando extrema delicadeza, indagó sobre mi posición ante los parientes terrestres, a lo que respondí con la historia resumida de mi singular aventura al saber de las segundas nupcias de mi viuda. Imprimí todo el énfasis posible a mi relato verbal, sensibilizándome, profundamente, en el curso de la narración. En cada pormenor culminante de los hechos, me detenía a propósito, destacando mis viejos sufrimientos y relatando sinsabores que me parecían insuperables.

Vicente oyó silencioso, sonriendo a intervalos.

Cuando terminé la conmovedora exposición, puso su diestra sobre mi hombro y murmuró:

—No se juzgue desventurado e incomprendido. Sepa, mi querido André, que usted fue muy feliz.

—¿Cómo así?

—Su Celia respetó al compañero hasta el fin, y el segundo matrimonio, en tales circunstancias, no es de admirar. En mi caso, la cosa fue mucho peor.

Y, dado mi justificado asombro, el nuevo amigo continuó:

—Me explicaré.

Meditó algunos instantes, como quien alineaba reminiscencias, y prosiguió:

—No puede usted imaginarse como fue de intenso el sueño de amor de mi casamiento. Tan pronto como adquirí mi diploma profesional, a los veinticinco años, desposé a Rosalinda, pleno de exultación y ventura. No sólo llevaba a mi esposa a una

situación material confortable y sólida, en el terreno financiero, también le daba mis tesoros de afecto y de devoción. Mi felicidad no tenía límites. En poco tiempo, dos hijitos enriquecieron nuestro dichoso hogar. Mi bienestar era inefable. Teniendo en cuenta mis reservas bancarias, no me especialicé en Clínica, consagrándome apasionadamente al laboratorio. Gracias a mis características, no me fue difícil atraer la confianza de numerosos colegas y varios centros de estudio, multiplicando las investigaciones con resultados brillantes. Y Rosalinda era mi primera y mejor colaboradora. De cuando en cuando, le notaba cierto enfado en su trato con los tubos de ensayo, pero mi esposa sabía entonces, callar las pequeñas contrariedades, en favor de nuestra felicidad doméstica. Parecía comprenderme integralmente. A mis ojos era la madre dedicada y la compañera sin defectos.

Llevábamos diez años de ventura conyugal, cuando mi hermano Eleuterio, abogado, soltero, algo mayor que yo, resolvió venir a vivir cerca de nosotros. Rosalinda fue pródiga en atenciones, considerando que se trataba de una persona de mi familia. Eleuterio entró en nuestra casa como hermano. Aunque residía en un hotel, participaba en nuestras reuniones caseras, siempre elegante e interesado en agradar.

Observé que a partir de entonces mi mujer se modificaba poco a poco. Exigió que fuese contratada una auxiliar que la substituyese en mis servicios, alegando que nuestros hijitos necesitaban de asistencia maternal más asidua. Accedí satisfecho. Se trataba de hecho, de una interesante providencia para el bienestar de nuestros hijos. Sin embargo, la transformación de Rosalinda asumió un carácter impresionante. Pasó a no comparecer al laboratorio, donde tantas veces nos abrazábamos,

alegremente, al ver coronadas por el éxito nuestras investigaciones más serias. Prefería el cine o la estación de reposo, en compañía de Eleuterio.

Eso me entristecía bastante, pero no podía desconfiar de la conducta de mi hermano. Dentro de la familia siempre había mostrado excelente criterio, aunque era osado y egoísta en las actividades profesionales.

Mi vida doméstica, antes tan feliz, pasó a ser de una soledad muy amarga, que yo intentaba encubrir con el trabajo persistente y honesto.

Así corrían las cosas, cuando singular transformación alteró mi experiencia. Una pequeña ampolla en la fosa nasal, que nunca me había ocasionado incomodidades de ninguna naturaleza, después de sufrir una leve herida, tomó carácter de extrema gravedad. En pocas horas, se declaró la septicemia. Se reunió una verdadera asamblea de colegas, junto a mi lecho. Sin embargo, fueron inútiles todos los cuidados y nula la mejor asistencia impartida. Comprendí que el fin se aproximaba con rapidez. Rosalinda y Eleuterio parecían consternados y, hasta hoy, guardo la impresión de recordar sus miradas ansiosas, en el momento en que la neblina de la muerte envolvía mis ojos materiales.

A esa altura, Vicente hizo una larga pausa, como para fijar las reminiscencias más dolorosas, y continuó con menos vivacidad:

—Después de algún tiempo de tristes perturbaciones en las zonas inferiores, cuando ya me encontraba restablecido, en *Nuestro Hogar*, tuve conocimiento de toda la verdad. Regresando al hogar terreno, encontré la gran sorpresa. Rosalinda se había casado con Eleuterio en segundas nupcias.

–¡Cómo son idénticas nuestras historias! –exclamé impresionado.

–Eso sí que no –protestó sonriendo.

Y continuó:

–Otra sorpresa me desgarraba el corazón. Solamente al regresar al hogar, supe que había sido víctima de un odioso crimen. Mi propio hermano inspiró la trama sutil y perversa. Mi mujer y él se apasionaron perdidamente uno por el otro y cedieron a tentaciones inferiores. No debía recurrirse al divorcio, y aunque la legislación lo facultase, constituiría un escándalo la separación de Rosalinda para unirse, públicamente, al cuñado. Eleuterio recordó que poseíamos experiencias de laboratorio y sugirió a Rosalinda la idea de que me aplicaran determinado cultivo de microbios, que él mismo se incumbiría de obtener, en la primera oportunidad. La pobre compañera no vaciló, y, valiéndose de mi sueño descuidado, introdujo en la minúscula espina nasal, algo herida, el virus destructor.

Y ahí tiene usted mi caso, naturalmente resumido.

Yo estaba asombrado.

–¿Y los criminales? –pregunté.

Vicente sonrió ligeramente e informó:

–Rosalinda y Eleuterio viven aparentemente felices, son excelentes materialistas, y disfrutan, por ahora, en el mundo transitorio de gran fortuna monetaria y de elevado concepto social.

–Pero, ¿y la justicia? –indagué aterrado.

–¡Vamos, André! –esclareció serenamente–, todo viene a

su tiempo, tanto en el bien como en el mal. Primero la simiente, después los frutos.

Pero, percibiendo mis tristes impresiones, Vicente concluyó:

–No hablemos más de esto. Se aproxima la hora de la instrucción. Atendamos a nuestras necesidades esenciales, auxiliando a nuestros seres amados, que aún permanecen a distancia, en los círculos terrestres. No se impresione. El árbol, para producir no reclama por las hojas muertas. Para nosotros, actualmente, amigo mío, el mal es el simple resultado de la ignorancia y nada más.

Oyendo instrucciones

En el gran salón, Aniceto, hospitalario nos esperaba.

Enormes hileras de asistentes llenaban el vastísimo espacio.

Hombres y mujeres, aparentando diversas edades, permanecían en recogimiento, demostrando, sin embargo, expectativa e interés.

—Hoy —explicó nuestro orientador, dirigiéndose a Vicente de manera particular— tendremos la palabra de Telésforo, antiguo luchador de Comunicaciones, que pidió la presencia de todos los aprendices del trabajo de intercambio entre nosotros y los hermanos encarnados.

Por nuestra parte, nos sentamos, confortablemente, aguardando.

En pocos minutos, Telésforo penetraba en el recinto, bajo armoniosas vibraciones de simpatía general.

Aniceto y otros instructores se instalaron a su lado, alrededor de una gran mesa, donde se ubicaba la dirección de la asamblea.

Después de saludar a la numerosísima asistencia, formulando votos de paz e incentivándonos a dar testimonios

redentores, Telésforo abordó el asunto principal que lo había llevado hasta allí.

–Ahora –dijo con autoridad pero sin afectación– conversaremos sobre las necesidades de la presencia de nuestra colonia espiritual en los trabajos terrestres. Se encuentran aquí compañeros fracasados en las intenciones más nobles y otros hermanos deseosos de colaborar en las tareas que atañen a nuestras responsabilidades actuales. Nos referimos a las laboriosas actividades de Comunicaciones, en el plano carnal. Vemos en esta reunión a gran parte de los cooperadores de *Nuestro Hogar*, que fallaron en las misiones de la mediuñidad y del adoctrinamiento, así, como a otros muchos compañeros que se preparan para pruebas de esa naturaleza, en los círculos de la Tierra.

Nuestra institución viene promoviendo un gran movimiento de auxilio, más allá de la superficie terrestre, a hermanos encarnados y desencarnados, que se revelan incapaces de cualquier acción.

Nuestra tarea es enorme. Necesitamos diseminar las nuevas enseñanzas, con relación a la preparación de los que habitan nuestra colonia, considerando los esfuerzos y realizaciones del presente y del porvenir.

Es indispensable socorrer a los que enfrentan, valerosos, las profundas transformaciones del planeta.

Las transiciones esenciales de la existencia en la Tierra encuentran a la mayoría de los hombres absolutamente distraídos sobre las realidades eternas. La mente humana se muestra cada vez más abierta al contacto con las expresiones invisibles, dentro de las cuales funciona y se mueve. Esto es una fatalidad evolutiva.

Deseamos y necesitamos auxiliar a las criaturas humanas; sin embargo, en contra de la extensión de nuestro concurso fraterno, operan dilatadas corrientes de incomprensión. No nos referimos apenas a la acción de la ignorancia y de la perversidad. Actúan, contradictoriamente, en ese particular, gran número de fuerzas del propio espiritualismo. Nos combaten algunas escuelas cristianas, como si no colaborásemos con el Divino Maestro. La Iglesia Romana clasifica como diabólica nuestra cooperación. La Reforma Luterana, en sus variados matices, hostiga nuestra colaboración amistosa. Y existen corrientes espiritualistas de elevado tenor educativo, que condenan nuestra influencia, por querer que el hombre se perfeccione de un día a otro, rigurosamente redimido al golpe instantáneo de la voluntad, sin realización metódica.

En el campo de nuestro conocimiento de la vida, no podemos condenarlos por su incomprensión actual. El catolicismo romano tiene sus razones de peso; el protestantismo es digno de nuestro acatamiento; las escuelas espiritualistas poseen notables realizaciones. Toda expresión religiosa es sagrada, todo movimiento superior de educación espiritual es santo en sí mismo. Tenemos, entonces, ante nosotros, la incomprensión de los buenos, que constituye dolorosa prueba para todos los trabajadores sinceros, porque, a fin de cuentas, no estamos haciendo ninguna obra individual y sí promoviendo un movimiento libertador de la conciencia humana, a favor de la propia idea religiosa del mundo.

Sacerdotes e intérpretes de los núcleos organizados de la religión y de la filosofía, no perciben aún que el espíritu de la Revelación es progresivo, como el alma del hombre. Las percepciones religiosas se elevan con la mente de la criatura humana. Muchas iglesias no comprenden, hasta ahora, que no

debemos difundir la creencia en los tormentos eternos para los desventurados, y sí la certeza de que hay hombres infernales creando infiernos para sí mismos.

Pero, no podemos perder tiempo en el examen de la terquedad ajena. Tenemos servicios complejos y dilatados. Y, como decíamos, la Humanidad terrena se aproxima, día a día, a la esfera de vibraciones de los invisibles de condición inferior, que la rodea en todos los sentidos. Mas, según reconocemos, abrumador porcentaje de habitantes de la Tierra no se preparó para los actuales acontecimientos evolutivos. Y los más angustiosos conflictos se verifican en el escenario humano. La Ciencia progresa vertiginosamente en el planeta, y, no obstante, a medida que se suprimen sufrimientos del cuerpo, se multiplican aflicciones del alma. Los periódicos del mundo están llenos de noticias maravillosas, en cuanto al progreso material. Se descubren secretos sublimes de la Naturaleza en los dominios del mar, de la tierra y del aire; pero la estadística de los crímenes humanos es espantosa. Los asesinatos de la guerra, presentan refinamientos de perversidad mucho mayores de los que fueron conocidos en épocas anteriores. Los homicidios, los suicidios, las tragedias conyugales, los desastres del sentimiento, las huelgas, los impulsos revolucionarios de la indisciplina, la sed de experiencias inferiores, la inquietud sexual, las molestias desconocidas, la locura, invaden los hogares humanos. No existe en ningún país suficiente preparación espiritual para lograr el bienestar corporal. Entretanto, ese bienestar tiende a aumentar naturalmente. El hombre dominará, cada vez más, el paisaje exterior que constituye su morada, aunque no se conozca a sí mismo. Empero, atendido el cuerpo revelará las necesidades del alma y vemos ahora a la criatura humana llena de graves problemas, no sólo por las deficiencias de sí misma, sino también por la espontánea aproximación psíquica con la esfera vibratoria

de millones de desencarnados, que se adhieren a la superficie planetaria, sedientos de renovar la existencia que sin mayor consideración a los designios del Eterno, menospreciaron.

En rigor, también nosotros comprendemos que los servicios de Comunicaciones, en el mundo, deberían realizarse apenas en el plano de la inspiración divina para los círculos terrenales, de lo superior a lo inferior; pero, ¿cómo actuar ante millones de enfermos y criminales en las zonas visibles e invisibles de la experiencia humana? ¿Por el simple culto externo, como pretende la Iglesia de Roma? ¿Exclusivamente por actos de fe, como espera la Reforma Protestante? ¿Por simple afirmación de la voluntad, conforme pontifican ciertas escuelas espiritualistas? No podemos, no obstante, circunscribir apreciaciones, en la visión unilateral del problema. Concordamos en que la reverencia al Padre, la fe y la voluntad son expresiones básicas de la realización divina en el hombre, pero no podemos olvidar que el trabajo es una necesidad fundamental de cada espíritu. Que otros hermanos nuestros tan sólo perseveren en las especulaciones teológicas; pero, enfrentemos nosotros los servicios del Señor, como se hace indispensable.

Actualmente, la Humanidad terrena es como un gran organismo colectivo, cuyas células, que son las personalidades humanas, se envuelven en el desequilibrio entre sí, en el proceso mundial de reajuste y de redención.

Cuantos cooperan con nosotros, ven la extensión de los espinares en los que se debate la mente humana. Criminales se aferran a criminales, enfermos se asocian con enfermos. Precisamos ofrecer, al mundo, los instrumentos adecuados para las rectificaciones espirituales, habilitando a nuestros hermanos encarnados a un mayor entendimiento del Espíritu del Cristo. Pero, para conseguirlo, necesitamos de colaboradores fieles, que

no impongan condiciones, compensaciones y discusiones, mas que se interesen por la sublimidad del sacrificio y de renunciación con el Señor.

A esa altura, Telésforo interrumpió la lección en curso, y fijando su mirada escrutadora sobre la asamblea, tornó a decir en voz más alta:

–Quien no desee servir, busque otros géneros de tarea. En Comunicaciones no se admite la pérdida de tiempo, ni la experimentación enfermiza, sin el grave perjuicio para los cooperadores incautos. En otros Ministerios, la designación de trabajadores define, con precisión, a todos los que colaboran con el Divino Maestro. Pero aquí, por encima de trabajadores, necesitamos servidores que atiendan de buena voluntad.

En ese instante, en vista de otra larga pausa, noté la fuerte impresión que reinaba entre los oyentes, que se miraban entre sí con inexpresable asombro.

A advertencias profundas

—**H**ermanos nuestros —prosiguió Telésforo, con el calor de sagrada inspiración—, en la Tierra se hacen oír gritos conmovedores de sufrimiento. Necesitamos servidores que deseen integrarse a la escuela evangélica de la renuncia.

Desde las primeras tareas del Espiritismo renovador, *Nuestro Hogar* ha enviado diversos grupos al trabajo de difusión de valores educativos. Centenares de compañeros parten de aquí anualmente, uniendo sus necesidades de rescate al servicio redentor; pero aún no conseguimos los resultados deseables. Algunos alcanzaron resultados parciales en las tareas desarrolladas, pero la mayoría ha fracasado ruidosamente. En vano, nuestros institutos de socorro movilizan medidas indispensables de asistencia. Son rarísimos los que conquistan algún éxito en los delicados menesteres de la mediumnidad y del adoctrinamiento.

Otras colonias de nuestra esfera promueven tareas de la misma naturaleza, pero poquísimos son los que recuerdan las realidades eternas, en “el otro lado del velo...” La ignorancia domina la mayoría de las conciencias encarnadas. Y la ignorancia es madre de las miserias, de las flaquezas, de los crímenes.

Grandes instructores, cuando se encuentran en los fluidos de la carne, se amedrentan ante las luchas humanas, y se encierran, indebidamente, en sus propias ideas. Se olvidan de que Jesús no esperó a que los hombres le alcanzasen las glorias magnificentes y que, en vez de eso, descendió hasta el plano de los hombres, para amar, enseñar y servir. No exigió que las criaturas humanas se hiciesen inmediatamente iguales a Él; se hizo como los hombres, para ayudarlos en la áspera ascensión.

Y, con profundo brillo en la mirada, Telésforo acentuó, después de un pequeño intervalo:

–Si el Divino Maestro adoptó esa norma, ¿qué decir de nuestras obligaciones de criaturas fallidas?

Abstrayéndonos de las inmensas necesidades de otros grupos, procuremos identificar las fallas existentes en aquellos que nos son afines.

Alrededor de nosotros mismos, los lazos personales representan un extenso campo para los testimonios.

Cese, para nosotros, el concepto de que la Tierra es un valle tenebroso, destinado a lamentables caídas y tengamos la certeza de que la esfera carnal es un gran taller de trabajo redentor. Preparémonos para la cooperación eficiente e indispensable. Olvidemos los errores del pasado y recordemos de nuestras obligaciones fundamentales.

La causa general de los desastres mediúmnicos es la ausencia de la noción de responsabilidad y del recuerdo del deber a cumplir.

¿Cuántos de vosotros han sido respaldados, aquí, por generosos benefactores que buscaron ayudaros, condolidos de vuestro pretérito cruel? ¿Cuántos de vosotros partisteis,

entusiastas, formulando enormes promesas? Entretanto, no supisteis reflexionar dignamente, para aprender a servir, conforme a los designios superiores del Eterno. Cuando el Señor os enviaba, posibilidades materiales para lo necesario, regresabais a la ambición desmedida; ante el aumento de misericordia de la labor intensificada, os agarrasteis a la idea de la existencia cómoda; junto a las experiencias afectivas, preferisteis los desvíos sexuales; al lado de la familia, volvisteis a la tiranía doméstica y a los intereses de la vida eterna sobrepusisteis las sugerencias inferiores de la pereza y de la vanidad. La mayoría de vosotros, os disteis a la palabra sin responsabilidad y a la indagación sin discernimiento, amontonando actividades inútiles. Como médiums, muchos de vosotros preferisteis vuestra propia inconsciencia; como adoctrinadores, formulabais conceptos para la exportación, jamás para el uso propio.

¿Qué resultados alcanzamos? Grandes masas agitan las fuentes del Espiritismo sagrado, tan sólo con el propósito de mancharle las aguas. No son buscadores del Reino de Dios los que le fuerzan, de ese modo, las puertas, y sí cazadores de intereses personales. Son los sedientos de la facilidad, los amigos del menor esfuerzo, los perezosos y delincuentes de todas las situaciones, que desean oír a los Espíritus desencarnados, recelosos de la acusación que les dirige su propia conciencia. En los corazones bien intencionados, La hiel de la duda invade el bálsamo de la fe. La avidez por una indebida protección fustiga a los seguidores de la ociosidad. La ignorancia y la maldad se entregan a las manifestaciones inferiores de la magia negra.

¿Todo eso, por qué, hermanos míos? Porque no hemos sabido defender el sagrado depósito, por habernos olvidado, en nuestras labores carnales, que el Espiritismo es revelación

divina para la renovación fundamental de los hombres. No atendemos, aún, como se hace indispensable, la construcción del “Reino de Dios” en nosotros mismos.

Con todo, no abandonemos nuestros deberes en medio de la tarea. Regresemos al campo, rectificando las siembras. El Ministerio de Comunicaciones viene incentivando ese movimiento renovador. Necesitamos de servidores de buena voluntad, leales al espíritu de la fe. No serán admitidos los que no deseen conocer la gloria oculta de la cruz del testimonio, ni serán atendidos aquí los que se aproximen con objetivos diferentes...

Aquí estamos todos, compañeros de Comunicaciones, endeudados con el mundo, pero llenos de esperanza por el éxito de nuestra tarea permanente. Levantemos la mirada. El Señor renueva diariamente nuestras benditas oportunidades de trabajo, mas, para que alcancemos los resultados precisos, es imprescindible seguir en la renunciación a lo inferior. Ninguno de nosotros, de los que aquí nos encontramos, está libre del ciclo de reencarnaciones en la Tierra. Por tanto, todos estamos sedientos de Vida Eterna. Por esto, no olvidemos el Calvario de Nuestro Señor, convencidos de que toda salida de los planos más bajos debe ser una ascensión hacia la esfera superior. ¡Y nadie espere subir espiritualmente, sin esfuerzo, sin sudor y sin lágrimas...!

En ese momento cesó la exhortación de Telésforo, que bendijo a la asamblea, mostrando la mirada infinitamente brillante y aceptando, enseguida, el brazo de Aniceto, para retirarse.

Bajo profunda impresión, en vista de las incisivas declaraciones del instructor, observé que numerosos circundantes lloraban en silencio.

Ante mi mirada interrogadora, Vicente explicó:

–Son servidores fracasados.

En ese instante, Telésforo y nuestro orientador se apostaron junto a nosotros.

Dos señoras, de grave fisonomía, se aproximaron respetuosamente y una de ellas se dirigió a Aniceto, en estos términos:

–Deseamos pedirle el favor de una información sobre la próxima oportunidad de servicio que será concedida a Octavio.

–El Ministerio brindará las aclaraciones –respondió, atento, el interpelado.

–No obstante –tornó a decir la interlocutora–, me atrevería a reiterarle el pedido. Es que Marina, gran amiga nuestra, casada en la Tierra hace algunos meses, me prometió su cooperación para auxiliarlo, y sería muy de mi agrado localizar, ahora, a mi pobre hijo en nuevos brazos maternales.

Aniceto esbozó un gesto de comprensión, sonrió y aclaró, con franqueza:

–No es conveniente establecer esos planes de momento, porque, antes de nada, necesitamos conocer la solución que se le dará al proceso sobre médiums fracasados, en que él está envuelto. Solamente después, mi hermana.

Volví la mirada hacia Vicente, sin ocultar mi sorpresa, pero, mientras las señoras se retiraban conformes, Aniceto nos dirigió la palabra:

–Tengo que atender servicios inmediatos, en compañía de Telésforo. Os dejo a todos, en estudios y observaciones aquí en el Centro de Mensajeros.

Se retiró Aniceto con los mayores, y un compañero declaró alegremente:

–Podemos conversar.

–Nuestro orientador –explicó Vicente, solícito– considera trabajo útil toda conversación saludable que nos enriquezca los conocimientos y actitudes para el servicio. Por lo tanto, por nuestras conversaciones constructivas recibiremos también la debida recompensa por la cooperación normal.

Curioso y sorprendido, indagué:

–¿Y si yo intentase platicar sobre los asuntos inferiores de la Tierra, olvidando la conversación edificante?

Vicente sonrió y contestó:

–El perjuicio sería suyo, porque aquí, la palabra define al Espíritu, y, si usted huyese de la luz de la conversación instructiva, nuestros orientadores conocerían su actitud inmediatamente, por cuanto su presencia se tornaría desagradable y su rostro se cubriría por una sombra indefinible.

La caída de Octavio

La ausencia de Aniceto dio ocasión a interesantes coloquios.

Se formaron grupos de conversación amistosa

Impresionado con las señoras que habían solicitado providencias para Octavio, pedí a Vicente que me las presentase, no era que me moviese una curiosidad insana, sino el deseo de obtener nuevos valores educativos sobre la tarea mediúmnica, que las palabras de Telésforo me hicieran sentir en tonos diferentes.

El amigo me atendió con buena voluntad.

Enseguida, no sólo me hallaba frente a las hermanas Isaura e Isabel, sino, también, del propio Octavio, un pálido señor que aparentaba cuarenta años.

—También soy un principiante aquí —expliqué— y mi condición es la del médico que falló en los deberes que el Señor le confió.

Octavio sonrió y respondió:

—Posiblemente, mi amigo tendrá a su favor el hecho que ignoraba las verdades eternas, mientras se hallaba en el mundo.

Conmigo no sucede lo mismo. ¡Ay de mí! No desconocía el derrotero correcto, que el Padre me había designado para las luchas en la Tierra. No poseía títulos académicos de competencia; pero disponía de considerable cultura evangélica, cosa que, para la vida eterna, es simplemente considerada de mayor importancia que la cultura intelectual. Tuve amigos generosos del plano superior, que se hacían visibles a mis ojos, recibí mensajes repletos de amor y sabiduría y, a pesar de todo ello, caí asimismo, obedeciendo a la imprevisión y a la vanidad.

Las observaciones de Octavio, me impresionaban vivamente. Mientras permanecí en el mundo, no tuve contacto especial con las escuelas espiritistas y tenía cierta dificultad para comprender todo lo que él deseaba decir.

–Ignoraba la extensión de las responsabilidades mediúmnicas –respondí.

–Las tareas espirituales –volvió a decir el interlocutor algo triste– se ocupan de los intereses eternos y en ello radica la enormidad de mi falta. Los encargados de los bienes del alma están investidos de pesadísimas responsabilidades. Los estudiosos, los creyentes, los simpatizantes, en el campo de la fe, pueden alegar ignorancia e inhibición; pero, los sacerdotes no tienen disculpa. Es lo mismo que se verifica en la tarea mediúmnica. Los aprendices o beneficiarios, en los templos de la nueva Revelación, pueden referirse a determinados impedimentos; pero el misionero está obligado a caminar con un patrimonio de certezas tales, que nada lo exonera de las culpas adquiridas.

–Pero, mi amigo –pregunté muy impresionado–, ¿qué habría motivado su martirio moral? Lo noto tan consciente de sí mismo, tan superiormente informado sobre las leyes de la vida,

que me cuesta creer que se encuentre necesitado de nuevas experiencias en ese sentido...

Ambas señoras presentes mostraron extraño brillo en la mirada, mientras Octavio respondía:

–Relataré mi caída. Verá como perdí una maravillosa oportunidad de elevación.

Y después de una pausa un tanto más prolongada, continuó, gravemente:

–Después de contraer en otro tiempo enormes deudas en la esfera carnal, vine a tocar las puertas de *Nuestro Hogar*, siendo atendido por dedicados hermanos, que se revelaron incansables para conmigo. Me preparé, entonces, durante treinta años consecutivos, para regresar a la Tierra en tarea mediúmnica, deseoso de saldar mis cuentas y elevarme algo. No me faltaron lecciones verdaderamente sublimes, ni estímulos santos a mi corazón imperfecto. El Ministerio de Comunicaciones me favoreció con todas las facilidades y, sobre todo, seis entidades amigas movieron los mayores recursos en beneficio de mi éxito. Técnicos del Ministerio de Auxilio me acompañaron a la Tierra, en vísperas de mi nacimiento, entregándome un cuerpo físico rigurosamente sano. Según la magnanimidad de mis benefactores de aquí, me sería concedido cierto trabajo de relevancia, en el campo de la consolación a las criaturas humanas. Permanecería junto a las legiones de los colaboradores encargados del trabajo en Brasil, animándolos en sus esfuerzos y atendiendo a otros hermanos, ignorantes, perturbados o infelices. El matrimonio no debería entrar en la línea de mis aspiraciones, no porque el matrimonio pueda chocar con el ejercicio de la mediumnidad, sino porque mi caso particular así lo exigía. Aun como soltero, debería recibir, a los veinte años, a los seis amigos que mucho trabajaron por mí, en *Nuestro Hogar*, los cuales llegarían a mi

círculo como huérfanos. Mi débito con esas entidades se había tornado muy grande y esta disposición no sólo constituiría un agradable rescate para mí, como también una garantía de triunfo por el servicio de asistencia que a ellas les prestase, por cuanto el trabajo laborioso me obligaría a no acceder a sugerencias inferiores en los dominios del sexo y de las ambiciones desmedidas, lo cual preservaría mi corazón de liviandades y vacilaciones. Quedó también asentado que mis nuevas actividades comenzarían con muchos sacrificios, para que el posible cariño de otros no ablandase la fibra de mis realizaciones, y para que mi tarea no se esclavizase a situaciones caprichosas del mundo, distantes de los designios de Jesús, y, sobre todo, para que fuese mantenido el significado impersonal del servicio. Más tarde, con el correr de los años de edificación espiritual, me enviarían de *Nuestro Hogar* socorros materiales, cada vez mayores, a medida que fuese dando testimonio de renuncia a mí mismo, desprendimiento de las posesiones efímeras, desinterés por la remuneración que proviene de los sentidos, de manera que intensificase, progresivamente, la siembra de amor confiada a mis manos.

Todo bien combinado, volví, no sólo prometiendo fidelidad a mis instructores, sino, también, hipotecando la certidumbre de mi devoción a las seis entidades, a quien mucho debo hasta ahora.

En ese momento, Octavio hizo una pausa más larga, suspiró profundamente, y prosiguió:

—Mas, ¡ay de mí, que olvidé todos los compromisos! Los benefactores de *Nuestro Hogar* me ubicaron al lado de una verdadera servidora de Jesús. Mi madre era espiritista cristiana desde joven, no obstante las tendencias materialistas de mi padre, que a pesar de ello, era un hombre de bien. A los trece años quedé huérfano de madre y, a los quince, comenzaron a llegarme

las primeras llamadas de la esfera superior. Por ese tiempo, mi padre contrajo segundas nupcias, y, a pesar de la bondad y cooperación que mi madrastra me ofrecía, yo me colocaba con respecto a ella en un plano de falsa superioridad. En vano, mi progenitora desde lo invisible me dirigió llamadas sagradas al corazón. Yo, rebelde, vivía entre quejas y lamentaciones indebidas. Mis parientes me condujeron a un grupo espiritista de excelente orientación evangélica, donde mis facultades podrían ser puestas al servicio de los necesitados y sufridores; sin embargo, me faltaban cualidades de trabajador y compañero fiel. El negar mi confianza en los orientadores espirituales y la acentuada tendencia a la crítica de los actos ajenos me compelián a desagradable estancamiento. Los beneméritos amigos de lo invisible me estimulaban al servicio, pero yo con mi vanidad enfermiza, dudaba de ellos. Y como prosiguiesen las llamadas sagradas, interpretadas por mí como alucinaciones, busqué a un médico que me aconsejó tener experiencias sexuales. Cumplía, entonces, diecinueve años y me entregué desenfrenadamente al abuso de facultades sublimes. Deseaba conciliar, a la fuerza, el placer delictuoso y el deber espiritual, alejándome, cada vez más, de las enseñanzas evangélicas que los amigos de la esfera superior nos suministraban. Tenía poco más de veinte años, cuando mi padre fue arrebatado por la muerte. Con el triste suceso, quedaban en la orfandad seis niños desfavorecidos, por cuanto, mi madrastra, al casarse con mi padre trajera para su tutela a tres pequeños. En vano la pobre viuda me imploró socorro. Nunca me digné aceptar los encargos redentores que me estaban destinados. Después de dos años de una segunda viudez, mi desventurada madrastra fue recogida a una leprosería. Entonces, me aparté de los pequeños huérfanos, lleno de horror. Los abandoné definitivamente, sin reflexionar que lanzaba a mis acreedores generosos, de *Nuestro Hogar*, a un destino incierto. Enseguida, dando largas a la ociosidad, cometí una acción indigna

y fui obligado a casarme por la fuerza. A pesar de todo, persistían las llamadas de lo invisible, revelándome la inagotable misericordia del Altísimo. Pero, a medida que olvidaba mis deberes, toda tentativa de realización espiritual me parecía más difícil. Y continuó la tragedia que inventé para mi propio tormento. La esposa a la que me había unido, tan sólo por apetitos inconfesables, era una persona muy inferior a mi condición espiritual y atrajo a una entidad monstruosa, que estaba unida a ella, para tomar el papel de mi hijo. Relegué a la calle a seis cariñosos niños, cuando nuestra convivencia hubiera sido decisiva para mi seguridad moral; pero la compañera y el hijo, por lo que me pareció, se incumbieron de la venganza. Ambos me atormentaron hasta el fin de la existencia, cuando regresé aquí, sin haber completado los cuarenta años, roído por la sífilis, por el alcohol y por los disgustos... sin haber hecho nada para mi futuro eterno... Sin haber construido nada en el terreno del bien...

Enjugó sus ojos húmedos y concluyó:

—Como ve, realicé todos mis condenables deseos, menos los deseos de Dios. Fue por eso que fallé, agravando antiguos débitos...

En ese instante, se calló como si alguna cosa invisible le constriñese la garganta.

Lo abracé con simpatía fraternal, ansioso de proporcionarle algún estímulo al corazón, pero Doña Isaura, se aproximó más, le acarició la frente y habló:

—¡No llores, hijo! Jesús no nos falta con la bendición del tiempo. Ten calma y valor...

Y reconociendo su cariño, medité en la Bondad Divina, que hace resonar el cántico sublime del amor de madre, incluso en las regiones de más allá de la muerte.

El desastre de A celino

Iba a dirigirme a Octavio nuevamente, cuando alguien se aproximó y habló al ex médium, con voz fuerte:

–No llore, querido mío. Usted no está desamparado. Además, puede contar con la devoción materna. Vivo en peores condiciones, pero no me faltan esperanzas. Sin duda, estamos en bancarrota espiritual; no obstante, es razonable que aguardemos, confiados, por un nuevo préstamo de oportunidades del Tesoro Divino. Dios no está pobre.

Sorprendido, me volví pero no reconocí al recién llegado.

Doña Isaura tuvo la gentileza de presentarnos.

Estábamos ante Acelino, que había compartido una experiencia similar.

Mirándolo con tristeza, Octavio sonrió y advirtió:

–No soy un criminal para el mundo, pero soy un fracasado para Dios y para *Nuestro Hogar*.

–No obstante, seamos lógicos –contestó Acelino, que parecía más valeroso–, usted perdió la partida porque no jugó, yo la perdí jugando desastrosamente. Sufrí once años de tormento en las zonas inferiores. Su situación no mereció esa medida drástica. Pero, a pesar de todo, confío en la Providencia.

En ese instante, intervino Vicente, agregando:

–Cada uno de nosotros tiene su propia experiencia. No todos ganan en las pruebas terrestres.

Y volviéndose de modo especial, hacia mí, adujo:

–¿Cuántos de nosotros, los médicos, no hemos perdido lamentablemente en la lucha?

Después de concordar, trayendo como ejemplo mi propio caso, objeté:

–Pero, sería muy interesante conocer la experiencia de Acelino. ¿Habría sufrido la misma desgracia que Octavio? Estimo de gran aprovechamiento penetrar en esas lecciones. En el mundo yo no comprendía bien lo que fuesen tareas espirituales, pero aquí nuestra visión se modifica. Hay que pensar en nuestro futuro eterno.

Acelino sonrió y adujo:

–Mi historia es muy diferente. La caída que experimenté presenta diversas características, a mi manera de ver, mucho más graves.

Y, atendiendo nuestra expectativa, prosiguió narrando:

–También partí de *Nuestro Hogar*, a finales del siglo XIX, después de recibir valioso patrimonio instructivo de nuestros asesores. Me fui, enriquecido de bendiciones. Una de nuestras beneméritas Ministras de Comunicaciones presidió, en persona, las medidas atinentes a mi nueva tarea. No faltaron providencias para asegurar la salud de mi cuerpo y el equilibrio de la mente. Después de formular grandes promesas a nuestros mayores, partí al servicio de nuestra colonia, hacia una de las grandes ciudades brasileñas. El casamiento estaba en mi derrotero de realizaciones.

A Ruth, mi devota compañera, le incumbiría colaborar conmigo para el mejor desempeño de las tareas.

Cumplida la primera parte del programa, a los veinte años de edad fui llamado a la tarea mediúmnica, recibiendo enorme amparo de los benefactores invisibles. Recuerdo aún la sincera satisfacción de los compañeros del grupo doctrinario. La videncia, la audición y la psicografía, que el Señor me había concedido, por misericordia, constituían decisivos factores de éxito en nuestras actividades. La alegría de todos era insuperable. Pero, a pesar de las lecciones maravillosas de amor evangélico, me incliné a transformar mis facultades en fuente de renta material. No me dispuse a esperar los abundantes recursos que el Señor, después de dar testimonios en el trabajo, me enviaría más tarde, y provoqué, yo mismo, la solución de los problemas lucrativos. ¿No era mi servicio igual al de otros? ¿No recibían los sacerdotes católicos romanos la remuneración de trabajos espirituales y religiosos? Si todos pagábamos por servicios prestados al cuerpo, ¿qué razones existirían para rechazar el pago por servicios prestados al alma? Amigos, inconscientes del carácter sagrado de la fe, aprobaban mis conclusiones egoístas. Admitíamos que, en el fondo, el trabajo esencial era de los desencarnados, pero también había colaboración mía, personal, como intermediario, por lo que debía ser justa la retribución.

En balde, se movilizaron los amigos espirituales aconsejándome el mejor camino. En vano, compañeros encarnados me convidaban a la oportuna reflexión. Me aferré al interés inferior y me planté en mi punto de vista. Me pondría a trabajar definitivamente sólo para los consultantes. Fijé el precio de las consultas, con bonificaciones especiales a los pobres y desvalidos de la suerte, y mi consultorio se llenó de gente. Se

despertó enorme interés entre los que deseaban la mejoría física y solución para los negocios materiales. Gran número de familias ricas me tomó como su consultor habitual, para todos los problemas de la vida. Las lecciones de espiritualidad superior, la confraternidad amiga, el servicio redentor del Evangelio y las exhortaciones de los emisarios divinos quedaron distantes. No más esfuerzo por implantar la escuela de la virtud, del amor fraternal, de la edificación superior, ahora, era la competencia comercial, las relaciones humanas legales o criminales, los caprichos apasionados, los casos policiales y todo un cortejo de miserias de la Humanidad, en sus experiencias indignas. El ambiente espiritual que me rodeaba se transformara completamente. A fuerza de rodearme de personas criminosas, por cuestiones de ganancia sistemática, las bajas corrientes mentales de los inquietos clientes me encarcelaban en una sombría cadena psíquica. Llegué a cometer el crimen de burlarme del Evangelio de Nuestro Señor Jesús, olvidando que los negocios delictuosos de los hombres de conciencia viciosa cuentan igualmente con entidades perniciosas, que se interesan por ellos en los planos invisibles. Y transformé la mediumnidad en fuente de pronósticos materiales y de avisos indignos.

En ese momento, los ojos del narrador se enrojecieron súbitamente, estampándosele un fondo de horror en las pupilas, como si ellas estuviesen reviviendo atroces dilaceraciones.

—Pero la muerte llegó, mis amigos, y me arrancó de la fantasía —prosiguió con gravedad. Desde el instante de la gran transición, la ronda oscura de los consultantes criminosos, que me habían precedido en la tumba, me rodeó reclamando pronósticos y orientaciones de naturaleza inferior. Querían noticias de sus cómplices encarnados, de resultados comerciales, de soluciones atinentes a relaciones clandestinas.

Grité, lloré, imploré, pero estaba encadenado a ellos por siniestros hilos mentales, en virtud de la imprevisión en la defensa de mi propio patrimonio espiritual. Durante once años consecutivos, expié las faltas, en medio de ellos, entre el remordimiento y la amargura.

Acelino se calló, pareciendo, dadas sus abundantes lágrimas, aún más conmovido. Profundamente sensibilizado, Vicente consideró:

—¿Qué es eso? ¡No se atormente así!. Usted no cometió asesinatos, ni alimentó la intención deliberada de esparcir el mal. A mi modo de ver, usted se engañó, también, como tantos de nosotros.

Pero, Acelino enjugó el llanto y respondió:

—No fui un homicida ni un ladrón vulgar, no mantuve el propósito íntimo de herir a nadie, ni ultrajé hogares ajenos, mas, yendo a los círculos carnales para servir a las criaturas de Dios, nuestros hermanos en humanidad, auxiliándolos en el crecimiento espiritual con Jesús, tan sólo formé viciosos en la creencias religiosas y delincuentes ocultos, mutilados de la fe y minusválidos del pensamiento. No tengo disculpas, porque tenía el conocimiento; no tengo perdón, porque no me faltó la asistencia divina.

Y, después de una larga pausa, concluyó gravemente:

¿Pueden evaluar la extensión de mi culpa?

Oyendo impresiones

Dejando a Acelino en conversación íntima con Octavio, fui llevado por Vicente a otro ángulo de la sala.

Muchos grupos se mantenían en interesante y educativa conversación, observando yo que casi todos comentaban las derrotas sufridas en la Tierra.

—Hice cuanto pude —exclamaba una simpática anciana a dos compañeras que la escuchaban atentamente—; no obstante, los lazos de familia son muy fuertes. Algo se hacía oír siempre, con voz muy alta, en mi espíritu, apremiándome al desempeño de la tarea; pero... ¿y mi marido? Amancio nunca se conformó. Si los enfermos me buscaban por las recetas habituales, se le agravaba la neurastenia; si los compañeros de doctrina me invitaban a los estudios evangélicos, se enfurecía, celoso. ¿Qué piensan ustedes? Llegaba a indisponer a mis hijas en contra mía. ¿Cómo sería posible, en tales circunstancias, atender las obligaciones mediúmnicas?

—A pesar de eso —ponderó una de las señoras que parecía más segura de sí—, siempre tenemos recursos y pretextos para rehuir las culpas. Encaremos nuestros problemas con realismo. Hay que convenir que, con el socorro de la buena voluntad, siempre le quedarían algunos minutos en la semana y algunas

pequeñas oportunidades para hacer el bien. Tal vez hubiera podido conquistar el entendimiento del esposo y la colaboración afectuosa de las hijas, si hubiese trabajado en silencio, mostrando sincera disposición para el sacrificio. Nuestros actos, Mariana, son mucho más contagiosos que nuestras palabras.

—Sí—respondió la interlocutora, emitiendo un tono de voz diferente—, concuerdo con la observación. En verdad, nunca pude sufrir la incomprensión de los míos, sin protestar.

—Para trabajar con eficiencia—adujo la sensata compañera—, ante todo, es necesario saber callar. Habríamos atendido perfectamente a nuestros deberes, si hubiésemos usado todos los consejos de obediencia y optimismo que suministrábamos a los otros. Aconsejar es siempre útil, pero aconsejar excesivamente puede traducirse en olvido de nuestras obligaciones. Digo así, porque mi caso, a bien decir, es muy semejante al suyo. Fuimos al círculo carnal para construir con Jesús, pero caímos en la tontería de creer que andábamos en la Tierra para discutir nuestros caprichos. No ejecuté mi tarea mediúmnica, debido a la irritación que me dominaba, dada la indiferencia de mis familiares por los servicios espirituales. Nuestros instructores aquí, me habían recomendado mucho que, para enseñar bien es necesario antes, ejemplificar mejor. Mientras tanto, para mi desventura, todo lo olvidé en el trabajo temporal de la Tierra. Si mi marido decía sus consideraciones, yo me oponía a sus argumentaciones. Incapaz de percibir la vanidad y la tontería de mis gestos, no soportaba, en materia de creencia, ningún parecer contrario a mi punto de vista. De esas irreflexiones nació mi última pérdida, en la cual mucho agravé mis responsabilidades. Casi mensualmente, Joaquín y yo nos empeñábamos en discusiones y no sólo intercambiábamos insultos contundentes, sino también fluidos venenosos, segregados por

nuestras mentes rebeldes y enfermizas. Entre los conflictos y sus consecuencias, pasé ese tiempo inutilizándome para la realización de cualquier trabajo de elevación espiritual.

En ese instante, me llamó Vicente para presentarme a un amigo.

A nuestro lado, otro grupo de señoras conversaba animadamente:

–A fin de cuentas, Ernestina –indagaba una de ellas a la más joven–, ¿cuál fue la causa de su desastre?

–Sólo el miedo, amiga mía –explicó la interpelada–, tuve miedo de todo y de todos. Ese fue mi gran mal.

–Pero, ¡cómo impresiona todo eso! Usted fue muy bien preparada. Aún me recuerdo de nuestras lecciones en conjunto. Las instructoras del Ministerio de Esclarecimiento confiaban extraordinariamente en su concurso. Su aprovechamiento era un modelo para nosotras.

–Sí, mi querida Benita, sus recuerdos me hacen sentir, con mayor claridad, la extensión de mi bancarrota personal. Sin embargo, no debo huir a la realidad. Fui la culpable de todo. Me preparé lo suficiente para rescatar antiguos débitos y efectuar nuevas edificaciones; con todo, no vigilé como se imponía. El llamado al servicio resonó en el tiempo correcto, guiándome la razón hacia mejores conocimientos; nuestros instructores me proporcionaban los más santos incentivos, pero desconfié de los hombres, de los desencarnados y hasta de mí misma. En los estudiosos del plano físico, creía ver personas de mala fe; en los hermanos invisibles, presumía encontrar solamente a espíritus burlones con fantasías de orientadores, y yo misma, recelaba de mis tendencias nocivas. Muchos amigos me tenían por virtuosa, por el rigor de mis exigencias; sin embargo, en el fondo, yo no

pasaba de ser una enferma voluntaria, cargada de aflicciones inútiles.

–Fue una gran niñería de su parte –aseveró la otra–, usted olvidó que, en la esfera carnal, el mayor interés del alma es la realización de algo útil para el bien de todos, con vista al Infinito y a la Eternidad. En ese menester, es indispensable contar con el asedio de todos los elementos contrarios. Ironías de la ignorancia, ataques de la insensatez, sugerencias inferiores propias de nuestra animalidad surgirán, con certeza, en el camino de todo trabajador fiel. Son circunstancias lógicas y fatales del servicio, porque no vamos al mundo físico para el descanso, injustificable, sino para luchar por nuestra mejoría, a despecho de todo impedimento fortuito.

–Lo comprendo, ahora –dijo la otra–; pero, el recelo de las mistificaciones perjudicó mi bella oportunidad.

–Sí, amiga mía –arguyó la otra–, es tarde para lamentarse. Tanto tememos las mistificaciones, que acabamos por mistificar los servicios de Cristo.

Yo oía la conversación con creciente interés, pero el compañero me llevó hacia nuevas presentaciones.

Atendía esos agradables deberes de la sociedad de *Nuestro Hogar*, mas, para no perder la ocasión de instruirme, continuaba atento a las conversaciones en derredor. Algunos caballeros mantenían discreto intercambio de pareceres.

–Reconozco que fallé –decía uno de ellos en tono grave– y ya expié mucho en las regiones inferiores, pero aguardo nuevos recursos de la Providencia.

–¿Le faltó suficiente orientación en el camino? –preguntaba un compañero.

—Me explico —aclaró el primero—, me faltó el amparo de la esposa. Mientras la tuve a mi lado, se verificaba un profundo equilibrio en mis fuerzas psíquicas. Sin que yo lo pudiese explicar, la compañía de ella compensaba todo mi gasto de energía mediúmnic. Mi noción de equilibrio estaba en las manos de mi querida Adelia. Olvidé que el buen siervo debe estar preparado para el servicio del Señor, en cualquier circunstancia. No aprendí la ciencia de la conformidad ni me resigné a recorrer solo los caminos humanos. Cuando me sentí sin la dedicada compañera, arrebatada por la muerte, me amedrenté y por sentirme desequilibrado, equivocadamente, procuré sustituirla, y sufrí un desengaño. Extremadamente unida a entidades malhechoras, mi segunda mujer, con sus desvaríos, me arrastró a perversiones sexuales de las que nunca me creyera capaz. Volví, insensiblemente, a la convivencia de criaturas perversas. Así, habiendo comenzado bien, acabé mal. Mis desastres fueron enormes; mientras tanto, aunque reconozca mis deficiencias, entiendo aun hoy, que el triunfo en el futuro me ha de ser muy difícil sin la compañera bien amada.

La conversación se tornara muy interesante. Deseaba acompañar su curso, pero Vicente llamó mi atención hacia otro asunto y era necesario acompañarlo.

La experiencia de Joel

Apartándonos hacia un lado en el salón, acompañé a Vicente que se dirigió a un anciano de simpática fisonomía.

–Entonces, mi querido Joel, ¿cómo le va? –preguntó, atento.

El interpelado tuvo una expresión melancólica e informó:

–Gracias a la Bondad Divina, me siento bastante mejor. He asistido diariamente a las aplicaciones magnéticas de los Gabinetes de Socorro en el Ministerio de Auxilio y estoy más fuerte.

–¿Cedieron los vértigos? –indagó el compañero, con interés.

–Ahora son más espaciados y cuando surgen, no me oprimen el corazón con tanta intensidad.

En ese instante, Vicente fijó sus ojos muy lúcidos en los míos y dijo, sonriendo:

–Joel también anduvo en los círculos carnales en tarea mediúmnica y puede contarnos una experiencia muy interesante.

El nuevo amigo, que parecía un enfermo en principios de convalecencia, esbozó una melancólica sonrisa y habló:

–Hice mi tentativa en la Tierra, pero fracasé. La lucha no era pequeña y fui demasiado débil.

–Lo que más me impresiona en su caso –interpuso Vicente en tono fraterno–, es la molestia que lo acompañó hasta aquí y que persiste todavía. Joel atravesó las regiones inferiores con extremas dificultades, después de demorarse por allá largo tiempo, regresando al Ministerio de Auxilio perseguido por extrañas alucinaciones, relacionadas con su pasado.

–¿Al pasado? –pregunté, sorprendido.

–Sí –aclaró Joel con humildad–, mi tarea mediúmnica exigía una sensibilidad esmerada, y cuando me comprometí a la ejecución del servicio, fui al Ministerio de Esclarecimiento, donde me aplicaron un tratamiento especial, que me aguzó las percepciones, pues necesitaba de condiciones sutiles para el desempeño de los futuros deberes. Asistentes amigos se deshicieron en atenciones para favorecerme y partí para la Tierra con todos los requisitos indispensables para el éxito de mis obligaciones. Pero, desgraciadamente...

–¿Por qué –indagué– perdió las realizaciones? ¿Tan sólo en virtud de la sensibilidad adquirida?

Joel sonrió y adujo:

–No la perdí por la sensibilidad, sino por su mal uso.

–¿Qué dice? –manifesté admirado.

–Mi amigo lo comprenderá sin dificultades. Imagine que con un caudal de esa naturaleza, en vez de auxiliar a otros, me perdí a mí mismo. Es que, según concluyo ahora, Dios concede la sensibilidad agudizada como una especie de lente poderoso, que el propietario debe usar para definir rumbos, descubrir peligros y ventajas del camino, localizar obstáculos comunes,

ayudando al prójimo y a sí mismo. Pero, procedí a la inversa. No utilicé el maravilloso lente, en el menester justo. Dejándome envolver por la curiosidad enfermiza, tan sólo lo apliqué para dilatar mis sensaciones. En el cuadro de mis trabajos mediúmnicos, como me fuera concedido realizar, estaba el recuerdo de existencias anteriores como expresión indispensable al servicio de esclarecimiento colectivo y beneficio a los semejantes, pero existe una ciencia de recordar, que no respeté como debía.

Él interrumpió un instante la narrativa y a mí me acuciaba el deseo de conocer su experiencia personal hasta el fin. Enseguida, continuó en el mismo tono:

—Acudí apresurado, a la primera llamada de la esfera superior. Sentía, intuitivamente, el vívido recuerdo de mis promesas en *Nuestro Hogar*. Tenía el corazón henchido de propósitos sagrados. Trabajaría, esparciría muy lejos la vibración de las verdades eternas. Empero, a los primeros contactos con el servicio, la excitación psíquica hizo rodar el mecanismo de mis recordaciones adormecidas, como el disco bajo la aguja del fonógrafo, y recordé toda mi penúltima existencia, cuando llevaba sotana, con el nombre de Monseñor Alejandro Pizarro, en los últimos períodos de la Inquisición Española. Fue, entonces, que abusé del lente sagrado al que me referí. La voluptuosidad de las grandes sensaciones, que puede ser tan perjudicial como el uso del alcohol que embriaga los sentidos, me hizo olvidar los deberes más santos. Me envolvieron claridades espirituales de elevada expresión. Se me desarrolló la clarividencia, pero sólo estaba satisfecho cuando volvía a ver a mis compañeros visibles e invisibles del sector de las viejas luchas religiosas. Me imponía a mí mismo la obligación de localizar a cada uno de ellos en el tiempo, tratando de reconstruir sus fichas biográficas, sin cuidar del verdadero aprovechamiento en el campo del trabajo constructivo. La audición psíquica se me hizo muy clara;

pero, no quería oír hablar a los benefactores espirituales sobre tareas provechosas, prefería interpelarlos, osadamente, para satisfacer mi egoísmo. Desperdiqué un tiempo enorme, dentro del cual huía de los compañeros que me venían a pedir que realizara ciertas actividades para bien del prójimo, engolfado en pesquisas referentes a la España de mi tiempo. Exigía noticias de obispos, de autoridades políticas de la época, de sacerdotes amigos que habían errado tanto como yo mismo.

No faltaron generosas advertencias. Con frecuencia los compañeros de nuestro grupo espiritista me llamaban la atención para los problemas serios de nuestra casa. Eran sufridores que nos tocaban a la puerta, situaciones que reclamaban testimonio cristiano. Teníamos un albergue de huérfanos en proyecto, un ambulatorio que comenzaba a nacer y, sobre todo, servicios semanales de instrucción evangélica, en las noches de martes y viernes. Pero ¡qué!, yo sólo quería saber de mis descubrimientos personales. Olvidé que el Señor me permitía aquellas reminiscencias, no para satisfacer mi vanidad, sino para que entendiese la extensión de mis débitos hacia los necesitados del mundo y me entregase a la obra de esclarecimiento y consuelo a los heridos de la suerte. Contrariamente a la expectativa de los abnegados amigos que me auxiliaron en la obtención de la sublime oportunidad, no participé en el concurso fraterno y me desinteresé de la doctrina consoladora, que hoy revive el Evangelio de Jesús entre los hombres. En verdad, tan sólo busqué a los que en el pretérito habían sido afines conmigo. En ese propósito, con evidentes señales de identidad, descubrí a personalidades relacionadas conmigo, otrora eminentes. Reconocí al señor Higinio de Salcedo, gran propietario de tierras, que había sido mi magnánimo protector, ante las autoridades religiosas de España, reencarnado como proletario inteligente y honesto, pero en gran experiencia de sacrificio individual. Volví

a ver al anciano Gaspar de Lorenzo, figura sagaz de cruel inquisidor, que me quisiera muy bien, reencarnado como paralítico y ciego de nacimiento. Y de ese modo, mi amigo, pasé la existencia, de sorpresa en sorpresa, de sensación en sensación. Yo, que había renacido recordando para edificar alguna cosa útil, transformé el recuerdo en vicio de la personalidad. Perdí la oportunidad bendita de redención y lo peor es el estado de alucinación en que vivo. Con mi error, mi mente se desequilibró y las perturbaciones psíquicas me son un doloroso martirio. Estoy siendo sometido a tratamiento magnético, de largo curso.

En ese mismo momento el interlocutor palideció repentinamente. Los ojos desmesuradamente abiertos, vagaban como si mirasen cuadros impresionantes, muy lejos de nuestra perspectiva. Después se tambaleó, pero Vicente lo amparó de inmediato, y pasándole la diestra por la frente, murmuraba con voz firme:

—¡Joel! ¡Joel! ¡No se entregue a las impresiones del pasado! ¡Regrese al presente de Dios!...

Profundamente admirado, noté que el convaleciente regresaba a la expresión normal, estregándose los ojos.

Belarmino, el adoctrinador

Las lecciones eran eminentemente provechosas. Me traían nuevos conocimientos y sobre todo, con ellas, admiraba cada vez más, la bondad de Dios, que nos permitía a todos la restauración del aprendizaje para los servicios del futuro. Muchos de nosotros habíamos atravesado zonas purificadoras de sombra y tormento íntimo. Unos más, otros menos. Bastara, con todo, el reconocimiento de nuestra pequeñez, la comprensión de nuestro inmenso débito y allí estábamos, todos, reunidos en *Nuestro Hogar*, reanimando energías desfallecidas y reconstituyendo programas de trabajo. Yo veía en todos los compañeros presentes el florecimiento de nuevas esperanzas. Nadie se sentía desamparado. Observando que numerosos médiums, refiriéndose al marco de sus realizaciones, proseguían en valioso intercambio de ideas y oyendo tantas observaciones sobre adoctrinadores, pregunté a Vicente, en tono discreto:

—¿No sería posible, para mi aprendizaje, consultar la experiencia de algún adoctrinador que se halle en tránsito por aquí? Recogiendo, con enorme provecho, noticias de tantos médiums, creo que no debo perder esta oportunidad.

Vicente reflexionó un minuto y respondió:

–Busquemos a Belarmino Ferreira. Es mi amigo desde hace algunos meses.

Seguí al compañero, a través de diversos grupos. Belarmino estaba en un rincón, conversando con un amigo. Fisonomía grave, gestos lentos, dejaba mostrar gran tristeza en la mirada humilde.

Vicente me presentó, afectuoso, dándose inicio a una conversación edificante. Después del intercambio de algunos conceptos, Belarmino habló, conmovido:

–¿Entonces, el amigo desea conocer las amarguras de un adoctrinador fracasado?

–No digo eso –contemporicé sonriendo–, desearía conocer su experiencia, para beneficiarme también de su palabra educativa.

Ferreira esbozó una sonrisa forzada, que expresaba todo el dolor que aún requemaba su alma, y habló:

–La misión del adoctrinador es muy grave para cualquier hombre. No es sin razón que se atribuye a Nuestro Señor Jesús el título de Maestro. Solamente aquí, vine a ponderar bastante esta profunda verdad. Medité muchísimo, reflexioné intensamente y concluí que, para que alcancemos una resurrección gloriosa, no existe, por ahora, otro camino aparte de aquel andado por el Adoctrinador Divino. Es digna de mención la actitud de Él, absteniéndose de cualquier esclavitud a los bienes terrestres. En todo el Evangelio, no vemos pasar al Señor, sino haciendo el bien, enseñando el amor, encendiendo la luz, diseminando la verdad. ¿Nunca pensó en eso? Después de extensas meditaciones, llegué al conocimiento de que en la vida humana, junto a los que administran y a los que obedecen, están los que enseñan. Llego, pues, a pensar que en las esferas de la Superficie de la Tierra, hay mayordomos, cooperadores y siervos. Muy especialmente, los que enseñan deben ser de esos últimos. ¿Entiende mi hermano?

¡Ah!, sí, había comprendido perfectamente. La concepción de Belarmino era profunda, irrefutable. Además, nunca había oído tan bellas apreciaciones, con relación a la misión educativa.

Después de un ligero intervalo, continuó siempre en tono grave:

–Seguramente, se extrañará que yo haya fracasado, sabiendo tanto. Mi angustiada tragedia es la de todos los que conocen el bien, olvidando su práctica.

Calló de nuevo, pensó, pensó y prosiguió:

Hace muchos años, salí de *Nuestro Hogar* con la tarea de adoctrinamiento en el campo del Espiritismo evangélico. Mis promesas aquí fueron enormes. Mi abnegada Elisa se dispuso a acompañarme en el servicio laborioso. Sería para mí la compañera desvelada, bendita amiga de siempre. Mi tarea constaría de trabajo asiduo en el Evangelio del Señor, de modo que adoctrinase, en primer lugar con el ejemplo y enseguida con la palabra.

Dos importantes colonias circunvecinas, enviaron a muchos servidores de la mediumnidad y pidieron a nuestro Gobernador que cooperase con el envío de misioneros competentes para la enseñanza y la orientación.

A pesar de mi pasado culpable, me ofrecí al servicio con el aval del Ministro Gedeão, que no vaciló en auxiliarme. Debería desempeñar actividades concernientes a mi rescate personal y atender a la honrosa tarea, proporcionando luz a hermanos nuestros en los planos visible e invisible. Se me imponía, sobre todo, el deber de amparar a las organizaciones mediúnicas, estimulando a los compañeros de lucha puestos en la Tierra al servicio del ideal de la inmortalidad. Sin embargo, mi amigo, no conseguí escapar a la red envolvente de las tentaciones. Desde niño, mis padres me socorrieron con las nociones consoladoras

y edificantes del Espiritismo Cristiano. Varias circunstancias que me parecieron casuales, situaron mi esfuerzo en la presidencia de un gran grupo espiritista. El servicio era prometedor, las actividades nobles y constructivas, pero, llevado por el excesivo apego a la posición de comando del barco doctrinario, me llené de exigencias. Ocho médiums, extremadamente dedicados al esfuerzo evangélico, me ofrecían colaboración activa; sin embargo, busqué colocar por encima de todo el precepto científico de las pruebas irrefutables. Cerré los ojos a la ley de merecimiento individual, olvidé los imperativos del esfuerzo propio y, envanecido con mis conocimientos del asunto, comencé, tan sólo en virtud de la falsa posición que usufructuaban en la cultura filosófica y en la investigación científica, por atraer a nuestro círculo a amigos de mentalidad inferior. Insensiblemente brotaron en mi personalidad sorprendentes propósitos egoístas. Mis nuevos amigos querían demostraciones de toda suerte y, ansioso por recoger colaboradores en la esfera de la autoridad científica, exigía de los médiums largas y porfiadas investigaciones en los planos invisibles. El resultado era siempre negativo, porque cada hombre recibirá, ahora y en el futuro, de acuerdo con sus propias obras. Eso me irritaba. Poco a poco se instaló la duda en mi corazón. Perdí la serenidad de otro tiempo. Comencé a ver en los médiums, que se retraían a mis caprichos, compañeros de mala voluntad y de mala fe. Proseguían nuestras reuniones, pero de la duda pasé a la incredulidad destructora.

¿No estábamos en un grupo de intercambio entre lo visible y lo invisible? ¿No eran los médiums simples aparatos de los difuntos comunicantes? ¿Por qué no habrían de venir aquellos que pudiesen atender a nuestros intereses materiales, inmediatos? ¿No sería mejor establecer un proceso mecánico y rápido para las comunicaciones? ¿Por qué la negativa de lo invisible para mis

propósitos de demostrar positivamente el valor de la nueva doctrina?

En vano, Elisa me llamaba hacia la esfera religiosa y edificante, donde podría aliviar el espíritu atormentado.

El Evangelio es un libro divino, pero mientras permanecemos en la ceguera de la vanidad y de la ignorancia, no nos expone sus sagrados tesoros. Por eso mismo, lo tachaba de vetusto. Y, de desastre en desastre, antes de que me afirmase en la misión de enseñar, los brillantes amigos del campo de las reflexiones inferiores de la Tierra, me arrastraron al completo negativismo. De nuestra agrupación cristiana, donde hubiera podido edificar construcciones eternas, me transferí para el movimiento, no de la política que eleva, sino de la política inferior, que impide el progreso en general y establece la confusión en los espíritus encarnados. Por ahí me estancué mucho tiempo, desviado de mis objetivos fundamentales, porque la esclavitud al dinero me había transformado los sentimientos.

Y así fue, acabé mis días hasta con una buena situación financiera en el mundo y... un cuerpo acribillado de enfermedades; con un comfortable palacio de piedra y un desierto en el corazón. La reviviscencia de mi antigua inferioridad me volvió a unir, en el plano de los encarnados y desencarnados, a compañeros indignos y mi amigo podrá evaluar el resto: tormentos, remordimientos, expiaciones...

Concluyendo, aseveró:

–Pero, ¿cómo no habría de ser así? ¿Cómo aprender sin escuela, sin volver a tomar el bien y corregir el mal?

–Sí, Belarmino –dije abrazándolo–, usted tiene razón. Tengo la seguridad de que no vine sólo al Centro de Mensajeros, sino también al centro de grandes lecciones.

La palabra de Monteiro

—Las enseñanzas aquí son variadas.

Era el amigo de Belarmino quien había tomado la palabra. Mostrando agradable manera de hablar, continuó:

—Hace tres años sucesivos que vengo diariamente al Centro de Mensajeros y las lecciones son siempre nuevas. Tengo la impresión de que las bendiciones del Espiritismo llegaron prematuramente al camino de los hombres. Si mi confianza en el Padre fuese menos segura, admitiría esa conclusión.

Belarmino, que observaba atento los gestos del amigo, intervino explicando:

—Nuestro querido Monteiro tiene gran experiencia sobre el asunto.

—Sí—confirmó él—, experiencia no me falta. También anduve a tontas y a locas en los sembrados terrestres. Como saben, es muy difícil escapar a la influencia del medio, cuando te encuentras en la lucha en la carne. Son tantas y tamañas las exigencias de los sentidos con relación al mundo externo, que de igual forma no pude escapar, al doloroso desastre.

—Pero, ¿cómo? —indagué interesado en consolidar conocimientos.

—Es que la multiplicidad de fenómenos y las singularidades mediúnicas reservan enormes sorpresas a cualquier adoctrinador que posea más razones en la cabeza que sentimientos en el corazón. En todos los tiempos, el vicio intelectual puede desviar a cualquier trabajador más entusiasta que sincero, y fue eso lo que me sucedió.

Después de una ligera pausa, prosiguió:

—No necesito aclarar que también partí de *Nuestro Hogar*, en otro tiempo, en misión de Entendimiento Espiritual. No iba para estimular fenómenos, sino para colaborar en la iluminación de compañeros encarnados y desencarnados. El servicio era inmenso. Nuestro amigo Ferreira puede dar testimonio de ello, porque partimos casi juntos. Recibí todo el auxilio posible para iniciar mi gran tarea e intraducible alegría dominaba mi espíritu en el desarrollo de los primeros servicios. Mi madre, que se convirtiera en mi devota orientadora, no cabía en sí de contenta. En mi espíritu se instaló un enorme entusiasmo. Bajo mi control directo, estaban algunos médiums de efectos físicos, además de otros consagrados a la psicografía y a la incorporación; y tan grande era la fascinación que el intercambio con lo invisible ejercía sobre mí, que me distraje completamente en cuanto a la esencia moral de la doctrina. Teníamos cuatro reuniones semanales, a las cuales comparecía con absoluta asiduidad. Confieso que experimentaba cierta voluptuosidad en el adoctrinamiento a los desencarnados de condición inferior. Para todos ellos tenía, en la punta de la lengua, extensas exhortaciones brillantes. A los sufridores les hacía ver que padecían por su propia culpa. A los embusteros, les recomendaba enfáticamente, que se abstuvieran de la mentira criminal. Los casos de obsesión me merecían un ardor apasionado. Estimaba enfrentar a los obsesores crueles para reducirlos a cero, en el campo de la argumentación sólida.

Otra característica que ponía de relieve la firmeza de mi acción era la dominación que pretendía ejercer sobre algunos pobres sacerdotes católicos romanos desencarnados, en estado de ignorancia de las verdades divinas. Llegaba al colmo de estudiar pacientemente largos trozos de las Escrituras, no para su meditación y entendimiento, sino para masticarlos con placer, volcándolos después a los espíritus perturbados, en plena sesión, con la idea criminal de poseer una falsa superioridad espiritual. El apego a las manifestaciones exteriores me desorientó por completo. Encendía luces para otros, prefiriendo los caminos oscuros y olvidándome de mí. Solamente aquí, de regreso, pude verificar la extensión de mi ceguera.

A veces, después de un largo adoctrinamiento sobre la paciencia, imponiendo pesadísimas obligaciones a los desencarnados, abría las ventanas de la sala de nuestras actividades doctrinarias, para regañar a los niños que jugaban inocentemente en la calle. Instaba a los perturbados invisibles a conservar la serenidad, para en instantes, reprender a señoras humildes, presentes en la reunión, cuando no podían contener el llanto de algún pequeñito enfermo. Eso, en cuanto a las cosas mínimas, porque en mi establecimiento comercial, mis actitudes eran inflexibles. Era raro el mes que no mandase letras de cambio para ser protestadas públicamente. Me recuerdo de algunos minoristas infelices, que me rogaban un plazo mayor, ofreciéndome disculpas y pidiéndome protección. Nada me conmovía. Los abogados conocían mis implacables decisiones. Pasaba los días en la oficina estudiando la mejor manera de perseguir a los clientes atrasados, entre preocupaciones y observaciones no siempre muy rectas y por la noche, iba a enseñar el amor, la paciencia y la dulzura a los semejantes exaltando, el sufrimiento y la lucha como caminos benditos de preparación hacia Dios.

Andaba ciego. No conseguía percibir que la existencia terrestre, por sí sola, es una sesión permanente. Tallaba el Espiritismo a mi modo. Toda la protección y la garantía para mí, y valiosos consejos para el prójimo. Además, no conseguía retirar la mente de los espectáculos exteriores. Fuera de las sesiones prácticas, mi actividad doctrinaria se circunscribía a vastísimos comentarios de los fenómenos observados, duelo de palabras, narraciones de acontecimientos insólitos, crítica rigurosa de los médiums.

Monteiro se detuvo un poco, sonrió y continuó:

—De desvío en desvío, la angina me encontró absolutamente distraído de la realidad esencial. Pasé para acá, como un demente necesitado de hospicio. Tarde reconocía que había abusado de las sublimes facultades del verbo. ¿Cómo enseñar sin ejemplo y dirigir sin amor? A la salida del plano físico me esperaban entidades peligrosas y rebeldes. Mientras tanto, sentía dentro de mí un singular fenómeno. Mi raciocinio pedía socorro divino, pero mis sentimientos se agarraban a objetivos inferiores. Mi cabeza se dirigía al Cielo, en súplica, pero el corazón se pegaba a la Tierra. En ese estado triste me vi rodeado de seres malévolos que me repetían largas frases de mis discursos en las sesiones. Con actitud irónica, me recomendaban serenidad, paciencia y perdón de las faltas ajenas; me preguntaban, igualmente, por qué no me desprendía del mundo, estando ya desencarnado. Vociferé, rogué, grité, pero tuve que soportar ese tormento por mucho tiempo.

Cuando los sentimientos de apego a la esfera física se atenuaron, la conmiseración de algunos buenos amigos me trajo hasta aquí. Imagínese, mi hermano, que mi infeliz espíritu aún se encontraba en rebeldía. Me sentía descontento.

¿No había fomentado las sesiones de intercambio, entre los dos planos? ¿No me había consagrado al esclarecimiento de los desencarnados?

Percibiendo mi ridícula irritación, generosos amigos me sometieron a un tratamiento. No quedé satisfecho. Pedí una audiencia a la Ministra Veneranda, teniendo en cuenta que ella había sido la intercesora para mi oportunidad. Quería explicaciones que pudiesen atender a mi capricho individual. La Ministra está siempre muy ocupada, pero es muy atenta. No marcó una audiencia, dada la insensatez de la solicitud; no obstante, por exceso de gentileza, me visitó durante el tiempo reservado para su descanso. Le acribillé los oídos de lamentaciones, lloré amargamente, la benefactora, por un prodigio de paciencia evangélica, me oyó durante dos horas. En expresivo silencio, dejó que me cansase en la larga e inútil exposición. Cuando me callé, a la espera de palabras que alimentasen el monstruo de mi incomprensión. Veneranda sonrió y respondió:

—Monteiro, amigo mío, la causa de su derrota no es compleja, ni difícil de explicar. Usted se entregó, excesivamente al Espiritismo práctico, junto a los hombres, nuestros hermanos, pero nunca se interesó por la verdadera práctica del Espiritismo junto a Jesús, Nuestro Maestro.

En ese instante, Monteiro hizo una extensa pausa, pensó unos momentos y habló, conmovido:

—Desde entonces, mi actitud cambió muchísimo, ¿entendió?

Aturdido con la profunda lección, respondí, masticando las palabras, como quien piensa más, para hablar menos:

—Sí, sí, estoy tratando de comprender.

Ponderaciones de Vicente

No estaba harto de lecciones, pero, de momento, había aprendido bastante. Impresionado con lo que me fuera dado observar, no insistí con Vicente para prolongar nuestra permanencia en el Centro de Mensajeros.

Dejando atrás grandes grupos que conversaban activamente, reconstituyendo proyectos y rehaciendo esperanzas, seguí al compañero que me invitaba a visitar los inmensos jardines. Rosaledas enormes embalsamaban la atmósfera leve y límpida.

–Me siento fuertemente impresionado –murmuré. ¿Quién diría que pudiesen haber tantas responsabilidades en esas criaturas? No conocí personalmente a ningún médium o adoctrinador del Espiritismo, justificándose ahora mi sorpresa.

Vicente sonrió y ponderó:

–Usted, querido mío, procede de las Cámaras de Rectificación, donde los trabajos son muy reservados y circunscriptos. Tal vez su impresión provenga de esa circunstancia. Con el tiempo verá que existen aquí locales de conversaciones de esa naturaleza, referentes a todas las oportunidades perdidas. ¿Ya visitó alguna dependencia del Ministerio de Esclarecimiento?

–No

–Allí están los enormes pabellones de las escuelas maternas. Son millares de hermanas que comentan, por allá, las desventuras de la maternidad fracasada, buscando reconstituir energías y caminos. También tenemos allí, los Centros de Preparación para la Paternidad. Grandes masas de hermanos examinan el cuadro de tareas perdidas y recuerdan, con lágrimas, el pasado de indiferencia al deber. En ese mismo Ministerio, tenemos la Especialidad Médica. Nobles profesionales de la Medicina, que perdieron santas oportunidades de elevación, discuten allá sus problemas.

En ese instante lo interrumpí, observando:

–Sin embargo, somos médicos y no nos hallamos allá.

–Sí –explicó Vicente, bondadoso–, por desgracia para nosotros, caímos en toda la línea. No sólo en la calidad de médicos, sino mucho más como hombres, pues si le dije lo que sufrí, aún no le conté lo que hice.

–Es verdad – concordé, con tristeza, recordando mi condición de suicida inconsciente.

–En el Ministerio de Esclarecimiento –prosiguió el compañero–, tenemos además, el Instituto de Administradores, donde los Espíritus cultos procuran restaurar sus propias fuerzas y corregir los errores cometidos como dirigentes terrestres. En los Campos de Trabajo, del Ministerio de Regeneración, existen millares de trabajadores que se renuevan para la repetición de las grandes tareas de la obediencia.

–Somos numerosos –continuó, sonriente– los fracasados en las misiones terrestres y nótese que todos los que hayan llegado a zonas como *Nuestro Hogar* deben ser tomados en cuenta

como los extremadamente felices. Tenemos aquí dos Ministerios Celestiales, como el de Elevación y el de Unión Divina, cuya influencia santificadora eleva el patrón de nuestros pensamientos sin que lo percibamos de manera directa. La estancia aquí, André, representa, una bendición del Señor, y, por mucho que trabajásemos, nunca le retribuiríamos a esta colonia en la medida de nuestro débito con ella. Por la ocasión de servicio edificante que se nos ofrece, nuestra situación es la de albergados en un verdadero paraíso. En cuanto a otros compañeros nuestros...

Hizo una larga pausa y continuó:

—En cuanto a muchos, están pasando angustiosas estaciones de aprendizaje en las regiones más bajas. Son infelices prisioneros unos de otros, por la cadena de remordimientos y recordaciones malignas. En lo que concierne a la Medicina, los colegas en bancarrota espiritual son innumerables. La salud humana es patrimonio divino y el médico es el sacerdote de ella. Los que reciben el título profesional, en nuestro cuadro de realizaciones, sin valerse de él para el bien de los semejantes, pagan caro la indiferencia. Los que abusan de él son situados en el campo del crimen. Jesús no fue sólo un Maestro, fue Médico también. Dejó el modelo de curación para el Reino de Dios, en el mundo. Él proporcionaba socorro al cuerpo y suministraba fe al alma. Pero, nosotros, mi querido André, en muchos casos terrestres, no siempre aliviamos el cuerpo y casi siempre matamos la fe.

Las palabras sensatas del amigo me caían en el alma como rayos de luz. Todo era la verdad, simple y bella. De hecho, aún no había pensado en toda la grandeza del servicio divino de Jesús Médico. Él había expulsado fiebres malignas, curara leprosos y ciegos de nacimiento, levantara paralíticos, mas nunca

se quedó tan sólo en esto. Reanimaba a los enfermos, les daba esperanzas nuevas y los invitaba a la comprensión de la Vida Eterna.

Estaba meditando en pensamientos grandiosos, cuando el compañero volvió a hablar:

–Tengo un amigo, colega nuestro de profesión, que se encuentra desde hace algunos años, atormentado por dos enemigos crueles, en las zonas inferiores. Sucede que él falló mucho como hombre y como médico. Era un eximio cirujano, pero, tan pronto como alcanzó fama y respeto general, se dejó impresionar con las adquisiciones monetarias y cayó desastrosamente. En los días de grandes negocios financieros, distraía su mente de las venerables obligaciones, colocándola en la distante esfera de los banqueros comunes. Si no fuese por la protección espiritual, esa actitud hubiese comprometido las oportunidades vitales de mucha gente. La colaboración del pobre amigo se tornara casi nula, y algunos que desencarnaron en las intervenciones quirúrgicas que él practicaba, notando su irresponsabilidad, le atribuyeron la causa de su muerte física y por no esperarla, le tomaron un odio terrible. Amigos del cirujano le ofrecieron aclaraciones justas a muchos; no obstante, dos de ellos, más ignorantes y perversos, perseveraron en la extraña actitud y lo esperaron en el umbral del sepulcro.

–¡Horrible! –exclamé. Pero si él no es culpable por la desencarnación de esos adversarios gratuitos, ¿cómo puede ser atormentado de ese modo?

Vicente, en tono más grave, me explicó.

–Realmente, no tiene la culpa de la muerte de ellos. Nada hizo para interrumpirles la existencia física. Pero es responsable

por la enemistad e incomprensión creadas en la mente de esas pobres criaturas, porque no estando seguro de haber cumplido con su deber, ni teniendo la conciencia tranquila, nuestro amigo en razón de las otras fallas a las que se entregó sin previsión, se juzga culpable. Todo error acarrea debilidad y nuestro colega, por ahora, no adquirió la suficiente fuerza para desligarse de los verdugos. Por tanto, ante la Justicia Divina, él no rescata crímenes inexistentes, repara ciertas faltas graves y aprende a conocerse a sí mismo, a entender las obligaciones nobles y a practicarlas, comprendiendo por fin, la felicidad de los que saben ser útiles con la seguridad que proporciona la fe en Dios y en sí mismos. André, la noción del deber bien cumplido, aunque todos los hombres permanezcan contra nosotros, es una luz firme para el día y una bendita almohada para la noche. Nuestro colega, habiendo abusado de la profesión, entró en una dolorosa prueba.

—¡Ah, sí! —exclamé—, ahora comprendo. Donde exista una falta, puede haber muchas perturbaciones; donde apagamos la luz, podemos caer en cualquier precipicio.

—Justamente.

Mi amigo se calló, caminando a mi lado por mucho tiempo, como si estuviese admirado como yo, mirando fijamente las avenidas de rosas. Después de largas meditaciones, me invitó fraternalmente:

—Regresemos a nuestro núcleo. Creo que debemos oír a Aniceto, aun hoy, en relación con nuestro servicio en común.

Preparativos

Por la noche, Aniceto nos vino a ver, comenzando por decir:

–Mañana deberemos partir los tres, a servir en las esferas de la superficie terrestre. Telésforo me recomendó ciertas actividades de importancia, pero puedo atenderlas en forma particular, proporcionando a ambos una estación semanal de experiencia y servicio.

Quedé radiante. Había regresado muchas veces al nido doméstico, había vuelto a la ciudad en la que desarrollara mi última tarea, pero nunca me detuve a examinar las extensas posibilidades del concurso fraternal. De vez en cuando, me enfrentara con situaciones difíciles, en las cuales viejos coterráneos enfrentaban problemas graves; sin embargo, me sentía incapaz de auxiliarlos, eficientemente, en la solución deseable, pues me faltaba la técnica espiritual para hacerlo y no tenía suficiente confianza en mí mismo.

Dejando percibir que había oído mis pensamientos profundos, Aniceto me dirigió la palabra de manera especial, aseverando:

–Usted, André, aún no puede auxiliar a los amigos

encarnados porque no adquirió todavía la debida capacidad para ver. Es razonable. Cuando permanecemos en la carne, muchas veces estamos inclinados a verificar tan sólo los efectos, sin ponderar los orígenes. En el mendigo, apenas vemos la miseria; en el enfermo, solamente la ruina física. Es indispensable identificar las causas.

Después de meditar algunos momentos, prosiguió:

—Procuremos remediar la situación. Mañana por la madrugada, preséntese usted y Vicente en el Gabinete de Auxilio Magnético a las Percepciones, que queda junto al Centro de Mensajeros. Daré instrucciones para que ustedes alcancen el necesario mejoramiento de su visión. Pero, les pido que reciban semejante auxilio en oración. Rueguen a Dios que les permita la dilatación del poder visual. Compenétrense de la grandeza de ese don sublime. Y, sobre todo, envíen a la Majestad Eterna un pensamiento de consagración a su amor y a sus servicios divinos. No deseo inducirlos a actitudes de fanatismo sin conciencia. No podemos abusar de la oración aquí, según los antiguos vicios del sentimiento terrestre. En el círculo carnal, acostumbrábamos a utilizarla en obediencia a delictuosos caprichos, suplicando facilidades que surgirían en detrimento de nuestra propia iluminación. Aquí, André, la oración es el compromiso de la criatura con Dios, compromiso de testimonios, esfuerzos y dedicación a los designios superiores. Entre nosotros, toda oración debe significar, por encima de todo, fidelidad del corazón. En nuestra condición espiritual, quien ora, sintoniza la mente con las esferas más elevadas y nuevas luces le abrillantan los caminos.

Ante la noble autoridad de Aniceto, no me atreví a hablar e incluso llegué a recelar la exteriorización de cualquier pensamiento.

Con palabras cariñosas de amistad e incentivo, el cariñoso instructor nos dejó.

Vicente y yo nutrimos magníficos proyectos. Por primera vez, iríamos a cooperar en favor de los encarnados en general. Nuestro reposo nocturno fue muy breve. Aguardábamos, ansiosamente, la alborada, a fin de recibir el auxilio magnético del referido Gabinete.

Pocas veces oré con la emoción de aquella hora.

Los esclarecidos técnicos de la institución nos colocaron, primeramente, en relación mental directa con ellos y, enseguida, nos sometieron a determinadas aplicaciones espirituales, que aún no puedo comprender en toda su extensión y trascendencia. Observé que la colaboración magnética no nos retiraba el sentido y la conciencia se mantuvo despierta, aproveché la oportunidad para la oración sincera, que era más un compromiso de trabajo que un acto de súplica, propiamente considerado.

Transcurrido cierto tiempo, fuimos dejados en libertad para salir cuando lo deseásemos.

Al principio, no noté nada de extraordinario, aunque sentía nuevo valor y una alegría diferente en el corazón. Experimentaba un buen ánimo, hasta entonces desconocido. Mis sentidos de la visión y de la audición parecían más límpidos.

Aniceto, que se mostraba muy satisfecho, nos esperaba en el Centro de Mensajeros, marcando la partida para el medio día.

Ansioso, aguardé el instante convenido.

No nos ausentamos de *Nuestro Hogar*, como los viajeros terrestres, generalmente cargados de maletas y de diversos bultos.

—Aquí —dijo Aniceto jocosamente—, todo nuestro equipaje es el del corazón. En la Tierra, maletas, bolsas, bultos; pero, ahora, debemos conducir propósitos, energías, conocimientos y, por encima de todo, disposición sincera de servir.

Algunos compañeros presentes se rieron con gusto.

En ese instante, nuestro orientador hizo algunas recomendaciones. Designó a diversos compañeros para la jefatura de los grupos de aprendizaje, estableció programas de servicio y notificó que regresaría a la colonia, diariamente, por algunas horas, dejándonos, a Vicente y a mí en los servicios de la superficie terrestre, en trabajos y observaciones que deberían prolongarse por toda la semana.

Nos despedimos de los camaradas de lucha, llenos de esperanza. Era nuestra primera excursión de aprendizaje y cooperación a los semejantes.

Cuando nos pusimos en camino, nuestro instructor observó:

—Creo que el viaje para ustedes será diferente. Ciertamente ya están habituados al paso libre mantenido por orden superior para las actividades normales de nuestros trabajos y tránsito de los hermanos esclarecidos, en víspera de la reencarnación.

—¿Cómo? —preguntó Vicente, admirado.

—¿Pues no lo sabía? Las regiones inferiores, entre *Nuestro Hogar* y los círculos de la carne, son tan grandes que exigen una vía amplia y bien cuidada, requiriendo también de conservación, como las importantes rutas terrestres. Por allá, obstáculos físicos; por acá, obstáculos espirituales. Las vías de comunicación normales se destinan al intercambio indispensable. Los que se encuentran en las tareas de nuestra rutina sagrada necesitan de libre tránsito y los que se dirigen de la esfera superior a la

reencarnación deben proseguir con toda la armonía posible, sin contacto directo con las expresiones de los círculos más bajos. La absorción de elementos inferiores determinaría serios desequilibrios en el renacimiento de ellos. Hay que evitar semejantes disturbios. Pero, nosotros vamos en una expedición de aprendizaje y experiencia. Por eso no debemos preferir los caminos más fáciles.

Identificando nuestra perplejidad, Aniceto concluyó:

–Imaginemos un río de inmensas proporciones, separando a dos regiones diferentes, Existe un vado que ofrece transporte rápido y hay diversos caminos a través de profundos precipicios.

Por la expresión del bondadoso instructor, concluí que él podría regresar a la colonia cuando quisiese, que no encontraría obstáculos de ningún orden, en ninguna parte, en razón del poder espiritual del que se hallaba revestido, pero se hacía peregrino, como nosotros, como sacrificio por la misión de enseñar. Vicente y yo no disponíamos de adecuada expresión vibratoria para las grandes realizaciones. Éramos vulgares, como lo era la mayoría de los habitantes de nuestra ciudad espiritual. Poseíamos apenas algunas cualidades para el vuelo; con todo, permanecíamos muy distantes del verdadero poder. Nunca había visto la energía y la humildad en tan bello consorcio. Aniceto nos dirigía, firmemente, como un orientador con pulso, vigoroso y sabio, pero no vacilaba en hacerse igual a uno de nosotros, a fin de servir como devoto compañero.

Meditando sobre la sublime lección, en pleno impulso de vuelo, contemplé las torres de *Nuestro Hogar*, que iban quedando a distancia...

El viaje

Después de haber empleado el proceso de conducción rápida, atravesando inmensas distancias, surgió una región menos bella. El firmamento se cubrió de nubes espesas y algo que yo no podía comprender nos impedía volar con facilidad. Creo que no sucedía lo mismo con nuestro instructor, pero Vicente y yo hacíamos un enorme esfuerzo para acompañarlo.

Aniceto percibió de pronto nuestros obstáculos y señaló:

–Sería conveniente que utilizásemos la locomoción. La atmósfera comienza a pesar muchísimo y no debemos andar muy lejos del Campo de Paz. No necesitaremos ir hasta allá; descansaremos en el Puesto de Socorro. Encontraremos allí, los recursos indispensables.

–Pero, ¿qué es esto? –pregunté, admirado de la profunda modificación del ambiente.

–Estamos penetrando la esfera de vibraciones más fuertes de la mente humana. Nos hallamos a gran distancia de la superficie terrestre; pero, ya podemos identificar, desde luego que sí, la influencia mental de la Humanidad encarnada. Grandes luchas se desarrollan en estos planos y millares de abnegados hermanos se vuelcan aquí a la misión de enseñar y consolar a los que sufren. En ninguna parte escasea el amparo divino.

En ese instante, llegamos a la cumbre de una gran montaña, envuelta en sombra de humo. En el suelo, se diseñaban diversas veredas, como si fuesen laberintos bien formados. Observando nuestra extrañeza, Aniceto dijo con optimismo:

–¡Sigamos!

Pero, en ese momento, ¡Oh Dios de bondad!, alguna cosa imprevista me alegraba el corazón. Contrastando con las sombras, rayos de luz se desprendían intensamente de nuestros cuerpos. Extraordinaria conmoción se apoderó de mi alma. Vicente y yo nos arrodillamos a un mismo tiempo, bañados en lágrimas, enviando al Eterno nuestros profundos agradecimientos, en votos de júbilo fervoroso. Estábamos embriagados de ventura. Era la primera vez que me vestía de luz, luz que se irradiaba de todas las células de mi cuerpo espiritual. Aniceto, que se mantenía de pie, contemplándonos con expresión de alegría, dijo conmovido:

–¡Muy bien, mis amigos! Agradecemos a Dios por los dones de amor, sabiduría y misericordia. Sepamos manifestar al Padre nuestro reconocimiento. Quien no sabe agradecer, no sabe recibir, y mucho menos, pedir.

Durante mucho tiempo, Vicente y yo nos mantuvimos en oración repleta de alegrías y de lágrimas...Enseguida, retomamos la marcha, como si estuviésemos vestidos de sublime luminosidad.

No obstante, las sorpresas se sucedían ininterrumpidamente.

Aquellas vías de comunicación, eran muy diferentes de las que yo conocía hasta ese momento. Nos sumergíamos en un clima extraño, donde predominaban el frío y la ausencia de luz solar. La topografía estaba formada por un conjunto de paisajes

misteriosos, recordando a ciertas películas de fantasía de la cinematografía terrestre. Picos altísimos que parecían vigorosas agujas de tinieblas, desafiaban la vastedad. Descendíamos siempre, como viajeros flanqueando oscuros precipicios, en una región de exotismo amenazador. Singular vegetación subía del suelo, espaciada entre los grandes abismos. Aves de horripilante aspecto surgían, asustadoras, de cuando en cuando, llenando el silencio de piadas angustiosas. Fuerte vendaval soplabla en todas las direcciones.

Profundamente asombrado, cobré ánimo y pregunté a nuestro instructor:

—¿Qué decís de todo esto? Ignoraba que hubiese tales regiones entre la superficie del planeta y nuestra ciudad espiritual. Frente a nosotros, observo un mundo nuevo, que me es totalmente desconocido... Noble Aniceto, no es por ociosidad que os pregunto algo, mas estas tierras me sorprenden profundamente.

Aniceto, siempre amable, sonrió con dulzura y respondió:

—Todo este mundo que vemos es la continuación de nuestra Tierra. Los ojos humanos ven apenas algunas expresiones del valle en que se ejercitan para la verdadera visión espiritual, como nosotros cuando observamos ahora alguna cosa, no estamos viendo todo.

Éste, André, es un dominio diferente. La percepción humana no consigue captar sino determinado número de vibraciones. Comparando las restringidas posibilidades humanas con las grandezas del Universo Infinito, los sentidos físicos son muy limitados. El hombre recibe reducida información del mundo que le sirve de morada. Es verdad que ha resuelto con su ciencia problemas profundos. La astronomía terrenal conoce que el Sol,

por medidas aproximadas, es 1.300.000 veces mayor que la Tierra y que la estrella Capela es 5.800 veces mayor que nuestro Sol; sabe que Arturo equivale a millares de soles, iguales al que nos ilumina; está informada de que Canopus corresponde a 8.760 soles idénticos al nuestro, reunidos; midió las distancias entre nuestro planeta y la Luna; acompaña ciertos fenómenos de Marte, Saturno, Venus y Júpiter; sondea los millones de soles aglomerados en la Vía Láctea; conoce las estrellas variables, las nebulosas espirales y difusas. Y no paran las observaciones humanas en la grandeza ilimitada del Macrocosmos. La Ciencia penetra igualmente en los círculos atómicos; analiza la materialización de la energía, el movimiento de los electrones, estudia el bombardeo de átomos y escudriña determinados corpúsculos. Pero todo ese trabajo, con la colaboración de las lentes de alta potencia y de los generadores de millones de voltios, aún es un servicio que apenas identifica los aspectos exteriores de la vida. Pero, hay además, André, otros mundos sutiles, dentro de los mundos groseros, maravillosas esferas que se ínter penetran. El ojo humano sufre de variadas limitaciones y todas las lentes físicas reunidas no conseguirían sorprender el campo del alma, que exige el desarrollo de las facultades espirituales para tornarse perceptible. La electricidad y el magnetismo son dos corrientes poderosas, que comienzan a develar a nuestros hermanos encarnados alguna cosa de las infinitas potencias de lo invisible, pero aún es temprano para que pensemos en un éxito completo. Solamente a los hombres de sentidos espirituales desarrollados, es posible revelarles algunos pormenores de los paisajes bajo nuestra mirada. La mayoría de las criaturas humanas unidas a la superficie terrestre no entiende estas verdades, sino después de perder los lazos físicos más groseros. Es la ley, que no debamos ver sino lo que podamos observar con provecho.

A esa altura, Aniceto calló.

Conmovero con las instrucciones, guardé religioso silencio.

Ahora, en medio de las sombras, divisaba algunos bultos negros, que parecían huir apresurados, confundiéndose con las tinieblas de las cavernas próximas.

Nuestro orientador avisó, cauteloso:

–Procuremos interrumpir los efectos luminosos de nuestro cuerpo espiritual. Bastará que piensen vigorosamente en la necesidad de esa providencia. Estamos atravesando una extensa zona, en la que se acogen muchos desventurados, y no es justo humillar a los que sufren con la exhibición de nuestros bienes.

Obedeciendo el consejo, verifiqué el efecto de inmediato. Los hilos de luz que se irradiaban de mi cuerpo se apagaron como por encanto. La excursión se tornó menos agradable. Descendíamos, milagrosamente, a través de despeñaderos de larga extensión. La sombra se hiciera más densa y la ventolera más lastimera e impresionante.

Después de algún tiempo de marcha en silencio, divisamos a lo lejos un gran castillo iluminado. Aniceto hizo un gesto significativo con el índice y explicó:

–Es uno de los Puestos de Socorro del Campo de la Paz.

En el Puesto de Socorro

¡Me deslumbraba la visión del soberbio castillo! Incapaz de expresar la admiración que me dominaba, acompañé a Aniceto en silencio. Con gran sorpresa verifiqué que la magnífica construcción no se mantenía sin defensa. La rodeaban pesados muros en una extensión que mis ojos no conseguían abarcar.

Quien pudiera imaginarse tal institución, localizada en las zonas invisibles, difícilmente concebiría contrafuertes de aquella naturaleza. La noción de cielo e infierno, profundamente arraigada en la mente popular, no deja percibir que los hombres, de modo general, no se modifican con la muerte física, como el cambio de residencia no significa una mudanza de personalidad para la criatura común.

Asombrado, noté que nuestro orientador, de manera casi imperceptible hacía mover una campanilla, oculta en la muralla. Creo que si Aniceto estuviese sólo, no tendría necesidad de ese requisito, dado su poder espiritual que lo ponía por encima de todas las resistencias groseras; pero, estábamos en su compañía y, una vez más, quiso igualarse a nosotros, por hidalguía de tratamiento. Ocultar la propia gloria es el código de buen tono en las sociedades espirituales nobles y santas.

Nos atendieron dos servidores que abrieron la puerta extremadamente pesada, que rodó sobre sus goznes, como sucedería en cualquier edificación antigua del plano terrestre.

–¡Salve! ¡Mensajeros del bien! –dijeron ambos al mismo tiempo, mirando a Aniceto, en actitud reverente.

Aniceto levantó la mano, que se hizo luminosa en ese instante, balbuceando algunas palabras de amor, retribuyendo así a la salutación respetuosa. Entramos.

¡Quedé admirado! Pomares y jardines maravillosos se perdían de vista. La sombra, allí, no era tan intensa. Nos sentíamos bañados en suavidad crepuscular, gracias a los grandes focos de luz radiante. El interior presentaba aspectos inesperados. Sólo ahora comprendía que la muralla ocultaba la mayoría de las construcciones. Grandes pabellones se alineaban como si estuviésemos ante un prodigioso establecimiento educacional. Variados grupos de hombres y mujeres se dedicaban a múltiples servicios. Nadie parecía darse cuenta de nuestra presencia, tal era el interés que el trabajo despertaba en cada uno.

Acompañábamos a Aniceto a través de numerosas hileras de árboles señoriales, que se asemejaban a robles antiquísimos.

Observaba que en ese bendito Puesto de Socorro la Naturaleza se hacía diferente, maternal. Había ahora más luz en el cielo y el viento era más suave, susurrando blandamente en la abundante arboleda. El bondadoso instructor, notando nuestra admiración, esclareció:

–Esta paz refleja el estado mental de los que viven en este puesto de asistencia fraterna. Acabamos de atravesar una zona

de grandes conflictos espirituales, que ustedes aún no pueden percibir. La Naturaleza es una madre amorosa en todas partes, pero, cada lugar muestra la influencia de los hijos de Dios que lo habitan.

La explicación no podía ser más clara.

Alcanzando el edificio central, construido a la manera de hermoso castillo europeo de los tiempos feudales, nos encontramos con una pareja extremadamente simpática.

–¡Mi querido Aniceto! –habló el caballero, abrazando a nuestro orientador.

–¡Mi querido Alfredo! ¡Mi noble Ismalia! –respondió Aniceto, sonriente.

Después de las saluciones afectuosas, nos presentó de modo muy halagador.

La pareja nos abrazó, con cordialidad y atención amistosa.

–Nuestro querido Alfredo –continuó explicando Aniceto– es el dedicado Administrador de este Puesto de Socorro. Hace mucho tiempo se consagró al servicio de nuestros hermanos ignorantes y desviados.

–¡Oh! ¡Oh! Por favor no prosiga –contestó el presentado huyendo a las referencias elogiosas–, simplemente me consagré al cumplimiento del deber.

Y, como si quisiese modificar el curso de la conversación, prosiguió, atento:

–Pero, ¡qué agradable sorpresa! ¡Hace muchos días que no recibimos a visitantes de *Nuestro Hogar*! ¡Qué bueno que vinieron hoy cuando Ismalia vino, igualmente, a estar conmigo...!

¿Cómo?—consideré íntimamente. ¿Aquella señora de lindo semblante no sería su esposa? ¿No vivirían allí juntos, como en la Tierra? Pero, antes de que pudiese llegar a cualquier conclusión, Alfredo nos condujo al interior doméstico. Las escaleras de una substancia idéntica al mármol, me impresionaban por su transparente belleza.

Desde la terraza extensa y noble, donde las columnas se adornaban de hiedra florida, pero muy diferente de la que conocemos aquí en la Tierra, penetramos en un amplio salón amueblado al gusto antiguo. Los muebles delicadamente estructurados formaban un conjunto encantador. Admirado, observé las paredes de donde pendían cuadros maravillosos. Uno de ellos me imponía especial atención. Era una tela enorme, representando el martirio de San Denis, el Apóstol de las Galias, según mis humildes conocimientos de Historia, rudamente ajustado en los primeros tiempos del Cristianismo. Intrigado, recordé que había visto en la Tierra, un cuadro absolutamente igual a aquel. ¿No se trataba de un famoso trabajo de Bonnat, célebre pintor francés de los últimos tiempos? No obstante, la copia del Puesto de Socorro era mucho más bella. La leyenda popular estaba lindamente expresada en los más mínimos detalles. El glorioso Apóstol, semidesnudo, con la cabeza decapitada y el tronco aureolado de intensa luz, hacía un esfuerzo supremo por levantar su propio cráneo que había rodado a sus pies, mientras los asesinos lo contemplaban dominados por intenso horror; de lo alto, se veía descender a un emisario divino, trayendo al Siervo del Señor la corona y la palma de la victoria. Pero, había en aquella copia, profunda luminosidad, como si cada pincelada contuviese movimiento y vida.

Observando mi admiración, Alfredo habló, sonriendo:

–Todos cuantos nos visitan por primera vez valoran la contemplación de esta soberbia copia.

–¡Ah!, sí –contesté–, según estoy informado, el original puede ser visto en el Panteón de París.

–Se equivoca –aclaró mi gentil interlocutor–, no todos los cuadros, como no todas las grandes composiciones artísticas, son originarias de la Tierra. Es cierto que debemos muchas sublimes creaciones al cerebro humano; pero, en este caso, el asunto es más transcendente. Tenemos aquí la historia real de esa magnífica pintura. Fue idealizada y ejecutada por un noble artista cristiano, en una ciudad espiritual muy ligada a Francia. A fines del siglo pasado, aunque todavía estaba retenido al círculo carnal, el gran pintor de Bayona visitó esa colonia en una noche de excelsa inspiración, que él, como humano, podría clasificar de maravilloso sueño. Desde el primer momento que vio la tela, Florentín Bonnat no descansó mientras no la reprodujo, pálidamente, en un diseño que se hizo célebre en el mundo entero. No obstante, las copias terrestres no tienen esa pureza de líneas y luces, y tampoco la reproducción, bajo nuestra mirada, tiene la belleza imponente del original, que ya tuve la felicidad de contemplar de cerca, cuando organizábamos, aquí en el Puesto, homenajes sencillos para la honrosa visita que nos hizo el gran siervo del Cristo. Para realizar las providencias necesarias, visité personalmente la ciudad espiritual a la que me referí.

Gran asombro se había apoderado de mi corazón. Veía, ahora, explicada la tortura santa de los grandes artistas, divinamente inspirados en la creación de obras inmortales; ahora, reconocía que todo arte elevado es sublime en la Tierra, porque traduce visiones gloriosas del hombre en la luz de los planos superiores.

Pareciendo interesado en completar mis pensamientos, Alfredo consideró:

–El genio constructivo expresa superioridad espiritual y transita sin impedimentos entre las fuentes sublimes de la vida. Nadie crea sin ver, oír o sentir, y los artistas de mente superior suelen ver, oír y sentir las realizaciones más elevadas del camino hacia Dios.

Mas, volviéndose, afable hacia Aniceto, exclamó:

–Pero el momento no admite divagaciones. Sentémonos. Deben estar cansados de la difícil peregrinación. Necesitan rehacer energías y reposar algún rato.

El romance de A Alfredo

Después de algunos minutos, utilizados por nosotros en el servicio de higiene reconfortadora, Alfredo nos invitó a la mesa, donde Ismalia, con extrema distinción, mandó a servir diversos frutos.

Los señores del castillo no podían ser más gentiles.

Los servidores iban y venían, mostrando en su rostro gran júbilo.

La conversación de Alfredo y las observaciones de Ismalia estaban llenas de notas interesantes y educativas.

—¿Cuál es su impresión de los servicios en general? — preguntó Aniceto con atención, dirigiéndose al dueño de la casa.

—Excelente, en cuanto a las oportunidades de realización que nos ofrecen —respondió Alfredo en tono significativo—; pero, no tengo el mismo parecer en cuanto a la situación en curso. Las zonas que servimos están repletas de novedades dolorosas. El presente período humano es de conflictos devastadores y las vibraciones contradictorias que nos alcanzan son de tal naturaleza que debilitarían cualquier ánimo poco decidido. Desencarnados y encarnados se empeñan en batallas destructoras. Es una lástima.

–¿Se multiplica el número de necesitados que recurren al Puesto? –continuó indagando nuestro orientador.

–Enormemente. Nuestra producción de alimentos y remedios ha sido absorbida integralmente por los hambrientos y enfermos. Tengo quinientos cooperadores, pero nos sentimos incapaces, en el presente, de atender a todas nuestras obligaciones. Las masas de sufridores son incontables. En otro tiempo, nuestro paisaje se mantenía sin sombras, durante muchas semanas, pero ahora...

En ese instante, Ismalia pidió permiso para dirigirse al interior. Y como Alfredo fijase su mirada en la mía, me aventuré a considerar:

–Menos mal que tenéis una abnegada compañera a vuestro lado.

Él y Aniceto sonrieron, casi a un mismo tiempo, hablándonos el administrador:

–¡Ah! Mis amigos, por ahora, no tengo esa felicidad en carácter definitivo. Mi esposa y yo tenemos el divino compromiso de la unión eterna, pero aún no merezco su presencia de manera continua. Ella es la bondad celeste, y yo, la realidad humana.

Después de una pequeña pausa, prosiguió con gentileza:

–Aniceto conoce nuestra historia. Pero, ustedes la ignoran. Por lo tanto, me sentiré contento, relatándoles algunas recordaciones, con doble beneficio. Aliviaré el corazón, una vez más, contando mis faltas, y ustedes dos, que tal vez tengan, en breve, nuevos servicios en la Tierra, seguramente, aprovecharán algo de mis experiencias.

Ismalia y yo guardábamos un tesoro de felicidad en el mundo; no obstante, los salteadores perversos acechaban nuestra ventura. Mi responsabilidad era enorme en el campo de los negocios materiales, y, lejos de comprender las obligaciones sublimes de esposo y padre, no procuraba atender a los justos deberes para con el hogar y los dos hijitos que Dios me enviara al círculo doméstico. Pero, Ismalia era quien todo cuidaba en la casa. Con todo eso, me olvidé que la virtud, en todo tiempo, sería atormentada por el vicio y mi noble compañera fue víctima de la maldad de un amigo desleal, con quien tenía yo innumerables intereses en común, en el campo monetario. Mi esposa sufrió, en silencio, el acoso de él por algunos años consecutivos. Y cuando mi desventurado socio verificó la inutilidad de la actitud criminal, en franca desesperación buscó envenenarme el espíritu desprevenido. Comenzó por advertirme, en cuanto al proceder de ella. Me atormentó, envolviéndola en acusaciones innecesarias. Sobornó a criados domésticos y colocó espías que siguiesen a mi querida Ismalia, en las tareas de esposa y madre. Ese hombre ejercía profunda influencia sobre mí, y atendiendo a los lazos que nos unían, mi compañera jamás se sintió con suficiente valor como para denunciarlo. Mientras fuera de mi círculo doméstico, daba oídos a la calumnia, me volví intolerable dentro de él. No sabía contemplar a mi esposa con la despreocupación y la confianza absoluta de otra época. Veía el mal en sus mínimos gestos y quería descubrir segundas intenciones en sus frases más inocentes. Llegué a acusarla veladamente. Ismalia lloró y se calló. Por fin, nuestro infeliz perseguidor sobornó a un hombre de baja condición que permaneció, cierta noche, al lado de nuestros aposentos particulares como un vulgar ladrón, oculto, mientras yo era convocado a la máxima prueba.

Penetré en el cuarto en extrema desesperación e increpé en voz alta al ver a la compañera profundamente tranquila. Ismalia se levantó, recelosa de mi salud mental, pero no le atendí los ruegos, buscando, como loco, al que mancillaba mi honra... Abrí violentamente el gran armario antiguo escudriñando la habitación. En ese instante, el bulto de un hombre se escurrió en la sombra del aposento próximo, y, antes que yo pudiese agarrarlo, víctima de mi odio sin freno, saltó por la ventana, alcanzando el pomar de nuestra casa. Corrí desesperado, disparando balas a diestra y siniestra, pero, nada conseguí. Regresé a la habitación y, para cúmulo de la odiosa calumnia, el desconocido había dejado tras de sí, un sombrero nuevo, rigurosamente moderno, para que se acentuasen mis terribles sentimientos. Con los ojos congestionados, vomitando insultos, quise eliminar a Ismalia, bañada en lágrimas a mis pies; no obstante, algo que nunca pude comprender en la Tierra, me paralizó el brazo casi homicida. Vociferando blasfemias, sordo a los ruegos de ella, me aparté del hogar, tomado de horror. Al siguiente día, hice valer mi derecho exclusivo sobre los hijos y dispuse todo para que Ismalia, convertida en una estatua de dolor, fuese restituida a la hacienda paterna. Contraté una institutriz para los niños y, después viajé a Europa, donde permanecí más de tres años. Nunca me propuse efectuar serias verificaciones, y, aunque tenía el espíritu incesantemente atormentado, sepulté los sentimientos más íntimos y nunca busqué noticias de la compañera calumniada. Cierta día, recibí una lacónica carta en la costa francesa. Un pariente me daba informaciones sobre mi esposa. Después de dos años angustiosos, entre la nostalgia y el abandono, Ismalia había sido presa de la tuberculosis, falleciendo en terrible martirio moral. Decidí entonces regresar. Fijé de nuevo mi residencia en Rio de

Janeiro, eduqué a los hijitos y conservé la dolorosa viudez en el desencanto del corazón. Los años rodaron unos sobre los otros, cuando fui llamado a la cabecera del ex socio agonizante. El infeliz, ante la muerte, confesó el odioso crimen, pidiendo un perdón que, desgraciadamente, no le pude conceder. Desde entonces, me transformé en un loco irremediable. Cansado y envejecido, busqué la propiedad rural de los suegros, intentando reparar, de alguna forma, la injusticia, pero la muerte no me dio ocasión y regresé a la esfera de los desencarnados en tristes condiciones espirituales.

En ese instante, hizo una pausa, para continuar, conmovido.

—No necesito decirles que recibí de Ismalia todo el amparo que necesitaba. Pero, por desgracia para mí, estábamos separados. No merecí la bendición de la unión sublime. Ismalia me sigue de cerca, pero tiene su residencia en un plano superior, que debo esforzarme por alcanzar. Desde hace mucho me dediqué a los servicios de nuestro Puesto de Socorro, me consagré a los ignorantes y sufridores, y mi santa Ismalia viene hasta aquí, mensualmente, para incentivarme el buen ánimo y ampararme en las luchas.

—Pero, ¿no podría ella transferirse definitivamente para acá? —preguntó Vicente, tan impresionado como yo, con el conmovedor romance.

Alfredo sonrió y dijo:

—Sé que Ismalia ha trabajado para lograr eso, que su ideal de unión eterna es idéntico al mío, atendiendo a la circunstancia de estar siempre el superior en posición de dar al inferior; pero no ignoro que fue advertida por nuestros mayores, sobre mis

necesidades actuales de esfuerzo y soledad. Necesito reconocer el valor de la felicidad, para no menospreciar de nuevo, las bendiciones de Dios. Mi esposa desea descender para encontrarse conmigo; sin embargo, es necesario que yo aprenda a elevarme y, por este motivo, aún no recibimos la debida autorización para nuestro definitivo matrimonio espiritual.

Observando nuestra emoción, concluyó.

–Estoy rescatando crímenes de precipitación. Por la impulsividad delictuosa, perdí mi paz, mi hogar y mi devota compañera. Conforme oyeron, no maté ni robé a nadie, pero me envenené a mí mismo. La calumnia es un monstruo invisible, que ataca al hombre a través de los oídos faltos de vigilancia y de los ojos desprevenidos.

Informaciones y esclarecimientos

El regreso de Ismalia al círculo de la conversación impidió que se continuase con el asunto.

Tal vez, aprovechando la oportunidad, Aniceto preguntó al administrador:

—¿Qué opina sobre la continuidad de nuestro viaje? Desearíamos alcanzar hoy mismo las esferas de la superficie terrestre.

Alfredo nos dirigió significativa mirada y habló:

—No me siento con el derecho de alterarles los planes de servicio, pero sería conveniente que pernoctasen aquí. Nuestros aparatos señalan la aproximación de una gran tempestad magnética, para hoy mismo. Sangrientas batallas están siendo trabadas en la superficie del globo. Los que no se encuentran en las líneas de fuego, permanecen en las líneas de la palabra y del pensamiento. Quien no lucha en las acciones bélicas, está en el combate de las ideas, comentando la situación. Reducido número de hombres y mujeres continúan cultivando la espiritualidad superior. Por lo tanto, es natural que se intensifiquen a lo largo de la superficie terrestre, espesas nubes de residuos

mentales de los encarnados faltos de vigilancia, multiplicando las tormentas destructoras.

Aniceto escuchaba con atención.

–No me preocupa usted –continuó Alfredo, dirigiéndose de manera particular a nuestro instructor–, pero, pienso que estos dos amigos serían desagradablemente sorprendidos.

–Tiene razón –concordó Aniceto.

Y, esbozando significativa expresión fisonómica, prosiguió:

–Valoro el sacrificio de nuestros compañeros espirituales, en los trabajos de preservación de la salud humana.

–Son grandes servidores –dijo el señor del castillo. De cuando en cuando observo los núcleos de su actividad santa. La Humanidad parece preferir la condición de eterna infancia. Hace y deshace los patrimonios de la civilización, como si jugase con muñecas. Nuestros amigos soportan pesados fardos de servicio para que las tormentas magnéticas, invisibles al ojo humano, no diseminen vibraciones mortíferas que se traduzcan en la dilatación de penurias de la guerra y en incontables epidemias. Las colonias espirituales de Europa, mayormente las de nuestro nivel, están sufriendo amargamente para poder atender a las necesidades generales. Ya comenzamos a recibir grandes masas de desencarnados, a consecuencia de los bombardeos. *Nuestro Hogar*, por la misión que le corresponde, aún no se puede imaginar todo el esfuerzo que el conflicto mundial viene exigiendo de nuestra colaboración en las esferas más bajas. Los Puestos de Socorro de varias colonias, vinculados al nuestro, están sobrecargados de europeos desencarnados violentamente. Fuimos notificados de que las súplicas de Europa dilaceran el corazón angélico de los más altos cooperadores de Nuestro Señor Jesucristo. A los terribles bombardeos en Inglaterra, en

Holanda, Bélgica y Francia, se suceden otros de no menor extensión. Después de reiteradas asambleas de nuestros mentores espirituales, se resolvió tomar la providencia de remover, por lo menos, el cincuenta por ciento de los desencarnados en la guerra en curso, para nuestros núcleos americanos. Tenemos aquí nuestro campo de acogida con más de cuatrocientos.

–Pero, ¿no surgen dificultades para socorrer a toda esa gente? –indagó Aniceto en tono grave.– ¿Y el problema del lenguaje?

–Los servicios de socorro, a pesar de ser tan intensos en Europa, han sido muy bien organizados, –explicó Alfredo–; para cada grupo de cincuenta infelices, las colonias, del Viejo Mundo suministran un enfermero instructor, con quien nos podamos entender, de modo directo. De ese modo, el problema no pesa tanto, porque nuestra parte de colaboración consta del suministro de personal de servicio y de material de asistencia.

–Pero, ¿no sería más justo –indagó Vicente– que los desencarnados de esa especie fuesen mantenidos en sus propias regiones de conflicto?

Alfredo sonrió y explicó:

–Nuestros instructores más elevados, son de parecer que esas aglomeraciones serían fatales para la colectividad de Espíritus encarnados. Determinarían focos de pestilencias de origen trascendente, con resultados imprevisibles. Innumerables hermanos nuestros que pierden el cuerpo en las zonas asoladas no consiguen substraerse al campo de la angustia; mas, cuantos ofrezcan posibilidades de ser transferidos para acá, dentro de nuestras cuotas de alojamiento, son retirados de allí, sin pérdida

de tiempo, para que sus pensamientos atormentados no pesen en demasía en las fuentes vitales de las regiones sacrificadas.

En ese ínterin intervino Aniceto, esclareciendo:

–En vano volverán los países del mundo a las masacres recíprocas. El error de una nación influirá en todas, como el gemido de un hombre perturbaría la alegría de millones. La neutralidad es un mito, el aislamiento una ficción del orgullo político. La Humanidad terrestre es una familia de Dios, como billones de otras familias planetarias en el Universo Infinito. En vano la guerra abrirá un torbellino de desencarnaciones en masa. Esos mismos muertos pesarán en la economía espiritual de la Tierra. Mientras hubiere discordia entre nosotros, pagaremos doloroso precio en sudor y lágrimas. La guerra fascina la mentalidad de todos los pueblos, incluso de gran número de núcleos de las esferas invisibles. Quien no empuña las armas destructoras, difícilmente se apartará del verbo destructor, en el campo de la palabra o de la idea. Mas, todos nosotros pagaremos el tributo. Es de ley divina, que nos entendamos y nos amemos unos a los otros. Todos sufriremos los resultados del olvido de la ley, pero cada uno será responsabilizado personalmente por la cuota de discordia que haya traído a la familia mundial.

Alfredo, que parecía ponderar seriamente los conceptos oídos, observó:

–Es justo.

Aniceto, después de un silencio más prolongado, volvió a considerar:

–Estuve personalmente, la semana pasada, en *Nueva Alborada*, que queda en zonas más elevadas, y vine a saber que avanzados núcleos de la espiritualidad superior, de los planetas vecinos, desde las primeras declaraciones de esta guerra,

determinaron providencias de máxima vigilancia, en las fronteras vibratorias mantenidas con nosotros. Nos enseñan los vecinos beneméritos que debemos soportar, con nuestros propios hombros, toda la producción de mal que llevamos a efecto. Somos, en definitiva, la casa grande, obligada a lavar la ropa sucia en sus propias dependencias.

Sonreímos todos, con esa comparación.

Ismalia que permanecía en silencio, no obstante la profunda impresión que se le estampara en el rostro, consideró con delicadeza:

–Desgraciadamente, en el aspecto colectivo, somos aún aquella Jerusalén esclavizada al error. Todos los días somos curados por Jesús y todos los días lo conducimos al madero. Nuestras obras, casi siempre, están reducidas a simples recapitulaciones que fracasan. No salimos de la etapa de la experiencia. Y, dolorosamente para nosotros, estamos siempre ensayando, en el mundo, la política con los Césares, la justicia con los Pilatos, la fe religiosa con los Fariseos, el sacerdocio con los rabinos del Sanedrín, la creencia con los Jairos que creen y dudan al mismo tiempo, los negocios con los Anás y Caifás. De este modo no podemos prever la extensión de los acontecimientos cruciales.

Encantado con las definiciones oídas, me aventuré a decir:

–¡Cómo es angustiada la destrucción por la guerra!

–A pesar de todo eso, en estos tiempos –observó Alfredo, bondadosamente–, la oración es una luz más intensa en el corazón de los hombres. Bien se dice que la estrella brilla con mayor fuerza en las noches sin luz. Imaginen que, para iniciar providencias de recepción a los desencarnados en situación desesperada, ya fui, más de una vez, a los servicios de asistencia en Europa.

Hace días, en misión de esa naturaleza, fuimos algunos compañeros y yo a los cielos de Bristol. La noble ciudad inglesa estaba siendo sobrevolada por algunos aviones pesados de bombardeo. Las perspectivas de destrucción eran aterradoras. Pero, en medio de la noche se destacaba a nuestra visión espiritual, un foco de intensa luz. Sus rayos centelleaban en el firmamento, mientras las bombas eran lanzadas al suelo. El jefe de nuestra expedición recomendó nuestro descenso en el punto luminoso. Con sorpresa, verifiqué que estábamos en una iglesia, cuyo recinto debía ser casi sombrío para el ojo humano, pero altamente luminoso para nuestros ojos. Noté, entonces, que algunos cristianos valerosos se reunían allí y cantaban himnos. El Ministro del Culto leyó el pasaje de los Hechos de los Apóstoles, en que Pablo y Silas cantaban a media noche, en la prisión, y las voces cristalinas se elevaban al Cielo, en notas de fervorosa confianza. Mientras reventaban los estallidos allá fuera, los discípulos del Evangelio cantaban, unidos, en celestial vibración de fe viva. Nuestro jefe mandó a que nos mantuviésemos de pie, ante aquellas almas heroicas, que recordaban a los primeros cristianos perseguidos, en señal de respeto y reconocimiento. Él también acompañó los himnos y después nos dijo que los políticos construyeron los refugios antiaéreos, pero que los cristianos edificarían en la Tierra los refugios anti-tinieblas.

—A veces —concluyó el señor del castillo, en tono significativo— es necesario sufrir para comprender las bendiciones divinas.

El soplo

—Después de interesantes consideraciones relativas a la situación de los círculos carnales, Aniceto volvió a examinar nuestras necesidades para el servicio.

Con mucha amabilidad, Alfredo ponderó:

—Debido a la tormenta inminente, podrían pernoctar con nosotros, siguiendo mañana al amanecer.

Y con profunda sorpresa, lo oí afirmar:

—Podrán utilizar mi automóvil, hasta la zona en que se haga posible. Les suministraré un conductor adiestrado y ganarán mucho tiempo con la medida.

No podía salir de mi asombro. Aun conociendo las operaciones de los Samaritanos en *Nuestro Hogar*, que empleaban grandes vehículos de tracción animal, en trabajos de salvamento en las regiones inferiores y aun considerando las grandes dificultades que confrontaríamos en la larga caminata, rumbo al Puesto de Socorro, no suponía posible semejante conducción en aquel instituto de auxilio.

Supé más tarde que, basados en electromagnetismo trascendental, los sistemas de transporte son mucho más

numerosos en las zonas más próximas a la superficie terrestre, de lo que podía imaginar.

Nuestro orientador, que parecía meditar gravemente la situación, observó preocupado:

–El caso es que tenemos servicios urgentes en los círculos carnales. Vicente y André necesitan iniciar su aprendizaje activo.

Alfredo sonrió, bondadoso, aseverando:

–En cuanto a eso, no necesitaremos de mayores cuidados. Hay siempre quehaceres en todas partes. Donde exista espíritu de cooperación en la criatura humana, existe igualmente el servicio de Dios. Nuestros amigos podrían colaborar hoy con nosotros en las actividades de asistencia. Por ejemplo, podrían acompañarnos en los trabajos de la oración, en los cuales hay siempre muchas cosas que hacer y muchas lecciones que aprender.

–¡Excelente sugerencia! –exclamó nuestro instructor.– La oración individual, o colectiva, es siempre una vasta reserva de enseñanzas edificantes.

–Además –habló Ismalia con afecto–, no debemos demorar. Ya estamos casi en la hora.

En ese momento, como si hubiera sido llamado súbitamente, recordándole un grave compromiso de trabajo, el administrador, dirigiéndose a la compañera, dijo:

–Es necesario prevenir a Olivia y a Magdalena de todo cuanto hace falta para las imperiosas labores de esta noche. Necesitaremos la colaboración de algunos técnicos más en soplo. Tenemos algunos hermanos en estado grave, traumatizados por fuertes impresiones físicas.

–¿Técnicos del soplo? –indagué, asombrado, antes que Ismalia pudiese hacer cualquier observación referente a los servicios.

–Sí, mi amigo –respondió Alfredo, atento–, el soplo curador, inclusive en la Tierra, es un sublime privilegio del hombre. Pero, cuando estamos encarnados, nos demoramos muchísimo en tomar posesión de los grandes tesoros que nos pertenecen. Por lo general, vivimos por allá, perdiendo tiempo con la fantasía, creyendo en futilidades o alimentando desconfianzas. Quien pudiese comprender, entre las formas terrestres, toda la extensión de este asunto, podría crear en el mundo los más eficientes procesos de soploterapia.

–Pero, ¿está semejante patrimonio a disposición de cualquier Espíritu encarnado? –preguntó Vicente, compartiendo mi sorpresa.

Nuestro interlocutor pensó algunos instantes y respondió, atento:

–Como el pase, que puede ser dado por el mayor número de personas, con apreciables beneficios, también el soplo curativo podría ser utilizado por la mayoría de las personas, con prodigiosas ventajas. Entretanto, necesitamos añadir que, en cualquier tiempo y situación, el esfuerzo individual es imprescindible. Toda realización noble requiere apoyo serio. El bien divino, para manifestarse en acción, exige la buena voluntad humana. Nuestros técnicos en el asunto no se formaron de pronto. Se ejercitaron largamente, adquiriendo experiencia a precio alto. En todo, existe la ciencia de comenzar. Son servidores respetables por las realizaciones que alcanzaron, ganan importantes remuneraciones y gozan de enorme acatamiento, pero, para eso, necesitan conservar la pureza de la boca y la santidad de las intenciones.

Comprendiendo el interés que sus palabras despertaban, continuó el administrador, después de una pequeña pausa:

–En los círculos carnales, para que el soplo se afirme suficientemente, es imprescindible que el hombre tenga el estómago sano, la boca habituada a hablar bien, con la abstención del mal, y la mente recta, interesada en auxiliar. Obedeciendo a esos requisitos, tendremos el soplo calmante y revigorizador, estimulante y curativo. A través de él, se podrá transmitir, también en la superficie terrestre, la salud, el fortalecimiento y la vida.

Y, como Vicente y yo no pudiésemos ocultar la perplejidad, Alfredo consideró:

–Esto no es nuevo, Jesús, además de tocar a aquellos a quien curaba, concedía a veces, el soplo divino. El soplo de la vida recorre la Creación entera. Toda página sagrada, comentando el principio de la existencia se refiere a eso. ¿Nunca pensaron en el viento, como soplo creador de la Naturaleza? En cuanto a mí, desde el ingreso en el Campo de la Paz, cuando fui recogido allí en pésimas condiciones espirituales, he aprendido maravillosas lecciones en ese particular. Tanto es así que, dirigiendo este Puesto, he incentivado, con las posibilidades a mi alcance, la formación de nuevos cooperadores en ese sentido, ofreciendo compensaciones a los que se decidan a iniciar la tarea de especialización, no siempre fácil para todos.

En ese momento, Ismalia recibía algunas colaboradoras de importancia, que se preparaban para la tarea.

Impresionado con lo que había oído, observé los preparativos que se organizaban.

Encontrándome a solas con Aniceto, le trasmití mi enorme sorpresa, respondiéndome él en tono confidencial:

–Se olvidan ustedes de que la propia *Biblia*, aludiendo a la creación del hombre, narra que el Creador sopló en la forma creada, comunicándole el aliento de vida. Refiriéndonos a nuestros hermanos encarnados, se hace necesario reconocer, André, que, incluso partiendo de hombres imperfectos, pero llenos de buena voluntad, todo soplo con la intención de aliviar o curar tiene relevante significación entre las criaturas humanas, porque todos nosotros somos herederos directos del Poder Divino. Además, es necesario observar también que no estamos ante una exclusividad. Usted, por cierto, pasó muy ligeramente por nuestro Ministerio de Auxilio. Tenemos allí, un gran instituto especializado en ese sentido, donde nobles colegas se consagran a esa modalidad de cooperación. En el plano carnal, toda boca, santamente intencionada, puede prestar apreciables auxilios, notándose que las bocas generosas y puras podrán distribuir auxilios divinos, trasmitiendo fluidos vitales de salud y fortalecimiento.

Esperaba que Aniceto prosiguiese, mostrándome las cualidades magnéticas del soplo, pero Alfredo acercándose a nosotros, activo y solícito, exclamó:

–Estamos en el momento destinado a los trabajos de asistencia y oración.

–Lo seguiremos con placer –respondió nuestro instructor, sonriendo.

Era necesario interrumpir la lección, atendiendo deberes diferentes.

Defensas contra el mal

Descendimos por las escaleras y frente a los muros altos, pude observar la extensión de las defensas del soberbio edificio. Aquella grandiosa construcción era mucho más importante que la de cualquier castillo antiguo transformado en fortaleza.

Nuevamente en el exterior, podía mirar en detalle la visión panorámica con más exactitud. Reconocía ahora que habíamos entrado por un baluarte avanzado, notándose lo imponente de la majestuosa construcción. Se me presentaban las líneas generales con nitidez.

Sobre todo, me impresionaban las fortificaciones. Vi la torre de mensajes, consagrada, por cierto, al servicio de resistencia; el baluarte agudo, elevándose por encima de los fosos que dejaban transbordar el agua corriente; la torre de vigilancia, esbelta y majestuosa. Observé el camino de la ronda, la cisterna, las aspilleras y enseguida, las empalizadas y barbicanas, reflejando la complejidad de todo aquel aparato defensivo. ¿Y las armas? Identificaba su presencia en la maquinaria instalada a lo largo de los muros, copiando los pequeños cañones conocidos en la Tierra. A la vez, vi con emoción, en la cumbre de la torre

de vigilancia, la enorme bandera de paz, muy blanca, tremolando al viento como un largo penacho de nieve...

El administrador percibió la extrañeza que se había apoderado de Vicente y de mí.

–Ya sé la impresión que les causa nuestro sistema defensivo –dijo Alfredo deteniéndose para explicar.

Fijando en nosotros su mirada muy lúcida, continuó:

–Naturalmente, no se imaginaban que fuesen necesarias tantas fortificaciones. Conforme ven, nuestra bandera es de concordia y armonía; no obstante, es imprescindible considerar que estamos en un servicio que necesitamos defender en cualquier circunstancia. Mientras no impere la ley universal del amor, es indispensable que persevere el reinado de la justicia. De igual manera, nuestro Puesto está colocado aquí, como “una oveja en medio de lobos”, y, aunque no nos corresponda efectuar el exterminio de las fieras, necesitamos defender la obra del bien contra los asaltos indebidos. Las organizaciones de nuestros hermanos consagrados al mal son vastísimas. No admitan la hipótesis de que sean, todos ellos, ignorantes o inconscientes. La mayoría se constituye de perversos y criminales. Son entidades verdaderamente diabólicas. No tengan ninguna duda de eso.

–¡Dios mío! –exclamó Vicente, admirado– pero, ¿por qué se organizan deliberadamente para el mal? ¿Acaso no saben que todos los patrimonios universales pertenecen a la Majestad Divina? ¿No reconocen el Soberano Poder?

–¡Ah!, mi Amigo –habló Alfredo en tono grave–, me hice las mismas preguntas cuando llegué aquí por primera vez. Las respuestas que tuve fueron incisivas y concluyentes. Podríamos,

Vicente, formular en la Tierra las mismas interrogaciones. Los criminales que producen las víctimas de la guerra, los explotadores de la economía popular, los avaros miserables, los sedientos de injustificado predominio y los vanidosos llenos de fatuidad saben, tan bien como nuestros adversarios de aquí, que todo pertenece a Dios, que el hombre es un simple usufructuario de los bienes divinos. No ignoran que sus predecesores fueron llamados a la verdad y a presentar cuentas por la muerte, y que ellos seguirán los mismos caminos; entretanto, se atormentan en la superficie terrena como verdaderos locos, amontonando probabilidades para la ruina y abusando de las oportunidades más santas. Aquí se verifica la misma cosa. Quieren dominar antes de dominarse, exigen antes de dar y entran en perenne conflicto con el espíritu divino de la ley. Establecido el duelo entre la fantasía de ellos y la verdad del Padre, se resisten a las correcciones del Señor y se transforman, esos desventurados, en verdaderos genios de la sombra, hasta que, un día, se decidan a seguir nuevos rumbos.

Intrigado con las profundas observaciones, pregunté:

—Pero, ¿cómo explicar las bases de semejante actitud? En la Tierra comprendemos ciertos engaños, pero aquí...

El generoso interlocutor no me dejó terminar y prosiguió:

—En la superficie terrestre, nuestros hermanos poco felices luchan por la dominación económica, por las pasiones desordenadas, por la hegemonía de falsos principios. En estas zonas inmediatas a la mente terrestre, tenemos todo eso en idénticas condiciones. Entre las entidades perversas e ignorantes, hay cooperativas para el mal, sistemas económicos de naturaleza feudal, explotación baja de ciertas fuerzas de la Naturaleza; vanidades tiránicas, difusión de mentiras, esclavitud de los que

se debilitan por la falta de vigilancia, doloroso cautiverio de los Espíritus fracasados e imprevisores, pasiones tal vez más desordenadas que las de la Tierra, inquietudes sentimentales, terribles desequilibrios de la mente, angustiosos desvíos del sentimiento. En todos los lugares, amigo mío, las caídas espirituales, ante el Señor, son siempre las mismas, aunque varíen de intensidad y coloración.

–Pero... ¿y las armas? –pregunté– ¿acaso son utilizadas?

–¿Cómo no? –dijo Alfredo apresuradamente– no tenemos balas de acero, pero tenemos proyectiles eléctricos: Naturalmente, no atacaremos a nadie. Nuestra tarea es de socorro y no de exterminio.

–No obstante –aduje, bajo fuerte impresión–, ¿cuál es el efecto de esos proyectiles?

–Asustan terriblemente –respondió él, sonriendo– y, sobre todo, demuestran las posibilidades de una defensa que sobrepasa la ofensiva.

–¿Solamente asustan? –volví a interrogar.

Alfredo sonrió más significativamente y agregó:

–Podrían causar la impresión de muerte.

–¡Qué dice! –exclamé con verdadero asombro.

El administrador meditó algunos instantes, y, tal vez ponderando la gravedad de los esclarecimientos, objetó:

–¡Amigo mío! ¡Amigo mío! Si ya no estamos en la carne, busquemos desencarnar también nuestros pensamientos. Las entidades que se apegan aquí, a las impresiones físicas, están siempre creando densidad para sus vehículos de manifestación, de la misma forma que los Espíritus dedicados a la región

superior están siempre purificando y elevando esos mismos vehículos. Por lo tanto, nuestros proyectiles expulsan a los enemigos del bien a través de vibraciones de miedo, pero podrían causar la ilusión de la muerte, actuando sobre el cuerpo denso de nuestros semejantes menos adelantados en el camino de la vida. ¿Acaso la muerte física, en la Tierra no es también pura impresión? Nadie desaparece. El fenómeno es apenas de invisibilidad o, a veces, de ausencia. En cuanto a la responsabilidad de los que matan, eso es otra cosa. Y aparte de esta observación que es de alzada de la Justicia Divina, tenemos que considerar, igualmente, que, en esta esfera, el cuerpo denso modificado puede resurgir todos los días, por la materia mental destinada a la producción de él, mientras que, para obtener el cuerpo físico, hay almas que trabajan, a veces, durante siglos.

Alfredo sonrió serenamente y preguntó, con buen humor:

—¿Ustedes conocen la leyenda hindú de la serpiente y el santo?

Ante nuestra expresión negativa, el administrador continuó:

—Cuentan las tradiciones populares de la India, que existía una serpiente venenosa en cierto campo. Nadie se aventuraba a pasar por allá, recelando el asalto. Mas un santo hombre, al servicio de Dios, buscó la región, más confiado en el Señor que en sí mismo. La serpiente lo atacó, irrespetuosa. Pero, él la dominó con la mirada serena y habló: —Mi hermana, es de ley que no hagamos daño a nadie. La víbora se recogió, avergonzada. Continuó el sabio su camino y la serpiente se modificó completamente. Buscó los lugares habitados por el hombre, como deseosa de reparar antiguos crímenes. Se mostró integralmente pacífica, pero, desde entonces, comenzaron a abusar de ella. Cuando le identificaron la sumisión absoluta,

hombres, mujeres y niños le daban pedradas. La infeliz se recogió en su cueva, desalentada. Vivía afligida, amedrentada, desanimada. Pero, he aquí que el santo regresó por el mismo camino y decidió visitarla. Se asombró, observando esa tamaña ruina. La serpiente le contó, entonces, la amarga historia. Deseaba ser buena, afable y cariñosa, pero las criaturas humanas la perseguían y apedreaban. El sabio pensó, pensó y respondió después de oírla: –Pero, mi hermana hubo una equivocación de tu parte. Te aconsejé que no mordieses a nadie, que no practicases el asesinato y la persecución, pero no te dije que evitases asustar a los malos. No ataques a las criaturas de Dios, nuestras hermanas en el mismo camino de la vida, pero defiende tu cooperación en la obra del Señor. No muerdas, ni hieras, pero es necesario mantener al perverso a distancia, mostrándoles los dientes y emitiendo tus silbidos.

En ese momento, Aniceto sonrió de manera expresiva.

El administrador hizo una larga pausa y concluyó:

–Creo que la fábula dispensa cualquier comentario.

Espíritus enloquecidos

Innumerables trabajadores nos acompañaban en el servicio. Incontables cargadores iban y venían conduciendo grandes botijas de agua, enormes ollas de sopa y vasijas de substancia medicamentosa, en diversos carros.

Algunos pasos más y noté que centenares de entidades se reunían en vastos albergues, con sus miradas vagas y rostros sombríos, parecían una asamblea de locos en un manicomio de amplias proporciones.

Alfredo aconsejó unas cuantas providencias de servicio a la mayoría de los técnicos del soplo curativo, los cuales se alejaron de nosotros, rumbo a otras edificaciones situadas en una zona diferente.

Gentilmente nos explicaba que los benefactores del “Campo de Paz”, localizaban allí, a gran número de Espíritus enfermos, más desequilibrados que propiamente perversos. Los enfermos que teníamos ante nuestros ojos, permanecían en mejores condiciones. Ya caminaban y muchos de ellos ya conversaban, a pesar del desequilibrio que se deducía de sus palabras y pensamientos.

Nos esclarecía sobre las múltiples obligaciones del trabajo de rutina, cuando algunas entidades se acercaron, respetuosas:

–Señor Alfredo – dijo un anciano de barbas muy blancas–, estoy aguardando el resultado de mi petición. ¿En qué quedamos, en cuanto a mis tierras y a mis esclavos? Pagué buen precio a Carmo García. Usted sabe que he sido perseguido durante muchos años, y no puedo perder más tiempo. ¿Cuándo vuelvo a casa? Creo que usted está consciente de la necesidad de que yo regrese al seno de los míos. Me esperan allá la mujer y los hijos.

Como excelente médico del alma, Alfredo prestó la mayor atención y respondió como si estuviese tratando con una persona en su sano juicio:

–Sí, Malaquías, usted reclama con razón, pero su salud no le permite el regreso apresurado. Usted sabe que su esposa, Doña Sinhá, pidió que usted fuese tratado aquí convenientemente. Creo que ella debe estar muy tranquila con respecto a su persona. Amigo mío, sus ideas no están aún bien coordinadas. Tenemos todavía algunas cosas más para hacer. ¿Por qué preocuparse tanto, así, con las tierras y los esclavos? En primer lugar la salud, Malaquías; ¡no se olvide de la salud!

El anciano sonrió, como el enfermo apoyado en la firmeza y en el optimismo del médico.

–Reconozco que sus observaciones son justas, pero mis hijos no se mueven sin mí, son perezosos y necesitan de mi presencia.

Y, adocrinando sutilmente al pobre anciano el administrador objetó:

–Pero, ¿de dónde vinieron los hijos para sus brazos paternos? ¿No vinieron de Dios?

–Sí, sí... afirmaba el anciano, trémulo y satisfecho.

–Pues así es, Malaquías, llegan instantes en la vida, en los que necesitamos devolver a Dios lo que le pertenece. Por lo demás, sus hijos son responsables también, y, si fueren ociosos, responderán por los males que creen alrededor de sí mismos. Por ahora, es indispensable que usted se rehaga, aclare las ideas y sosiegue su corazón.

El anciano sonrió confortado, pero, antes de que pudiese hablar de nuevo, un caballero, denotando noble aplomo, se adelantó, exclamando:

–¿Y la solución de mi proceso, señor Alfredo? Me siento perjudicado por parientes de mala fe. Mi parte en la herencia de los abuelos es codiciada por varios primos. Según ya les hice ver, mi parte es superior a la de los demás. Pero, me enteré que el Vizconde de Cairu interpuso toda su influencia en mi contra. Nadie ignora que se trata de un gran bellaco. ¿Qué no podrá él hacer con sus artimañas políticas? Está mal informado con respecto a mí. ¿Usted envió mi petición al Emperador?

–Ya envié el mensaje –aclaró Alfredo con cariño fraternal–, el Emperador ciertamente tomará en cuenta su solicitud.

–Pero, ¡la demora es muy grande!... –habló el caballero impaciente, como si estuviese delante de un subordinado cualquiera.

–Pero, mi querido Aristarco –respondió el administrador, con mucha calma–, creo que usted está siendo probado para conocer la grandeza de la herencia divina. ¿Qué valen los

patrimonios terrestres, ante los patrimonios eternos? No piense en lo que ha perdido; medite en los bienes sublimes que, ante la Vida Eterna, podrá alcanzar. Olvide a los primos ambiciosos y al Vizconde que no lo comprendió. Ellos tendrán que dejar cuanto poseen, en el campo transitorio, a fin de prestar cuentas a la Divinidad. ¿Nunca pensó en eso?

Aristarco pareció perder, por momentos, la inquietud, sonrió francamente y respondió:

—¡Es verdad! Los arteros morirán...

Una señora, mostrándose afligida, se apostó ante nosotros e interpeló, altiva:

—Señor Alfredo; le pido que no me retenga aquí. Mi marido es nuestro propio adversario. Prometió perseguir a las hijas, tan pronto me ausentase de la casa. Permaneciendo aquí, estoy segura de que él despilfarrará nuestros bienes y deshonrará nuestro nombre. Por favor, autorice mi regreso. El corazón me dice que las hijitas están desesperadas. Cada vez me convenzo más, de que mi molestia tuvo su origen en este estado de cosas...

—Ya sé, mi hermana —respondió nuestro amigo con la misma solicitud—; no obstante, ¿Qué adelantaría regresar, tan fuertemente atormentada? ¿No será mejor curarse, tranquilizar el espíritu para ayudar a las hijitas con eficiencia?

—¡Pero, ni siquiera sé donde estoy —reclamó la pobre señora, torciendo las manos—, creo que me trajeron al fin del mundo, para el tratamiento de una simple pérdida de los sentidos!

—Sin embargo, nadie la maltrata —dijo el interlocutor, bondadosamente— su caso no es tan simple como parece. Tenga

calma. Los lazos consanguíneos son edificantes, pero, por encima de ellos vibra la familia universal. Hay criaturas humanas soportando fardos mucho más pesados que el suyo. Aprenda, cuanto esté en sus posibilidades a deshacerse de adquisiciones pasajeras, para ganar los bienes eternos.

La infeliz no sonrió como los otros. Cerrándose en sombría apariencia, se alejó pesadamente, con sus ojos fulgurantes de cólera, como si la mente estuviese clavada muy lejos, incapaz de cualquier comprensión.

Se adelantaron otros enfermos, pero el administrador habló en voz alta:

—De momento no los puedo atender a todos. Pasado mañana, serán recibidos para darles las explicaciones pertinentes.

Y volviéndose hacia nosotros, esclareció sonriendo:

—En el círculo carnal, serían todos absolutamente normales; no obstante, aquí, son verdaderos locos. Son desencarnados que, por mucho tiempo, se prendieron a los problemas inferiores. Reclaman providencias, sin hablar de la oportunidad de iluminación que menospreciaron, acusan a otros, sin relatar sus propios errores. Procuré oírlos para darles una idea de nuestro trabajo, en el sector de los que se desequilibran mentalmente, por haberse centrado excesivamente en propósitos inferiores. No es un crimen que alguien se interese por las actividades rurales, por la recepción de una herencia, por el bienestar de la familia; pero, en el fondo, el anciano que reclama tierras y esclavos, en el campo, nunca pensó sino en la tiranía; el caballero, que aguarda la herencia, desea perjudicar a los primos; y la señora, que se mostró tan interesada por el ambiente doméstico, desencarnó cuando pretendía envenenar al marido, ocultamente.

Conozco sus procesos, uno por uno. Despertaron de un largo sueño, en la inconsciencia, y se juzgan aún encarnados, suponiendo igualmente que pueden disimular las pretensiones criminales.

Yo estaba asombrado. Expresando mi profunda admiración, pregunté:

–¿Hace mucho tiempo que esos enfermos se encuentran aquí? ¿Cómo llegaron al Puesto de Socorro?

Gentil como siempre, Alfredo respondió:

–Fueron recogidos en peor estado. Ya estuvieron en pesado sueño durante mucho tiempo y van readquiriendo la memoria, gradualmente, hasta que puedan ser encaminados a los Institutos Magnéticos del “Campo de Paz” para que reciban mayores auxilios y esclarecimientos necesarios.

Los que duermen

Seguimos a través de largas hileras de acogedores árboles, rumbo a las vastas edificaciones que obedecían a líneas arquitectónicas singulares.

Sin que yo pudiese explicar el fenómeno, las luces disminuían progresivamente. ¿Qué estaría aconteciendo? Vicente y yo cruzábamos nuestras miradas, asustados. Pero, Alfredo, Aniceto y los demás, caminaban imperturbables. La serenidad de ellos me tranquilizaba íntimamente, a pesar del incontenible espanto.

Algunos pasos más, alcanzamos diferentes pabellones, que se extendían por un área superior a tres kilómetros, según mis cálculos. Allá adentro, las sombras se hicieron más densas. Vagamente, conseguía distinguir, los cuadros interiores, observando que se trataba, a mi modo de ver, de espaciosas enfermerías con techo sólido, pero medio abiertas a lo largo de las paredes altas, dando libre paso al aire.

Decenas de operarios, con gran devoción y laboriosidad, nos seguían en absoluto silencio.

Alfredo era el único que hablaba, notándose que era extremadamente discreto en las palabras.

Todo eso me daba la impresión de haber penetrado en un cementerio oscuro, donde los visitantes fuesen obligados a guardar todo el respeto a los muertos.

Con extrañeza, noté que uno de los servidores entregó al jefe del Puesto de Socorro una pequeña máquina, que Alfredo nos mostró gentilmente, explicando:

–Este es nuestro aparato de señalización luminosa. Estamos en el centro de los pabellones en los que se recoge a hermanos adormecidos aún. Actualmente tenemos aquí, casi dos mil.

Los numerosos cooperadores se dirigían en orden para las zonas de servicio que les competían.

Después de una pequeña pausa, dijo el administrador con firmeza:

–Iniciemos el trabajo de asistencia.

A la primera señal luminosa de Alfredo, se encendieron numerosas lámparas eléctricas y, entonces, dominando con gran esfuerzo la primera impresión de horror, vi extensas filas de lechos a ras del suelo, ocupados todos por personas sumergidas en profundo sueño. Muchos tenían el semblante horrendo. Eran muy pocos los que tenían los párpados cerrados, pareciendo tranquilos. En casi todos, se les estampaba en los ojos, aparentemente vitrificados, el extremo pavor y la dolorosa desesperación de la muerte. Cadavérica palidez les cubría la faz.

Recordando la literatura antigua, pensé en las viejas tumbas egipcias. Teníamos, ante nosotros, centenares de momias perfectas. Muy pocos parecían dormir un sueño natural.

Aproximándose a nosotros, Alfredo le dijo a Aniceto, en particular:

–Desgraciadamente, no podemos atender a todos.

–¿Por qué? –indagó nuestro orientador, conmovido.

–Estamos aguardando personal adiestrado. Tenemos aquí la colaboración de ochenta auxiliares para este género de servicio; pero, cada uno no puede atender a más de cinco enfermos de una sola vez. En vista de eso, de nuestros mil novecientos ochenta albergados, separé a los cuatrocientos más susceptibles de un próximo despertar, a fin de someterlos a tratamiento intensivo:

–¿Y los demás?

–Reciben alimento y medicación más densos una vez por día.

Aniceto se calló, pensativo.

Profundamente tocado por lo que veía, me incliné instintivamente para el albergado más próximo, intentando examinarle el estado fisiológico. Le identifiqué el calor orgánico, la pulsación regular y los movimientos respiratorios, aunque verificase la extrema rigidez de los miembros, como si estuviesen sumergidos en inmovilidad cataléptica.

Indescriptible impresión se apoderó de mí. Me levanté asustado, me dirigí a Aniceto con la máxima discreción, y le interrogué:

–¡Por Dios, explíqueme! ¿Qué vemos aquí? ¿Estamos acaso en la morada de la muerte, después de la muerte?

El instructor sonrió, complaciente, y explicó en voz casi imperceptible:

–Sí, André, este sueño es, verdaderamente, una avanzada imagen de la muerte. Aquí permanecen, con la bendición del

albergue, algunos millones de nuestros hermanos que aún duermen. Son seres que nunca se entregaron al bien activo y renovador, alrededor de sí, y principalmente los que convencidos, creyeron que la muerte, como si fuese la nada, el fin de todo, el sueño eterno. La creencia en la vida superior es una actividad incesante del alma. La herrumbre ataca a la azada ociosa. El entorpecimiento invade al Espíritu vacío de ideal creador. Todos los que, en los círculos carnales, hombres y mujeres, creen en la vida eterna, aunque no sean fundamentalmente cristianos, están desarrollando facultades de evolución espiritual y pueden penetrar en estado alentador por lo menos en cuanto a la locomoción y al juicio más o menos exacto, en las esferas extraterrenas. Pero, las criaturas que perseveran en la negación deliberada y absoluta, aunque a veces se hallen afiliadas a cultos externos de actividad religiosa, que nada ven más allá de la carne ni desean ningún conocimiento espiritual, son verdaderamente infelices. Muchos penetran nuestras regiones de servicio, como embriones de la vida en la cámara de la Naturaleza siempre divina. Un amigo nuestro acostumbra a designarlos como fetos de la espiritualidad; no obstante, a mi modo de ver, si ya estuviesen en esa condición inicial, serían felices. Pero, tenemos la certeza de que muchos se negaron al contacto de la fe, por absoluta indiferencia criminal hacia los designios del Padre Eterno. Duermen, porque están magnetizados por sus propias concepciones negativas; permanecen paráliticos, porque prefirieron la rigidez al entendimiento; pero, vendrá un día en que deberán levantarse y pagar los débitos contraídos. He ahí porque los considero sufridores. En primer lugar se detienen en el sueño en que habían creído, más tarde despiertan; pero, la mayoría no puede huir a la enfermedad y a la perturbación, como acontece a los hermanos dementes, que vimos hace poco.

Mi asombro fue grande. Y como Vicente también se aproximase para oírlo, Aniceto, esclareciéndonos a ambos, nos dijo:

—La fe sincera es como la gimnasia del Espíritu. Quien de algún modo no la ejercite en la Tierra, prefiriendo deliberadamente la negación injustificable, se encontrará más tarde sin movimiento. Semejantes criaturas necesitan de sueño, de profundo reposo, hasta que despierten para el examen de las responsabilidades que la vida impone.

Observando que nuestro orientador esquivaba los comentarios largos, para que pudiésemos seguir, de más cerca, los trabajos de asistencia, callé muchas de las indagaciones que me escaldaban la mente.

A excepción de algunas señoras que permanecían junto a Ismalia, todos los servidores se mantenían en posición de vigilancia, al pie de los grupos momificados. La luz artificial iluminaba los numerosos lechos que se perdían en la vista y observé que ninguno de los albergados reaccionaba a la intensa claridad que se hiciera. Continuaban rígidos, cadavéricos, postrados.

Noté, entonces, que Alfredo comenzó a mover el aparato de señalización, para emitir órdenes de servicio. Cada señal determinaba una operación diferente.

Vi a los servidores del Puesto distribuir pequeñas porciones de alimento líquido y medicación bucal, en profundo silencio. Enseguida suministraron reducidas cantidades de agua fluidificada a los infelices, pero, exceptuando a muchos que tan sólo parecían preparados para recibir, caldo y remedio. Dos tercios de los cuatrocientos albergados en tratamiento recibieron pases

magnéticos. Algunos pocos recibieron aplicaciones del soplo curador.

Todos los movimientos del trabajo eran transmitidos por la señalización luminosa, partida de las manos del administrador, que parecía interesado en el mantenimiento del máximo silencio. Impresionado con lo que veía, pregunté al orientador, en voz baja, la razón de que algunos enfermos no hayan sido beneficiados con el agua y con el socorro de nuevas fuerzas, a través del pase y del soplo vivificante.

Aniceto, todo bondad, se inclinó a mis oídos, con la ternura de un padre ansioso por tranquilizar al hijito inquieto y me dijo:

–Mi querido André, cada uno en la vida tiene las necesidades que le son peculiares. Aquí, comprendemos con amplitud ese imperativo de la Naturaleza.

Pesadillas

Mientras Alfredo continuaba dirigiendo los servicios, nuestro instructor, con la anuencia de él, nos condujo a los lechos distantes, donde se acogía a los enfermos desatendidos en cuanto al auxilio magnético.

–Necesitamos resaltar las experiencias y aprovechar oportunidades –afirmó Aniceto, sonriente.

Curiosos, lo acompañamos, examinando las expresiones aisladas, dolorosas o terribles, de aquellas máscaras mortuorias.

Cuando nos encontrábamos a regular distancia de la zona central, el instructor esclareció, en tono grave:

–Desearía conocer la magnitud de los beneficios adquiridos por ustedes en el Gabinete de Auxilio Magnético a las Percepciones. Para ayudar con eficiencia a nuestros amigos encarnados, es necesario que sepamos ver con claridad y precisión.

Indicando a los enfermos inmóviles, añadió:

–Todos los que duermen en estos pabellones, permanecen dentro de un mal sueño.

–Pero, ¿tendremos, por ventura, en estas zonas

espirituales, a los que estén en buen sueño? –interrogó Vicente, de modo brusco.

–Sin duda –respondió Aniceto, solícito–, tenemos en la esfera de nuestras actividades a los que reposan por períodos cortos, son trabajadores rectos que esperan el reposo nocturno, con la tranquilidad de los que saben trabajar y descansar, con la conciencia aliviada.

Hizo una pausa, como quien estudiaba la mejor manera de sintetizar, para no perder tiempo, y acentuó:

–Pero esos no necesitan estacionarse, como hijos de las sombras, en las construcciones de emergencia de un Puesto de Socorro.

Enseguida, tomó de nuevo el hilo de la lección y continuó:

–Quien duerme en desequilibrio, se entrega a pesadillas. Todos estos desventurados hermanos que nos rodean, aparentemente muertos, están prendidos por horribles visiones íntimas. Comprobemos el aprovechamiento de ustedes. Procedamos a observaciones rápidas. Antiguamente, la investigación anatómica, el examen de las vísceras, la pesquisa científica en las células, también aparentemente muertas; ahora, la auscultación profunda del alma, el sondeo de los sentimientos, la visión del plano mental.

Y, con expresión decidida, concluyó, resuelto:

–¡Manos a la obra!

Designando un cuerpo envejecido de mujer, me recomendó:

–Usted, André, examine detenidamente a esa hermana. Absténgase de todas las consideraciones del plano exterior. Obsérvela con todas las posibilidades y percepciones a su alcance.

Sinceramente interesado en atender, no presté atención a las órdenes que nuestro instructor transmitía a Vicente.

Procuré olvidar los cuadros externos, focalizando aquella máscara femenina con todos mis recursos mentales. A medida que me despreocupaba de otros intereses diferentes, observaba la sombra gris oscura que se le iba condensando alrededor de la frente. La visión parecía auxiliar mi poder de concentración. Reconociendo que el fenómeno se acentuaba, no recordé más cualquier otro objeto o situación exterior. Estupefacto, comencé a divisar formas que se movían en el ámbito de la pequeña pantalla sombría. Surgió una casa modesta de una humilde ciudad. Tuve la impresión de traspasar su puerta. Allá adentro, observé un cuadro horrible y angustioso. Una señora de edad madura, demostrando impasible crueldad en el rostro, luchaba con un hombre embriagado. –“¡Ana! ¡Ana! ¡Por el amor de Dios! ¡No me mates!” –Decía él, en tono suplicante, incapaz de defenderse. –“¡Nunca! ¡Nunca te perdonaré!” –Exclamaba la mujer, añadiendo en tono lúgubre– “Morirás esta noche”. – Vi caer al infeliz, exhausto. –“¡Me envenenaste con una bebida mortal” –exclamaba él, lloriqueando– “perdóname si te causé algún mal! ¡Soy padre! ¡Ana! ¡Necesito vivir para mis hijos! ¡Por piedad, no me mates!” –Ella oyó con frialdad y respondió con dureza: –“¡Aun así, morirás! ¡Tengo la desgracia de amarte, a ti que perteneces a otra mujer! ¡No quisiste seguirme y necesito vengarme!” Revolcándose en el piso, el infeliz decía: –“¡Dios sabe que estoy arrepentido de mi pasado criminal! ¡Quiero vivir para el bien, Ana! ¡Perdóname por amor al Padre Eterno! ¡Quién sabe si podré auxiliarte como hermano? ¡Ayúdame para que te pueda ayudar! ¡No me mates! ¡No me mates!” Pero la mujer como si tuviese la maldad agravada, al oír la expresión de la virtud, tomó un pesado martillo y exclamó: –“¡Dios no existe!

¡Dios no existe! ¡Morirás, infame!” Y súbitamente le fracturó el cráneo a martillazos sordos. Después, vi a la criminal conduciendo el cadáver en un carro de mano, a través de una vereda solitaria. Le acompañaba los movimientos con interés. La noche estaba muy oscura, pero observé cuando se detuvo junto a la vía férrea. Sondeó los alrededores, verificó el aislamiento en que se encontraba y colocó la extraña carga sobre los rieles. La vi acomodando el cadáver para que la cabeza fuese decapitada al paso del convoy, retirándose apresurada, conduciendo de vuelta el pequeño carro vacío. No esperé al tren. Seguí a la mujer que me pareció inquieta y pensativa. Pero antes que volviese a poner el carro en el extenso terreno contiguo a la casa, vi como se le desorbitaban los ojos como loca, rodeada de seres que me parecieron bandidos de negras vestiduras. Era ella, ahora, quien acusaba extraña embriaguez de pavor. Había vencido a un pobre hombre falto de vigilancia, pero, a mi entender, sería vencida por seres, tal vez, más perversos que ella misma: —“¡Auxílienme! ¡Auxílienme!” —gritaba, despavorida. Y continuaba la escena, en que la desventurada lanzaba súplicas en vano.

Me sentí como un espectador que precisase prestar algún socorro. Y, gracias a la Bondad Divina, no experimenté por aquella infeliz mujer sino la más viva compasión. Al primer impulso de rebeldía por el crimen consumado, recordé las lecciones ya recibidas en *Nuestro Hogar* y pensé en la posibilidad de que aquella criminal pudiera ser alguna persona muy querida a mi corazón. Si Ana estuviese en el mundo, a mi lado, en la familia de sangre, ¿no desearía ayudarla? ¿Por qué habría de acusarla, si no conocía todo su pasado? ¿Le habrían dado adecuada educación en la infancia, recibiría la bendición de un buen hogar y la seguridad de al menos un afecto sin manchas? ¿Quién sabe

si había llegado de lejos como piedra incomprendida, rodando en los abismos del sufrimiento? ¿Qué lazos la unirían a la víctima, igualmente digna de piedad fraternal? ¿Cómo habría comenzado el doloroso drama? No lo sabía. Veía solamente a la pobre mujer rodeada de sombras agresivas, implorando socorro. Ignoraba como ayudarla, mas recordé que Ana era mi hermana, hija del mismo Padre, hermana que había enfermado en el camino común, sin que yo pudiese, por lo menos por ahora, indagar la causa. Procuraba conmigo mismo algún medio de auxiliarla, cuando alguien me llamó súbitamente.

Era Aniceto que exclamaba, bondadoso:

—¡Venga André! Vicente y usted han sabido aprovechar alguna cosa. Estoy satisfecho. Sus pensamientos de fraternidad y de paz ayudaron mucho a esa hermana infeliz. Sepa con certeza eso y continúe buscando la comprensión para socorrer y ayudar con éxito. Conforme observaron de cerca, saben ahora que cada uno de los que duermen aquí con sueño atormentado, viven extrañas pesadillas, de las que no se pueden evadir de un instante para otro. No necesitamos comentar ningún episodio de esas existencias vividas en oposición a la Voluntad Divina. Bastará recordar que la deuda en todas partes siempre anda con los deudores.

Con expresiva mirada, añadió:

—Volvamos al centro. Debemos cooperar en la oración.

La oración de Ismalia

En unos momentos más nos reuníamos de nuevo al grupo.

El administrador hizo una señal luminosa, de forma triangular, y observé que todos los cooperadores se pusieron de pie, en actitud respetuosa.

—Es el momento de la oración, en el Puesto de Socorro — dijo Alfredo, con gentileza, dándonos las aclaraciones pertinentes.

El Sol había desaparecido en el firmamento, pero toda la cúpula celeste le reflejaba el disco de oro. Los tonos crepusculares colmaron los alrededores de maravillosos efectos de luz, muy visibles ahora a nuestra mirada, porque Alfredo, sin que yo pudiese conocer el motivo, antes de la oración, había mandado a apagar todas las luces artificiales. De ese modo, en el centro de los pabellones, la sombra se había hecho muy intensa, mas, el nuevo aspecto del firmamento, bañado de tonalidades sublimes, nos daba la impresión de la permanencia en un prodigioso palacio, en virtud del inmenso techo azul iluminado a distancia.

Profundamente impresionado, procuré acercarme más al pequeño grupo de compañeros.

Del cuadro de colaboradores del castillo, apenas algunas

señoras permanecían junto a nosotros, como si estuviesen haciendo honrosa compañía a la noble Ismalia. Los demás, hombres y mujeres, se mantenían en los lugares de servicio que les competía, no lejos de las criaturas momificadas.

Noté que aunque fuera instado a ello, Aniceto se esquivó de ejercer la dirección espiritual de la oración, alegando que, por derecho, esa posición correspondía a la devota esposa de Alfredo.

Entonces, Ismalia, en un gesto de indefinible delicadeza, comenzó a orar, acompañada por todos nosotros, en silencio, destacándose que le seguíamos la plegaria, frase por frase, atendiendo a recomendaciones de nuestro orientador, que aconsejó repetir, en pensamiento, cada expresión, a fin de imprimir el máximo ritmo y armonía al verbo, al sonido y a la idea, en una sola vibración.

“¡Señor! –comenzó Ismalia, conmovida– Dígnate asistir a nuestros humildes amparados, enviándonos la luz de tus bendiciones santificadoras. Aquí estamos dispuestos a ejecutar tu voluntad, sinceramente dispuestos a secundar tus elevados designios. Con nosotros, Padre, se reúnen los hermanos que aún duermen, anestesiados por la negación espiritual a la que se entregaron en el mundo. Despiértalos, Señor, si son así tus designios sabios y misericordiosos, despiértalos del sueño doloroso e infeliz. ¡Despiértalos para la responsabilidad y para la noción de los deberes justos! Magnánimo Rey, ten piedad de tus súbditos sufridores; Creador compasivo, yergue a tus criaturas caídas; ¡Padre Justo, disculpa a tus hijos desventurados! ¡Permite que caiga el rocío de tu amor infinito sobre nuestro modesto Puesto de Socorro...! ¡Sea hecha tu voluntad por encima de la nuestra,

pero si es posible, Señor, deja que nuestros enfermos reciban un rayo vivificante del sol de tu bondad...!”

La voz de Ismalia penetraba lo más íntimo de mi corazón.

Observándola, por un momento, vi que la esposa de Alfredo se había transfigurado. Todo su cuerpo irradiaba luces diamantinas, en particular el tórax, cuyo interior parecía contener una misteriosa lámpara encendida.

En vista de la ligera pausa que había impreso a la oración, observé a los demás, verificando que el mismo fenómeno se daba con nosotros, aunque con menor intensidad. Cada uno parecía presentar, allí, una expresión luminosa gradual. Las señoras que acompañaban a Ismalia, lucían casi semejantes a ella, como si llevaran puestos soberbios y radiantes trajes en los que predominaba el color azul. Después de ellas, en brillo, venía la luz de Aniceto, de color lila sorprendente. Enseguida, teníamos a Alfredo, cuya luz era de un verde suave y sugestivo, sin gran esplendor. Después de él, venían algunos servidores ostentando en la frente claridades sublimes, expresadas en variados colores, y, después, Vicente y yo, mostrábamos una débil luminosidad, pero que nos henchía de intenso júbilo, considerando que la mayoría de los cooperadores en servicio presentaba el cuerpo oscuro, tal como acontece en la esfera carnal.

Con voz pausada y conmovedora, Ismalia prosiguió:

“¡Tenemos a nuestro lado, Señor, infortunadas madres que no supieron descubrir el sentido sublime de la fe, resbalando, imprudentemente, en los despeñaderos de la indiferencia criminal; padres que, incapaces de ver la hermosa misión que les confiaste, no consiguieron vencer el materialismo en el curso de la existencia humana; cónyuges desventurados por no haber comprendido tus augustas y generosas leyes; jóvenes que se

entregaron de cuerpo y alma, a las sugerencias de la ilusión...! ¡Muchos de ellos se atascaron en el pantanal del crimen, agravando débitos dolorosos! Ahora duermen, Padre, a la espera de tus designios santos. Pero sabemos Señor, que este sueño no traduce reposo del pensamiento... Casi todos nuestros acogidos son víctimas de terribles pesadillas, por haber olvidado, en el mundo material, tus mandamientos de amor y sabiduría. Frente a la aparente inmovilidad, su Espíritu se mueve entre aflicciones angustiosas que, a veces, no podemos sondear. ¡Son ellos, Padre, tus hijos extraviados y nuestros compañeros de lucha, necesitados de tu mano paternal para el camino! ¡Casi todos, por las sugerencias de la ignorancia que, como araña gigantesca de los círculos carnales, teje los hilos de la miseria, enredando destinos y corazones, se desviaron de la senda recta! ¡Suplicando vuestra misericordia para ellos, rogamos, de igual manera para nosotros, la verdadera noción de la fraternidad universal! ¡Enséñanos a trasponer las fronteras que separan para que veamos en cada infeliz al hermano necesitado de nuestro entendimiento! ¡Ayúdanos a lograr una comprensión mayor, para que perdamos todo impulso de acusar en los caminos de la vida! ¡Enséñanos a amar como Jesús nos amó! ¡También nosotros, Señor, los que aquí te rogamos, fuimos leprosos espirituales, ciegos del entendimiento, paralíticos de la bondad, hijos pródigos de tu amor...! ¡También nosotros ya dormimos, en tiempos idos, en los Puestos de Socorro de tu misericordia...! ¡Somos simples deudores, ansiosos por rescatar inmensos débitos! ¡Sabemos que tu bondad nunca falla y esperamos confiados la bendición de vida y luz...!”

Ismalia hizo una nueva pausa, ahora más larga. Enjuegó los ojos humedecidos de llanto. Mientras, un suave calor se había apoderado de mi alma. Y tan intensa era esa nueva sensación confortadora, que dejé de concentrarme en mí mismo, para

observar a mi alrededor. Mirando instintivamente hacia lo alto, divisé, maravillado, una gran cantidad de flores blancas, de variadísimos tamaños, cayendo, excepto sobre los que dormían, copiosamente sobre nosotros, los que orábamos. Tuve la impresión de que eran derramadas del cielo sobre nuestra frente, cayendo con la misma abundancia sobre todos, desde Ismalia hasta el último de los servidores. No cabía en mí de admiración, cuando un nuevo fenómeno me sorprendió. Los suaves copos desaparecían al tocarnos, comenzando a salir de nuestra frente y del pecho grandes bolas luminosas, con la coloración de la claridad de la cual estábamos revestidos, elevándose en el aire y alcanzando a las numerosas momias. Observaba, aun ahí, el problema de la graduación espiritual. Las luces emitidas por Ismalia eran más brillantes, intensas y rápidas, alcanzando a muchos enfermos de una sola vez. Enseguida venían las suministradas por las señoras de su círculo personal. Después, teníamos las de Aniceto, de Alfredo y de los demás. Los servidores de cuerpo obscuro emitían débiles vibraciones, pero visiblemente luminosas. En aquel instante de contacto con el plano superior, cada cual revelaba su propia trascendencia para la cooperación que podía prestar.

Observándonos nuestro asombro, Aniceto me habló en el oído:

—En la oración encontramos la producción avanzada de elementos fuerza. Ellos llegan de la Providencia en una cantidad igual para todos los que se entreguen al trabajo divino de la intercesión, pero cada Espíritu tiene una capacidad diferente para recibir. Esa capacidad es la conquista individual para lo más alto. Y como Dios socorre al hombre por el hombre y atiende al alma por el alma, cada uno de nosotros solamente podrá auxiliar a los semejantes y colaborar con el Señor, según las cualidades de elevación ya conquistadas en la vida.

Efectos de la oración

Las luces de la oración inundaron el vasto recinto. Ahora, palpitaba en todo, una claridad serena, dulce, radiante, muy diferente de la luminosidad artificial. Los copos radiantes que partían de nosotros se multiplicaban en el aire, como si obedeciesen a un misterioso proceso de segmentación, y caían permanentemente sobre los cuerpos inanimados y endurecidos, dando la impresión de que penetraban en sus células más íntimas.

Yo estaba boquiabierto. No me era permitido contemplar fenómenos de esa naturaleza en *Nuestro Hogar*. Concluía que, además, sólo unas pocas horas antes del viaje había recibido auxilio magnético para mis percepciones.

La claridad crecía y se extendía en un espectáculo prodigioso.

Pero, ahora habíamos abandonado la actitud de recogimiento destinada a la concentración de nuestras propias fuerzas de emisión de energías vibratorias. Nuestros cuerpos, empero, continuaban envueltos en un vasto círculo radiante. Al proseguir aquel gran silencio, noté que la luz de la oración se hacía más clara y más penetrante. Comencé a ver, como en el caso de Ana, que todos aquellos esqueletos misérrimos

presentaban, además de las máscaras mortuorias, núcleos de sombras; núcleos que se mostraban dentro de las más variadas formas.

Las burbujas luminosas caían incesantemente, pero ahora, como si fuesen dirigidas por una voluntad inteligente, se concentraban casi todas sobre las frentes inmóviles. Entonces, pude observar lo inaudito e inconcebible para mí.

Las momias, porque no les puedo dar otro nombre a los hermanos que dormían, comenzaron a dar señales de vida. Algunos de aquellos infelices dejaban escapar gemidos angustiosos, otros hablaban en voz alta, dando cuenta de las pesadillas que los atormentaban, como sonámbulos prestos a despertar. Muchos movían los pies y las manos, como esforzándose por huir del doloroso sueño.

Eminentemente sorprendido, observé que dos se habían levantado, a cierta distancia de nosotros. Recordé que ambos formaban parte de aquellos que habían recibido toda clase de asistencia, incluso el sople curativo. Nos miraron de lejos, como locos que despertasen de súbito y echaron a correr, despavoridos, causándonos la impresión de cadáveres ambulantes.

Admirado, verifiqué que nadie intentó seguirlos. Y cuando me proponía, instintivamente, a hacerlo, Alfredo me detuvo, exclamando:

—No se preocupe. Ellos serían amargamente sorprendidos, si fuesen notificados ahora de su larga permanencia entre verdaderas momias. Creen estar soñando y es mejor así. No podrán huir de nuestras fortificaciones y volverán a pedir socorro en otras dependencias, en las que serán recogidos para adecuado tratamiento.

Continuamos silenciosos por algunos minutos más, noté que las luces se fueron apagando gradualmente, mientras que los cadáveres volvían a tomar la inmovilidad anterior.

Ismalia declaró terminadas nuestras actividades de oración y el administrador, después de hacer la señal luminosa que notificaba a los operarios el término de las obligaciones, avanzó hacia nosotros exclamando:

—Muy agradecidos por su concurso fraternal. Realizamos un bello servicio de intercesión. Hacía algunos días que nadie se levantaba.

—Conforme han visto, el trabajo de oración es más importante de lo que se puede imaginar en el círculo de los encarnados. No hay oración sin respuesta. Y la oración, hija del amor, no es tan sólo una súplica. Es una comunión entre el Creador y la criatura, constituyendo así, el más poderoso influjo magnético que conocemos. Hay que agregar, ya que comentamos el asunto, que la rogativa maléfica cuenta, igualmente, con un enorme potencial e influencia. Toda vez que el Espíritu se coloca en esa actitud mental, establece un lazo de correspondencia entre él y el Más Allá. Si la oración traduce actividad en el bien divino, venga de donde viniere, se encaminará hacia el Más Allá en sentido vertical, buscando las bendiciones de la vida superior, correspondiéndonos advertir que los malos responden a los malos en los planos inferiores, entrelazándose mentalmente unos con los otros. Pero, es razonable destacar que toda oración impersonal dirigida a las Fuerzas Supremas del Bien, recibe de ellas una respuesta inmediata, en nombre de Dios. Sobre los que oran en esas tareas benditas, fluyen, de las esferas más elevadas, elementos de fuerza que, erigiéndonos las esperanzas divinas, vitalizan nuestro mundo interior y que se exteriorizan,

enseguida, contagiados de nuestro magnetismo personal, en el intenso deseo de servir con el Señor.

Y procurando materializar el pensamiento, para facilitarnos la comprensión, acentuó:

–Ustedes vieron descender sobre nosotros los elementos a los que me refiero, y observaron su exteriorización en las luces de cada uno de nosotros, en beneficio de los hermanos que duermen y sufren. El Altísimo nos concedió, en porciones iguales para todos, la fuerza para auxiliar, pero nosotros la esparcimos de acuerdo con nuestra posibilidad y coloración individuales. Ismalia, cuyos sentimientos son más amplios y universalistas que los nuestros, puede recibir con mayor claridad el auxilio divino y distribuirlo con mayor abundancia y eficiencia. Tenemos aquí, una profunda lección. Como ya dije, el Padre visita a los hijos necesitados, a través de los hijos que procuran comprenderlo. No podríamos abusar del Señor, como abusamos en el círculo terrestre de nuestros padres humanos. No vive Él a expensas de nuestros caprichos personales. Nunca podrá venir, en persona, a enjugar el llanto del necesitado que llora, a consecuencia del olvido de las Divinas Leyes. Compete al necesitado caminar al reencuentro de Él. El Señor atiende siempre a todos los hombres de buena voluntad, por intermedio de los hombres buenos, que se elevan desde la casa divina. Todos nuestros deseos e impulsos razonables son atendidos por las bendiciones paternas del Eterno. Aunque nos detengamos en las lágrimas y en las aflicciones, jamás permaneceremos desamparados. Apenas debemos destacar que las respuestas de Dios van siendo mayores y más directas, a medida que se intensifique nuestro merecimiento, compitiéndonos reconocer que, para semejantes respuestas, son utilizados todos cuantos traen consigo la luz de

la bondad, o que ya poseen mérito y confianza para auxiliar en nombre de Dios.

Las explicaciones de Aniceto me abrieron nuevos campos de meditación. Pero, el esclarecido instructor no había dado por terminada la lección, y después de larga pausa, concluyó:

—Ya que ustedes se encuentran conmigo en un curso de servicio auxiliador, espero que aprovechen al máximo la lección de esta hora. Observen que en estos pabellones, tenemos mil novecientos ochenta albergados que duermen. Todos reciben diariamente alimento y medicaciones comunes, mas sólo cuatrocientos son atendidos con alimento y medicación especializados, por mostrarse más susceptibles de una justa mejora. De esos cuatrocientos, apenas dos tercios, se revelaron aptos para la recepción de pases magnéticos. Muchos no pueden recibir, por ahora, el agua fluidificada. Pocos fueron beneficiados con el soplo curativo y solamente dos se levantaron, aunque profundamente perturbados. Ya que inician un trabajo de cooperación fraternal, no olviden esta lección. Hagamos el bien todos, sin ninguna ansiedad por los resultados. Sembrémoslo siempre y en todas partes, pero no nos estanquemos en la exigencia de resultados. El labrador puede esparcir las semillas a voluntad y donde quiera que esté, pero necesita reconocer que la germinación, el crecimiento y el resultado pertenecen a Dios.

Oyendo a servidores

Noté que el trabajo en el Puesto se desenvolvía en un ambiente de la más bella camaradería, no obstante el respeto natural al reconocimiento de jerarquías.

Mientras conversábamos animadamente, Ismalía recibía a numerosas servidoras, en actitud verdaderamente maternal, aunque muchas mostrasen el rostro envejecido, pareciendo abuelas de la esposa del administrador. Aniceto nos impartía grandes lecciones, extraídas de circunstancias aparentemente insustanciales, y Alfredo recibía a los colaboradores de todas las condiciones, no sólo con espíritu de solidaridad, sino también de inmenso afecto. Se reía cariñosamente o expresaba sus pareceres, sin el mínimo gesto de impaciencia o irritación.

Aquel clima de concordia me hacía un enorme bien, se respiraba orden y comprensión, bondad y armonía. La actitud paternal del administrador del Puesto de Socorro, expresada con energía y amistad, organización y entendimiento, me atraía con fuerza.

Pedí permiso a nuestro orientador para oír los esclarecimientos prestados a aquellos numerosos cooperadores.

Me aproximé, conmovido.

En ese momento, un colaborador de agradables maneras le dirigía la palabra, con gran interés. Se trataba de un anciano de humilde expresión, que hablaba con muestras de justo respeto.

—¿El señor recibió las noticias?

—Sí, Alonso —respondía el jefe, sin afectación—, nuestros mensajeros me pusieron al tanto de los más mínimos detalles. Su viuda continúa muy entristecida, los hijitos gozan de buena salud, pero permanecen en la misma ansiedad por motivo de su ausencia.

El anciano, que parecía muy bondadoso, esbozó un gesto de confirmación y agregó:

—¡He sentido tanto la falta de ellos!

En los ojos transparentaba la tristeza resignada, de quien desea alguna cosa, midiendo la extensión de los obstáculos.

—Pero Alonso, usted no debe angustiarse —continuó Alfredo conmovido. Sé que ahora está trabajando por el futuro de la familia. En la Tierra, en la condición de padres, conseguimos mover muchas providencias a favor de los hijos; entretanto, aquí, podemos realizar ciertas medidas en beneficio de ellos, con mayor seguridad. No siempre actuamos en el mundo con la necesaria visión; mas aquí es posible sentir, de más cerca, los intereses imperecederos de aquellos que amamos. El sentimiento elevado es siempre un camino recto para nuestra alma, sin embargo, no podemos decir lo mismo, con respecto al sentimentalismo cultivado en el mundo. Es necesario que usted tenga mucho cuidado en no desorganizar su mente. La nostalgia que hiera, impidiéndonos atender a la Voluntad Divina, no es loable ni útil. Es una enfermedad del corazón, precipitándonos en abismos insondables del pensamiento.

Alonso dejó de sonreír, mostró los ojos anegados en lágrimas y habló con voz suplicante:

–Señor Alfredo, reconozco lo oportuno de sus observaciones. Gracias a Jesús, vengo mejorando mi vida mental, gracias a los nuevos deberes que me concedió y, de hecho, me siento renovado espiritualmente. Sé que su palabra no me advertiría sin razón, pero, osaría pedir permiso para visitar a la esposa y a los hijos. Por la noche, cuando me concentro en las oraciones habituales, siento, a mi alrededor sus pensamientos. Esos pensamientos me penetran profundamente, atrayéndome toda la atención para la Tierra. A veces, consigo reposar un poco, pero con muchas dificultades. Sé que la esposa y los hijos me están llamando, dolorosamente. Esta certeza me perturba de algún modo. No he sentido la misma firmeza para el trabajo diario y desearía remediar la situación, reconozco que mis obligaciones presentes, son otras y que debo estar conforme; no obstante, confieso que mi lucha espiritual ha sido muy grande. Estoy seguro de que me perdonará la franqueza. ¿Qué jefe de familia no se sentiría atormentado, oyendo angustiosas llamadas del hogar, sin medios para atenderlas, como se hace indispensable?

Y, revelando las enormes ansias de su alma, enjugó las lágrimas y prosiguió:

–Quisiera rogarles calma y valor a los míos, esclareciéndoles que mi corazón aún es frágil y necesita el amparo de ellos; apreciaría pedirles ese auxilio para que yo pueda atender a mis actuales obligaciones, sin desfallecimientos. ¿Quizá usted podría concederme ahora el permiso, necesario? Tenemos muy cerca de nuestra casa a un grupo de amigos espiritistas... ¡tal vez no me sería tan difícil transmitir algunas palabras, aunque fuesen breves, intentando tranquilizar a la esposa y a los hijos!...

Alfredo, imperturbable, no respondió negativamente.

Parecía comprender toda la inquietud del simpático y humilde servidor. Le observé en la mirada, muy lúcida, el deseo sincero de atender, y, con extrema simpatía por su conducta generosa, lo oí ponderar:

—¡No sería imposible satisfacerlo, mi querido Alonso! Nuestros emisarios podrían conducirlo, en los viajes comunes; pero, crea que como amigo, quedaría preocupado por usted, por la conservación de su paz. No puedo abusar de la autoridad y sé que cada uno tiene la experiencia que le corresponde, mas creo que sea de su vital interés el fortalecimiento de su corazón. Es imprescindible que nos conformemos con los designios del Eterno. Usted y su mujer no estarían separados si no necesitasen de nuevas experiencias. Las dificultades que ella viene sufriendo con su ausencia, las sufre también usted con la separación de ella. Tengo la impresión, Alonso, de que Dios nos deja, a veces, solitos, para que rehagamos nuestro aprendizaje, mejorando nuestros corazones. La soledad cuando es aprovechada por el alma, precede al sublime reencuentro. Además, usted no debe ignorar que los hijos pertenecen a Dios, que cada uno de ellos necesita definir responsabilidades meditando en su propia realización. Por ahora, viven llorosos y desalentados. Por su falta de vigilancia, la rebeldía les fustiga el alma. Después de su venida, se creó el desorden doméstico. No obstante, ¿qué hacer sino pedir para ellos y para nosotros las bendiciones del Eterno? Ellos necesitan conformarse con la justa realidad, y usted que ya les dio lo que era razonable, necesita, igualmente, evolucionar y perfeccionarse en la nueva senda a la que fuimos llamados. ¿Cómo quedaría, querido mío, si permitiese la invasión total del sentimentalismo enfermizo en sus pensamientos? Tan dedicado es usted a la familia de sangre, que, por ahora, no lo siento con suficiente preparación como para ver todo cuanto ocurre en su antiguo hogar, sin sufrir desastrosamente. Hace algún tiempo,

autoricé la visita de dos compañeros nuestros a la esfera de la superficie terrestre, para que volviesen a ver a sus viudas y abrazasen de nuevo a sus hijitos; pero fueron tan violentamente sorprendidos por la situación, que no pudieron regresar a sus deberes aquí, permaneciendo allá apegados al nido que habían abandonado. No vigilaron, convenientemente, el corazón. Oyeron, en demasía, el llanto de los familiares terrestres, se involucraron en los pesados fluidos del clima doméstico y, pasada la semana de licencia, no consiguieron elevarse para el regreso. Estaban como pájaros aprisionados por la pegajosidad de las tentaciones. Los encargados de su control particular regresaron al Puesto de Socorro sin ellos, con gran sorpresa para mí. Y francamente, no sé cuando podrán reasumir las funciones que les corresponden. El perjuicio para ambos es muy grande.

Después de una pequeña pausa, Alfredo remató:

–Los vuelos de gran altura requieren de alas fuertes.

Alonso, que oía con los ojos muy abiertos, consideró resignado:

–Desisto del pedido. Usted tiene razón.

El administrador lo abrazó y murmuró:

–Dios ilumine su entendimiento.

Creciendo con el ejemplo del administrador amigo, que respondía con voz firme y afectuosa, demostrando interés de hermano, observé, admiradísimo, que otros colaboradores se aproximaban rogando esclarecimientos y pareceres.

El calumniador

Mientras el administrador se entregaba a conversaciones educativas con los numerosos subordinados, Aniceto nos llevó hacia una pequeña construcción aislada y dijo:

–Veamos otra enseñanza.

Avanzamos en dirección a algunas cámaras separadas.

Nuestro instructor abrió una puerta y vimos a un loco, que parecía profundamente irritado. Fijó en nosotros su mirada inexpresiva y gritó estentóreamente. A pesar de ello, Aniceto se adelantó y lo saludó con mucha consideración:

–¿Cómo se encuentra, Pablo?

Por lo que sentí, las palabras emitieron cierto flujo magnético y el enfermo mostró profunda modificación. Se sentó más calmado, aunque trémulo y espantadizo.

–¿Ha sentido alguna mejoría, Pablo? –preguntó nuestro orientador, bondadosamente, tocándolo en el hombro.

Al sentir el contacto personal de Aniceto, el enfermo demostró algún raciocinio y respondió:

–Voy mejorando, gracias...

En vista de su expresión reticente, el instructor le habló en tono firme, como si desease auxiliarle la voluntad debilitada:

—¡Termine!

El enfermo hizo un enorme esfuerzo y concluyó:

—G.r.a.c.i.a.s a D.i.o.s.

Notando su sufrimiento e indecisión, recordé los enfermos de las Cámaras, a los cuales prestaba Narcisa amplia colaboración afectuosa. Percibiendo mis íntimas consideraciones, dijo el mentor esclarecido:

—¿Ven la diferencia entre los que duermen, los que están locos y los que sufren? En *Nuestro Hogar*, no tenemos de los primeros, y los que se encuentran desequilibrados, en los servicios de Regeneración, sienten, en su mayoría, angustias crueles. Es necesario reconocer que, en cualquier parte, los que gimen y sufren, están mejorando. Toda lágrima sincera es un bendito síntoma de renovación. Los escarnecedores, los irónicos y los perturbados, que por permanecer embotados en extraña rigidez de entendimiento, no registran dolor, son más dignos de piedad.

Y señalando al enfermo bajo nuestra atención, afirmó:

—Pablo es un enfermo que va caminando hacia su positiva mejoría. Aún no posee la conciencia exacta de la situación, pero ya llora, ya padece con los recuerdos de su triste pasado.

Recibí la aclaratoria con atención. Recordé que, de hecho, los enfermos conducidos por los Samaritanos a *Nuestro Hogar*, en su servicio diario, eran grandes sufridores. Los que no acusaban atroces padecimientos, revelaban extraño pavor a las sombras. La única entidad que observé, con absoluta

inconsciencia de su propia miseria, fue la mujer vampiro que no encontró albergue en las Cámaras de Rectificación.

Nuestro instructor, sin ninguna preocupación por transformar al enfermo en conejillo de indias, recomendó, afectuoso:

–¡Concentren en Pablo su capacidad de visión!

Estimulado por la experiencia anterior, fijé en él todo mi potencial de observación.

Enseguida, se proyectó en mi vista su tela mental, que parecía formada por compacta sombra nocturna. Con sorpresa divisé diversas formas que se movían. Varias figuras de mujer surgían allí, despertándome enorme admiración. Entre ellas, observé la de Ismalia, como si estuviese enferma, debilitada y ansiosa. Algunos hombres pasaban, igualmente, mostrando desesperación, y noté, en esas imágenes, al propio Alfredo con evidenciado cansancio y extrema vejez prematura. Misteriosas voces se hacían oír. Sobre Pablo llovían maldiciones y blasfemias. Las mujeres parecían acusarlo, clamorosamente; los hombres daban la idea de ser perseguidores feroces, ocultos en el mundo interior de aquel extraño enfermo. Pero, observando que las figuras de Ismalia y Alfredo se movían en aquel panel oscuro, no pude contener la curiosidad e interrumpí el minucioso examen, volviendo a conversar con nuestro orientador, preguntando:

–¿Cómo explicar el fenómeno? ¡Estoy asombrado!

Pero antes de que pudiese expresar mayormente el asombro que me dominaba. Aniceto manifestó:

–Ya sé. Se admira de encontrar la presencia de Ismalia y de su marido en las reminiscencias del enfermo.

Y, ante mi perplejidad, continuó:

—¿Recuerda la historia de Alfredo? Tenemos ante nosotros al falso amigo que le arruinó el hogar. Pero, Pablo, no sólo cometió esa ingratitud, envenenó también el espíritu de otras señoras, traicionó a otros amigos y destruyó la alegría y la paz de otros santuarios domésticos. Observando sus propios recuerdos, según las imágenes creadas por el calumniador para sus propios ojos, vemos a Ismalia afligida y Alfredo desesperado. Nuestros amigos de este Puesto evolucionaron, traspusieron la frontera de la amargura, escaparon a los monstruos del odio y hoy se visten de luz; no obstante, Pablo los ve como se los imagina, para escarmiento de sus culpas. El criminal nunca consigue huir de la verdadera justicia universal, porque carga el crimen cometido, en cualquier parte. Tanto en los círculos carnales, como aquí, el panorama real del Espíritu es el del campo interior. De hecho viviremos, con las creaciones más íntimas de nuestra alma.

Notando mi dificultad para comprender enseguida, Aniceto prosiguió, después de un pequeño intervalo:

—Para una mejor explicación, recordemos la crucifixión del Divino Maestro. Sabemos que Jesús penetró en la gloria sublime después del supremo dolor del calvario; sin embargo, con frecuencia, estamos viéndolo aún colgado en la cruz, martirizado por nuestros errores, flagelado por nuestros azotes, porque la visión interior nos conduce a eso. La condenación del Maestro fue un crimen colectivo y ese crimen estará con nosotros hasta el día en que nos vistamos con la divina luz de la redención.

El esclarecimiento no podría ser más lúcido. Me sentía ante una noble revelación.

–El deber posee las bendiciones de la confianza, mas la deuda tiene los fantasmas acreedores –volvió a decir el generoso mentor, con grave acento.

Recuperando la serenidad, interrogué:

–Pero Pablo, ¿vino a dar casualmente a este Puesto?

–No –respondió Aniceto, atento–; fue traído por el mismo Alfredo, que sintió la necesidad de disciplinar el corazón. Nuestro amigo, que hoy dirige esta casa de amor, se desprendió del mundo, bajo intensas vibraciones de odio y desesperación. Sufrió muchísimo en los primeros tiempos, aunque nunca fue abandonado por la dedicación de la abnegada compañera. Pero, Alfredo, no pudo ver a Ismalia mientras no se desembarazó de las bajas manifestaciones de rencor. Habiendo sido socorrido en “Campos de Paz”, comprendió sus propias necesidades. Tan pronto como adquirió algún mérito, intercedió por el amigo infiel, lo buscó en un rincón abismal, y se dedicó a su propio perfeccionamiento con tanta nobleza, que conquistó la posición de administrador de un Puesto de Socorro. Trajo a su protegido consigo y lo trata, actualmente, como a un hermano. No juzguen que el marido de Ismalia consiguió esa victoria espiritual tan sólo por el hecho de desearla. Él lo deseó, la buscó, la alimentó y, ahora, permanece en la realización. Hace muchos años conversa con Pablo, diariamente. En los primeros tiempos, se aproximaba al enfermo, como un necesitado de reconciliación; después, como persona caritativa; más tarde adquirió entendimiento, comparando situaciones; enseguida sintió piedad; después experimentó simpatía y en el presente, conquistó la verdadera fraternidad, el amor sublime de hermano por su ex enemigo.

Haciendo una pequeña pausa, volvió a decir muy espiritualmente:

–Como ven, la enseñanza de Jesús, en cuanto al “tocad y se os abrirá”, es muy extensa. En el plano de la carne, insistimos ante la puerta de las cosas exteriores, buscando facilidades y ventajas; pero, aquí tenemos que tocar a la puerta de nosotros mismos, para encontrar la virtud y la verdadera iluminación.

Vicente que hasta entonces se había conservado callado, indagó:

¿Pablo permanecerá aquí indefinidamente?

Nuestro instructor hizo un gesto significativo y concluyó:

–Regresará a la Tierra dentro de muy poco tiempo. Ismalia ha realizado innumerables intercesiones en su favor y no desea que él, al volver a la razón plena, se sienta humillado, por el beneficio de sus propias víctimas. Una de las hermanas, calumniada por él en el mundo, ya regresó al círculo carnal, y la abnegada esposa de Alfredo le pidió que recibiese a Pablo como su hijo, tan pronto como sea oportuno.

Vida social

Por la noche, me maravillaban los sublimes aspectos del firmamento en el Puesto de Socorro. La zafirina luz de la luna envolvía todas las cosas. El cielo era cual infinita colcha de azul muy límpido, cubierto de astros fulgurantes. Las nubes de la tarde habían desaparecido.

Contemplando la belleza de la noche, Alfredo recalcó:

–Felizmente, los fenómenos magnéticos fueron excluidos de nuestro círculo. Pero, los aparatos continúan registrando enorme conflicto de fuerzas inferiores.

Ante la observación del administrador, iba a comentar sobre la belleza del cielo, cuando la campanilla sonó suavemente. Llamaron a la entrada. Alfredo e Ismalia sonrieron.

Con mucha gentileza, el jefe del Puesto aseveró:

–Tenemos la visita de amigos del “Campo de Paz”.

E, invitándonos a la recepción en el avanzado baluarte, agregó jovialmente:

–Aquí tenemos también, nuestra vida social. ¿Cómo no? Es necesario saber vivir.

Encantado con esa nota alegre, acompañé a los dueños

de la casa, verificando, con gran sorpresa, que teníamos bajo nuestros ojos un bello carro tirado por dos soberbios caballos blancos. Se trataba de un vehículo confortable e interesante, casi idéntico a los viejos carros de servicio público, del tiempo de Luis XV, que yo había visto, más de una vez, en publicaciones antiguas. Había llegado en él una pequeña familia de la colonia próxima, que, por las informaciones de Aniceto, distaba tres leguas del Puesto, aproximadamente.

Alfredo nos presentó caballerosamente, con la excepción de nuestro orientador, que era un viejo amigo de los recién llegados.

Los visitantes estaban constituidos por el matrimonio Bacelar y dos hijas jóvenes. El jefe del grupo mostraba edad avanzada, pero con excelente disposición. La señora daba la impresión de madurez, pero, aparentando, maravillosa vivacidad, así como las dos jóvenes.

La alegría era enorme. No se observaba cualquier nota de convencionalismo, poco fingido, como suele ocurrir en la Tierra. Los gestos de cada uno, la sencillez, la despreocupación y las frases afectuosas demostraban sinceridad pura. Permanecíamos en un cuadro social inaccesible a la falsedad.

Entrando en la casa, entre grandes manifestaciones de júbilo, observé que los recién llegados, que venían al encuentro de Ismalia eran amigos desde hacía tiempo. La noble señora me pareció contentísima. Envió recados afectuosos para algunas familias del Puesto y, en pocos minutos, el castillo recibía a innumerables personas que concurrían a la brillante y selecta reunión.

Sintiéndome muy insignificante, al lado de los nuevos amigos, me limitaba a oír y observar.

Después de los primeros instantes de conversación privada, oí a Aniceto preguntar al señor Bacelar.

—¿Cómo anda el servicio?

El anciano bondadoso respondió con una amplia sonrisa.

—Bien, siempre bien. Pero no podemos fijar demasiado la atención en los compañeros encarnados.

Y añadió con gracia:

—Es indispensable aprender a servir y seguir.

Nuestro instructor sonrió igualmente y observó:

—Comprendo, comprendo. Además, el progreso humano no es una cuestión de días, no nos hagamos ilusiones.

Y, percibiendo que Vicente y yo podríamos aprovechar con aquella conversación, Aniceto indicó al nuevo huésped de Alfredo, explicando solícito:

—Nuestro amigo Bacelar es jefe de grupos de asistencia a nuestros hermanos del círculo carnal. Tiene amplia experiencia sobre los hombres y los conoce como nadie. Hay mucho que aprovechar de sus observaciones.

—No tanto, queridos míos —exclamó el señor Bacelar, de buen humor—, no tanto. Soy un simple compañero de ustedes, cumpliendo deberes por la grandeza de la Misericordia Divina. No puedo hacer mucho, en razón de mis deficiencias naturales.

—Estamos seguros del gran provecho de su palabra —objetó Vicente, hasta entonces callado.

—Todo lo que nos diga sobre el problema de la asistencia constituirá, para nosotros, una preciosa enseñanza —dije a mi vez.

El nuevo amigo nos miró con inteligencia, y preguntó:

–¿Fueron médicos en el mundo?

–Sí –respondimos a un solo tiempo.

El señor Bacelar pensó algunos momentos y recalcó:

–Siempre me gustó conversar con los amigos, recurriendo a las características sugeridas por la profesión que ejercen. Pero, en lo tocante a mis actividades, no tendría mucho que decir a médicos militantes.

–Por el contrario –aduje–, sus esclarecimientos enriquecerán nuestras experiencias.

El interlocutor sonrió, optimista y declaró:

–No lo crea. Recuerde a sus enfermos comunes. Muy raramente recuerdan la medicina preventiva. De modo casi invariable, esperan que se presenten las molestias para buscar el recurso preciso. Necesitan de anestésicos para el socorro del bisturí. Huyen del régimen tan pronto como surge la primera mejoría. Se confunden con el método de tratamiento, apenas se registra la primera señal de curación. Detestan el dolor que restablece el equilibrio. Quedan descontentos con la indicación de purgantes. Prefieren las medicinas de sabor agradable. Y, sobre todo, casi siempre quieren saber mucho más que los médicos. Esta síntesis aplicable a cuerpos enfermos representa en nuestro campo de servicio, el resumen del programa de asistencia a los Espíritus enfermos, encarnados en la Tierra, y con agravantes de importancia, porque, en nuestro sector, no podemos manipular el alma, a la manera del cirujano que opera las amígdalas. Somos forzados a la preparación del campo mental conveniente, a proceder a la siembra de pensamientos nuevos, a velar por la germinación, a ayudar a los retoños minúsculos y a

aguardar la obra del tiempo. Nuestra lucha no es sencilla, porque, si el clínico del mundo encuentra siempre familiares amorosos, dispuestos a cooperar con él en beneficio del enfermo, lo que encontramos, en nuestro caso, son enormes legiones de elementos adversos a nuestra actividad restauradora y curativa. En general, el médico del mundo presta socorro a quien desea recibirlo, por lo menos en las ocasiones de graves peligros; pero, nosotros, mis amigos, muchas veces tenemos que prestar asistencia a los que no la desean, por vivir bajo los velos de una profunda ignorancia.

–Tiene razón –murmuré, oyendo comparaciones tan lógicas–; sin embargo, sirve de consuelo la certeza de que hay muchos cooperadores encarnados en el mundo dispuestos a colaborar en la tarea.

El señor Bacelar mostró una expresión facial muy significativa, y reveló:

–No siempre. La cooperación es otro problema. La mayoría de los hermanos que se proponen al servicio, parten de aquí prometiendo, pero les gusta vivir en el Planeta descansando. Pocos sobresalen del patrón común. Raramente encontramos compañeros encarnados con bastante disposición para amar el trabajo por el trabajo mismo, sin idea de recompensa. La mayoría está buscando remuneración inmediata. En esas condiciones, no perciben que la mente se les pone como un aposento oscuro, atestado de elementos inútiles. A fuerza de falsear racionamientos, confunden igualmente la visión. Ven tormentas donde hay paisajes celestiales, montañas de piedra donde el camino es de gloriosa elevación. De pequeños engaños a pequeños engaños, forman el continente de las grandes fantasías. De ahí en adelante, las recapitulaciones de las experiencias terrenas los inclina con más

fuerza, hacia la exigencia animal y, llegados a ese punto, raros son los que vuelven al deber sagrado, para considerar la grandeza de las bendiciones divinas.

Nuestro interlocutor hizo una pausa y volvió a decir:

—¿Y el síndrome de las disculpas? En ese terreno de la asistencia espiritual, verán, un día, cuantos pretextos son inventados por las criaturas terrestres para huir al testimonio de la verdad divina, en las tareas que le han sido asignadas. Los mayordomos de la responsabilidad alegan exceso de deberes, los servidores de la obediencia afirman ausencia de oportunidades. Los que guardan posibilidades financieras montan guardia a su patrimonio de dinero, los que recibieron la bendición de la pobreza de recursos monetarios se dejan influir por la rebeldía. Los mozos se declaran muy jóvenes para cultivar las realidades sublimes, los mayores se afirman inútiles para servirlos. Los casados reclaman en cuanto a la familia, los solteros se quejan de la ausencia de ella. Dicen los enfermos que no pueden, comentan los sanos que no precisan. Así, raros compañeros encarnados consiguen vivir sin la contradicción.

El señor Bacelar parecía dispuesto a proseguir, pero los dos jóvenes en nombre de Alfredo, fueron a buscarlos, a él y a Aniceto, para encontrar solución a un problema íntimo de su interés.

Noticias interesantes

Como consecuencia de la presentación más íntima que Aniceto nos hiciera, dejando a las jóvenes en nuestra compañía, entramos en conversación animada con Cecilia y Aldonina. La primera había sido hija de los Bacelar, cuando estaba en la Tierra; la segunda era una sobrina del jefe de la familia, que aguardaba el regreso de su madre para organizar un hogar en una ciudad espiritual próxima.

Ambas demostraban magnífico desenvolvimiento mental, robusta inteligencia y notable capacidad de expresión.

Y, mientras nuestros mayores se mantenían apartados, tratando de un asunto privado, Vicente y yo oíamos a las jóvenes, encantados con su nobleza y vivacidad.

Verificaba que el cuadro era idéntico al panorama social de la Tierra, difiriendo apenas en cuanto a los sentimientos reales. No había ninguna nota de falsedad en las manifestaciones. En todo la alegría pura, la sencillez fiel, la sinceridad sin mácula.

En el desarrollo espontáneo de la conversación, Cecilia dijo, con gracia:

—Estoy trabajando desde hace mucho tiempo para alcanzar

el premio de una visita a *Nuestro Hogar*. Mis superiores me prometieron semejante satisfacción para el año próximo...

Y sonriendo, remató, expresivamente:

–Pero, para conseguirlo, debo atender a unas cuantas obligaciones de importancia.

–¿Por qué es necesario tanto? –preguntó Vicente, admirado.

–Sin duda –dijo la joven, con buen humor– tal vez mi amigo no esté convencido, en cuanto al brillo de su actual posición. Vivir en *Nuestro Hogar* es una gran bendición. ¿Acaso no lo ha comprendido aún?

Sonreímos todos. Y, reafirmando el concepto, Cecilia continuó:

–Según los instructores que nos visitan en el “Campo de la Paz”, sus Ministerios son verdaderas universidades de preparación espiritual. La oportunidad educativa en ellos es inmensa. Y llego a creer que para evaluar la extensión del beneficio que Jesús les concedió, sería necesario vivir algunos años en nuestra colonia, donde el trabajo activo de vigilancia y asistencia es más imperioso, más exigente.

–Pero, en *Nuestro Hogar* –objeté–, tenemos igualmente gran número de sufridores. El Ministerio de Regeneración es una colmena de millares.

No obstante, la interlocutora revelando profunda agudeza en las observaciones, consideró:

–Usted, al referirse a la colmena, dijo muy bien que significa posibilidades de trabajo. Crea que los sufridores que alcanzan su núcleo ya se encuentran camino a excelentes realizaciones.

Naturalmente que los hermanos desequilibrados, que existen por allá, ya se torturan por el lento despertar de la conciencia, ya sienten remordimientos y arrepentimientos indicativos de renovación. Son sufridores que mejoran progresivamente, porque el ambiente de la ciudad es de positiva elevación. Donde la mayoría vive con bondad, la maldad de la minoría tiende siempre a desaparecer. Por lo tanto, *Nuestro Hogar*, inclusive para los que lloran, posee soberanas ventajas espirituales.

Impresionado con lo que oía, recordé:

–Yo mismo trabajé algún tiempo, cooperando, en las cámaras rectificadoras.

–Ya oí diversas referencias a esa institución –exclamó Cecilia, señora del asunto–, mas, basándome en los informes de los mentores amigos, continúo manteniendo mi opinión.

Y, como si ya conociese nuestros procesos de servicio, aseveró, sonriente:

–Ustedes conocen allá a muchos Espíritus sufridores, pero, en el “Campo de la Paz”, conocemos a muchos Espíritus obsesores. Allá podrá existir mucha gente que todavía llora; pero en nuestro medio existe mucha gente que se rebela. Es más fácil de remediar al que gime, que atender al rebelde. En las referidas cámaras, ustedes rectifican errores que ya aparecieron, dolores que ya se manifestaron, pero aquí, mi amigo, estamos obligados a luchar con hermanos ignorantes y perversos, que se sienten absolutamente ciertos en las fantasías peligrosas que abrazaron, y nos vemos compelidos a atender a pacientes que no creen en su propia enfermedad.

Comenzaba a entender la lógica de aquella argumentación, y reconociendo la imposibilidad de cualquier contradicción, la joven continuó, segura de sí:

–Además, es natural que sea así. Estamos a poca distancia de los hombres, nuestros hermanos en la carne. Y sabemos que, en la superficie terrestre, la situación no es diferente. ¿Cuántos materialistas se disfrazan por allá, creyéndose filósofos? ¿Cuántos demonios con capas de santo? ¿Cuánta mala fe, fingiendo generosidad y buenas intenciones? La influencia de la Humanidad encarnada en nuestro núcleo de servicio es vigorosa e inevitable.

Vicente, que oía con atención, argumentó:

–Por todo eso, deduzco actos de sacrificio muy grandes, pero el trabajo en “Campos de la Paz” debe ser altamente meritorio.

–Incontestablemente –respondió la joven.

–La historia de la fundación es interesante. Algunos benefactores, en agradecimiento a Jesús, resolvieron organizar, en su nombre, una colonia en plena región inferior, que funcionase como instituto de socorro inmediato a los que, la muerte física los sorprende en la Tierra en estado de ignorancia o de culpas dolorosas. El proyecto mereció la bendición del Señor y el núcleo se creó, hace más de dos siglos. Pero, no todos los Espíritus evolucionados, aprecian el servicio en ese órgano de constante asistencia. La mayoría de los misioneros victoriosos, al ausentarse de la Tierra, necesitan rehacer sus energías, por derecho natural del trabajador fiel, y los mentores de noble posición jerárquica, en obediencia a los designios del Señor, tienen sus programas de servicio, que no deben quebrantar. De ese modo, nuestro trabajo es activo, mas nuestras adquisiciones son lentas y debemos esperar siempre por cooperadores que se eduquen en la misma colonia, para beneficio general. Se gana excelente compensación, tenemos derecho a grandes valores de intercesión, pero, por eso mismo, nuestras responsabilidades no son pequeñas. Conociendo la utilidad de

los que sirven en nuestra colonia, no pasamos nunca sin instructores abnegados, que proceden de la zona superior, estimulándonos el ánimo. Nunca nos es negado lo que pedimos con legítimo fundamento, y si tarda el recurso, beneméritos orientadores de nuestras actividades prestan explicaciones que nos liberan de cualquier angustia en la espera. Por eso, en nuestro grupo existe siempre gran cohesión y muchos prefieren aplazar ciertas realizaciones sublimes, para permanecer al lado de antiguos compañeros, a los cuales se unen con desvelado amor.

Las aclaraciones de la joven me encantaban. En aquellas pocas palabras estaba todo un resumen de lecciones sobre el sacrificio y el merecimiento, el compromiso fraterno y la solidaridad compensadora.

—¿Su familia siempre vivió allá? —pregunté con interés:

La joven sonrió y explicó:

—Hace más de cincuenta años, mi padre fue socorrido por los benefactores del “Campo de la Paz” y, restablecida su salud espiritual, se instaló en la colonia, por lógico impulso de amistad y gratitud. Más tarde, mi madre se reunió con él y, hace precisamente veinte años, Aldonina y yo fuimos atraídas amorosamente por ambos, a fin de que continuásemos la tarea, allí, en el santuario familiar. De ese modo, trabajamos al lado de ellos, desde la primera hora.

—¿Y tiene muchos programas para el futuro? —indagué.

Cecilia hizo un gesto que caracterizaba su corazón de joven soñadora, y contestó:

—Tengo muchos proyectos y problemas que resolver, pero estoy aguardando la llegada de alguien que aún se encuentra en la Tierra.

En conversación afectuosa

En amistosa conversación, volvíamos a recordar las bellezas de *Nuestro Hogar*, cuando Aldonina intervino, agregando:

—Algunos miembros de nuestra familia visitan su ciudad, de tiempo en tiempo. Nuestra hermana Isaura, que se casó en “Campo de la Paz”, hace tres años, reside allá en compañía del esposo, que es funcionario de los Servicios de Investigación del Ministerio de Esclarecimiento.

Percibiendo nuestra curiosidad, prosiguió:

—Él, vivía con nosotros, pero, desde hace mucho tiempo, fue convocado a servicios por allá, y volvió más tarde a buscar a la novia.

Vicente que se mantenía en actitud de expectativa, exclamó:

—Tocamos un asunto que me ha despertado mucha admiración, desde que regresé de los círculos terrenales. No tenía, en el mundo, la menor idea de que pudiésemos pensar en uniones matrimoniales después de la muerte del cuerpo. Cuando asistí a festividades de esa naturaleza, en *Nuestro Hogar*, confieso que mi sorpresa rayó en la estupefacción.

Cecilia, vivaz, agregó, sonriendo:

–Eso ocurrió también con nosotros. Entretanto, es forzoso reconocer que tal estado del alma resulta del exclusivismo pernicioso al que nos entregamos en el plano carnal, porque, si el casamiento humano es uno de los más bellos actos de la existencia en la Tierra, ¿por qué dejaría de existir aquí, donde la belleza es siempre más sublimada y más pura? Y, por lo demás, es imprescindible ponderar que no vivimos rebelándonos contra de leyes sabias y justas.

–¡Y cómo son felices los que se casan en nuestros planos!
–remarcó el compañero, denotando aspiraciones secretas del corazón.

Aldonina esbozó un gesto expresivo y consideró:

–Sí, para que poseamos aquí esa ventura, es necesario haber amado en la Tierra, desarrollando los más nobles impulsos del espíritu. Para cosechar júbilos de esa naturaleza, es necesario haber amado con el alma. Los que se consagran exclusivamente a los deseos del cuerpo, no saben amar más allá de la forma, son incapaces de sentir las profundas vibraciones espirituales del amor sin muerte.

Pero, deseando retomar el asunto referente a Isaura, interrogué, curioso:

–Les ruego que continúen hablando de la hermana que se mudó para *Nuestro Hogar*. Apreiciaría saber cómo se realizó el matrimonio. Si usted, Cecilia, está aguardando un premio para poder visitar nuestra ciudad, ¿cómo se casó ella, transfiriéndose para allá definitivamente?

Cecilia sonrió y respondió:

–Esto es otro caso. Isaura no podría correr detrás del novio, porque estaba en situación inferior a la de él, pero Antonio,

como superior, podía descender a buscarla. Pero, no crean que el matrimonio se haya verificado sin ninguna preparación o exigencia. El novio podía conducirla sin ninguna formalidad, siempre que recibiese el debido consentimiento, porque obtuvo el permiso de las autoridades de *Nuestro Hogar*, pero uno de los jefes de servicio aconsejó a Isaura, en ese sentido, explicándole que, como administrador de una colonia en nivel inferior, no podía oponer dificultad alguna, pero le pedía a la novia prepararse por seis años sucesivos, en “Campo de la Paz”, antes de la partida definitiva, agregando sensatamente que, en un casamiento de almas, es indispensable preparar bien el ajuar de los sentimientos. Nuestra hermana, que fue siempre muy prudente, aceptó la solicitud y trabajó durante todo ese tiempo en nuestra colonia, adquiriendo valores culturales y perfeccionando el campo del pensamiento.

Recibía esas delicadas informaciones, sin disfrazar la enorme sorpresa.

–Ya fui a visitar el matrimonio, una vez –dijo Aldonina, honrada–, cuando gané el premio de asiduidad y buen ánimo. Estuve en *Nuestro Hogar*, durante una quincena inolvidable para mí; no obstante, aunque visité sublimes instituciones como el Bosque de las Aguas, El Salón de Arte Divino, El Campo de la Oración Augusta, reconozco que volví muy lejos de haber obtenido un conocimiento integral de la enorme ciudad. Sin embargo, iré allá más adelante, pues continúo en mi trabajo y nuestros instructores afirman siempre que quien sepa servir al bien y trabajar con esperanza, deberá esperar todo lo bueno del destino.

Admirando la belleza de sentimientos de aquellas jóvenes, indagué emocionado:

–Pero, ¿no tienen ustedes, en “Campos de la Paz”, instituciones semejantes? ¿No existirán, por allá, templos de alegría abiertos a la juventud?

–¡Ah! Sí –murmuró Cecilia como quien no deseaba ser ingrata a las Bendiciones del Eterno–, mucho nos da el Señor, en nuestra colonia; empero, permanecemos en las cercanías de los hermanos encarnados. Las tempestades que nos alcanzan, nos obligan a servicios constantes. Los cuadros inferiores que nos rodean son profundamente dolorosos. Nuestra ciudad no posee Ministerios de la Unión Divina, ni de Elevación. No podemos recibir la influencia superior con mucha facilidad. Nuestros trabajos de comunicaciones y auxilio necesitan aun de mucha gente educada en el Evangelio, para funcionar con eficiencia. Además de eso, tenemos los problemas de su finalidad. Nuestra colonia fue instituida para el socorro de urgencia. A nuestro modo de ver, “Campo de la Paz” es, más que todo, un centro hospitalario avanzado, rodeado de peligros, porque los hermanos ignorantes e infelices reclaman nuestro esfuerzo por todos lados. Cada diez kilómetros, en las zonas aledañas, existen Puestos de Socorro como éste, que funcionan como instituciones de asistencia fraternal y centinelas activas, al mismo tiempo.

La joven hizo una pausa más larga, observando el efecto de sus palabras, y remató:

–Nuestro gobernador, cuando se agravan los servicios, acostumbra a aseverar que estamos en un campo de batalla, con la Paz de Jesús. Ninguna imagen define tan bien a nuestro núcleo, como ésta. Exteriormente, el trabajo es riguroso e incesante, pero, dentro de nosotros, existe una tranquilidad que incluso nosotros mismos difícilmente podemos comprender.

–¿Se circunscribe el servicio a la ciudad? –pregunté.

–No, –el trabajo reviste múltiples formas. Aldonina y yo, por ejemplo, tenemos grandes tareas de asistencia, junto a los recién encarnados. Nuestra ciudad prepara, en promedio, de quince a veinte reencarnaciones diarias y se torna imprescindible asistir a los compañeros o a los que se tutela, por lo menos en el período infantil más tierno, que comprende los primeros siete años de existencia carnal.

Y tal vez porque leyese en nuestros ojos la más viva admiración, la joven se adelantó, explicando:

–Pero, tenemos las facultades para volar bastante adiestradas. Raramente encontramos obstáculos vibratorios y podemos, por eso mismo, actuar con gran economía de tiempo. Además, sólo nuestros instructores van al servicio sin compañía. En cuanto a nosotros, únicamente salimos en grupos. Necesitamos auxilio recíproco, no sólo en lo que atañe a la eficiencia, sino también en lo que se refiere al amparo magnético.

Y, sonriendo de un modo singular, concluyó:

–En el trabajo de asistencia a otros y defensa a nosotros mismos, no podemos dispensar la práctica avanzada y justa de la cooperación sincera.

Cecilia al órgano

Pocas veces, en el círculo carnal, había tenido el placer de asistir a una reunión tan selecta.

Todas las lámparas estaban magníficamente encendidas y, allá afuera, los grandes árboles, dulcemente agitados por el suave viento, parecían reflejar la claridad lunar. Graciosas parejas paseaban a lo largo de la baranda y de las extensas escalinatas. El castillo se llenó de alegría, con la creciente multiplicación de invitados. El administrador se mostraba orgulloso de confraternizar con los colaboradores directos de su obra, en la recepción condigna a los amigos de la colonia próxima. El júbilo se reflejaba en todos los rostros, y yo, observando la belleza del espectáculo, meditaba en la ventura de la vida social, en el ambiente de aquellos que comenzaban a comprender y practicar el “amaos unos a los otros”, distanciados de la hipocresía y de los convencionalismos deshonestos.

Conversábamos, animadamente, cuando Alfredo nos invitó a pasar al Salón de Música.

La alegría fue general. La señora Bacelar, dándole el brazo a la noble Ismalia, parecía encantada con la propuesta.

Nos dirigimos hacia el gran recinto, prodigiosamente

iluminado por luces de un azul dulce y brillante. Deliciosa música embelesaba nuestra alma. Observé entonces, que un coro de pequeños músicos ejecutaba una armoniosa pieza, al lado de un gran órgano, algo diferente de los que conocemos en la Tierra. Ochenta niños, muchachos y muchachas, surgían allí, en un cuadro vivo y encantador. Cincuenta tañían instrumentos de cuerdas y treinta se mantenían, graciosamente, en posición de canto. Ejecutaban, con maravillosa perfección, una linda barcarola que yo nunca había oído en el mundo.

Muy conmovido, oí al administrador explicar:

–Los niños del Puesto son nuestras flores vivas. Nos dan perfume, encanto, alegría, suavizándonos todos los trabajos.

Nos acercamos al órgano, sentándonos todos en confortables poltronas. Cuando los niños terminaron, bajo calurosos aplausos, Ismalia pidió a Cecilia que ejecutase alguna música.

–¿Yo? –dijo la joven, ruborizándose– si la señora viene de las altas esferas, donde la armonía es santificada y pura, ¿cómo podré tocar para sus oídos?

–No diga eso, Cecilia –respondió sonriente, la generosa esposa del administrador–, la música elevada es sublime en todas partes. ¡Vaya, hija mía! ¡Hágame recordar el hogar terrenal en los días más bellos!...

Y antes que la joven Bacelar preguntase cuál sería su pieza preferida, Ismalia continuó:

–Los servicios musicales del Puesto me llevan a recordar la vieja Hacienda, cuando regresaba del Internado... Mis padres estimaban las composiciones europeas y, casi todas las noches, ensayaba al piano...

Y, fijando en Cecilia los ojos húmedos y brillantes, concluyó:

–Su madre debe recordar conmigo la música predilecta de mi viejo y cariñoso padre...

Noté que la señora Bacelar le dijo algo en voz baja a la hija, y vimos a Cecilia caminar hacia el gran instrumento sin vacilar y con gran emoción, la oímos ejecutar, magistralmente, la *Tocata y Fuga en Re Menor*, de Bach, acompañada por los exultantes niños.

Miré el rostro de Ismalia, notando, por la luz de su mirada, que sus pensamientos vagaban lejos, tal vez en torno del antiguo nido doméstico. La vi enjugar discretas lágrimas y abrazar a Cecilia cariñosamente, al finalizar la ejecución.

–Ahora, Cecilia, ¡cante alguna canción oriunda de su alma!
–habló la noble señora con ternuras de madre– muéstrenos su corazón...

Los señores Bacelar estaban satisfechos y emocionados. Se leía en sus gestos el cariño con qué acompañaban los menores movimientos de la hija.

La joven sonrió, volvió al teclado, pero, permanecía ahora, profundamente transfigurada. Su bello semblante parecía reflejar alguna luz diferente, que venía de lo alto. Comenzó a cantar, de manera misteriosa y conmovedora. La música parecía salirle de las profundidades del corazón, sumergiéndonos en sublime emoción. Procuré guardar las palabras de la maravillosa canción, pero sería imposible transcribirlas integralmente en el círculo de los encarnados en la Tierra. La sombra de la media noche no podría reproducir el reverbero de la aurora. Pero de algo me acuerdo, con la fidelidad de que es susceptible mi memoria imperfecta, para anotarlo aquí.

Como si estuviera rodeada de una luminosidad diferente de aquella en la que nos bañábamos, Cecilia cantó con voz aterciopelada suave y acariciadora:

*“Guardé para tus ojos
Las estrellas brillantes del cielo en calma...
¡Guardé para tu alma
Todos los lirios puros de los caminos!
Amado mío, amado mío,
¡Cómo es largo el viaje entre escollos
En este océano inmenso de la nostalgia,
A la sublime claridad de la luna de esta eternidad...!”*

*En vano, el hada Esperanza
Enciende la luz dentro de mí...
¿Por qué te fuiste al mundo, así?*

*¡Vuelve, amado!
Aunque tus manos estén frías
Y tus pies sangren de dolor.*

*¡Traigo conmigo el bálsamo, la ternura,
Vuelve a mí,
Ven a respirar, de nuevo, en el jardín
De la inmortal unión...!”*

*Curaré tus llagas de amargura,
Te daré el derrotero para el camino,
Amaré a los que amas,
Para que me bendigas con tu sonrisa.
¡Vuelve, amado!
Olvida el dolor y la sombra del pasado,
¡Vuelve, de nuevo, a nuestro paraíso...!”*

Cuando emitió las últimas notas, le vi el rostro bañado en lágrimas, como si hubiera sido rociado por perlas de luz. Observé que la señora Bacelar, muy conmovida, tocó levemente la mano de Ismalia, y habló:

–Cecilia nunca lo olvida.

La esposa del administrador, mostrándose extremadamente sensibilizada, indagó:

–¿No han tenido nuevas noticias de Herminio?

–El pobre ha vivido de caída en caída –aclaró la noble interlocutora– y Cecilia sabe que por mucho tiempo aún, no podrá contar con él, conservando íntimos pesares por ese motivo. Sin embargo, nuestra hija no se desanima y trabaja, incesantemente, llena de esperanza.

Pero, en ese momento, la joven regresaba al círculo familiar, enjugándose los ojos.

La esposa de Alfredo abrazándola le dijo:

–¡Mis felicitaciones! ¡No sabía que usted hubiese progresado tanto en el divino arte! ¡Y qué bella canción...!

Cecilia hizo un gesto de timidez, besó la mano de la cariñosa amiga y contestó:

–¡Perdóneme, querida Ismalia, mi corazón permanece todavía muy ligado a la Tierra...!

Pero Ismalia, con los ojos húmedos y comprendiendo su sufrimiento íntimo, la abrazó y murmuró:

–Consagrarse a alguien no es un crimen, mi querida Cecilia. El amor es luz de Dios, aun cuando resplandezca en el fondo del abismo.

Sublime melodía

Con un gesto noble, Aniceto pidió a Ismalia que ejecutase algún motivo musical de su elevada esfera.

La esposa de Alfredo no se hizo de rogar. Con extrema bondad, se sentó al órgano, hablando con gentileza:

–Ofrezco la melodía a nuestro querido Aniceto.

Y, ante nuestra conmovida admiración, comenzó a tocar maravillosamente. Después de las primeras notas, algo me arrebatava hacia lo sublime. Estabamos extasiados, silenciosos. La melodía, tejida de misteriosa belleza, nos inundaba el espíritu en torrentes de armonía divina. Un campo de vibraciones suavísimas, me penetraba el corazón, cuando fui sorprendido por percepciones absolutamente inesperadas. Con indefinible asombro, capté que la esposa de Alfredo no cantaba, pero en el seno acariciador de la música había una oración que alcanzaba lo sublime –oración que yo *no escuchaba con los oídos* sino que recibía de lleno en el alma, a través de vibraciones sutiles, como si el melodioso sonido estuviese impregnado del verbo silencioso y creador. Las notas de alabanza alcanzaban lo íntimo de mí espíritu, arrancándome lágrimas de intraducible emotividad:

*“¡Oh! Supremo Señor de Todos los Mundos
Y de Todos los Seres
¡Recibe, Señor,
Nuestro agradecimiento
De hijos deudores de tu amor!*

*Danos tu bendición,
Ampáranos la esperanza,
Ayúdanos el ideal
En la estrada inmensa de la vida...*

*¡Sea para tu corazón,
Cada día,
Nuestro primer pensamiento de amor!*

*¡Sea para tu bondad
Nuestra alegría de vivir...!*

*Padre de amor infinito
Danos tu mano generosa y santa.*

*Largo es el camino.
Grande nuestro débito,
Mas, inagotable es nuestra esperanza.*

*Padre Amado,
Somos tus criaturas,
Rayos divinos
De tu Divina Inteligencia.*

*Enséñanos a descubrir
Los inmensos tesoros
Que guardaste
En las profundidades de nuestra vida.*

*¡Ayúdanos a encender
La lámpara sublime
De la Sublime Búsqueda!
Señor,
¡Caminamos contigo
En la eternidad...!
En Ti nos movemos por siempre.*

*Bendícenos la senda,
Indícanos la Sagrada Realización.
¡Y que la gloria eterna
Sea en tu eterno trono...!*

*Que resplandezca contigo la Infinita Luz,
Que mane en tu corazón misericordioso
La Soberana Fuente del Amor,
Que cante en tu Creación Infinita
El soplo divino de la eternidad.*

*Sea tu bendición
Claridad en nuestros ojos,
Armonía en nuestros oídos,
Movimiento en nuestras manos,
Impulso a nuestros pies.*

*¡En el amor sublime de la Tierra y de los Cielos...!
En la belleza de todas las vidas,
En la progresión de todas las cosas,
En la voz de todos los seres,
Glorificado seas para siempre,
Señor”.*

¿Qué melodía era aquella que se oía a través de sonidos inarticulados? No pude contener las abundantes lágrimas. Cecilia había conmovido nuestra sensibilidad, recordando las armonías terrenales y los afectos humanos. Pero Ismalia arrebatava nuestro Espíritu, elevándonos al Padre Supremo. ¡Nunca había oído una oración de alabanza como aquella! Además, la esposa de Alfredo glorificaba al Señor de manera diferente, inenarrable en el lenguaje humano. La oración había tocado las recónditas fibras de mi corazón y reconocía que nunca había meditado en la grandeza divina, como en aquel instante en que un alma santificada hablaba de Dios, con la maravilla de sus riquezas espirituales.

Y no era yo solo quien lloraba como un niño. Aniceto enjugaba sus ojos de manera discreta, y algunas señoras llevaban el pañuelo al rostro.

Comprendí que la oración había terminado, porque la música cambió de tonalidad. El carácter heroico cedió lugar al lirismo encantador. Experimentando la profunda serenidad del ambiente, vi que luces prodigiosas caían de lo Alto sobre la frente de Ismalia, envolviéndola en un arco irisado de efecto magnético y, con admiración y embeleso, observé que bellas flores azules partían del corazón de la ejecutante, esparciéndose sobre nosotros. Se deshacían como si fuesen hechas de acariciadora bruma anillada, al tocarnos, suavemente, hinchándonos de profunda alegría. La mayor parte caía sobre Aniceto, haciéndonos

recordar las palabras amigas de la dedicatoria. Me impresionaban profundamente aquellas corolas fluídicas, de sublime azul celeste, multiplicándose, sin cesar, en el ambiente, y penetrándonos el corazón como pétalos constituidos apenas por colorido perfume. Me sentía tan alegre, experimentaba tan buen ánimo que no conseguiría traducir las emociones del momento.

Algunos minutos más e Ismalia daba término a la magistral melodía.

La esposa del administrador descendió hasta nosotros, coronada de intensa luz.

Alfredo avanzó, besándola en el rostro, al mismo tiempo que Aniceto le extendía la diestra, agradecido.

—Hacía mucho tiempo que no oía músicas tan sublimes como las de esta noche — exclamó nuestro orientador, sonriendo. Cecilia nos habló del sublime amor terrestre; Ismalia nos arrebató al divino amor celestial. ¡Fue una idea feliz la de haber permanecido en el Puesto! ¡Fuimos igualmente socorridos por la luz de la amistad, que nos revigorizó el buen ánimo!

Se aproximó la familia Bacelar, y todos estaban eminentemente conmovidos.

—¡Qué maravillosas flores nos diste, querida amiga! — dijo la madre de Cecilia, abrazando a la esposa de Alfredo.

—¡Volveremos al trabajo, repletos de nuevas energías! — agregó el señor Bacelar, sonriente.

La extensa sala estaba llena de notas de reconocimiento y de júbilo sincero. La melodía de Ismalia constituyó un singular regalo del Cielo. La alegría y el buen ánimo resplandecían en todos los rostros.

Observando que Aniceto se retiraba hacia un rincón del salón, lo busqué, ansioso. Deseaba esclarecer el fenómeno de la oración sin palabras, de las armonías, de las luces y de las flores. Pero, antes de las interpelaciones del aprendiz, el orientador amigo sonrió amable, y explicó:

—Conozco su sed, André. No necesita preguntar. Se impresionó usted con la grandeza espiritual de la noble compañera de nuestro amigo. No preciso aclararle gran cosa. ¿Se recuerda de Ana, la infeliz criatura que duerme en los pabellones, entre pesadillas crueles? ¿Se recuerda de Pablo, el calumniador? ¿No los vio cargando pesados fardos mentales? Cada uno de nosotros trae, en los caminos de la vida, los archivos de sí mismo. Mientras los malos exhiben el infierno que crearon para lo íntimo, los buenos revelan el paraíso que edificaron en su propio corazón. Ismalia ya ganó muchos tesoros que la polilla no roe. Ella ya puede dar de la infinita armonía a la que se consagró por la bondad y por el divino amor. La luz que vimos es la misma que se vierte del plano superior, de manera incesante, inundando los caminos de la vida, pero la melodía, la oración y las flores constituyen sublime creación de esa alma santificada. ¡Ella repartió con nosotros, en este momento, una parte de sus tesoros eternos! ¡Pidamos al Señor, amigo mío, que no hayamos recibido en vano las sublimes dádivas!

Camino a la superficie terrestre

Después de rehacernos por la mañana, considerando el largo viaje que tendríamos por delante, nos despedimos conmovidos. Por lo menos, en cuanto a mí, podía afirmar que me apartaba con nostalgia. ¡Fueron tan bellas las lecciones recibidas allí!

Alfredo y la esposa nos abrazaron, sensibilizados, deseándonos una jornada feliz y éxito en el trabajo.

Varios amigos de la víspera estaban presentes, saludándonos jubilosos.

Tomamos el carro, agradablemente sorprendidos por él.

Me sería muy difícil describir la pequeña máquina, que más se asemejaba a un pequeño automóvil con alas, que se desplazaba impulsado por fluidos eléctricos acumulados.

Siempre atento, Aniceto nos explicó:

—Acepté la cooperación de este aparato, no porque los desee esclavizados al menor esfuerzo, mas, porque la permanencia, aunque ligera, en el Puesto de Socorro, constituyó una oportunidad de las más fructuosas para la adquisición de conocimientos necesarios. Recibieron usted lecciones intensivas,

con relación a nuestros hermanos perturbados y sufridores, así como sobre los efectos de la oración. De ese modo, tenemos nuestro expediente bastante adelantado, considerando, por encima de todo, que se encuentran ambos en tareas de observación y aprendizaje.

Y, después de una pequeña pausa, continuó:

—Pero, no crean que podamos aprovechar la máquina hasta la superficie terrestre. Calculo que sólo podremos volar hasta medio día. Después, proseguiremos a pie.

Aniceto se calló por instantes, sonrió con otra expresión fisonómica y afirmó:

—Pero, esto, sólo ocurrirá mientras ustedes no hayan logrado desarrollar las alas espirituales, con las que puedan vencer todas las resistencias vibratorias. Semejante realización, bien podría estar cercana. Dependerá del esfuerzo que deseen hacer en el trabajo adquisitivo. Todo aquel que opere y coopere con el espíritu vuelto hacia Dios, podrá esperar siempre lo mejor. Esto no es una promesa de amistad. Es la Ley.

El pequeño aparato nos condujo venciendo enormes distancias, siempre en el aire, pero conservándose a reducida altura del suelo.

Precisamente, casi a medio día, estacionamos en un humilde aeropuerto, destinado al abastecimiento y reparación de maquinaria similar a aquella en la que habíamos viajado.

El conductor se despidió de nosotros, deseándonos buen viaje, preparándose para regresar.

El paisaje se tornó, entonces, muy frío y diferente. No estábamos en un camino tenebroso, pero sí muy oscuro y nebuloso. La atmósfera se volvió densa, alterándonos la respiración.

Aniceto contempló, con nosotros, aquella vasta extensión caliginosa y habló en tono grave:

—Después de cuatro horas de locomoción, estaremos en la superficie terrestre. Observen las sombras que nos rodean, identifiquen el cambio general. Desgraciadamente, las emisiones vibratorias de la Humanidad encarnada son de naturaleza bastante inferior, refiriéndonos a la mayoría de las criaturas terrestres, y estas regiones están repletas de residuos oscuros, de materia mental de los encarnados y desencarnados de baja condición. Atravesaremos grandes zonas, no propiamente tenebrosas, pero muy oscuras a nuestra vista. De aquí a dos horas, encontraremos señales de luz solar.

Francamente, nuestra peregrinación, fue muy pesada y dolorosa, y solamente ahí, evalué, de hecho, la enorme diferencia del camino común, que une la Tierra con *Nuestro Hogar* y aquella que ahora recorríamos a pie, venciendo grandes obstáculos. Imaginé, conmovido, el sacrificio de los grandes misioneros espirituales que asisten al hombre, comprendiendo, entonces, cuán meritorio les es el servicio y cómo necesitan disposiciones especiales y extraordinario buen ánimo, para auxiliar a las criaturas humanas encarnadas, de manera constante.

Los monstruos, que huían cuando nos aproximábamos, escondiéndose en el fondo sombrío del paisaje, eran indescriptibles y, obedeciendo a determinaciones de Aniceto, no puedo ensayar ningún informe en ese sentido, para no crear imágenes mentales de orden inferior en el espíritu de los que, acaso, vengan a leer estas humildes noticias.

En el horario previsto por nuestro orientador, comenzamos a vislumbrar, de nuevo, la luz del Sol, como si estuviésemos en una madrugada clara. El espectáculo era magnífico y nuevo para mí. Un calor agradable comenzó a revigorizarnos.

Aniceto observó el cuadro maravilloso de los rayos de luz atravesando las sombras, y dijo, con sus ojos húmedos:

—¡Agradecemos al Señor de los Mundos la bendición del Sol! En la Naturaleza física, es la más elevada imagen de Dios que conocemos. Lo tenemos, en las más variadas combinaciones, según la substancia de las esferas que habitamos, dentro del sistema. Él está en *Nuestro Hogar*, de acuerdo con los elementos básicos de la vida, y permanece en la Tierra según las cualidades magnéticas de la misma. Es visto en Júpiter de manera diferente. Ilumina Venus con otra modalidad de luz. Aparece en Saturno con otro ropaje brillante. ¡Sin embargo, es siempre el mismo, siempre la radiante sede de nuestras energías vitales!

Avanzamos, conmovidos, y, al poco tiempo, nos surgió el astro sublime, en la posición que antecede al crepúsculo.

Otras veces, en vista de las posibilidades que ofrece el vuelo espiritual y viajando siempre por la ruta luminosa y fácil de ser seguida, no había puesto mayor atención. Pero, ahora, que atravesábamos nubosidades compactas, notaba profundas diferencias.

A cierta distancia, surgía la Tierra, no en la forma esférica, porque nos hallábamos no lejos de la superficie, pero sí como un paisaje alejado, ínter penetrándose en las extensas regiones espirituales.

El Sol resplandecía, rumbo al Poniente, como una enorme lámpara de oro.

Aniceto, que parecía alegrarse sobremanera, exclamó:

—Entramos en la zona de influencia directa de la superficie terrestre. De ahora en adelante, podremos practicar el vuelo espiritual, utilizando nuestros conocimientos de transformación de la fuerza centrípeta. La luz que nos baña resulta del contacto

magnético entre la energía positiva del Sol y la fuerza negativa de la masa planetaria. Prosigamos. No tardaremos en entrar en Río de Janeiro.

A esa altura, me asaltó el deseo de preguntar algo relativo a la dirección.

–¿Cómo nos orientaremos? –pregunté, curioso.

–Ante todo –respondió el instructor– es necesario recordar que nuestras colonias están situadas en el campo magnético de América del Sur. Cualquier brújula sería sensible, de ahora en adelante, pero, en nuestro caso, es indispensable educar el pensamiento y orientarnos dentro de la energía que le es peculiar.

Empleamos de nuevo, la capacidad de vuelo espiritual y, en poco tiempo, las arboledas de Petrópolis estaban a la vista. Algunos minutos más y nos hallábamos en las grandes arterias cariocas. Por sugestión del instructor, nos acercamos al mar, en intenso ejercicio respiratorio.

Vicente y yo estábamos positivamente exhaustos. Reconocíamos que el esfuerzo había sido muy significativo teniendo en cuenta nuestras escasas fuerzas.

Indiferentes a nuestra presencia, los transeúntes pasaban apresurados, con la mente apegada a los problemas de orden material. Sonaban las bocinas de los autobuses repletos. La gran bahía se nos figuraba llena de fuerzas renovadoras.

Cuando se encendían las primeras luces eléctricas, Aniceto nos invitó, amablemente:

–¡Vamos a reconfortarnos! Ustedes están muy fatigados. Les mostraré que *Nuestro Hogar* tiene, igualmente, algunos refugios en la superficie terrestre.

Sucursal de *Nuestro Hogar*, en la Tierra

Entre las dieciocho y diecinueve horas, alcanzamos una casa sencilla, en un barrio modesto. En el largo curso, a través de las calles con gran movimiento, me sorprendía, sobremanera, al haberseme presentado cuadros totalmente nuevos. Identificaba, ahora, la presencia de muchos desencarnados de orden inferior, siguiendo los pasos de varios transeúntes, o adheridos a ellos, en singular abrazo. Muchos se colgaban de los vehículos, otros nos contemplaban, desde las esquinas distantes. Algunos en grupos, vagaban por las calles, formando verdaderas nubes oscuras, como si hubiesen bajado repentinamente al suelo.

Me asusté. No había notado tales hechos en las excursiones anteriores al círculo carnal. Pero Aniceto comentó que no había sido en vano el auxilio recibido para la intensificación del poder visual. Estábamos en tarea de observación activa, con vistas al aprendizaje.

Sin embargo, no disimulaba mi sorpresa. Las sombras se sucedían unas a las otras y puedo asegurar que el número de

entidades inferiores, invisibles al hombre común, no era menor, en las calles, al de personas encarnadas, en continuo vaivén. No existía allí, la serenidad de los ambientes de *Nuestro Hogar*, ni la calma relativa del Puesto de Socorro del “Campo de la Paz”. Recelos imprevistos se instalaban en mi alma, desagradables choques íntimos me asaltaban el corazón, sin que les pudiese localizar la procedencia. Tenía la impresión nítida de habernos sumergido en un océano de muy diferentes vibraciones, donde respirábamos con cierta dificultad. Nuestro instructor aclaraba que, con el tiempo, serían dilatados nuestros poderes de resistencia y que las penosas sensaciones experimentadas obedecían a la circunstancia de ser aquella la primera vez que descendíamos al ambiente de la superficie terrena en servicio de intenso análisis. Nos recomendaba, buen ánimo y, sobre todo, el conservar la fortaleza mental, ante cualquier cuadro desagradable que tuviésemos que enfrentar de improviso. La eficiencia del auxilio, enfatizaba él, necesita educación persistente. No sería posible ayudar a alguien, sino nos desprendemos de cualquier especie de flaquezas.

Los consejos de Aniceto calmaban nuestra sorprendida e inquieta alma, y yo, en mi interior, hacía de todo, para ajustarme a las indicaciones del bondadoso orientador; mucho más aun, porque él nos aseveraba que diversos compañeros aplazaban nobles realizaciones, a causa de las manifestaciones de injustificable recelo.

Aquella residencia de aspecto tan humilde, que alcanzábamos, ahora, me proporcionaba deliciosa impresión de bienestar. Estaba lindamente iluminada por claridades espirituales, que, precisamente, recordaban nuestra muy distante ciudad. Profundamente sorprendido, observé que nuestro orientador se

había detenido. Notando nuestra admiración, Aniceto indicó la casa pobre y dijo:

–Tenemos aquí nuestro refugio. Es una casa-taller que representa a *Nuestro Hogar*.

Íntimo y profundo asombro me embargó, pero no tuve ocasión de hacer nuevas indagaciones. Necesitaba seguir al instructor, que había tomado la dirección de la pequeña casa. Nos aproximamos al jardín que rodeaba la construcción muy simple y, estupefacto, observé que numerosos compañeros espirituales se asomaban a la ventana, saludándonos alegremente.

¿Qué significaba todo aquello? Había visitado otras veces mi ciudad y mi antiguo hogar, pero nunca había visto tal cosa.

Aniceto comprendió mi perplejidad y exclamó:

–Los hermanos que nos saludan son trabajadores espirituales que se cobijan en esta tienda de amor.

Un caballero muy amable y simpático nos abrió la puerta.

Este pormenor fue otra nota imprevista. Eso no sucedía cuando volvía a mi antigua casa terrestre. Las puertas cerradas no me ofrecían obstáculos. Pero, allí, regía un sistema vibratorio de vigilancia que, hasta entonces yo no conocía.

Nuestro instructor envolvió al anfitrión en un abrazo amistoso, presentándonos enseguida.

–He aquí, mi querido Isidoro –dijo al indicarnos, cariñoso–, son nuestros amigos Vicente y André, nuevos cooperadores de servicio, en *Nuestro Hogar*.

–¡Muy bien! ¡Muy bien! –exclamó Isidoro, abrazándonos– nuestras actividades precisan de trabajadores laboriosos. ¡Entren!

Y añadió, hospitalario:

–La casa pertenece a todos los cooperadores fieles del servicio cristiano.

Era la primera vez que yo veía una entidad espiritual ejerciendo con tanta seguridad la jefatura de una casa terrestre.

Penetramos en el modesto ambiente.

Altamente sorprendido, observé el interior. El paisaje material mostraba algunos muebles sencillos, viejos cuadros al óleo en las albas paredes, vieja máquina de costura operada por una joven aparentando dieciseis años, un muchacho de unos doce años, atento a cuadernos de ejercicio escolar, tres niños de nueve, siete y cinco años, aproximadamente, y, como figura central del grupo doméstico, una señora de cuarenta años, más o menos, bordando una blusa. Enseguida, noté que de la frente, del tórax, de los ojos y de las manos de aquella señora se irradiaba incesante luz que no me permitía refrenar mis expresiones de admiración.

Aniceto la designó, respetuoso, y dijo:

–Tenemos aquí, a nuestra hermana Isabel. Para los ojos humanos ella es la viuda de Isidoro, pero para nosotros es una servidora leal en las actividades de la fe.

Observé que Doña Isabel parecía registrar nuestra presencia, de algún modo, acusando cierta sorpresa en la mirada, pero, Aniceto se adelantó, aclarando:

–Nuestra amiga es señora de gran videncia psíquica, pero los benefactores que orientan nuestros esfuerzos recomiendan que no se le permita la visión total de lo que pasa en torno a sus facultades mediúmnicas. El conocimiento exacto del paisaje espiritual, en que vive, tal vez le perjudicase la tranquilidad. Por

lo tanto, Isabel apenas puede ver, más o menos, la vigésima parte de los servicios espirituales en los que colabora, de modo directo...

A esa altura, Isidoro nos indicó una pequeña sala al lado, y habló a Aniceto en particular:

–Discúlpeme si no les puedo acompañar durante su necesario reposo. No obstante, descansen según su voluntad. Tengo servicios urgentes en la recepción de otros amigos.

Nuestro mentor agradeció, conmovido, y acompañándolo, alcanzamos un modesto salón pobremente amueblado, pero casi repleto de entidades envueltas en edificante conversación.

Reconfortantes luces brillaban en todos los rincones. Había allí un viejo reloj, una tosca mesa de grandes proporciones, una docena de sillas y algunos bancos rústicos.

No obstante, la claridad espiritual reinante era de maravilloso efecto. Se reunía allí, mucha gente esclarecida y generosa del plano invisible a los humanos. Aniceto saludó de modo especial, a los grupos que le eran más íntimos, y nos presentó con la bondad de siempre.

Percibiendo nuestra admiración, aclaró, cuando nos vimos más a solas en un rincón del salón:

–Estamos en una sucursal de *Nuestro Hogar*. Isidoro e Isabel la edificaron, en un acto de heroísmo y fe, habiendo salido de nuestra ciudad para esa tarea, hace ya más de cuarenta años. Gracias a Dios, ambos han vencido, gallardamente, arduas pruebas, y mantienen valerosamente sus compromisos de servicio en la superficie terrestre. Hace tres años, volvió él a nuestra esfera, y con todo eso, gracias al altruismo de la esposa y a los vínculos de amor espiritual que conservan más allá de todas las

expresiones físicas, continúan estrechamente unidos, como en el primer día del reencuentro en la existencia material. Dada esta circunstancia especial, las autoridades de *Nuestro Hogar* le concedieron permiso para continuar en esta casa como esposo amigo, padre devoto, centinela vigilante y trabajador fiel.

Y, tal vez, observando nuestra mayor sorpresa, Aniceto agregó:

–Si, amigos, el acaso no determina responsabilidades ni cuida de la construcción seria. La edificación espiritual pide esfuerzo y dedicación. Así como los navíos del mundo necesitan anclas firmes para atender eficientemente su tarea en los puertos, también nosotros precisamos de hermanos valientes y abnegados que hagan el papel de anclas entre las criaturas encarnadas, a fin de que, por ellas, puedan los grandes benefactores de la Espiritualidad Superior hacerse sentir entre los hombres aún embrutecidos, ignorantes e infelices.

Culto en el Hogar

En las primeras horas de la noche, Doña Isabel abandonó la aguja e invitó a los hijos al Culto del Evangelio en el Hogar.

Notando el interés que me despertaban los niños, Aniceto explicó:

–Las niñas son entidades amigas de *Nuestro Hogar*, que vinieron para servicio espiritual y el necesario rescate en la Tierra. Pero, lo mismo no sucede con el pequeño, que procede de una región inferior.

De hecho, yo identificaba perfectamente la situación. Al niño no lo revestía una sustancia luminosa y atendía a la invitación materna, no como quien se alegra, sino como quien obedece.

Con gran naturalidad se sentaron todos alrededor de la mesa, dando a comprender la antigüedad de aquella bendita costumbre familiar. La hija mayor, que atendía por el nombre de Juanita, traía cuadernos de anotaciones y recortes de periódicos.

La viuda se sentó a la cabecera y después de meditar por unos instantes, recomendó a la pequeña Neli, de nueve años, que hiciese la oración inicial del culto, pidiendo a Jesús el esclarecimiento espiritual.

Todos los trabajadores invisibles se sentaron respetuosos.

Isidoro y algunos compañeros más íntimos del matrimonio permanecieron al lado de Doña Isabel, siendo casi todos vistos y oídos por ella.

Tan pronto comenzó aquel servicio espiritual de la familia, las luces del ambiente se tornaron mucho más intensas.

Profunda sensación de paz me envolvía el corazón.

La pequeña Neli, con voz conmovedora, hizo la oración:

—Señor, sea hecha tu voluntad, así en la Tierra como en los Cielos. ¡Si está en vuestro santo designio que recibamos más luz, Señor, permite que tengamos bastante comprensión del trabajo evangélico! ¡Danos el pan del alma y el agua de la vida eterna! Permanece en nuestros corazones, ahora y siempre. ¡Que así sea...!

Doña Isabel pidió a la hija mayor que leyese una página instructiva y consoladora y enseguida, algún hecho interesante del noticiario común, a lo que Juanita atendió, leyendo un pequeño capítulo de un libro doctrinario sobre la irreflexión, y un triste episodio de un periódico. La primogénita de Isidoro, que mostraba mucha dulzura y afabilidad, parecía impresionada. Se trataba de una joven que habitaba en un barrio distante, que había sido víctima de un doloroso suicidio. El reportero grabó la escena con imágenes muy fuertes. La lectora estaba trémula, sensibilizada.

Tan pronto como Juanita terminó, Doña Isabel abrió el Nuevo Testamento, como si estuviese procediendo por casualidad, pero, en verdad, yo veía que Isidoro, desde nuestro plano, intervenía en la operación, ayudando a elegir el tema de la noche. A continuación, fijó la mirada en la pequeña página y habló:

—Hijos míos, el mensaje de hoy, está en el capítulo 13 del Evangelio de San Mateo. Y al leer el versículo 31, lo hizo en voz alta:

“Otra parábola les propuso diciendo: –El Reino de los Cielos es semejante a un grano de mostaza que el hombre tomó y sembró en su campo”.

Observé, entonces, un fenómeno curioso. Un amigo espiritual, que reconocí como de muy noble condición, por sus resplandecientes vestiduras, colocó su diestra sobre la frente de la generosa viuda.

Antes que le preguntase, Aniceto explicó en voz casi imperceptible:

–Se trata de nuestro hermano Fabio Aletto, que va a dar la interpretación espiritual del texto leído. Los que estén en las mismas condiciones que él, podrán *oírle los pensamientos*; mas, los que estén en una zona mental inferior, recibirán los valores interpretativos, como acontece entre los encarnados, esto es, tendremos la luz espiritual del verbo de Fabio en la traducción del verbo materializado de Isabel.

Nuestro mentor no podría ser más explícito. En pocas palabras me suministró la esencia de la extensa lección.

Noté que la viuda de Isidoro había entrado en profunda concentración por algunos momentos, como si estuviese absorbiendo la luz que la rodeaba. Enseguida, revelando extraordinaria firmeza en la mirada, inició el comentario:

–“Hijos míos, leímos hoy una página sobre la irreflexión y la noticia de un suicidio en muy tristes circunstancias. Afirmo el periódico que la joven suicida se mató por exceso de amor; entretanto, por lo que venimos aprendiendo, estamos seguros de que nadie comete errores, de ese tipo, por amar verdaderamente. De hecho, los que aman son cultivadores de la vida y nunca esparcen la muerte. La pobrecita estaba enferma, perturbada y actuó sin reflexionar. Se entregó a la pasión que confunde el raciocinio y rebaja el sentimiento.

Y nosotros sabemos que, de la pasión al sufrimiento, o a la muerte, no es larga la distancia. Pero, recordemos a esa desconocida amiga, con un pensamiento de simpatía fraternal. Que Jesús la proteja en los nuevos caminos que ha elegido. No estamos examinando un acto, que compete juzgar al Señor, sino un hecho, de cuya expresión debemos extraer la enseñanza justa.

El mensaje evangélico de esta noche asevera, a través de la palabra de nuestro Divino Maestro a los discípulos que el reino de los cielos también es “semejante a un grano de mostaza que el hombre tomó y sembró en su corazón”. Debemos ver, en este pasaje, hijos míos, la lección de las cosas mínimas. La esfera carnal donde vivimos está repleta de irreflexiones de toda suerte. Pocas criaturas comienzan a reflexionar seriamente en la vida y en los deberes, antes del lecho de la muerte física. Al referirnos a las enseñanzas del momento presente, no debemos tan sólo fijar el pensamiento en esa joven que se suicidó en condiciones tan dramáticas. Existen hombres y mujeres, con mayores responsabilidades, en todos los barrios, que evidencian pasiones nefastas y destructoras en el campo de los sentimientos, de los negocios, de las relaciones sociales. Las mentes desequilibradas por la irreflexión permanecen, en este mundo, casi por todas partes. Es que nosotros nos hemos descuidado de las cosas pequeñas. Grande es el océano, y minúscula la gota, pero el océano, tan sólo es, la masa de las gotas reunidas. Nos habla el Maestro, con su divino simbolismo, de la semilla de mostaza. Recordemos que el campo de nuestro corazón está lleno de yerbas espinosas, demorándose, tal vez, desde hace muchos siglos, en terrible esterilidad. Naturalmente, no debemos esperar cosechas milagrosas. Es indispensable barbechar la tierra y cuidar de la plantación. La semilla de mostaza, a la que se refiere Jesús, constituyó el gesto, la palabra, el pensamiento de la criatura humana. Hay muchas personas que hablan bastante de humildad,

pero nunca revelan un gesto de obediencia. Jamás realizaremos la bondad, sin que comencemos a ser buenos. Algo pequeño ha de ser hecho, antes que edifiquemos las grandes cosas. El Señor enseñó muchas veces, que el reino de los cielos está dentro de nosotros. Por lo tanto, es en nosotros mismos donde debemos desenvolver el máximo trabajo de realización divina, sin el cual no pasaremos de grandes irreflexivos. La flora también comenzó de semillas minúsculas. Y nosotros, espiritualmente hablando, hemos vivido en densa flora de males, creados por nosotros mismos, en razón de la falta de vigilancia en la elección de las semillas espirituales. La charla de una hora, el pensamiento de un día, el gesto de un momento, pueden representar mucho en nuestras vidas. Tengamos cuidado con las cosas pequeñas y seleccionemos los granos de mostaza del reino de los cielos. Recordemos que Jesús no enseñó nada en vano. Cada vez que “tomemos” esos granos, de acuerdo a la Palabra Divina, sembrándolos en el campo íntimo, recibiremos del Señor todo el auxilio necesario. Nos concederá la lluvia de bendiciones, el sol del amor eterno, la vitalidad sublime de la esfera superior. Nuestra siembra crecerá y, en poco tiempo, alcanzaremos elevadas edificaciones. Hijos míos, aprendamos la ciencia de comenzar, recordando a cada instante la bondad de Jesús. El Maestro no nos desampara, nos sigue amorosamente, nos inspira el corazón. ¡Sobre todo, tengamos confianza y alegría!

Vi que Flabio retiró la mano de la frente de la viuda y observé que ella entraba a meditar, como quien siente el alejamiento de la idea en curso.

Había una gran conmoción en la asamblea invisible para los niños, quienes por su parte, también parecían impresionados.

Doña Isabel volvió a contemplar maternalmente a los hijos, y habló:

–Tratemos, ahora, de conversar un poco.

Madre e hijos

En el comentario evangélico, yo recogía observaciones interesantes. Tal como en el caso de Ismalia cuando oíamos su sublime melodía, la interpretación de Fabio estaba llena de maravillas espirituales que trascendían a la capacidad receptiva de Doña Isabel. La viuda de Isidro parecía captar tan sólo una parte.

De ese modo, los niños recibían la lección de acuerdo con las posibilidades mediúmnicas de la palabra materna, mientras que a nosotros se nos propiciaba la enseñanza con maravilloso contenido de belleza.

Siempre solícito, el instructor aclaró:

—¡No se admiren del fenómeno! Cada cual recibirá la luz espiritual conforme a su propia capacidad. Hay muchos compañeros nuestros, reunidos aquí, que registran el comentario de Fabio con más dificultad que los propios niños. Todavía tienen grandes limitaciones.

Existía gran respeto en todos los desencarnados presentes.

Fabio Aleto se sentó en un plano superior, mientras que Isidoro se acomodaba junto a la esposa, en el impulso afectivo

del padre que se aproxima, solícito, para la conversación cariñosa con los hijos muy amados.

En ese instante, la pequeñita Marieta, que parecía haber alcanzado los siete años, aprovechando el momento en que la palabra era libre, preguntó a la madrecita, en tono conmovedor:

–Mamá, ¿si Jesús es tan bueno, por qué estamos comiendo una sola vez por día, aquí en casa? En la casa de Doña Fausta, ellos hacen dos comidas, almuerzan y cenan. Neli me contó que en el tiempo de papá también hacíamos así, pero ahora... ¿Por qué será?

La viuda esbozó una sonrisa algo triste y habló:

–Vamos, Marieta, vives muy impresionada con esa cuestión. Hijita, no debemos subordinar todos los pensamientos a las necesidades del estómago. ¿Cuánto tiempo hace que estamos ingiriendo nuestra comida diaria y gozando de buena salud? ¿Cuánto beneficio estaremos recibiendo con esta frugal alimentación?

Juanita intervino, agregando:

–Mamá tiene toda la razón. He visto a mucha gente enfermarse por los abusos en la mesa.

–Además, –afirmó Doña Isabel, reconfortada–, ustedes deben estar seguros de que Jesús bendice el pan y el agua de todas las personas que saben agradecer las dádivas divinas. Es verdad que Isidoro partió antes que nosotros, pero nunca nos faltó lo necesario. Tenemos nuestra casita, nuestra unión espiritual, nuestros buenos amigos. Convénzanse de que Papá aún está trabajando por nosotros.

A esa altura de la conversación, dada nuestra conmoción, Isidoro enjugó sus ojos de lágrimas.

Noemí, la más pequeña, dijo con su voz infantil:

–¡Es verdad! Yo vi a Papá ayudando a sostener la torta que Doña Cora nos trajo el domingo.

–También lo vi, Noemí –dijo Doña Isabel, con los ojos vivamente brillantes–, Papá continúa auxiliándonos.

Y volviéndose hacia todos, manifestó:

–Hijos míos, cuando sabemos amar y esperar, no nos separamos de los seres queridos que, según la vida física, mueren. ¡Tengamos la certeza de la protección de Jesús!...

Marieta, que parecía ahora absolutamente tranquila, asintió:

–¡Cuándo usted habla, mamá, siento que todo es verdad! ¡Qué bueno es Jesús! ¿Y si nosotros no lauviésemos a usted? He visto a pequeños mendigos abandonados. ¡Tal vez no coman cosa alguna, tal vez no tengan amigos como los nuestros! ¡Ah! ¡Cómo debemos ser agradecidos al Cielo!...

La viuda, que visiblemente se confortaba, oyendo aquellas palabras, exclamó con profunda emoción:

–¡Muy bien, hija mía! Nunca debemos reclamar y sí, agradecer siempre. Posiblemente tú no sabrías comprender la situación, si nos encontráramos siempre ante mesas llenas.

Entretanto, observé, que el niño no compartía aquel diluvio de bendiciones. Entre Doña Isabel y las cuatro hijitas había un intercambio constante de vibraciones luminosas, como si estuviesen identificadas en el mismo ideal y unidas en una sola posición; pero el muchacho permanecía espiritualmente distante, cerrado en un círculo de sombras. De cuando en cuando sonreía irónico, insensible a la elevada significación del momento. Valiéndose de una pausa más larga, preguntó a la progenitora, con menos respeto:

–Mamá ¿Qué entiende usted por pobreza?

Doña Isabel respondió, muy serena:

–Creo, hijo mío, que la pobreza es una de las mejores oportunidades de elevación, a nuestro alcance. Estoy convencida de que los hombres afortunados tienen una gran tarea que cumplir en la Tierra, pero admito que los pobres, además de la misión que les corresponde en el mundo, son más libres y más felices. En la pobreza, es más fácil encontrar la amistad sincera, la visión de la asistencia de Dios, los tesoros de la Naturaleza, la riqueza de las alegrías simples y puras. Está claro que no me refiero a los ociosos e ingratos de los caminos terrenales. Me refiero a los pobres que trabajan y conservan la fe. El hombre de grandes posibilidades financieras, muy difícilmente sabrá discernir entre el afecto verdadero y el interés mezquino; creyendo que todo lo puede, no siempre consigue entender la protección divina; por el confort viciado al que se entrega, las más de las veces se aparta de las bendiciones de la Naturaleza; y en vista de que satisface mucho sus propios caprichos, limita la capacidad de alegrarse y confiar en el mundo.

A pesar de la belleza profunda de aquella opinión. El niño permaneció impasible, respondiendo algo contrariado:

–Desgraciadamente, no puedo estar de acuerdo con la señora. Hasta los niños del jardín de infancia piensan de modo contrario.

Doña Isabel cambió la expresión facial, asumió la actitud de quien instruye con noción de responsabilidad, y afirmó:

–No estamos aquí en un jardín de infancia, hijo mío. Estamos en el jardín del hogar, donde nos compete saber que las flores son siempre bellas, pero que la vida no puede proseguir sin la bendición de los frutos. Por donde quiera que andemos en

el mundo, recibiremos muchas sugerencias de la mentira venenosa. Es preciso vigilar el corazón, Juancito, valorando las bendiciones que Jesús nos envía.

Pero, el muchacho, demostrando enorme rebeldía íntima, volvió a decir:

—¿No considera usted razonable alquilar este salón a fin de que tengamos algún dinero de más? Estuve conversando, ayer, con el señor Maciel, cuando llegué de la escuela. Él nos pagaría bien, para tener aquí un depósito de muebles.

Doña Isabel, con ánimo y decisión, respondió con energía, pero sin irritación:

—Tú debes saber, hijo mío, que mientras respetemos la memoria de vuestro padre, este salón será consagrado a nuestras actividades evangélicas. Ya les conté la historia de nuestro culto en el hogar y no deseo que ustedes sean ciegos a las bendiciones del Cristo. Más tarde, Juanito, cuando tú entres directamente en la lucha material, si fuese agradable a tu temperamento, construye casas para alquilar; pero ahora, hijo mío, es indispensable que tú consideres este lugar como algo sagrado para tu madre.

—¿Y si yo insistiese? —preguntó, de mal humor, el pequeño orgulloso.

La viuda, muy calmada, le aclaró con firmeza:

—Si tú insistieses, serás castigado, porque yo no soy madre para crear ilusiones peligrosas al corazón de los hijos que Dios me confió. Si bien es verdad que mucho los amo, no es menos cierto que debo inclinarlos hacia el camino recto.

El pequeño quiso replicar, pero, por lo que me pareció, la luz emitida por el tórax de Doña Isabel, turbó su espíritu rebelde

y se calló, contrariado, amoscado y rabioso. Admiré, entonces, profundamente, a aquella bondadosa mujer, que se dirigía a la hija mayor como amiga, a las hijitas más jóvenes como madre, y al hijo orgulloso como instructora sensata y ponderada.

Aniceto, que también se mostraba satisfecho, nos dijo en tono significativo:

–El Evangelio da equilibrio al corazón.

La pequeña Neli, amedrentada, pidió con humildad:

–¡Mamá, no deje que Juanito alquile la sala!

La viuda sonrió, acarició el pequeño rostro de la hija y aseveró:

–Juanito no hará eso, pues sabrá comprender a su madre. No hablemos más de este asunto, Neli.

Y mirando el reloj, se dirigió a la primogénita:

–Juanita, hija mía, ore agradeciendo, en nuestro nombre. Nuestro tiempo ha concluido.

La joven, con expresión noble y cariñosa, agradeció al Señor, tocándonos los corazones.

En el santuario doméstico

Terminado el culto familiar, uno de los compañeros también dio las gracias.

–Esperemos que esos graneros de sentimientos se multipliquen –dijo Aniceto, sensibilizado. El mundo puede fabricar nuevas industrias, nuevos rascacielos, erigir estatuas y ciudades, pero, sin la bendición del hogar nunca habrá felicidad verdadera.

–Bienaventurados los que cultivan la paz doméstica – exclamó una simpática señora, que estaba presente a nuestro lado, durante la reunión.

Dos cooperadores de *Nuestro Hogar* nos sirvieron alimentos ligeros y sencillos, que no me corresponde especificar aquí, por falta de términos analógicos.

–En casas como ésta –explicó el instructor amigo–, es posible preservar la pureza de nuestras sustancias alimenticias. Los elementos más bajos no encuentran, en este santuario, el campo imprescindible para su proliferación. Tenemos bastante luz para neutralizar cualquier manifestación de las tinieblas.

Y, mientras la familia humana de Isidoro hacía su frugal refección de té con tostadas, en una salita próxima, nosotros

hacíamos un ligero refrigerio, intercalando palabras elevadas y provechosas.

El ambiente continuó animado, en un tenor de franca alegría.

Después de las veintitrés horas, la viuda se recogió con los hijos, a un modesto aposento.

Nuestra sensación de paz, era indescriptible.

Aniceto, Vicente y yo, en compañía de otros amigos, fuimos al pequeño jardín que rodeaba la construcción.

Las flores aterciopeladas exhalaban delicioso perfume. Parecía que la claridad espiritual de ambiente expulsaba las sombras de la noche.

Respirando las brisas acariciadoras que soplaban de la Bahía de Guanabara, contemplé, por primera vez, un delicado fenómeno, que no había observado hasta entonces. Una niña cariñosa, mientras la madre conversaba con un amigo, despreocupadamente, tomó un clavel perfumado, dando un grito de alegría. Vi a la muchacha coger la flor, retirarla del tallo, al mismo tiempo que la parte material del clavel se marchitaba, casi de inmediato. La señora la reprendió acaloradamente:

—¿Qué es eso Regina? No tenemos el derecho de perturbar el orden de las cosas. ¡No lo repitas hija mía! ¡Has disgustado a tu mamá!

Aniceto, sonriendo bondadoso, explicó discretamente:

—Es nuestra Hermana Emilia, servidora de *Nuestro Hogar*, que ha venido hasta aquí, para encontrarse con su esposo que aún se encuentra encarnado.

—¿Y vendrá él hasta aquí? —interrogó Vicente, curioso.

–Vendrá por las puertas del sueño físico –agregó nuestro orientador, sonriente–. Estos hechos, en el círculo de la Tierra, se dan por millares todas las noches. En la mayoría de los hermanos encarnados, el sueño apenas refleja las perturbaciones fisiológicas o sentimentales a las que se entregan; sin embargo, existe gran número de personas que, con más o menos precisión, están aptas para desarrollar este intercambio espiritual.

Estaba sorprendido. Aquel trabajo interesante, al que nos traía Aniceto, con tan vasto campo de servicios generales, me hacía intensamente feliz. En cada rincón de la casa presentía nuevas actividades.

Pese a las luces que nos rodeaban, noté que los cielos prometían aguaceros cercanos. Las brisas leves se habían transformado, repentinamente, en fuerte ventarrón. No obstante, las sensaciones de sosiego eran muy agradables.

El viento, en la superficie, es siempre una bendición celestial –manifestó Aniceto, sentencioso–. Podemos evaluar el carácter divino, en virtud de nuestra condición actual. La presión atmosférica sobre los Espíritus encarnados es de aproximadamente quince mil kilos.

–Pero, es interesante notar –adujo Vicente– que no sentimos tan enorme peso sobre los hombros.

–Es la diferencia de los vehículos de manifestación –aclaró Aniceto, atento–. Nuestros cuerpos y los de nuestros compañeros encarnados presentan una diversidad esencial. Imaginemos el círculo de la superficie terrestre como un océano de oxígeno. Las criaturas terrestres son elementos pesados que se mueven en el fondo, mientras nosotros somos como las gotas de aceite, que pueden elevarse hasta la superficie sin mayores dificultades, por las cualidades de los materiales de que estamos constituidos.

A esa altura de la aclaración, noté que formas sombrías, algunas monstruosas, se arrastraban en la calle, en busca de conveniente abrigo. Observé, con espanto, que muchas tomaban nuestra dirección, para, después de algunos pasos, retroceder amedrentadas. Provocaban asombro. Muchas, parecían verdaderos animales deambulando en la vía pública. Confieso que un insoportable recelo me invadía el corazón.

Calmado, como siempre, Aniceto nos tranquilizó:

—No teman, —dijo—. Siempre que amenaza tempestad, los seres vagabundos de las sombras se mueven procurando asilo. Son los ignorantes que vagan en las calles, esclavizados a las sensaciones más fuertes de los sentidos físicos. Se encuentran aún apegados a las expresiones más bajas de la experiencia terrestre y los aguaceros los incomodan tanto como al hombre común, distante del hogar. Con preferencia buscan las casas de diversión nocturna, donde la ociosidad encuentra válvula propicia en las disipaciones. Cuando esto no se les hace posible, penetran en las residencias abiertas, considerando que, para ellos, la materia del plano aún presenta la misma densidad característica.

Y, demostrando interés en valorar la lección del minuto, añadió:

—Observen como se inclinan hacia acá, huyendo enseguida, espantados e inquietos. Estamos recibiendo una enseñanza más sobre los efectos de la oración. Nunca podremos enumerar todos los beneficios de la oración. Cada vez que se ora en un hogar, se logra el mejoramiento del ambiente doméstico. Cada plegaria emanada del corazón constituye una emisión electromagnética de relativo poder. Por eso mismo, el culto familiar del Evangelio no es tan sólo un curso de iluminación interior, sino también un proceso avanzado de defensa exterior por las claridades espirituales que enciende a su alrededor. El hombre que ora trae

consigo inalienable coraza. El hogar donde se cultiva la oración se transforma en una fortaleza, ¿comprendieron? Las entidades de las sombras experimentan grandes choques al contacto con las vibraciones luminosas de este santuario doméstico, y es por eso que se mantienen a distancia buscando otros rumbos...

En pocos momentos, penetrábamos de nuevo, en el bendito salón de aquella modesta residencia.

Como quien estuviese atravesando un país de sorpresas, otro hecho me despertaba profunda admiración.

Isidoro e Isabel venían hasta nosotros, con sus brazos entrelazados, irradiando ventura. Aquella viuda pobre, de un barrio humilde, se vestía ahora lindamente, no obstante la adorable sencillez de su presencia. Sonreía contenta, al lado del esposo, nos veía a todos y nos saludaba con amabilidad.

—Mis amigos —dijo ella, serena—, mi marido y yo tenemos una excursión instructiva para esta noche. Les dejo a nuestros niños por algunas horas y, desde ya, les agradezco el cuidado y el cariño.

—¡Vaya, hija mía! —respondió una señora de avanzada edad— aproveche el reposo corporal. Deje a los niños con nosotros. ¡Vaya tranquila!

El matrimonio se alejó con la expresión de un sublime noviazgo.

Nuestro orientador se inclinó hacia nosotros y dijo:

—¿Observan ustedes como la felicidad divina se manifiesta en el sueño de los justos? Conozco a pocas almas encarnadas con la ventura de esta admirable mujer, que ha sabido aprender la ciencia del sacrificio individual.

En plena actividad

En el acogedor salón de Doña Isabel, permanecíamos en plena actividad. Allá afuera, había comenzado el fuerte aguacero, pero teníamos la nítida impresión de la gran distancia que nos separaba de la torrencial lluvia.

Después de las primeras horas de la madrugada, el movimiento se intensificó. Mucha gente iba y venía.

—En este puesto de trabajo espiritual, —explicó el orientador—, en la esfera a la que los encarnados llamarían sueño, se encuentran numerosos hermanos. En esa tarea, no es fácil transmitir mensajes de tenor instructivo, utilizando lugares comunes contaminados de materia mental poco digna. Es en los lugares edificantes, como éste, donde conseguimos acumular las mayores cantidades de fuerzas positivas de la espiritualidad superior, y es posible prestar grandes beneficios a los que se encuentran encarnados en el planeta.

Profundicé mis observaciones, verificando que muchas de las personas recién llegadas parecían convalecientes, titubeantes... Algunos se mantenían de pie, bajo el amparo de brazos cariñosos. Eran los amigos encarnados que valiéndose del desprendimiento parcial, por el sueño físico, se reunían con

nosotros, aprovechando el auxilio de entidades generosas y delicadas. No obstante, reconocía, que la mayor parte no entendía, con precisión, lo que se les deseaba decir. Muchos parecían enfermos e incapaces de comprender. Sonreían de manera infantil, revelando buena voluntad en la recepción de los consejos, pero gran incapacidad de retención. Yo estudiaba aquellos cuadros ambientales con justa extrañeza. Siempre cuidadoso, Aniceto vino al encuentro de nuestra perplejidad.

—Los Espíritus encarnados —dijo—, tan pronto como se realiza la consolidación de los lazos físicos, quedan sometidos a las imperiosas leyes dominantes en la superficie terrestre. Entre ellos y nosotros existe un espeso velo. Es la muralla de las vibraciones. Sin la obliteración temporaria de la memoria, no se renovarían la oportunidad. Si nuestro campo les fuera francamente abierto, olvidarían las obligaciones inmediatas, preferirían el parasitismo, perjudicando su propia evolución. He aquí porque raramente están lúcidos a nuestro lado. En la mayoría de los casos, junto a nosotros, permanecen vacilantes, debilitados... Vean aquella joven señora encarnada, que conversa con su abuelita quien trabaja con nosotros, en *Nuestro Hogar*.

Diciendo así, Aniceto indicó a un grupo próximo.

La anciana, de ojos brillantes y gestos decididos, se abrazaba a la nieta, lánguida y palidísima.

—Nieta —exclamaba la anciana, en tono firme—, no des tanta importancia a los obstáculos. Olvida a los que te persiguen y no odies a nadie. Conserva tu paz espiritual, por encima de todo. Tu madre no te puede ayudar ahora, pero cree en la continuidad de nuestra vida. Abuela no te olvidará. La calumnia, nieta, es una serpiente que amenaza el corazón; pero, si la encaramos de frente, fuertes y tranquilas, veremos, en poco tiempo, que la

serpiente no tiene vida propia. Es una víbora de juguete que se quiebra como el vidrio, por el impulso de nuestras manos. Y, vencido el espantajo, en lugar de la serpiente, tendremos con nosotros la flor de la virtud: ¡No temas, querida! ¡No pierdas la sagrada oportunidad de testimoniar la comprensión de Jesús!...

La joven señora no respondía, pero sus ojos semilúcidos estaban llenos de lágrimas. Demostraba en el gesto vago una consolación divina, recostada en el pecho cariñoso de la devota anciana.

–Esta hermana, ¿se acordará de todo, al despertar en el cuerpo físico? –preguté, intrigado, a nuestro orientador.

Aniceto sonrió y aclaró:

–Siendo la abuela superior y ella inferior, y, examinando la condición de los planos de vida en las que ambas se encuentran, la joven encarnada está bajo el dominio espiritual de la benefactora. Por lo tanto, existe entre ambas una corriente magnética recíproca, pero, donde se destaca que la abuela amiga es poseedora de una ascendencia positiva. La nieta no ve el ambiente con precisión, ni oye las palabras integralmente. No olvidemos que el desprendimiento en el sueño físico vulgar, es fragmentario y que la visión y la audición, peculiares al encarnado, se encuentran también restringidas en él. Pues, el fenómeno, es más de unión espiritual que de percepciones sensoriales, propiamente dichas. La joven está recibiendo positivas consolaciones, de Espíritu a Espíritu. No se acordará, despertando en los velos materiales más groseros, de todos los detalles de este venturoso encuentro que acabamos de presenciar. Pero, despertará valerosa y bien dispuesta, sin poder identificar la causa de la restauración del buen ánimo. Dirá que soñó con la abuela en un lugar donde había mucha gente, sin recordar las concreciones del hecho, agregando que vio, en el sueño, a una cobra amenazadora,

que después se transformó en serpiente de vidrio, quebrándose al impulso de sus manos, para transformarse en flor perfumada, de la cual conserva aún el recuerdo agradable del aroma. Afirmará que soberano consuelo le invadió el alma y, en el fondo, comprenderá el mensaje consolador que le fue concedido.

—¿No se recordará de las palabras oídas? —indagó Vicente, curioso.

—Necesitaría haber adquirido profunda lucidez en el campo de la existencia física —prosiguió Aniceto, explicando— y debo aclarar que recordará las imágenes simbólicas de la víbora y de la flor, porque está en relación magnética con la venerada abuelita, recibiendo su emisión de pensamientos positivos. La benefactora no sólo habla. También está pensando con fuerza. Pero la nieta no está oyendo o viendo por el proceso común, está percibiendo claramente la creación mental de la anciana amiga, y dará exacta noticia de los símbolos entrevistados y archivados en la memoria real y profunda. De ese modo, no tendrá dificultades para informarse en cuanto a la esencia de lo que la bondadosa abuela desea transmitirle al corazón sufridor, comprendiendo que la calumnia, cuando hiere una conciencia tranquila, no pasa de serpiente mentirosa, transformándose en flor de nueva virtud, cuando es enfrentada con el valor de un coraje sereno y cristiano.

La lección había sido profundamente significativa para mí. Comenzaba a adquirir amplias nociones del intercambio entre las dos esferas. Pensé en el gran esfuerzo de los que indagan en el mundo de los sueños. ¡Cuánta riqueza psíquica, susceptible de ser conquistada, si los investigadores consiguiesen trasladar el centro del estudio, de los procesos fisiológicos para el campo de las verdades espirituales! Recordé el psicoanálisis, la tesis freudiana, las manifestaciones instintivas, inferiores.

Percibiendo mis elucubraciones, el consagrado mentor me dirigió la palabra de manera especial:

–Freud –aseveró Aniceto– fue un gran misionero de la Ciencia; no obstante, se mantuvo, como cualquier Espíritu encarnado, bajo ciertas limitaciones. Hizo mucho, pero no todo, en la esfera de la investigación psíquica.

Por la pausa de nuestro instructor, percibí que él no deseaba entrar en minucioso examen de la famosa teoría. Pero, recordando la extraordinaria importancia atribuida por el gran científico a las tendencias inferiores, indagué un tanto tímido:

–¿Habrán centros de reunión para los espíritus desequilibrados en el mal, como sucede aquí con los amigos interesados en el bien?

El generoso mentor sonrió, benévolo y dijo:

–No tenga dudas en cuanto a eso. A través de las corrientes magnéticas susceptibles de movimiento, cuando se efectúa el sueño de los encarnados, son mantenidas obsesiones inferiores, persecuciones permanentes, explotaciones psíquicas de baja clase, vampirismo destructor y diversas tentaciones. Aún son relativamente pocos, los hermanos encarnados que saben dormir para el bien...

Y, haciendo un gesto por demás expresivo, concluyó:

–Líbrenos el Señor de caer nuevamente...

Trabajo incesante

Al amanecer, observé que Aniceto recibía a numerosos amigos, con los cuales se entendió en particular. Nos informó el estimado orientador, por espíritu de delicadeza, que traía consigo varias misiones, de acuerdo con las instrucciones de Telésforo, las cuales se veía forzado a tratar en carácter privado, no ocultándonos el objetivo esencial, que era, por lo que dijo, el combate activo a una gran cooperativa de desencarnados ignorantes, congregados para el mal.

Mientras él se mantenía en conversación íntima, por nuestra parte, oíamos a otros amigos de la tarea espiritual.

El día rayaba, ahora, con soberano esplendor. Teníamos la impresión de que la lluvia de la noche había barrido las sombras del firmamento.

Por el número de trabajadores espirituales que pernoctaron en la humilde casita, reconocí la importancia de aquel núcleo de servicio, tan apagado a los ojos del mundo.

Una señora, que se aproximaba a nosotros, exclamaba, conmovida.

—Que el Señor recompense a nuestra hermana Isabel,

concediéndole fuerzas para resistir a las tentaciones del camino. Por haber descansado en este nido de amor, pude encontrar a mi pobre hija, desviándola del suicidio cruel. ¡Gracias a la Providencia Divina!

Incapaz de resistir el deseo de aprender, pregunté, curioso:

–Pero, ¿cómo la encontró, hermana mía?

–En el sueño –respondió la ancianita bondadosa–. Mi Dalva quedó viuda hace tres años, y hace once meses, también la dejé sola, por haber desencarnado. La pobrecita no ha resistido al sufrimiento como debería y se dejó envolver por entidades maléficas, que traman su ruina. En balde me aproximó a ella, durante el día, pero, con la mente imbuida en negocios y complicaciones materiales, no me puede sentir la influencia. Necesitaba encontrarme con ella por la noche, y eso no era fácil, porque no tengo suficiente elevación espiritual para operar sola y el grupo en el que sirvo no podía demorarse en la superficie terrestre una noche entera por mi causa. Entonces una amiga me trajo a este puesto de servicio de *Nuestro Hogar*. Aquí descansé y pude actuar con los grupos de tarea permanente, ayudada por infatigables operarios del bien.

–¿Y consiguió sus fines con facilidad? –preguntó Vicente interesado.

–¡Gracias a Jesús!, –respondió la señora, evidenciando enorme satisfacción– ahora sé que mi hija recibió mis consejos cariñosos de madre y estoy segura de que atenderá mis ruegos.

–Escuche, amiga mía –interrogué–, ¿existen muchos puestos de *Nuestro Hogar*, como éste?

–Por lo que me informaron, existe un buen número de ellos, no sólo aquí, sino también en otras ciudades del país, además

de numerosas instituciones que representan a otras colonias espirituales, entre las gentes encarnadas en la Tierra. En esos núcleos, siempre hay posibilidades avanzadas, imprescindibles para nuestro abastecimiento para la lucha.

En ese instante, dos camaradas que nos habían dirigido la palabra durante la noche, despertándonos sincera simpatía, nos presentaron sus respetos.

–¿Pero, cómo? –pregunté– ¿se retiran tan temprano?

–Vamos al trabajo –me respondió uno de ellos–; esta noche, se realizará el estudio evangélico y debemos auxiliar a los hermanos ignorantes y sufridores que estén en condiciones de venir hasta aquí.

–¿También existe semejante tarea? –indagué, asombrado.

–¿Cómo no, querido mío? Jesús mismo ya decía, hace muchos siglos, que la mies es grande. Hay trabajo para todos. Y nos corresponde reconocer que esta casa de asistencia cristiana funciona, desde hace casi veinte años, de manera incesante.

–¿Permanecen ustedes aquí desde los comienzos de la fundación? –interrogué.

El interlocutor aclaró inmediatamente:

–No. Muchos, como nosotros, hacen aquí una práctica de servicio. Solamente algunos cooperadores de Isidoro e Isabel, están aquí desde el inicio de la institución. Pero, nosotros estamos aquí trabajando hace sólo dos años consecutivos. Un puesto como éste, es siempre una escuela activa y santa, y los que se encuentren en el clima de la buena voluntad, no deben perder la ocasión para aprender.

–Disculpenme tantas interrogaciones –volví a decir–, pero

estimaría saber si ustedes son los únicos con las atribuciones de reclutar a los que ignoran y sufren, para la instrucción y el consuelo.

–No. Hildegardo y yo, apenas, somos auxiliares de algunas manzanas de casas en el centro urbano. En ese ramo de socorro, los colaboradores son numerosos.

A esa altura, uno de los hermanos, que me parecía integrar el cuerpo de orientación de la casa, se aproximó y le habló a nuestro interlocutor, de manera especial:

–Vieira, le recomiendo a usted y a Hildegardo la mejor observancia de la disciplina de nuestro círculo doctrinario. Sería inútil traer hasta aquí a entidades vagabundas o de mala fe, obedeciendo a sentimientos de simpatía personal. No podemos perder tiempo con Espíritus escarnecedores y ociosos, ni con aquellos que se aproximan a nuestra casa alimentando ciertas intenciones de naturaleza inferior. No faltarán providencias de Jesús en otra parte para esa gente. Recuerden eso.

No es falta de caridad, es comprensión del deber. Tenemos un programa de trabajo muy serio, en el campo de la evangelización y del socorro, no podemos abusar de la concesión de nuestros mayores de la Espiritualidad Superior. Quien acepta un compromiso está sujeto a rendir cuentas. Por mucho que ustedes amen a alguna entidad ociosa o irónica, no faciliten los abusos de ella. Ayúdenla de manera individual, cuando dispongan de tiempo y posibilidades para eso. No arrastren al grupo a dificultades. No se olviden de que existen determinados núcleos de tareas para los sordos y ciegos voluntarios.

Vieira y el compañero se pusieron muy pálidos y no respondieron palabra.

Cuando el orientador se apartó, sereno y altivo, Vieira explicó, desalentado:

—Recibimos una amonestación justa.

Y como notase nuestro deseo de aprender, prosiguió atento:

—Infelizmente, Hildegardo y yo tenemos algunos parientes desencarnados en dolorosas condiciones espirituales. En la reunión pasada, trajimos a mi tío Hilario y al primo Carlos, aun sabiendo que ambos no se encontraban preparados para reflexiones serias, por su falta de respeto a las leyes divinas en los ambientes inferiores en los que se mueven. Pero, ambos se manifestaron tan deseosos de renovarse, que oímos, por encima de todo, a la simpatía personal, olvidando la necesidad de una preparación conveniente. Vinieron con nosotros, se sentaron entre los numerosos oyentes. Pero en medio de los estudios evangélicos, intentaron asaltar las facultades mediúmnicas de la hermana Isabel, para la transmisión de un mensaje poco edificante. Sintiendo nuestra vigilancia y sorprendidos por los cooperadores de esta santificada casa, se rebelaron, produciéndose un gran disturbio. Si no fuese por las barreras magnéticas del servicio de guardia, habrían causado males muy serios. Así, la reunión fue menos provechosa, por la gran pérdida de tiempo. Ahora, naturalmente, fuimos responsabilizados...

—¡Dios mío! —exclamó Vicente, admirado— ¡Cuánta lección nueva!

—¡Ah! ¡Sí mi amigo —volvió a decir Vieira, resignado—, aquí no debemos abusar tanto del amor, como en el círculo carnal! Nadie está impedido de ayudar, querer bien, interceder; todos podemos auxiliar a los que amamos, con los recursos que nos sean propios, pero la palabra “deber” tiene aquí una significación evidente para quien desee sinceramente caminar hacia Dios.

Rumbo al campo

Casi todos los servidores espirituales se pusieron camino a sus distintas tareas. Solamente algunos amigos permanecerían en la residencia de Doña Isabel, en misión de auxilio y vigilancia.

Noté que Aniceto continuaba distribuyendo diversas instrucciones, de carácter confidencial, a determinados compañeros, con respecto a la misión que le había confiado Telésforo.

Pero, antes del medio día, nos invitó a acompañarlo.

–En esta casa –nos dijo, bondadosamente– encontramos nuevo vigor el cual nos es imprescindible para el trabajo. Recibimos refuerzos de energía, nos alimentamos convenientemente para proseguir en el esfuerzo, pero, convengamos que, para muchos de nosotros, la noche representó una serie de extensas y exhaustivas actividades. Necesitamos de algún descanso. Volveremos al crepúsculo.

¿A donde iríamos? Lo ignoraba. Recordé que, de hecho, si algunos habían reposado en el santuario doméstico, durante la noche, la mayoría había trabajado intensamente, y concluí que, si muchos por la mañana habían tomado rumbo a las obligaciones, otros habrían buscado el reposo indispensable.

—¿A donde vais?—preguntó un compañero de la vigilancia, que se había hecho nuestro amigo.

Antes de que respondiésemos, Aniceto aclaró:

—Vamos al campo.

Y, dirigiéndose especialmente a Vicente y a mí, expresó:

—Utilicemos nuestra capacidad de vuelo, ya que no tenemos objetivos inmediatos en el centro urbano.

Noté que ahora, usaba mis facultades de vuelo con creciente facilidad. La excursión educativa, con escala en el Puesto de Socorro de “Campo de la Paz”, me había hecho un gran bien. Había mejorado mi adiestramiento, me sentía fortalecido frente a las vibraciones de orden inferior, movilizaba mis propios recursos sin dificultad. Reparé, igualmente, que mis posibilidades visuales crecían sensiblemente. Volando, no había observado, hasta entonces, lo que verificaba ahora, extremadamente sorprendido. Antes, veía solamente a los hombres, a los animales, a los vehículos y edificios, pegados al suelo. Ahora la visión se me había dilatado. Reconocía sin dificultad, el considerable peso del aire que se adhería a la superficie. Tuve la impresión de que nadábamos en alta zona de un mar de oxígeno, viendo abajo, en las aguas turbias, enorme cantidad de hermanos nuestros que se arrastraban pesadamente, metidos en escafandras muy densas, en el fondo lodoso del océano.

—¿Están viendo aquellas manchas oscuras en la vía pública?—indagaba nuestro orientador, percibiendo nuestra extrañeza y el deseo de aprender cada vez más.

Como no supimos definir con exactitud a lo que se refería, prosiguió explicando:

—Son nubes de distintas bacterias. Fluctúan, casi siempre

también, en grupos compactos, obedeciendo al principio de las afinidades. Observen aquellos arabescos de sombras...

Y nos indicaba ciertos edificios y ciertas regiones de la ciudad.

—¡Vean los grandes núcleos parduscos o completamente oscuros!... Son zonas de materia mental inferior, materia que es expelida incesantemente por cierta clase de personas. Si nos demoramos en las investigaciones, veremos igualmente a los monstruos que se arrastran siguiendo los pasos de ciertas personas, atraídos por ellas mismas...

Imprimiendo grave inflexión a las palabras, dijo:

—Tanto asalta al hombre la nube de bacterias destructoras de la vida física, como las formas caprichosas de las sombras que amenazan el equilibrio mental. Como ven, el “orad y vigilad” del Evangelio tiene profunda importancia en cualquier situación y en cualquier tiempo. Tan sólo los hombres de mentalidad positiva, en la esfera de la espiritualidad superior, consiguen sobreponerse a las múltiples influencias de naturaleza inferior.

Interesado en un mayor esclarecimiento, pregunté:

—Pero, la materia mental emitida por el hombre inferior ¿tiene vida propia como el núcleo de corpúsculos microscópicos de los que se originan las enfermedades corporales?

El mentor generoso sonrió singularmente y afirmó:

—¿Cómo no? Ustedes, actualmente, no desconocen que el hombre terrestre vive en un aparato psicofísico. En el capítulo de las enfermedades, no podemos considerar tan sólo la situación fisiológica propiamente dicha, sino también el cuadro psíquico de la personalidad encarnada. Por tanto, si tenemos la nube de bacterias producidas por el cuerpo enfermo, tenemos la nube

de larvas mentales producidas por la mente enferma, en identidad de circunstancias. De ese modo, en la esfera de las personas desprevenidas de recursos espirituales, tanto enferman los cuerpos, como las almas. En el futuro, por ese mismo motivo, la medicina del alma absorberá a la medicina del cuerpo. Podemos, actualmente en la Tierra, suministrar tratamiento al organismo de carne. Semejante tarea dignifica la misión que da consuelo, instrucción y alivio. Pero, en lo que concierne a la curación real, estamos forzados a reconocer que ésta pertenece exclusivamente al hombre-espíritu.

–¡Dios mío! –exclamó Vicente, asombrado– ¡a qué peligros está sometido el hombre común!

–Por eso –continuó, Aniceto, cuidadoso–, la existencia terrestre es una gloriosa oportunidad para los que se interesan por el conocimiento y la elevación de sí mismos. Y por esta misma razón, enseñamos la necesidad de la fe religiosa entre las criaturas humanas. Desarrollando esta campaña, no pretendemos intensificar las pasiones nefastas del sectarismo, sino crear un estado positivo de confianza, optimismo y ánimo saludable en la mente de cada compañero encarnado. Hasta ahora, sólo la fe puede proporcionar esa realización. Las ciencias y las filosofías preparan el campo; entretanto, la fe que vence a la muerte, es la simiente vital. Poseyendo su valor eterno, encuentra el hombre suficiente dinamismo espiritual, para combatir hasta la victoria plena de sí mismo.

Comprendiendo que necesitaría completar el esclarecimiento, manifestó después de una pausa más larga:

–Todos precisamos saber emitir y saber recibir. En ese menester, para alcanzar la posición de equilibrio, los hombres encarnados y nosotros, nos empeñamos en una lucha incesante.

Y ya que conocemos algo de la eternidad, es necesario no olvidar que toda caída perjudica la realización, y todo esfuerzo noble ayuda siempre.

Las explicaciones recibidas no podrían ser más claras. Pero, aquella visión, de calles repletas de puntos sombríos que se desplazaban lentamente, alcanzando hombres y vehículos, en las vías públicas, me asombraba.

Sediento de enseñanzas, volví sobre el asunto:

–Para mí, la lección tiene incalculables valores. Y cuando pienso en el alto poder reproductivo de la flora microbiana...

Pero, Aniceto, no me dejó terminar. Conociendo, de antemano, mi natural pregunta, me cortó la frase, exclamando:

–Sí, André, si no fuese por el poder mucho mayor de la luz solar, unida al magnetismo terrestre, poder ese que destruye intensivamente para seleccionar las manifestaciones de la vida, la flora microbiana de orden inferior, no habría permitido, en la esfera de la superficie terrestre, la existencia, ni siquiera de un solo hombre. Por esta razón, el suelo y las plantas están llenos de principios curativos y transformadores.

Y, moviendo significativamente la cabeza concluyó:

–No obstante el poder inmenso de ese recurso divino, mientras sean los hombres, herederos de Dios, quienes cultiven el campo inferior de la vida, habrá también creaciones inferiores, en suficiente número para la batalla sin treguas en la que deben ganar los valores legítimos de la evolución.

Entre árboles

Transcurridos algunos minutos, alcanzábamos una pequeña propiedad rural, poblada de acogedora arboleda.

Los naranjos en flor se perdían de vista. Los plátanos se extendían en forma de abanico, mientras el guayabal, de lejos se asemejaba a fuertes manchas de intenso verdor. La suave hierba invitaba al descanso. Y la leve brisa batía con calma, susurrando su canto a través del follaje.

Aniceto respiró profundamente, y dijo:

—Los desencarnados, aunque no se fatigan como los terrestres, no pueden prescindir de la pausa de reposo. En general, nuestras operaciones, por la noche, son activas y laboriosas. Apenas un tercio de los compañeros espirituales, en servicio en la Tierra, permanecen en la actividad diurna.

Y, notando nuestra justa curiosidad, enfatizó:

—Además, esto es razonable. El día terrestre pertenece, con más propiedad, al servicio del Espíritu encarnado. El hombre debe aprender a actuar, dando pruebas de comprensión de las leyes divinas. Por lo menos durante cierto número de horas, debe estar más a solas con las experiencias que le corresponden.

Nuestro instructor amigo sonrió y comentó:

–El día y la noche constituyen, para el hombre, una hoja del libro de la vida. La mayor parte de las veces, la criatura escribe solita, en su página diaria, las palabras, pensamientos, intenciones y actos con la tinta de los sentimientos que le son propios, e inversamente, esto es, en la reflexión nocturna, la ayudamos, cuando el Señor nos lo permite, a rectificar las lecciones y acertar las experiencias.

Al callarse nuestro orientador, volcamos nuestra atención exclusivamente hacia la belleza circundante. Aquel campo amigo y hospitalario se caracterizaba por un ambiente muy distinto. No más las vibraciones pesadas de la gran ciudad, y sí la brisa leve, impregnada de perfumes muy suaves. Reflexionaba en la bondad del Señor, que nos ofrecía nuevos recursos, cuando Aniceto volvió a decir:

–La Naturaleza nunca es la misma en todas partes. No hay dos porciones de tierra con climas absolutamente iguales. Cada colina, cada valle, posee diferentes condiciones climatológicas. Pero, es forzoso reconocer, que el campo, en cualquier condición, en el círculo de los encarnados, es la reserva más abundante y vigorosa de principios vitales. En general, todos nosotros, los cooperadores espirituales, estimamos el aire de la mañana, cuando la atmósfera permanece igualmente en reposo, exenta de las partículas de polvo convertidas en microscópicos balones de bacilos y de otras expresiones inferiores. Pero los trabajos de hoy no nos han permitido descansar más temprano...

Apoyándonos en la suave hierba, y, percibiendo nuestra sed de saber, Aniceto prosiguió:

–Me expreso así, porque en la selva tenemos una fuerte densidad, por la pobreza de las emanaciones, en vista de la impermeabilidad al viento. Ahí, el aire tiende a convertirse en un elemento asfixiante, por el exceso de emisiones de los reinos inferiores de la Naturaleza. En la ciudad, la atmósfera es compacta y el aire también sofoca, por la densidad mental de las más bajas aglomeraciones humanas. De ese modo, en el campo, tenemos el centro ideal...

Indicando, complacido, el follaje oscilante, afirmó:

–Aquí reina la paz relativa y equilibrada de la Naturaleza terrestre. Ni el estado salvaje de la selva virgen, ni el sofoco de los fluidos humanos. El campo es nuestro generoso camino central, la armonía posible, el reposo deseable.

Embelesados con el canto de algunas aves solitarias, reposamos algunas horas, magníficamente aislados en el templo de la Naturaleza.

Con las primeras tonalidades del crepúsculo, Aniceto nos invitó a dar un rápido paseo por las inmediaciones.

Reconocía que estábamos mucho más dispuestos.

Solamente después de caminar por algunos minutos, observé que en las cercanías había gran cantidad de trabajadores espirituales.

En vista de mis interrogaciones, nuestro mentor explicó, bondadosamente:

–El campo es también un vasto taller para los servicios de nuestra colaboración activa.

Y señalando a los servidores, que iban y venían, consideró:

–El reino vegetal posee numerosos cooperadores. Posiblemente, ustedes, ignoran que muchos hermanos se preparan para obtener el mérito de una nueva encarnación en el mundo, prestando servicio a los reinos inferiores. Por todas partes, el trabajo con el Señor es una escuela viva.

En ese momento, nuestra atención fue atraída por un significativo movimiento en el camino cercano.

Nos dirigimos hacia allá, siguiendo los pasos de Aniceto, que parecía adivinar lo que acontecía.

Observé, entonces, un cuadro interesante: un hombre yacía en tierra, en un charco de sangre, al lado de un pequeño carro tirado por un burro impaciente, que daba muestras de gran inquietud. Dos compañeros encarnados prestaban socorro al herido, apresuradamente: “Es necesario conducirlo a la hacienda sin pérdida de tiempo”, decía uno de ellos, afligido, “temo que se haya fracturado el cráneo”. El número de desencarnados que prestaba auxilio al pequeño grupo, era muy grande.

Un amigo espiritual que parecía ser el jefe, en aquella aglomeración, recibió a Aniceto y a nosotros con deferencia y simpatía, explicó rápidamente lo que había ocurrido. El carretero había recibido la patada de un burro y era necesario socorrer al herido.

Apaciguada la situación, vi al superior jerárquico cuando llamaba a un guardia del camino, interpeándolo:

–Glicerio, ¿cómo permitió semejante acontecimiento? Este trecho del camino está bajo su responsabilidad directa.

El subordinado, respetuoso, ponderó, sensatamente:

–Hice lo posible por salvar a este hombre, que por lo demás, es un pobre padre de familia. Mis esfuerzos fueron vanos, por su imprudencia. Hace mucho que siempre que pasa por aquí busco rodearlo de cuidados; sin embargo, el infeliz no tiene el mínimo respeto por los dones materiales de Dios. Es de una grosería inenarrable para con los animales que lo ayudan a ganar el pan. No sabe sino gritar, encolerizarse, zurrar y herir. Tiene la mente cerrada para las sugerencias de agradecimiento. No considera otra cosa que maldecir y dar latigazos. Hoy, tanto perturbó al pobre asno que lo ayuda, tanto lo castigó, que parecía más embrutecido... Cuando se volvió casi irracional, por el exceso de furia e ingratitud, mi auxilio espiritual se tornó ineficaz. Atormentado por las descargas de cólera del conductor, el humilde burro lo atacó a patadas: ¿Qué hacer? Mi obligación fue cumplida...

El superior, que oía atentamente los alegatos, respondió sin vacilar:

–Tiene razón.

Y como dirigiese una mirada a Aniceto, deseando su aprobación, nuestro orientador afirmó:

–Auxiliemos al hombre, en todo cuanto esté en nuestras manos, cumplamos nuestro deber con el bien, pero no despreciemos las lecciones: Este trabajador imprudente fue castigado por sí mismo. La cólera es castigada por sus consecuencias. Al mal, sigue el mal. Si los seres inferiores, nuestros hermanos en el gran hogar de la vida, nos suministran los valores del servicio, debemos darles, por nuestra parte, los valores de la educación. Ahora bien, nadie puede educar odiando, ni edificar algo útil con la furia y la brutalidad.

E, indicando al grupo que conducía al herido a una casa próxima, concluyó, imperturbable:

–Como hombre común, nuestro pobre amigo sufrirá muchos días, tirado en el lecho; entre las aflicciones de los familiares, se demorará un tanto en restablecer el equilibrio orgánico; pero, como Espíritu eterno, recibió ahora una lección útil y necesaria.

Altamente sorprendido, contemplé la gran serenidad de nuestro orientador y comencé a comprender que nadie le falta el respeto a la Naturaleza sin que reciba el doloroso choque de retorno, en todo momento.

Evangelio en el ambiente rural

Concluidos los comentarios más vivos, con relación al desagradable episodio, el superior jerárquico de aquel gran grupo de trabajadores espirituales, preguntó a nuestro orientador, con delicadeza:

—Noble Aniceto, valiéndonos de la oportunidad, ¿aun en el día de hoy, podríais interpretar alguna lección evangélica para nosotros?

Aniceto accedió, presuroso.

Noté que el interés en torno al asunto era enorme.

Con gran sorpresa, vi que los servidores del campo le traían al estimado mentor un libro que no tuve dificultad en identificar. Era un ejemplar del Evangelio, que Aniceto abrió con firmeza, como sabiendo donde estaba la lección del momento.

Observando la página escogida, comenzó a meditar, mientras sublimada luz le aureolaba la frente. Se hizo profundo silencio. Todos los colaboradores demostraban gran interés por la palabra que se haría oír. Todo daba un aspecto imponente y de calma en la Naturaleza. Un rebaño bovino se había acercado a nosotros, atraído por fuerzas magnéticas que no conseguí

comprender. Desde lejos, llegaron también, algunos mulos humildes. Y las aves se tranquilizaron en las abundantes ramas, sin emitir un solo pío. La única voz que entonaba, leve y suave melodía, era la de la brisa, susurrando armonía y frescura. El paisaje no podía ser más bello, vestido en el oro líquido del Poniente. Exceptuada la natural rusticidad del cuadro vivo, el ambiente sugería recuerdos fieles de los verdes salones de *Nuestro Hogar*.

Aniceto, sumergiendo la mirada en el Libro Sagrado, leyó en voz alta los versículos 19, 20 y 21 del capítulo 8, de la Epístola a los Romanos.

–“Porque el ardiente anhelo de la criatura, espera la manifestación de los hijos de Dios. Porque la Creación quedó sujeta a la vanidad, no por su voluntad, mas por causa del que la sujetó, en la esperanza de que también la misma criatura será liberada de la servidumbre de la corrupción, para la libertad de la gloria de los hijos de Dios”.

Enseguida, reflexionó algunos instantes y comentó, con evidente inspiración:

–¡Hermanos, recibamos la bendición del campo, alabando el Amor y la Sabiduría de Nuestro Padre! ¡Exaltemos el Soberano Espíritu de la Vida, que sopla en nosotros la fuerza eterna de la incesante renovación! ¡Ponderemos la palabra del Apóstol de la Gentilidad, para extraerle el contenido divino!... Desde hace milenios, la Naturaleza espera la comprensión de los hombres. No se ha alimentado tan sólo de esperanza, mas vive en ardiente expectativa, aguardando el entendimiento y el auxilio de los Espíritus encarnados en la Tierra, más particularmente considerados hijos de Dios. Entretanto, las fuerzas naturales continúan sufriendo la opresión de todas las

vanidades humanas. Pero, esto ocurre, mis amigos, porque también el Señor tiene esperanza en la liberación de los seres esclavizados en la Tierra, para que se verifique igualmente la libertad en la gloria del hombre. ¡Conozco de cerca vuestros sacrificios, abnegados trabajadores espirituales del suelo terrestre! Muchos de vosotros permanecéis aquí, como en múltiples regiones del planeta, ayudando a compañeros encarnados, encadenados a las ilusiones de la ganancia de orden material. ¿Cuántas veces, vuestro auxilio es convertido en bajas explotaciones en el campo de los negocios terrestres? La mayoría de los cultivadores de la tierra todo lo exige sin ofrecer nada: Mientras veláis, cuidadosamente, por el mantenimiento de las bases de la vida, habéis visto a la civilización funcionando cual vigorosa máquina de triturar, convirtiéndose los hombres, nuestros hermanos, en pequeños Moloques¹ de pan, carne y vino, absolutamente sumergidos en los vicios de los sentimientos y en los excesos de la alimentación, despreocupados de la inmensa deuda contraída con la Naturaleza, amorosa y generosa. Ellos oprimen a las criaturas inferiores, hieren las fuerzas benefactoras de la vida, son ingratos con las fuentes del bien, atienden a las industrias rurales, pero más por la vanidad y ambición de ganar, que le son propias, que por el espíritu de amor y utilidad, pero, también no pasan de ser infelices siervos de las pasiones desenfrenadas. ¡Trazan programas de riqueza engañosa, que les constituye la ruina; escriben tratados de política económica, que redundan en guerra destructora; desarrollan el comercio de la ganancia indebida, recogiendo las complicaciones internacionales

(1) Dios de los amonitas, en cuyos rituales de fuego se sacrificaban niños. Era representado como un hombre con cabeza de toro. Los Amonitas era un pueblo de Palestina descendiente de Amon, eran rivales de los Hebreos y fueron exterminados por un general de David.

que dan curso a la miseria; dominan a los más débiles y los explotan, despertando más tarde, entre los monstruos del odio! Es a ellos, nuestros semejantes encarnados en la Tierra, que debemos volver igualmente los ojos, con espíritu de tolerancia y fraternidad. ¡Ayudémoslos aún, ahora y siempre! ¡No olvidemos que el Señor está esperando por el futuro de ellos! ¡Escuchemos los gemidos de la Creación, pidiendo la luz del raciocinio humano, pero no olvidemos, también, las lágrimas de esos esclavos de la corrupción, en cuyas filas permanecíamos hasta ayer, auxiliándolos en el despertar a la conciencia divina para la vida eterna! Aunque rodeen el campo de vanidades e insolencias, ayudémosles aun así. El Señor reserva créditos sublimes de valores evolutivos a los seres sacrificados. ¡No olvidará Él, al árbol útil, al animal exterminado, al ser humilde que se consumió para beneficio de otro ser! Cooperemos, por nuestra parte, en el despertar de los hombres, nuestros hermanos, todo ello relacionado con nuestro débito con la Naturaleza maternal. Siempre, cuando regresamos a la superficie terrestre, envolviéndonos en fluidos del círculo carnal, llevamos muy lejos la adquisición del nitrógeno. Convertimos en tragedia mundial lo que podría constituir una búsqueda serena y edificante. Como sabemos, ningún organismo podrá vivir en la Tierra sin esa substancia, y aunque se mueva, en el océano de nitrógeno, respirándolo en promedio de mil litros por día, no puede el hombre, como ningún ser vivo del planeta, apropiarse del nitrógeno del aire. Por ahora, no permite el Señor la creación de células en los organismos vivientes de nuestro mundo, que procedan a la absorción espontánea de ese elemento de importancia primordial en el mantenimiento de la vida, como acontece con el oxígeno común. Solamente las plantas, infatigables operarias del orbe, consiguen retirarlo del suelo,

fijándolo para mantener la vida en otros seres. Cada grano de trigo es una bendición nitrogenada para sustento de las criaturas, cada fruto de la tierra es una bolsa de azúcar y albúmina, repleta del nitrógeno indispensable para el equilibrio orgánico de los seres vivos. Todas las industrias agropecuarias no representan, en esencia, sino la búsqueda organizada y metódica del precioso elemento de la vida. Si el hombre consiguiese fijar diez gramos, aproximadamente, de los mil litros de nitrógeno que respira diariamente, la Superficie Terrestre estaría transformada en el paraíso verdaderamente espiritual. Mas, si mucho nos da el Señor, es razonable que exija la colaboración de nuestro esfuerzo en la construcción de nuestra propia felicidad. Incluso en *Nuestro Hogar*, aún estamos distantes, de forma absoluta, de la gran conquista del alimento espontáneo a través de las fuerzas atmosféricas. ¡Y el hombre, mis amigos, transforma la búsqueda del nitrógeno en un movimiento de pasiones desvariadas, hiriendo y siendo herido, ofendiendo y siendo ofendido, esclavizando y tornándose cautivo, segregándose en densas tinieblas! Ayudémoslo a comprender, para que se organice en una nueva era. ¡Auxiliémosle a amar a la tierra, antes de explotarla en el sentido inferior, valiéndose de la cooperación de los animales, sin promover el exterminio! En ese momento, el matadero será convertido en un lugar de cooperación, donde el hombre atenderá a los seres inferiores y donde éstos atenderán a las necesidades del hombre, y los árboles útiles vivirán en medio del respeto que les es debido. En ese tiempo sublime, la industria glorificará al bien y, sintiendo el entendimiento, la buena voluntad y la veneración a las leyes divinas, nos permitirá el Señor, por lo menos en parte, la solución del problema técnico de la fijación del nitrógeno de la atmósfera. ¡Enseñemos a nuestros hermanos que la vida no es un robo incesante, donde la planta lacera al suelo, el animal extermina la planta y el hombre asesina al animal,

sino un movimiento de intercambio divino, de cooperación generosa, que nunca perturbaremos sin grave daño a nuestra propia condición de criaturas responsables y evolutivas! ¡No condenemos! ¡Auxiliemos siempre!

La asamblea, al igual que nosotros, estaba bajo fuerte impresión.

Aniceto guardó silencio, contempló con simpatía a los animales y a las aves próximas, como si estuviese dirigiéndoles profundos pensamientos de amor y, a continuación, cerró el Libro Sagrado, con estas palabras:

—¡Observamos con el Evangelio, que la Creación aguarda ansiosamente la manifestación de los hijos de Dios encarnados! ¡Concordamos que las criaturas inferiores han soportado el peso de inmensas iniquidades! Continuemos auxiliándolas, pero no nos perdamos en vanas contiendas. ¡Los hombres esperan también por nuestra manifestación espiritual! De ese modo, ayudemos a todos, en el capítulo del gran entendimiento.

A ntes de la reunión

Los preparativos espirituales para la reunión eran activos y complejos.

Llegamos de regreso a la residencia de Doña Isabel, cuando faltaban pocos minutos para las dieciocho horas y ya el salón estaba repleto de trabajadores en pleno movimiento.

Observando con extrañeza, determinadas operaciones, hice algunas preguntas a nuestro orientador, que me aclaró con bondad:

–Realizar una sesión de trabajos espirituales eficientes, no es cosa tan simple. Cuando encontramos compañeros encarnados, entregados al servicio con devoción y buen ánimo, exentos de preocupaciones, de experiencias malsanas e inquietudes injustificables, ponemos en acción grandes recursos a favor del éxito necesario. Claro que, en ese terreno, no podemos auxiliar actividades infantiles. Quien no desee cuidar de semejantes obligaciones, con la debida seriedad, podrá esperar fatalmente por espíritus poco serios, por cuanto la muerte física no significa renovación para quien no procuró renovarse. Donde se reúnan almas livianas, allí estará igualmente la liviandad. Pero, en el caso de Isabel hay que auxiliar su esfuerzo edificante.

En todos los sectores evolutivos, es natural que el trabajador sincero y eficiente reciba recursos siempre más vastos. Donde se encuentre la actividad del bien, permanecerá la colaboración espiritual de orden superior.

El bondadoso amigo se calló.

Continué observando las laboriosas actividades de algunos hermanos que dividían la sala, de modo singular, utilizando extensas fajas fluídicas. Aniceto vino a socorrer mi perplejidad, explicando, atento:

–Estos amigos están promoviendo la obra de preservación y vigilancia. A los trabajos de hoy serán llevados algunas decenas de sufridores y se torna imprescindible limitarles la zona de influencia en este templo familiar. Para eso, nuestros compañeros preparan las necesarias divisiones magnéticas.

Contemplé, admirado, que ellos magnetizaban hasta el propio aire.

Nuestro instructor nos informó gentilmente:

–No se impresione, André. En nuestros servicios, el magnetismo es una fuerza preponderante. Estamos obligados a utilizarlo en gran escala.

Y sonriendo concluyó:

–Los sacerdotes del antiguo Egipto no ignoraban que, para alcanzar determinados efectos, es indispensable impregnar la atmósfera de elementos espirituales, saturándola con valores positivos de nuestra voluntad. Para difundir las luces evangélicas a los desencarnados, son necesarias determinadas y complejas providencias, sin lo cual, todo redundaría en aumento de perturbaciones. Este núcleo es pequeño, considerándolo desde

el punto de vista material, pero tiene un gran valor para nosotros. Es preciso vigilar, no lo olvidemos.

Mientras las actividades de la preparación seguían intensas, Doña Isabel y Juanita, en otro orden de servicio, llegaron al salón, disponiendo diversos arreglos. Usaban, intensamente la escoba y el plumero. Revistieron la mesa con un mantel muy blanco y trajeron pequeños recipientes de agua pura.

A una orden de uno de los superiores de aquel templo doméstico, se distribuyeron los vigilantes, alrededor de la sencilla morada. En los menores detalles, se veía la noble supervisión de los benefactores. En todo regía el orden, el servicio y la sencillez.

Poco después de las dieciocho horas, comenzaron a llegar los necesitados de la esfera invisible al hombre común.

Si le fuese concedido al hombre común la visión, aunque ligera, sobre una asamblea de espíritus desencarnados, en estado de perturbación y sufrimiento, mucho se modificaría su actitud en la vida normal. En esta afirmación, debemos incluir, igualmente, a la mayoría de los propios espiritistas, que frecuentan las reuniones doctrinarias, ajenos al esfuerzo de la auto-educación, guardando de la espiritualidad una vaga idea, dominados por la preocupación de sólo atender el egoísmo habitual. El cuadro de rectificaciones individuales, después de la muerte del cuerpo, es tan extenso y variado que no encontramos palabras para definir la inmensa sorpresa.

Aquellos rostros esqueléticos causaban compasión. Llegaban al recinto aquellas entidades perturbadas, en pequeños grupos, seguidas de orientadores fraternales. Parecían cadáveres erguidos del lecho de muerte. Algunos se movían con gran dificultad. Teníamos ante nuestros ojos una auténtica reunión de “cojos y estropeados”, según el símbolo evangélico.

—En su mayoría —explicó Aniceto— son hermanos abatidos y amargados, que desean la renovación sin saber cómo iniciar la tarea. Aquí, podremos observar sólo sufridores de esa naturaleza, porque el santuario familiar de Isidoro e Isabel no está preparado para recibir a entidades deliberadamente perversas. Cada agrupación tiene sus fines.

En efecto, los recién llegados tenían una expresión de profunda angustia en su rostro. Las señoras en llanto, eran numerosas. El cuadro causaba consternación. Algunas entidades mantenían sus manos sobre el vientre, amparando regiones heridas. No eran pocas las que traían ataduras y fajas.

—Muchos —nos dijo el mentor— no concuerdan aún con las realidades de la muerte corporal. Y toda esa gente, de modo general, está prisionera de la idea de la enfermedad. Existen personas, y ustedes como médicos, las habrán conocido ampliamente, que cultivan las molestias con verdadera voluptuosidad. Se apasionan por los diagnósticos exactos, acompañan en el cuerpo, con indefinible ardor, la manifestación de los indicios mórbidos, estudian la teoría de la dolencia de la que son portadores, sin jamás analizar un deber justo en el cuadro de las obligaciones diarias, y cuando no disponen de las informaciones en los libros, valoran la larga atención de los médicos, los minuciosos cuidados de los enfermeros y las extensas disertaciones sobre las enfermedades de las que se constituyen en prisioneras voluntarias. Entre ellas, ocurriendo la desencarnación, el acuerdo con la verdad es muy difícil, por cuanto prosiguen manteniendo la idea dominante. A veces, en el fondo, son buenas almas, dedicadas a los parientes de sangre y aprovechables en la esfera restringida de entendimiento a la que se recogen, no obstante, están cargadas de vicios mentales por muchos siglos consecutivos.

Y en un gesto diferente, nuestro instructor consideró:

–Todos demoramos en escapar de la vieja concha del individualismo. La visión de la universalidad cuesta un precio alto y no siempre estamos dispuestos a pagarlo. No queremos renunciar al gusto antiguo, huimos a los sacrificios loables. En esas circunstancias, para el alma desencarnada, el mundo que prevalece por largo tiempo, es el reino personal de nuestras creaciones inferiores. Por lo tanto, quien cultivó la enfermedad con adoración, se somete a su imperio. Cuando estamos encarnados, es lógico que debamos prestar toda la asistencia al cuerpo físico, que funciona, para nosotros, como una copa sagrada, pero remediar la salud y viciar la mente son dos actitudes esencialmente antagónicas entre sí.

La conversación era magníficamente educativa; sin embargo, el número creciente de entidades necesitadas nos llamaba a la cooperación. Muchas lloraban bajito, otras gemían en voz más alta.

Después de una larga pausa, Aniceto advirtió:

–Vamos al servicio. Para nosotros, los cooperadores espirituales, los trabajos ya comenzaron. La oración y el esfuerzo de los compañeros encarnados representarán el término de esta reunión de asistencia e iluminación en Jesucristo.

A sistencia

El panorama de sufrimiento que se desplegaba ante nuestros ojos, me recordaba el ambiente de las Cámaras de Rectificación.

Aniceto se puso de acuerdo con Isidoro y habló, con resolución:

–¡Manos a la obra! ¡Distribuyamos pases de confortadores!

–Pero –objeté– ¿estaré preparado para un trabajo de esa naturaleza?

–¿Por qué no?, –indagó el instructor con voz firme– toda competencia y especialización en el mundo, en los sectores de servicio, constituyen el desarrollo de la buena voluntad. Bastan el sincero propósito de cooperación y la noción de responsabilidad para que seamos iniciados, con éxito, en cualquier trabajo nuevo.

Semejantes afirmaciones estimularon mi corazón.

Recordé a Narcisa, la dedicada hermana de los infortunados, que permanecía, en *Nuestro Hogar*, casi siempre sin reposo, como prisionera del sacrificio. Me parece, oírle aún la voz fraterna y cariñosa –“André, mi amigo, en cuanto sea posible, nunca te niegues

a auxiliar a los que sufren. Al pie de los enfermos, no olvides que el mejor remedio es la renovación de la esperanza; si encuentras a los fracasados y derrotados de la suerte, háblales de la divina oportunidad que nos ofrece el futuro; si fueses buscado, algún día por los espíritus desviados y criminales, no profieras palabras de maldición. Anima, eleva, educa, despierta, sin herir a los que aún duermen. ¡Dios opera maravillas por intermedio del trabajo de buena voluntad!” Sin más vacilación, me dispuse al servicio.

Aniceto me designó un grupo de seis enfermos espirituales, afirmando:

–Utilice sus recursos, André. Con nuestra colaboración, los amigos que se hallan en tarea en esta casa, podrán atender otras responsabilidades diferentes que también son imperiosas.

Los más insignificantes trabajadores del bien, llénense de júbilo por dar ejemplo en las luchas comunes y levántense en el Señor Jesús, porque ninguna de sus manifestaciones queda perdida en el espacio y en el tiempo. En aquel instante en que había sido llamado a prestar auxilios reales, yo no recurría a mis caudales científicos, no me ceñía tan sólo a la técnica de la medicina oficial, a la que me afiliara en el mundo, recordaba sí, a aquella Narcisa humilde y sencilla, de las Cámaras de Rectificación, enfermera dedicada y cariñosa, que conseguía mucho más con amor que con medicaciones.

Me aproximé a una señora profundamente abatida, recordando el ejemplo de la generosa amiga de *Nuestro Hogar*, entendiendo que no debería socorrerla utilizando sólo firmeza y energía, sino también ternura y comprensión.

–Mi hermana –le dije, procurando captar su confianza– vamos a recibir un pase reconfortante.

–¡Ay! ¡Ay! –respondió la interpelada– ¡No veo nada, no veo

nada! ¡Ah! ¡El tracoma! ¡Qué infeliz soy! Y me hablan de la muerte, de una vida diferente... ¿Cómo recuperar la vista? ¡Quiero ver, quiero ver!...

—Tenga calma —le respondí, valeroso— ¿No confía en el poder de Jesús? ¡Él continúa curando ciegos, iluminándonos el camino, guiándonos los pasos!

Sólo más tarde recordé que, en aquel instante, había olvidado la curiosidad, enfermiza, pues no pensé en la impresión dejada por el tracoma en aquel organismo espiritual, ni me preocupé con la expresión propiamente científica del fenómeno, viendo, apenas, frente a mí, a una hermana sufriendora y necesitada. Y, a medida que me disponía a obedecer la práctica del amor fraternal, una claridad diferente comenzó a iluminar y dar calor a mi frente.

Recordando la influencia divina de Jesús, inicié el pase de alivio sobre los ojos de la pobre mujer, observando que una enorme placa de sombra le pesaba en la frente. Pronunciando palabras de buen ánimo, a las cuales unía la mejor esencia de mis intenciones, concentré mis posibilidades magnéticas de auxilio en esa zona perturbada. Transcurridos algunos instantes, la desencarnada emitió un grito de estupefacción.

—¡Veo! ¡Veo! —exclamó, entre el asombro y la alegría— ¡Qué grande es Dios! ¡Qué grande es Dios!

Y arrodillándose, en un movimiento instintivo para rendir gracias, me dirigía la palabra, muy conmovida:

—¡Quién sois vos, emisario del bien!

Una profunda emoción, que no lograba refrenar, me dominaba. Me confundía la bondad del Eterno. ¿Quién era yo para curar a alguien? Pero la alegría de aquella entidad, liberada de las tinieblas, afirmaba el fenómeno, en el cual yo no quería creer. Era como si a la luz de aquella dádiva, se mostrase con mayor fuerza el fondo oscuro de mis imperfecciones individuales y el llanto me inundó la

faz, sin que pudiese contenerlo en los recónditos manantiales de mi corazón. Mientras la enferma espiritual se deshacía en lágrimas de gratitud, a mí también me absorbía en una ola de pensamientos nuevos. Deseaba socorrer al próximo enfermo pero estaba enlazado a un singular deslumbramiento, cuando Aniceto se aproximó delicadamente y habló en voz baja:

—André, la excesiva contemplación de los resultados puede perjudicar al trabajador. En ocasiones como esta, la vanidad acostumbra despertar dentro de nosotros, haciéndonos olvidar al Señor. Recuerda que todo bien procede de Él, que es la luz de nuestros corazones. Somos sus instrumentos en las tareas de amor. El siervo fiel no es aquel que se inquieta por los resultados, ni el que permanece extasiado en su contemplación, sino el que cumple justamente la voluntad divina del Señor y sigue adelante.

Aquellas palabras no podían ser más significativas. El generoso mentor regresó al servicio al cual se había entregado, junto a otros hermanos y, valiéndome del amoroso aviso, me dirigí a la reconocida señora, afirmando:

—Amiga mía, agradezca a Jesús y no a mí, que soy apenas un oscuro servidor. Por lo demás, no se impresione en demasía con la visión de los aspectos exteriores; vuelva su poder visual para dentro de sí misma, para que pueda consagrar al Señor de la Vida los sublimes dones de la visión.

Noté que la oyente se sorprendía con mis palabras, que tal vez, le parecieron inoportunas e intranscendentes, pero de nuevo firme en la comprensión del deber, me acerqué al próximo enfermo. Se trataba de un infeliz hermano que había fallecido en Gamboa, víctima del cáncer. Toda la región facial presentaba un horripilante aspecto. Le di los pases para reconfortarle, brindándole pensamientos y palabras de buen ánimo, y observé que el pobrecito se sentía considerablemente mejor. Le prometí mi interés de

amigo, para que fuera internado en alguna casa espiritual de tratamiento, recomendándole que preparase su vida mental para que obtuviese, oportunamente, semejante beneficio. Enseguida, atendí a dos extuberculosos del Encantado, a una señora que había desencarnado en la Piedad, a consecuencia de un tumor maligno, y a un muchacho de Olaria, que se había desprendido en un choque operatorio. Pero, ninguno de estos cuatro últimos, manifestó algún alivio. Persistían las mismas indisposiciones orgánicas, y los mismos fenómenos psíquicos de sufrimiento.

Terminada la tarea que me fuera señalada, me reuní con nuestro instructor y con Vicente, que me esperaban en un canto de la sala.

–Las actividades de asistencia –exclamó Aniceto, cuidadoso– se procesan conforme observan aquí. Algunos se sienten curados, otros acusan algunas mejoras y la mayoría parece continuar impermeable al servicio de auxilio. Sin embargo, lo que más nos debe interesar, es la siembra del bien. La germinación, el desarrollo, la flor y el fruto pertenecen al Señor.

Vicente, que se mostraba fuertemente impresionado, observó:

–Es espantoso el número de entidades perturbadas. Las vemos, en diversos grados de desequilibrio, desde *Nuestro Hogar*, hasta la superficie de la Tierra.

Aniceto sonrió y habló en tono grave:

–Un abrumador porcentaje de esos padecimientos se debe a la falta de educación religiosa. Pero, no me refiero a aquella que viene del sacerdocio o que parte de la boca de una persona para los oídos de otra. Me refiero a la educación religiosa, íntima y profunda, la que el hombre se niega sistemáticamente a cosechar para sí mismo.

Mente enferma

Observando y trabajando siempre, Aniceto expresó:

–Aquí no comparecen tan sólo los desencarnados enfermos. Fíjense en los encarnados, también. Entre nuestro círculo y la asamblea de hermanos con cuerpo carnal, el porcentaje de trabajadores con relación al número de enfermos y necesitados es casi el mismo.

Designando a un caballero arrogante y bien puesto, que se mantenía en conversación con el señor Bentes, adoctrinador de aquel grupo, agregó:

–Vean a ese amigo rodeado de sombras, conversando con el colaborador de nuestra hermana Isabel, oigan sus palabras y después fórmense un juicio.

En efecto, el caballero indicado se rodeaba de pequeñas nubes, mayormente a lo largo del cerebro.

Fijando mi atención en él, le oía decir:

–Hace mucho tiempo –aseveraba con énfasis– frecuento las reuniones espiritistas, buscando algo que me satisfaga; no obstante, –y sonrió irónico–, o mi mala suerte es mayor que la de los otros o estamos ante una mistificación mundial.

Atento a la respetuosa actitud del orientador encarnado, proseguía, orgulloso:

—He estudiado muchísimo, me he acogido siempre al crisol de la razón más rigurosa. Ya devoré extensa literatura relacionada con la supervivencia humana y nunca obtuve ninguna prueba. El Espiritismo está lleno de tesis seductoras, pero el terreno se muestra lleno de dudas. La obra de Kardec, innegablemente, representa una extraordinaria afirmación filosófica; entretanto, encontramos con Richet un acervo de nuevas perspectivas. La metapsíquica corrigió muchos vuelos de la imaginación, trayendo al análisis público observaciones más profundas sobre los desconocidos poderes del hombre. En el examen de esas verdades científicas, el mediumnismo fue reducido en sus proporciones. Necesitamos un movimiento de racionalización, ajustando los fenómenos al criterio adecuado. Por ahora, mi querido Bentes, vivimos en un panorama de mistificaciones sutiles, distantes de las demostraciones exactas.

A esa altura, el interlocutor, muy calmo y seguro en la fe, intervino, considerando:

—Concuerdo, Dr. Fidelis, en que el Espiritismo no deba huir de toda especie de consideraciones; sin embargo, creo que la doctrina es un conjunto de verdades sublimes, que se dirigen, preferentemente, al corazón humano. Es imposible auscultarle la grandeza divina con nuestra imperfecta facultad de observación, o recogerle las aguas puras con el vaso sucio de nuestros raciocinios, viciados en los errores de muchos milenios. Por lo demás, hemos aprendido que la revelación de orden divino no es un trabajo mecánico en las leyes del menor esfuerzo. Recordemos que la misión del Evangelio, con el Maestro, fue precedida por un esfuerzo humano de muchos siglos. Antes de

que muriesen los cristianos en los circos del martirio, ¿cuántos precursores de Jesús fueron sacrificados? Primeramente, debemos construir el receptáculo; enseguida, alcanzaremos la bendición. *La Biblia*, el libro sagrado de los cristianos, es el encuentro de la experiencia humana, llena de sudor y lágrimas, consustancial en el Antiguo Testamento, con la respuesta celestial, sublime y pura, del Evangelio de Nuestro Señor.

El caballero, que respondía por el nombre de Dr. Fidelis, sonreía de un modo vago, entre la ironía y la vanidad ofendida.

Con todo, Bentes no perdió la oportunidad y continuó:

—Si en todo el servicio serio de la existencia humana, hay algo sagrado a nuestros ojos, ¿qué decir de la expresión divina en el trabajo planetario? Y considerando la esencia del servicio en la organización del mundo, ¿qué sería de nosotros si un puñado de espíritus amigos y sabios, nos arrebatasen la visión amplia de orbes superiores, impeliéndonos hacia ellos, precipitadamente, tan sólo por el hecho de que nos dispensasen, como individuos, una consideración de santos? ¿Estaríamos preparados para una mudanza tan radical? ¿Sabremos lo que venga a ser la vida en un orbe superior? ¿Habremos trabajado bastante para entender los designios divinos? ¿Y la Tierra? ¿Y nuestras milenarias deudas con el planeta que nos ha soportado las imperfecciones? ¿Cómo residir en los pisos más altos, sin drenar los pantanos que yacen abajo? Estas consideraciones se tornan imprescindibles en el examen de una argumentación como la suya, por cuanto no podemos evaluar, con precisión, las corrientes generosas de un río caudaloso, observando, tan sólo las gotas recogidas en el dedal de nuestras limitaciones.

El pesquisador reticente acentuó la expresión irónica del rostro y contestó:

—Usted habla como un hombre de fe, olvidando que mi

esfuerzo se dirige a la razón y a la ciencia. Quiero referirme a las ilaciones inevitables de la consulta libre, a las farsas mediúmnicas de todos los tiempos. Usted está informado de que innumerables científicos examinaron los fraudes de los más célebres médiums, tanto en Europa, como en América. Ahora bien, ¿qué esperar de una doctrina confiada a mistificadores continentales?

Bentes respondió, muy sereno y ponderado:

—Está equivocado, amigo mío, estaríamos elaborando desde un error grave, si colocásemos toda la responsabilidad doctrinaria en las organizaciones mediúmnicas. Los médiums son simples colaboradores del trabajo de espiritualización. Cada uno responderá por lo que hizo de las responsabilidades recibidas, como también nosotros estamos obligados a presentar el necesario balance de nuestras cuentas, algún día. No podríamos cometer el absurdo de atribuir la concentración de todas las verdades divinas, solamente en la cabeza de algunos hombres, candidatos a nuevos cultos de admiración. La Doctrina, Dr. Fidelis, es una fuente sublime y pura, inaccesible para las apetencias individualistas de cualquiera de nosotros, es fuente en la cual cada compañero debe beber el agua de su propia renovación. En cuanto a los fraudes mediúmnicos a los que se refiere, es forzoso reconocer que la pretendida infalibilidad científica, ha buscado convertir a los más nobles colaboradores de los desencarnados, en grandes enfermos de los nervios o en simples conejillos de indias de laboratorio. Los investigadores actualmente bautizados como metapsíquicos, son extraños labradores que pululan en el campo del servicio sin producir nada fundamentalmente útil. Se inclinan hacia la tierra, cuentan los granos de arena y los gusanos invasores, determinan el grado de calor y estudian la longitud, observan las disposiciones climáticas y anotan las variaciones atmosféricas, pero, con gran sorpresa para los trabajadores sinceros, desprecian la simiente.

El interlocutor dejó de sonreír y observó:

—Vamos a ver, vamos a ver... Espero de los míos algún mensaje que contenga las señales ineludibles de la supervivencia, después de la muerte...

Aniceto nos tocó levemente, y habló:

—¿Se dieron cuenta como este hombre trae la mente enfermiza? Es uno de los curiosos enfermos, encarnados. Tiene una vasta cultura, pero, como trae el sentimiento envenenado, todo cuanto le cae en su raciocinio participa de la intoxicación general. Es un pesquisador superficial, tal y como ocurre con mucha gente. Todo lo espera de los otros, examina a su semejante, pero no se ausculta a sí mismo. Quiere la realización divina sin el esfuerzo humano; reclama la gracia, formulando las exigencias; quiere el trigo de la verdad, sin participar de la siembra; espera la tranquilidad por la fe, sin darse el trabajo de las obras; estima la ciencia, sin consultar a la conciencia; prefiere la facilidad, sin asumir la responsabilidad, y, viviendo en el torbellino de continuas libaciones, asido a los intereses inferiores y a la satisfacción de los sentidos físicos, en carácter absoluto, está aguardando por mensajes espirituales...

Estábamos admirados, ante las interesantes conclusiones del instructor amigo.

Vicente, que permanecía fuertemente impresionado, preguntó:

—A final de cuentas, ¿qué desea este hombre?

Aniceto sonrió y respondió:

—También él tendría inmensas dificultades para responder. Para nosotros, Vicente, el Dr. Fidelis es uno de esos enfermos que aún no se dispusieron a buscar el alivio, por hallarse excesivamente apegado a las sensaciones.

A prendiendo siempre

Según informaciones de Aniceto, faltaba en la esfera de los frecuentadores encarnados, más de una hora para el inicio de la charla evangélica, de responsabilidad del señor Bentes, pero el movimiento de servicio espiritual ya se había vuelto muy intenso.

Para los ojos humanos, se reunían allí treinta y cinco individualidades terrestres, en cambio, en nuestro círculo, el número de necesitados excedía los dos centenares, puesto que a la asamblea se habían agregado ahora muchas entidades que formaban el séquito perturbador de la mayoría de los aprendices congregados allí. Para ellas se organizó una división especial, que me pareció que estaba constituida por elementos para una mayor vigilancia, ya que casi obligatoriamente habían llegado sin la indicación de los orientadores en servicio en las vías públicas, acompañando a los que buscaban socorro espiritual

El movimiento era enorme y era escaso el tiempo para permanecer inactivo, sólo observando. Todos los servidores de la casa se mantenían en sus puestos, ofreciendo su mejor atención.

Observé que en un ángulo de la gran mesa se encontraban

numerosas indicaciones para recetarios y asistencia. Se enumeraban allí los más variados nombres. Muchas personas pedían consejos médicos, orientación, asistencia y pases. Cuatro facultativos espirituales se movían diligentes, y secundando su esfuerzo humanitario, cuarenta cooperadores directos iban y venían, recogiendo informaciones y enriqueciendo pormenores.

Nos aproximamos al gran número de papeles con las más diversas peticiones, y mientras buscaba examinarlos con curiosidad, Aniceto explicó:

–Tenemos aquí las solicitudes de las personas que se afirman necesitadas de amparo y socorro inmediato.

–Pero, ¿reciben todas ellas cuanto piden? –indagó Vicente, curioso.

Nuestro mentor sonrió y respondió:

–Reciben lo que necesitan. Muchos solicitan la curación del cuerpo, pero, somos forzados a estudiar hasta qué punto les podemos ser útiles en la particularidad de sus deseos; otros reclaman diversas orientaciones, obligándonos a equilibrar nuestra cooperación, de modo que no se les coartase su libertad individual. La existencia terrestre es un curso activo de preparación espiritual y, en la escuela casi nunca faltan los alumnos ociosos, que pierden el tiempo en vez de aprovecharlo, ansiosos por realizaciones falsas de menor esfuerzo. De ese modo, en el capítulo de las orientaciones, la mayor parte de los pedidos son insensatos. Las solicitudes de terapia para el mantenimiento de la salud física, por los que de hecho se interesan en la cooperación espiritual, es siempre justa; pero, en lo concerniente a consejos para la vida común, es imprescindible mucha cautela de nuestra parte, ante los pedidos de aquellos que se niegan voluntariamente a los testimonios de conducta

cristiana. El Evangelio está lleno de sagrados derroteros espirituales y el discípulo, por lo menos ante su propia conciencia, debe considerarse obligado a conocerlos.

El instructor amigo hizo una pequeña pausa, cambió la inflexión de la voz, como para acentuar fuertemente las palabras, y dijo:

—Posiblemente, ustedes objetarán que toda pregunta exige respuesta y todo pedido merece solución; pero, en este caso de elucidar determinadas solicitudes de los compañeros encarnados, debemos recurrir, muchas veces, al silencio. ¿Cómo recomendar humildad a aquellos que la predicán para otros? ¿Cómo enseñar paciencia a los que la aconsejan a los semejantes y cómo indicar el bálsamo del trabajo a los que ya saben condenar la ociosidad ajena? ¿No sería un contrasentido? Leer los reglamentos de la vida a los ciegos y a los ignorantes es una obra meritoria, pero, repetirlos a los que ya se encuentran plenamente informados, ¿no será un menosprecio del valor del tiempo? Ningún alma, en las diversas confesiones religiosas del Cristianismo, recibe noticias de Jesús, sin razón de ser. Ahora bien, si toda condición de trabajo edificante traduce un compromiso de la criatura humana, todo conocimiento del Cristo, traduce responsabilidad. Por lo tanto, cada aprendiz del Maestro está en el deber de observar la conciencia, comprobando las ponderaciones profundas con las disposiciones evangélicas.

Vicente, que escuchaba con gran interés, aventuró:

—No obstante, osaría saber algo más sobre los que formulan semejantes pedidos livianamente...

—Sí —elucidó Aniceto, sonriendo—, pero no podemos copiarles el impulso. Los desencarnados y los encarnados, que aún abusan de las posibilidades del intercambio entre las esferas

visibles e invisibles para el hombre común, pagarán un alto precio por su falta de vigilancia.

–En ese caso –pregunté, respetuoso–, ¿cómo corresponder a sus pedidos de orientación?

–Algunos, muy raros –aclaró nuestro orientador–, merecen, cuando eso nos es posible, la colaboración de la elucidación verbal, en la hipótesis de que se hayan referido a los intereses eternos del espíritu; pero, casi siempre es indispensable no responder de manera directa, auxiliando a los interesados en la pauta de nuestros recursos, en silencio, incluso porque no tenemos mucho tiempo para recordar a hermanos encarnados ciertas obligaciones que no se les deben escapar a la memoria, para felicidad de sí mismos.

El bondadoso instructor se calló por algunos momentos, diciendo enseguida, interesado como estaba en aclararnos cualquier duda:

–Muchas entidades desencarnadas aprecian el suministro de consejos para las diversas situaciones y dificultades terrestres, pero esos pobres amigos se detienen desastrosamente en cuestiones subalternas, incapaces de una visión más elevada, en vista de los horizontes infinitos de la vida eterna, convirtiéndose en simples esclavos de mentalidades inferiores, encarnadas en la Tierra. Olvidan que nuestro interés inmediato, ahora, debe ser, por encima de todos, aquel que se refiera a la espiritualidad superior. Nuestros hermanos inquietos, que suministran consejos a mentes perezosas encarnadas, sobre asuntos referentes a la responsabilidad justa y necesaria del hombre, deben hacerlo por su propia cuenta.

–¿Qué les sucede, entonces? –preguntó Vicente, curioso.

–¿Qué le sucede al hombre responsable que se pone a jugar?

En ese instante, uno de los clínicos espirituales, aproximándose, fue gentilmente saludado por Aniceto, que le dijo, después de presentarnos:

–Disponga de nuestra humilde colaboración. Estamos aquí en calidad de médicos itinerantes, dispuestos para el servicio activo.

–¿Vienen de *Nuestro Hogar*? –indagó el nuevo compañero, respetuosamente.

–Sí –respondió Aniceto, servicial.

–Pues bien –consideró él– si fuese posible, estimaría recibir su ayuda, después de la reunión, para dos casos urgentes. Se trata de una joven desencarnada hoy y de un agonizante, amigo mío.

–Sin duda –acentuó nuestro orientador, solícito–, aguardamos sus indicaciones.

En el trabajo activo

La interpretación de Bentes, obedeciendo a la inspiración de un emisario de noble posición, presente en la asamblea, era recibida con respeto general, en el círculo de las entidades desencarnadas.

Pero, en la esfera de los encarnados no se notaba el mismo trazo de armonía. Se observaba apreciable inestabilidad de pensamiento. La expectativa ansiosa de los presentes perturbaba la corriente vibratoria. De cuando en cuando, sorprendíamos determinados desequilibrios, que afectaban, particularmente, a la organización mediúmnica de Doña Isabel y a la posición receptiva del comentarista, que parecía perder “el hilo de las ideas”, tal y como se diría en el lenguaje común. Colaboradores activos restablecían el ritmo, en todo lo posible. Reparamos que algunos hermanos encarnados se mantenían demasiado inquietos. Mayormente los más nuevos en conocimientos doctrinarios exhibían enorme irresponsabilidad. La mente les vagaba muy lejos de los comentarios edificantes. Se veían muy distintamente sus imágenes mentales. Algunos se apegaban a los quehaceres domésticos, otros se impacientaban por no lograr la realización inmediata de los propósitos que los habían llevado hasta allí.

Aniceto, que no perdía la ocasión de prestarnos nuevas aclaraciones, expresó, sabiamente:

—Muchos estudiosos del Espiritismo se preocupan con el problema de la concentración, en los trabajos de naturaleza espiritual. No son pocos los que establecen un patrón al aspecto exterior de la persona concentrada, los que exigen determinada actitud corporal y los que esperan rápidos resultados en las actividades de ese orden. No obstante, quien dice concentración, forzosamente se refiere al acto de fijar su atención en alguna cosa. Ahora, si los amigos encarnados no toman en serio las responsabilidades que les corresponden, fuera de los recintos de la práctica espiritista, si, por ventura, son cultores de la liviandad, de la indiferencia, del error deliberado e incesante, de la terquedad, de la inobservancia íntima de los consejos de perfección cedidos a otros, ¿cómo podrán concentrarse en los fugaces momentos de servicio espiritual? Buena concentración exige vida recta. Para que nuestros pensamientos se concatenen unos a los otros, suministrando el potencial de noble unión para el bien, es indispensable un trabajo de preparación de actividades mentales para la meditación de orden superior. La actitud íntima de relajamiento, ante las lecciones evangélicas recibidas, no puede otorgar al creyente, o al cooperador, la concentración de fuerzas espirituales en el servicio de elevación, tan sólo porque éstos se entreguen, apenas por unos minutos en la semana, a pensamientos compulsivos de amor cristiano. Como ven, el asunto es complejo y demanda largas consideraciones y enseñanzas.

Reparé con más atención en los circundantes encarnados. Si no fuese por la devoción de los colaboradores de nuestro plano, se tornaría imposible cualquier provecho concreto.

Isidoro y otros dedicados amigos trabajaban con ardor,

despertando a algunos dormilones y reajustando el pensamiento de los distraídos, para neutralizar determinadas influencias nocivas.

Reconocía que los beneficios inmediatos del adoctrinamiento de Bentes eran mucho más visibles entre los desencarnados. En el grupo de éstos, no había uno sólo que no recibiese consuelo directo y sublime aliento.

Finalizada la interpretación, poco antes de entregarse Doña Isabel al trabajo del recetario, observé que una señora desencarnada se aproximó a Isidoro, pidiendo, emocionada:

–¿Sería posible, mi hermano, que usted intercediese por mí con nuestros orientadores, sobre la posibilidad de que yo pudiera comunicarme directamente con mi hija, presente en la reunión? Estoy segura que con el debido permiso, nuestra Isabel me atenderá para calmar así, mi angustia maternal.

El interpelado mostró sinceros deseos de ser útil, pero, después de intercambiar algunas palabras con el instructor graduado de la reunión, que se había colocado entre la médium y el adoctrinador, algo constreñido, vino a traer la respuesta, con gran sorpresa para mí:

–Mi hermana –dijo él–, nuestro noble Aniceto no juzga viable su pedido. Aseveró que su hija no está en condiciones de recibir esa bendición. Ella tiene necesidad de testimoniar, ahora, lo que aprendió de su ejemplo en el mundo, y necesita permanecer en el campo de las oportunidades, sin reposar indebidamente en sus brazos.

Y como la señora denotase tristeza, Isidoro continuó en tono fraternal:

–No sólo por eso, mi amiga, nuestro instructor se ve

forzado a desatenderla. La medida le traería inconvenientes graves para su sentimiento maternal. En el estado evolutivo en el que se encuentra, y considerando el viejo hábito adquirido, la hijita se agarraría excesivamente a su auxilio. Se prendería a la madrecita afectuosa y sensible, y tal vez la hermana se viese perturbada en su nueva carrera espiritual. Ella necesita estar más libre para demostrar el noble merecimiento conquistado en la Tierra, al precio de su sudor y lágrimas, para lo que su corazón debe permanecer en libertad. Por tanto, considerando el carácter sagrado del amor en su afección maternal, nuestros orientadores no pueden conceder a su hija el derecho de perturbarla. ¿Comprende? No se atormente con esta imposibilidad transitoria. Recuerde que todos somos hijos de Dios. El Señor tendrá recursos para atender a la joven, en su lugar. Por lo demás, alegrémonos en nuestros servicios. Recuerde que el auxilio no se verificará por el proceso directo, pero podemos recurrir al método indirecto. ¿Quién sabe? Quizás mañana, podría encontrarse con su hija, en el sueño.

La interpelada sonrió, confortada, y adujo:

–Es verdad. Debo comprender la nueva situación.

En ese instante, se acercó a Isidoro una entidad, amiga, que solicitó:

–Querido mío, le suplico su intercesión con los médicos, para que le suministren una nueva receta a Amaro. Mi sobrino necesita tratamiento para su salud física.

El esposo espiritual de Isabel asumió una expresión muy significativa y respondió:

–No puedo, mi amigo, no puedo. Si Amaro lo pide y los médicos acceden, todo estará muy bien; pero usted no ignora

que nuestro enfermo es muy rebelde. En cinco ocasiones, tomé providencias para que obtuviese consejos médicos de nuestro plano, sin que él correspondiese a nuestros esfuerzos. No se resuelve a adquirir los remedios indicados y cuando los obtiene, por obsequio de sus amigos, desprecia los horarios y se juzga superior al método. Critica mordazmente las indicaciones obtenidas y las utiliza con desprecio. Naturalmente no estoy molesto con eso, como el adulto que no se aborrece con los juegos de un niño; pero usted comprende que estamos lidiando con un material muy sagrado y no hay tiempo para convivir con los que prefieren jugar. Además, nunca será caridad el acto de dar a los que no quieren recibir.

Isidoro hablaba con una inflexión de bondad fraternal, que apartaba todas las características de la franqueza contundente. Comprendí que para atender a tanta gente y manejarse entre tantos propósitos heterogéneos, no hubiera sido posible tratar los asuntos de otro modo.

El servicio proseguía con enorme demostración educativa para Vicente y para mí. El esfuerzo de los clínicos espirituales, aliado a la abnegación de la intermediaria conmovían mi corazón. De hecho, una gran renuncia era necesaria para atender, el numeroso y compacto trabajo en el sector de la asistencia a los encarnados, porque pocos frequentadores del grupo parecían mantener una actitud correspondiente a la sublime dedicación fraternal en nombre del Maestro.

Pero, Aniceto, adivinando mis pensamientos, bondadosamente dijo:

—Un día, André, usted comprenderá, con Jesús, que es mejor servir que ser servido y que más bello es dar que recibir.

Pavor de la muerte

Las numerosas explicaciones del orientador atendían mis naturales inquietudes; no obstante, restaba aprender algo más. ¿Por qué motivo se reunían allí tantos desencarnados? Ya que recibían asistencia espiritual, ¿no podrían congregarse en lugares igualmente espirituales?

Respetuosamente, interrogué a Aniceto en ese sentido.

—De hecho, André —respondió el generoso mentor—, la mayoría de los desencarnados recibe merecidos esclarecimientos en nuestra esfera de acción. Usted mismo, en el comienzo de la nueva experiencia espiritual, no fue conducido al ambiente de nuestros amigos encarnados para el necesario encauzamiento. Pero, gran número de criaturas humanas, al pasar para acá, se sienten poseídas de “enfermiza nostalgia de agruparse”, tal y como sucede, en otro plano de evolución, a los animales, cuando sienten la mortal “nostalgia del rebaño”. Para fortalecer las posibilidades de adaptación de los desencarnados de ese orden al nuevo “hábitat”, el servicio de socorro es más eficiente al contacto de las fuerzas magnéticas de los hermanos que aún se encuentran envueltos en los círculos carnales. Esta sala, en momentos como éste, funciona como una gran incubadora de

energías psíquicas, para los servicios de aclimatación de ciertas organizaciones espirituales a la nueva vida.

Y, señalando a la gran asamblea de necesitados, continuó:

–Los hermanos, en las condiciones a las que me refiero, nos oyen la voz, se consuelan con nuestro auxilio, pero el calor humano está lleno de un magnetismo de tenor más significativo, para ellos. Con semejante contacto, experimentan el despertar de nuevas fuerzas. Por eso, el trabajo de cooperación, en templos de esta especie, ofrece proporciones que usted por ahora, no conseguiría imaginar. ¿No observó a los perezosos, a los dormilones faltos de la necesaria vigilancia que vinieron a recoger beneficios en esta casa? Pues ellos también dieron algo de sí... Dieron calor magnético, irradiaciones vitales provechosas para los benefactores de este santuario doméstico, quienes manipulan los elementos de esa naturaleza, distribuyéndolos en valiosas combinaciones fluídicas a las entidades desvalidas e inadaptadas.

Y, sonriendo, concluyó, bondadoso:

–Todo tiene algún provecho, André. Nuestro Padre no crea nada en vano.

Terminada la reunión con beneficios generales, que no me corresponde describir en sus pormenores, Aniceto atendió al facultativo deseoso de aprovechar su noble concurso, con sus pacientes.

–Gran número de veces –manifestó el médico encargado de las recetas en el grupo de Doña Isabel, como para suministrarnos información a Vicente y a mí– no sólo administramos medicación a los cuerpos enfermos, también orientamos a los desencarnados que, en el curso de la molestia, se encuentran bajo nuestra asistencia.

–¿Y son siempre muchos? –indagué.

–Son un número creciente– respondió, atento. Hay ocasiones en que contamos con la cooperación de amigos o parientes espirituales de los enfermos; pero, en la mayoría de los casos, somos forzados a actuar por nosotros mismos. Felizmente, casi nunca estamos sin auxiliares dedicados y activos. Hay compañeros que, aisladamente, se consagran a cuidar a tuberculosos, ciegos, inválidos, leprosos, perturbados y moribundos. Son ellos nuestros dedicados colaboradores en todas las situaciones.

Nos pusimos en camino y, en pocos minutos, nos hallábamos ante un edificio de vastas proporciones.

El colega, gentil, nos condujo al interior de una espaciosa morgue, donde confrontamos un cuadro interesante. El cadáver de una joven, de menos de treinta años, yacía allí helado y rígido, teniendo a su lado una entidad masculina, en actitud protectora. Con asombro noté que la desencarnada estaba unida a los despojos. Parecía recogida en sí misma, bajo fuerte impresión de terror. Cerraba los párpados, deliberadamente, recelosa de mirar a su alrededor.

–Terminó el proceso de desligamiento de los lazos fisiológicos –exclamó el facultativo atento–, pero la pobrecita hace ya seis horas que está dominada por terrible pavor.

Y señalando al caballero desencarnado, que permanecía junto a ella, cuidadoso, el médico aclaró:

–Es el novio que la espera, desde hace mucho.

Nos aproximamos un poco y lo oímos exclamar cariñosamente:

–¡Cremilda! ¡Cremilda! ¡Ven! Abandona esa vestimenta rota. Hice de todo para que no sufrieses más... ¡Nuestra casita te aguarda, llena de amor y luz...!

Pero la joven cerraba los ojos demostrando no querer verlo. Se notaba, perfectamente, que su organismo espiritual permanecía totalmente desligado del cuerpo físico, pero la pobrecita, continuaba extendida, copiando la posición cadavérica, llena de infinito horror.

Aniceto, que pareció comprenderlo todo en un abrir y cerrar de ojos, hizo una leve señal al novio desencarnado, que se aproximó conmovido.

–Es necesario atenderla de otro modo –dijo nuestro orientador, resuelto–, veo que la pobrecita no durmió en el desprendimiento y se muestra amedrentada por falta de preparación espiritual. No conviene que el amigo se presente a ella tan pronto... No obstante el amor que le consagra, ella no podría volver a verlo sin recibir una terrible conmoción, en este instante en que la mente le fluctúa sin rumbo...

–Sí –consideró él, con tristeza–, hace seis horas que la llamo sin cesar, observando su terror.

Aniceto volvió a argüir, aconsejando:

–Ausencia de preparación religiosa, mi hermano. Ella dormirá y tan pronto como consiga reposar se la entregaremos a sus cuidados. Por ahora, manténgase a alguna distancia.

Y haciéndose acompañar del facultativo, que había asistido espiritualmente a la joven en los últimos días, se aproximó a la recién desencarnada, hablando con inflexión paternal:

–Vamos, Cremilda, al nuevo tratamiento.

Oyéndolo, la joven abrió los ojos asustados y exclamó:

–¡Ah, doctor, gracias a Dios! ¡Qué pesadilla tan horrible!
¡Me sentía en el reino de los muertos, oyendo a mi novio, fallecido
hace unos años, que me llamaba para la Eternidad...!

–¡La muerte no existe, hija mía! –objetó Aniceto,
afectuoso– ¡Crea en la vida, en la vida eterna, profunda,
victoriosa!

–¿Usted es mi nuevo médico? –preguntó, confortada.

–Sí, fui llamado para aplicarle algunos recursos,
básicamente magnéticos. Y se hace indispensable que duerma y
descanse.

–Es verdad... –volvió a decir ella de un modo
conmovero–, estoy muy cansada y necesito reposo...

Nos recomendó el instructor, en voz baja, que le
prestásemos auxilio, en actitud íntima de oración, y después de
mantenerse en silencio por instantes, le suministró reconfortante
pase. La joven se durmió casi de inmediato.

Aniceto la separó del despojo con el cuidado amoroso de
un padre, y llamando al novio reconocido, se la entregó
cariñosamente.

–Ahora podrá llevársela, hermano mío.

La entidad agradeció con lágrimas de júbilo y lo vi retirarse
con el semblante iluminado, utilizando su capacidad de vuelo,
llevando consigo el fardo suave de su amor.

Nuestro mentor hizo un gesto expresivo y dijo:

–Por la bondad natural del corazón y por el espontáneo
cultivo de la virtud, no necesitará ella pasar por pruebas

purgatoriales. Sin embargo, es de lamentar que no se hubiese preparado en la educación religiosa de los pensamientos. De todas maneras, en poco tiempo, ella se habrá adaptado a la nueva vida. Los buenos no encuentran obstáculos insuperables.

Y, quizás, deseoso de consolidar la síntesis de la lección, concluyó:

–Como ven, la idea de la muerte no sirve para aliviar, curar o edificar verdaderamente. Por ello, es necesario difundir la idea de la vida victoriosa. Además, el Evangelio ya nos enseña, desde hace muchos siglos, que Dios no es Dios de muertos, y sí, el Padre de las criaturas que viven para siempre.

Máquina divina

No habían pasado muchos minutos y estábamos al lado del agonizante, cuya situación preocupaba al clínico espiritual.

Era un caballero de unos sesenta años, que la leucemia aniquilaba lentamente.

—Hace muchos días que se encuentra en coma —explicó el facultativo—, pero estamos necesitando de un auxilio magnético más fuerte, para facilitar el desprendimiento.

En el aposento, aparte de dos señoras desencarnadas —la madre del agonizante y una parienta próxima—, se veían a varios familiares encarnados, dando muestras de gran aflicción.

Nuestro orientador examinó al enfermo detenidamente y sentenció:

—No falta otra cosa que la necesidad de cooperación para la separación final.

A continuación, Aniceto nos recomendó que observásemos al moribundo con atención.

Concentrando todas mis posibilidades examiné al enfermo próximo a desencarnar. Noté, con detalles, que el alma se retiraba lentamente a través de puntos orgánicos aislados.

Asombrado, verifiqué que muy cerca del centro del cráneo existía un foco de luz mortecina, como un candelabro encendido que oscilaba ante las suaves ondulaciones de la brisa. Hinchía toda la región encefálica, despertándome una profunda admiración.

—La luz que usted observa —comentó el instructor amigo— es la mente, para cuya definición esencial no tenemos, por ahora, concepción humana alguna.

Notando mi extrañeza, Aniceto me colocó la diestra en la frente, trasmitiéndome vigoroso influjo magnético, y afirmó:

—Observe la máquina divina del hombre, el tabernáculo sagrado que el Señor permitió que se formase en la Tierra para sublime habitáculo temporal del espíritu. Ahora André, no se encuentra usted ante una demostración anatómica de la ciencia terrestre, examinando carne muerta y músculos endurecidos. ¡Observe ahora! El ojo mortal no podrá contemplar lo que se encuentra ante su vista en este instante. El microscopio es muy pobre aún, con todo, representa una noble conquista para la limitada visión humana.

La cooperación magnética del querido mentor modificó la escena y fui compelido a concentrar todas mis energías para no inutilizar la observación por el impacto de estupor.

La luz mental, si bien nublada, se había vuelto más nítida y el cuerpo del moribundo se agigantó, ofreciéndome un espectáculo sorprendente a los ojos curiosos. El cuerpo, me parecía, ahora, un maravilloso generador en sus más íntimos detalles. El cuadro científico causaba estupefacción. Identificaba, en grandes proporciones, los nueve sistemas de órganos de la máquina humana; el esqueleto óseo, la musculatura, la circulación sanguínea, el aparato de purificación de la sangre consustanciados

con los pulmones y los riñones, el sistema linfático, la maquinaria digestiva, el sistema nervioso, las glándulas hormonales y los órganos de los sentidos. Tal revelación histológica era diferente de todo lo que yo podría soñar en mis trabajos de Medicina. La circulación de la sangre se asemejaba al movimiento de canales que vitalizaban aquel pequeño mundo de huesos, carne, agua y residuos. Millones de organismos microscópicos iban y venían en la corriente empobrecida de glóbulos rojos. Presenciaba el paso de formas raras, a la manera de minúsculas embarcaciones cargadas de bacterias mortíferas. Elementos mayores de la flora microbiana se transformaban en pequeños barcos, hospedando a centenares de minúsculas fieras que invadían todos los núcleos organizados. Los órganos, como los pulmones, el hígado y los riñones, estaban siendo asaltados, irremediablemente, por incalculable cantidad de sabotadores infinitesimales. Y a medida que se consolidaban los microbios invasores, en determinadas regiones celulares, algo se destacaba, lentamente, de la zona atacada, como si un molde siempre nuevo fuese expulsado de la forma gastada y envejecida, reconociendo yo, debido a ello, que la desencarnación se operaba a través de un proceso parcial, facultándome ilaciones preciosas. Observé que algunas glándulas hacían un desesperado esfuerzo para enviar determinadas porciones de hormonas a los centros invadidos, que eran inmediatamente absorbidas por los elementos letales. El plasma sanguíneo parecía un líquido extraño y gangrenoso.

Por el excesivo movimiento de la onda mental, observé que el moribundo, en vano, intentaba readquirir la dirección de los fenómenos orgánicos. Todos los complejos celulares luchaban entre sí y las bacterias parecían gozar del derecho de multiplicarse creciente y festivamente.

—¿Está viendo la máquina divina, formada por el molde

espiritual preexistente? –preguntó Aniceto, comprendiendo mi profunda admiración.

–El cuerpo del hombre encarnado es un tabernáculo y una bendición. En esta hecatombe angustiosa de una existencia, puede usted reparar que todos los movimientos del cuerpo están subordinados a la administración de la mente. El organismo vivo, André, representa una conquista laboriosa de la Humanidad terrestre, en el cuadro de concesiones del Padre Eterno. Puede usted, identificar ahora, los movimientos de la materia viva. Cada órgano es un departamento autónomo en la esfera celular, subordinado al pensamiento del hombre. Cada glándula es un centro de servicios activos. Hay mucha similitud entre el cuerpo físico y la máquina moderna. Ambos son impulsados por una carga de combustible, con la diferencia de que en el hombre la combustión química obedece al sentido espiritual que dirige la vida organizada. En la mente es donde tenemos el gobierno de ese generador maravilloso. No sólo poseemos ahí, el carácter, la razón, la memoria, la dirección, el equilibrio, el entendimiento; sino también, el control de todos los fenómenos de la expresión corporal. En la sede mental y consecuentemente, en el cerebro, tenemos todos los registros de distribución de los principios vitales a los núcleos celulares, inclusive el agua y el azúcar. Los centros metabólicos son grandes talleres de incesante trabajo. La mente humana, aunque es indefinible por las limitadas concepciones científicas de la Tierra, es el centro de toda manifestación vital en el planeta. Cada órgano, cada glándula, amigo mío, integra el cuadro de servicio de la máquina sublime, construida en el molde sutil del cuerpo espiritual preexistente y, por eso mismo, llegará el tiempo en que la ciencia reconocerá cualquier abuso del hombre como una ofensa causada a sí mismo. La usina humana es un repositorio de fuerzas eléctricas de elevado

tenor constructivo o destructivo. Cada célula es un minúsculo motor, trabajando a impulso mental.

Aniceto se calló por momentos, y, mientras yo veía, asombrado, los más extraños fenómenos microbianos en el cuerpo del moribundo, el volvió él con su palabra educativa:

—Vemos aquí a un hermano en el momento de la retirada. Observe su incapacidad para gobernar a las células en conflicto. La corriente sanguínea se transformó en un vehículo de mortíferos invasores, que no encontraban ninguna fortificación en la defensiva. Examine e identificará a millones de unidades de la tuberculosis, de la lepra, de la difteria, del cáncer, que hasta ahora estaban contenidas por la defensa organizada, en los depósitos de la actividad fisiológica, y que se multiplican violentamente, a la par con otros microbios tan prolíficos como terribles. La nutrición fue interrumpida. No existen posibilidades de nuevos suministros hormonales. El agonizante se retrae poco a poco y no abandonó aún, de forma total, la carne, por falta de educación mental. Se ve por el exceso de intemperancia de las células, sobre las cuales no ejerce ni siquiera un control parcial, que este hombre vivió muy distante de la disciplina de sí mismo. Sus elementos fisiológicos son demasiado impulsivos, atendiendo mucho más al instinto que al movimiento de la razón concentrada. En honor a la verdad, este amigo nuestro no está desencarnando, está siendo expulsado de la máquina divina, donde, por lo que vemos, no parece haber apreciado bastante los sublimes dones de Dios.

La desencarnación de F ernando

Cuando Aniceto retiró la diestra de mi frente, perdí la posibilidad de proseguir en la observación de lo infinitesimal. Mi visión abarcaba detalles muy importantes para el interés común; pero, estaba lejos de aquel poder de penetración que me había transmitido el mentor amigo, al contacto de su elevado potencial magnético.

Centralizando mis energías visuales, analizaba aún el sistema óseo, la sangre, los tejidos, los humores, mas aquellas batallas microscópicas habían desaparecido como por encanto. Pero, de cualquier modo, mi sorpresa era enorme, porque ahora identificaba, en mí mismo, la potencialidad de los rayos X.

Aniceto, después de proporcionar a Vicente el mismo estudio, tomaba nuevas providencias.

En el aposento, se conservaba un determinado número de parientes afligidos. Un médico encarnado examinaba al moribundo, con atención.

Entonces, dos entidades que se mantenían en la habitación y que apenas nos habían dado la usual salutación, se aproximaron a nuestro instructor, solicitándole una cooperación más enérgica.

–Por favor, noble amigo –dijo la hermana que había sido la progenitora del moribundo–, ayúdenos a retirar a mi pobre hijo del cuerpo agotado. Hace muchas horas que estamos a la espera de alguien que nos pueda auxiliar en ese trance. ¡He tratado de confortarlo, pero ha sido en vano! –afirmó la noble señora en tono lastimero– él continúa en un estado de incomprensión dolorosa y terrible. Está absolutamente preso en las sensaciones de sufrimiento físico, como estuvo ligado, en el curso de la existencia, a las satisfacciones del cuerpo.

Aniceto estuvo de acuerdo, añadiendo:

–De hecho, se notan grandes lagunas en la expresión mental del moribundo. Se ve que atravesó la vida humana obedeciendo más al instinto que a la razón. Se le observan en el mundo celular varios complejos de indisciplina. No obstante, podemos ayudarlo a deshacerse de los lazos más fuertes, en lo que se refiere al círculo carnal.

–Será un favor muy caritativo –contestó la progenitora, afligida.

–¿Tiene la hermana la incumbencia de encaminarlo? –preguntó el instructor, comprendiendo la magnitud de la tarea–. Necesitamos ponderar, en cuanto a esto, porque el desprendimiento integral se verificará dentro de pocos minutos.

Ella esbozó un gesto triste y respondió:

–Desearía sacrificarme un poco más aún por mi desventurado Fernando, pero sólo obtuve permiso para socorrerlo en sus últimos instantes. Mis superiores prometieron ayudarlo, pero me aconsejaron dejarlo entregado a sí mismo durante algún tiempo. Fernando necesita reconsiderar el pasado, identificar los valores que, desgraciadamente, despreció. Las

lágrimas y los remordimientos, en la soledad del arrepentimiento, serán portadores de calma a su espíritu irreflexivo. Grande es mi deseo de protegerlo en mi regazo, regresando a los días que ya se fueron; empero, no puedo perjudicar, por mi ternura materna, la marcha del servicio divino. Verdad que Fernando, es hijo de mi afecto; con todo, tanto él como yo, tenemos cuentas con la Justicia del Eterno y, en lo que respecta a mí, estoy cansada de agravar mis débitos. No debo contrariar los designios de Dios.

A esa altura del diálogo, intervino el médico espiritual que nos había encaminado hasta allí, informando, atento:

–Nuestra amiga tiene razón. Fernando no podrá acompañarla, mas, tan noble ha sido la intercesión materna que tengo instrucciones para conducirlo a un lugar seguro, a una casa de socorro, donde podrá recoger el mejor provecho del sufrimiento, porque será hospedado en una zona vibratoria, inaccesible a las influencias inferiores y criminales, aunque esté situada en las regiones bajas.

–Ya sé –murmuró Aniceto con grave entonación–, se trata de una medida muy acertada.

Enseguida, afirmó como quien no tenía tiempo que perder:

–La aflicción de los familiares encarnados, presentes aquí, podría dificultarnos la acción. Observen como todos ellos emiten recursos magnéticos en beneficio del moribundo.

De hecho, una red de hilos cenicientos y débilmente iluminados parecía ligar a los parientes con el enfermo casi muerto.

–Tales socorros –volvió a decir Aniceto– son ahora inútiles para devolverle el equilibrio orgánico. Necesitamos neutralizar esas fuerzas, emitidas por la inquietud, proporcionando, antes de todo, la posible serenidad a la familia.

Y, aproximándose aún más al agonizante, tomó la actitud del magnetizador, exclamando:

–Modifiquemos el cuadro del coma.

Después de algunos minutos en los que nuestro mentor operaba, secundado por nuestro respetuoso silencio, oímos al médico encarnado anunciar a los parientes del moribundo:

–Mejoran los pronósticos: Inexplicablemente, la pulsación, está casi normal y la respiración tiende a calmarse.

Tres señoras suspiraron aliviadas.

–Doña Amanda –se dirigió el asistente a la esposa del moribundo–, conviene que vaya a reposar, llevando a sus cuñadas. El señor Fernando está muy tranquilo y la situación es francamente favorable. El señor Januario y yo nos quedaremos velando.

Las señoras y otros dos caballeros que se disponían a retirarse, agradecieron satisfechos y conmovidos. Tan sólo permanecieron en el aposento el médico y un hermano del agonizante. La súbita mejoría había tranquilizado a todos. En poco tiempo, los hilos cenicientos que se ligaban al enfermo desaparecieron sin dejar vestigios.

–Abramos la ventana –dijo el médico satisfecho–, tal vez el aire acelere la mejoría de nuestro amigo.

El señor Januario atendió, abriendo el ventanal.

Profundamente asombrado, observé que tres rostros horribles por su expresión diabólica surgieron, de repente, en el pretil, e interrogaron en voz alta:

–¿Entonces? ¿Fernando, viene o no viene?

Nadie respondió. Pero, noté que Aniceto les dirigió una

significativa mirada, obligándolos, tan sólo con esa medida a desaparecer.

Pasó media hora, en la cual tanto el médico como el señor Enero, casi despreocupados del agonizante, con motivo de la mejoría observada, comenzaron una animada conversación, con relación a los problemas del mundo.

Aniceto aprovechó la serenidad del ambiente y comenzó a retirar el cuerpo espiritual de Fernando, desligándolo de los despojos, reparando yo que había iniciado la operación por los pies, terminando en la cabeza, a la cual, por fin, parecía estar prendido el moribundo por extenso cordón, tal como se da con los recién nacidos terrenales. Aniceto lo cortó con esfuerzo. El cuerpo de Fernando se estremeció, llamando al médico humano al nuevo cuadro. La operación no había sido corta o fácil. Se había demorado varios minutos, durante los cuales vi a nuestro instructor emplear todo el caudal de su atención y tal vez de sus energías magnéticas.

Informada por el señor Enero, la familia del muerto, afligida, penetró en la habitación, ruidosamente.

La madre del desencarnado, auxiliada por Aniceto y por el facultativo espiritual que nos había llevado hasta allí, prestó al hijo los socorros necesarios. A los pocos instantes, mientras la familia terrenal se echaba en llanto sobre el cadáver, la pequeña expedición constituida por tres entidades, las dos señoras y el médico, salía conduciendo al desencarnado al instituto de asistencia, observando yo, que no salían utilizando la capacidad de vuelo, sino caminando como simples mortales.

Me sentía fuertemente impresionado. Sobre todo, me intrigaba, la aparición de aquellos rostros satánicos cuando se

había abierto el ventanal. ¿Por qué semejante menosprecio a un agonizante?

Retirándonos de la residencia, el instructor me miró atento, y, antes de que yo formulase cualquier pregunta, esclareció:

–No se preocupe tanto, André, con los vagabundos que esperan a nuestro infeliz hermano. Solamente no penetraron en la cámara de dolor porque la noble presencia maternal impedía tal asedio.

Y, después de guardar silencio por algunos instantes, añadió:

–En la vida, cada criatura humana cultiva los afectos que prefiere. Fernando estimaba a los compañeros desordenados. Así, no es de extrañar que hayan venido a esperarlo en la estación de regreso a la existencia real. Pablo de Tarso, en el capítulo 12 de la Epístola a los Hebreos, afirma que el hombre está rodeado por una gran “nube de testigos”. Ahora bien, esa información fue dirigida al espíritu humano hace casi veinte siglos. Cada uno, pues, tiene el séquito invisible al que se consagró en la Tierra. Más tarde, cuando la colectividad aprenda la grandeza de las lecciones evangélicas, todo hombre tendrá cuidado en la elección de sus testigos.

En la despedida

Después de otras numerosas actividades espirituales, finalizó la semana de servicio en la que Aniceto había admitido nuestra compañía.

Habíamos seguido al noble instructor, a través de diversas y complejas tareas. Instalados en el templo acogedor de Isabel, habíamos atendido a un considerable número de enfermos, así como a otros hermanos perturbados, abatidos, extraviados y moribundos. Nuestro orientador tenía, para todos los casos, maravillosos recursos de inspiración, siempre atento y optimista.

Aquellos pocos días de novedoso trabajo, colmaron mi mente de nuevos conocimientos y mi corazón de sentimientos que había desconocido hasta entonces.

El contacto con las revelaciones de Aniceto, en los dominios de la electricidad y del magnetismo, había reformado todos mis antiguos conocimientos de la Medicina. La ascendencia mental en el equilibrio orgánico, las fuerzas radioactivas, el campo de las bacterias, la visión más amplia de la materia organizada, me llevaban a una nueva concepción científica en el arte de curar cuerpos enfermos.

Sobre todo, en mi alma se ampliaba la comprensión sobre

el Médico Divino que restablece la salud del Espíritu inmortal. La extensa claridad que ahora llenaba mi espíritu de felicidad, me suministraba un conocimiento más amplio sobre Jesús. Comprendí, entonces, que la fe no constituye una simple afirmación de los labios, ni una adhesión para las estadísticas. En vano la procuraría, en la esfera sectaria, en las disputas vulgares o en los cultos exteriores alterables todos los días. Era sí, una fuente de agua viva, naciendo espontáneamente en mi alma. Se traducía, ante las sublimes concesiones del Padre Eterno, en reverencia profunda, aliada al más elevado concepto de servicio y responsabilidad. Había encontrado un tesoro inaccesible para la destrucción y un bien intransferible, por cuanto nació y se consolidó en mí mismo.

Cuando el instructor nos invitó a regresar me sentía positivamente otro. Tenía la impresión de haber encontrado las noticias directas del Señor Jesús, en el descubrimiento de mi propio mundo interior.

¿Cómo podría pagar al servicial Aniceto semejante capitalización de bienes inmortales?

Había terminado el servicio de oraciones en la última reunión semanal de la residencia de Isidoro e Isabel.

Los trabajos, siempre activos, habían brindado una esfera de observaciones y experiencias siempre nuevas. Gran número de amigos de Aniceto se acercó al instructor, ansiosos por participar de las luces en su conversación de despedida.

El dedicado orientador ofrecía a todos su palabra de buen ánimo, optimismo, alegría y confianza en el Señor, como un príncipe de leyenda, cuya boca fuese la fuente inagotable de oro espiritual.

Vicente y yo teníamos los ojos llenos de lágrimas, deseosos de exteriorizarle verbalmente nuestro reconocimiento por las bendiciones recogidas; pero, al aproximarnos, el abnegado orientador sonrió anticipando:

–Agradezcan a Jesús por lo mucho que nos ha dado.

Y tomando *La Biblia*, como interesado en fijar el asunto general en el amor a las cosas santas, leyó en voz alta, en el capítulo segundo de los Proverbios de Salomón:

–“Hijo mío si aceptas mis palabras y guardas contigo mis mandamientos, para que tu oído esté atento a la sabiduría y para que inclines tu corazón al entendimiento; y si clamas por entendimiento, y por indulgencia alzas tu voz, si la buscas como a la plata y como a los tesoros ocultos la procuras, entonces entenderás el temor del Señor, y hallarás el conocimiento de Dios”. (1)

Dejó enseguida el libro sagrado sobre la mesa, y sentenció:

–Acordémonos del Señor en nuestras despedidas. Ratifiquemos, hermanos, nuestros compromisos de trabajo y de testimonio. En tan pequeño trozo de los Proverbios encontramos muchos verbos que interesan a los espíritus cristianos. Aceptar los mandamientos divinos y guardarlos, tener el oído atento y el corazón abierto, pedir entendimiento e inteligencia alzando la voz por encima de los objetivos inferiores, buscar los tesoros del Cristo y procurar su programa de servicios, representa el esfuerzo noble de aquel que, de hecho, desea la Sabiduría Divina. No olvidemos esos deberes.

Como la pausa se hizo un poco más larga, un hermano

(1) Proverbios, 2:1 al 5. – (Nota del Autor espiritual).

rogó al querido amigo que prosiguiese en la interpretación del texto, pero Aniceto le respondió en tono fraternal:

–Por ahora, mi hermano, esto no es posible. Desde lejos nos llaman otras obligaciones.

Y, dirigiéndose particularmente a Vicente y a mí, afirmó:

–Ya que regresaremos por el mismo camino, podremos esperar por nuestra amiga Isabel, para presentarle nuestros agradecimientos y despedidas.

En pocos momentos, la noble compañera de Isidoro, abandonando su cuerpo en el reposo del sueño, vino hasta nosotros, junto al esposo espiritual, atendiendo la invitación mental de nuestro dedicado orientador. Aniceto le expresó su profundo reconocimiento, le habló de nuestra alegría, de las oportunidades santas del servicio que la bondad divina nos había proporcionado.

Doña Isabel agradeció, conmovida, dejando transparentar las lágrimas de gratitud que le dominaban el espíritu.

–Noble Aniceto –dijo enjugando los ojos–, si fuera posible, vuelva siempre a nuestro modesto hogar. ¡Enseñeme paciencia y valor, generoso amigo! Cuanto pueda, no me deje desviar de los deberes de madre, tan difíciles de cumplir en la carne, donde intereses poco dignos se entrechocan con violencia. ¡Ampáreme en las obligaciones de sierva del Evangelio de nuestro Señor! A veces, profundas nostalgias de la familia espiritual me dilaceran el corazón... desearía arrebatarse a mis hijos a la esfera superior, inclinarlos al bien, para que nuestra unión divina no tarde en los planos más elevados de la vida. Y esas nostalgias de *Nuestro Hogar* me pungen el alma, amenazando, a veces, mi humilde tarea en la Tierra. Noble Aniceto, no se olvide de esta amiga

pobre e imperfecta. ¡Sé que Isidoro me sigue paso a paso, pero, tanto él como yo, necesitamos de amigos como usted, fuertes en la fe, que nos reaviven el buen ánimo en la jornada de los deberes cristianos...!

La hermana Isabel no pudo continuar, porque el llanto le embargaba la voz. Aniceto con los ojos brillantes y serenos, la abrazó como un padre y le dijo, dulcemente:

—Isabel, sigue en tus pruebas y no temas. Estaremos contigo ahora y siempre. Muchas criaturas admirables tuvieron esta tarea, pero no olvidemos, hija, que Jesús tuvo la tarea y el sacrificio en el mundo. El tierno cuidado del Guía Vigilante no nos faltará en el camino redentor. ¡Ten buen ánimo y camina!

Enseguida, mirándonos a todos, de frente, el noble amigo exclamó:

—¡Ahora, hermanos, ayúdenme a orar!

Y conservando a Isabel y a Isidoro, unidos a su corazón, Aniceto fijó los ojos hacia lo Alto y dijo con sublime belleza:

—*¡Señor, enséñanos a recibir las bendiciones del servicio!*

¡Todavía no sabemos, Amado Jesús, comprender la extensión del trabajo que nos confiaste!

¡Permite, Señor, que podamos formar en nuestra alma la convicción de que la Obra del Mundo te pertenece, a fin de que la vanidad no se insinúe en nuestros corazones con las apariencias del bien!

¡Danos, Maestro, el espíritu de consagración a nuestros deberes y el desapego a los resultados que pertenecen a tu amor!

*¡Enséñanos a actuar sin las cadenas de las pasiones,
para que reconozcamos tus santos objetivos!*

Cariñoso Señor, ayúdanos a ser tus leales servidores.

Maestro Amoroso, concédenos aún, tus lecciones.

Juez Recto, condúcenos a los caminos derechos.

Médico Sublime, restáuranos la salud.

*Pastor Compasivo, guíanos a la fuente de las aguas
vivas.*

Ingeniero sabio, danos tu derrotero.

Administrador Generoso, inspíranos la tarea.

*Sembrador del Bien, enséñanos a cultivar el campo de
nuestras almas.*

*Carpintero Divino, auxílianos a construir nuestra casa
eterna.*

Alfarero Cuidadoso, corrígenos el cáliz del corazón.

*Amigo Desvelado, sé indulgente, aún, con nuestras
flaquezas.*

*Príncipe de la Paz, compadécete de nuestro espíritu
frágil, abre nuestros ojos y muéstranos el camino de tu
Reino”.*

Aniceto se calló conmovido. Yo, con los ojos humedecidos, conteniendo a duras penas las lágrimas de mi reconocimiento, me incorporé a la noble caravana que seguiría con nosotros de regreso a *Nuestro Hogar*.



CURSO
espirita.COM